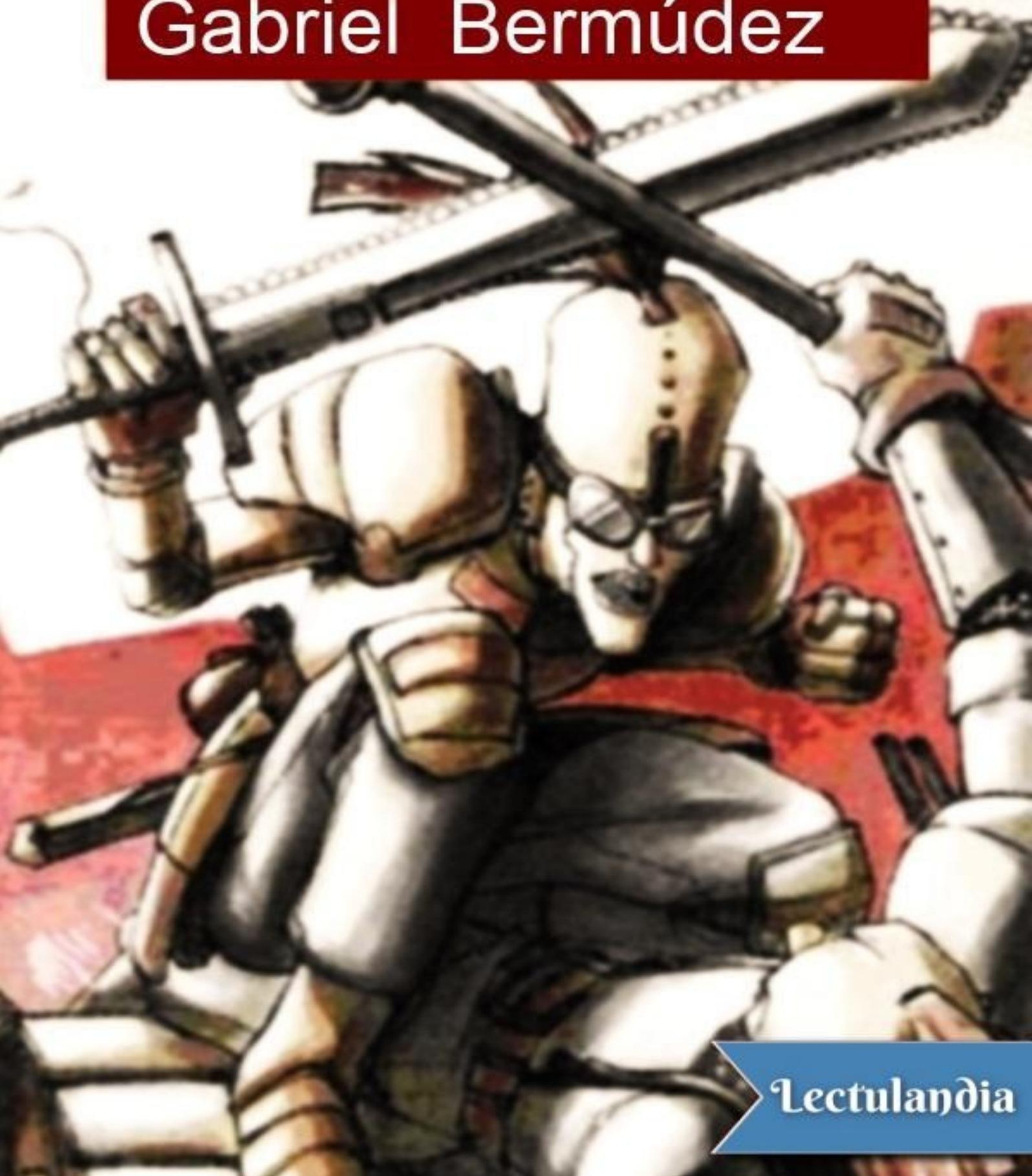


EL SEÑOR DE LA RUEDA

Gabriel Bermúdez



Lectulandia

El planeta, visto desde el espacio, presentaba interminables cruces de carreteras, sin que apareciese ciudad alguna. Los caminos, como una constante infinita, se cruzaban entre sí, formaban nudos, se conectaban unos con otros. Y sobre ellos corrían los castillocar, con las flámulas ondeantes al viento, las lanzas en la terraza, y los caballeros y damas justando o divirtiéndose sin cesar. Jamás se detenían, ni de día ni de noche. En las mesas de los vehículos, el hidromiel se derramaba de las jarras de peltre mientras las damas, con los vestidos más provocativos, asediaban a los caballeros y los sangrantes filetes de buey humeaban en las mesas, y la espumeante cerveza desaparecía en las reseca fauces. Los criados mecánicos esperaban para cumplir el más pequeño deseo de sus amos, y los motores rugían en la noche sin cesar. Bajo la égida del misterioso rey Arturo hacía ya generaciones que las cosas eran así. Pero la tenacidad de uno de esos caballeros, Sir Pertinax le Percutens, llega a desvelar el misterio de esa vida en continuo movimiento sobre las rutas interminables.

¿Qué era realmente lo que sucedía en este planeta perdido en el confín de la galaxia?

Lectulandia

Gabriel Bermúdez Castillo

El señor de la rueda

ePub r1.0

karpanta 02.12.13

Título original: *El señor de la rueda*
Gabriel Bermúdez Castillo, 1978

Editor digital: karpanta
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Presentación

Hay que tener un cuidado exquisito cuando se presenta un clásico y *El señor de la rueda*, en el ámbito de la ciencia ficción española, evidentemente lo es. No se trata de una cuestión de respeto ante la «magna obra», no. La «magna obra» tiene que ponerse a trabajar con cualquier lector que se asome a sus páginas y ganárselo como hizo aquel primer día en que salió a la venta hace veinticinco años. El peligro viene de la tendencia a suponer que, en un clásico, el argumento, los personajes o incluso el desenlace, son de conocimiento común y pueden, por tanto, abordarse impunemente al glosar la novela en cuestión. ¡Terrible práctica es ésta, que hace que el lector se entere de quien amará, traicionará, o desaparecerá de la historia, antes ya de empezar el primer capítulo...! ¡Y pensar que el autor se dejó las neuronas intentando presentar los acontecimientos con un determinado ritmo y de una concreta manera...! Reflexiones aparte, lo cierto es que *El señor de la rueda*, merece un cuidado especial a ese respecto, puesto que la novela de Bermúdez, además de tener en la intriga uno de sus atractivos fundamentales, va creciendo literariamente hasta cumplir expectativas bastante más ambiciosas que las planteadas en principio.

Cuando el lector se asoma a sus primeros párrafos, el siervo cibernético del joven Peter Le Percutens despierta a su señor pocas horas antes de que comience la ceremonia en que éste será armado caballero. A partir de entonces se despliega ante nosotros una parafernalia de castillos feudales rodantes o «castillocares», carreteras sin fin, tules, armaduras, duelos, blasones y códigos de honor, tan hábilmente tramada, que casi llega a hacerse creíble esta extraña mezcla —sazonada con humor grotesco— de novela de caballería y *road movie*. De inicio el lector está convencido de asistir a una ingeniosa parodia. Cuando un Sir Pertinax adolescente reflexiona sobre cómo utilizar los puntos ganados en sus enfrentamientos con otros caballeros para conseguir dormitorio, biblioteca, chimenea... el perfecto apartamento de soltero, parece que estamos ante una comedia juvenil de emancipación y paso a la edad adulta. Pero, según se recorren páginas y kilómetros, surgen las dudas sobre qué demonios se está parodiando... ¿El género artúrico?, ¿la cultura del vehículo privado?, ¿se trata de una antiutopía?, ¿es simplemente una humorada?... Se suele decir que *El Quijote* era inicialmente una burla de la novela de caballerías y que luego el vigor de sus personajes, el genio de Cervantes y el afecto que el hidalgo manchego supo despertar en su creador, la alzaron al cenit del género novela. Sir Pertinax Le Percutens no es Don Quijote. Más cerca está de los parodiados Amadis y Esplandianes —espejos de la caballería andante— que de quien los satiriza, pero *El señor de la rueda*, como novela, permitiría quizá hacer cábalas sobre un proceso de crecimiento semejante. Ciertamente, también es una novela sobre la manipulación..., pero sobre su argumento no sería prudente descubrir más. Ya opinará el lector.

Como novela de aventuras fantásticas *El señor de la rueda* funciona, además, muy bien. Resulta de un mérito casi inverosímil que una construcción cultural tan disparatada como este mundo feudal de carretera, aguante un recorrido de más de doscientas páginas sin descomponerse como chatarra. Eso es marca de la casa. Gabriel Bermúdez posee esa envidiable cualidad que permite que, una vez dadas las premisas fundamentales de una cultura —tan arbitrarias o absurdas como el autor tenga a bien— la acción se desarrolle en ella con naturalidad y manteniendo su coherencia interna. Y, de paso, entre peripecia y peripecia, el autor deja cuestiones nada banales flotando en el aire: ¿hay una ética universal, que permite considerar absurda o cruel esa cultura? ¿Sir Pertinax es un salvaje o, por el contrario, extremadamente ético, civilizado y moral? ¿Tiene *El señor de la rueda* —a la vista del capítulo final— algo de «rechifla religiosa»? Ignoro si *El señor de la rueda* es portador consciente de alguna tesis ideológica concreta. Me inclino más a pensar en valores siempre presentes en la narrativa de Bermúdez, que pueden rastrearse en otras novelas y relatos suyos: el relativismo, la complejidad de lo existente e incluso una cierta visión paradójica de la realidad.

Hay, además, otra cuestión que no se puede obviar si se habla, como es el caso, de un hito dentro de una determinada temática literaria: la de su repercusión en el ámbito narrativo que le es propio. Cuando aparece *El señor de la rueda* —segunda mitad de los setenta— la ciencia ficción está en España conociendo los tímidos inicios de un buen momento comercial. Hay un ligero incremento de títulos, un cierto fandom y público interesado. Los grandes clásicos como Asimov, Clarke o Bradbury comienzan a ser publicados en colecciones generales de literatura de bolsillo, lo cual proclama su reconocimiento fuera del ámbito específico de la ciencia ficción. Lo que sí es bastante magro por aquellos días es el número de cultivadores del género en español. Y aún más escuálido el aprecio que el lector español demuestra por sus escritores. Si los aficionados a la ciencia ficción son unos pocos miles y los que integran los círculos activos que comparten afición —fandom— tres centenares; nuestros escritores son casi desdeñados por esos primeros miles, criticados por la mitad de los trescientos siguientes y venerados por el centenar y pico de fandom restante. En ese panorama *Viaje a un planeta Wu-Wei* (1976) aparece en Acervo, una de las más prestigiosas editoriales de las que editan ciencia ficción en España. Desde el primer momento, *Viaje a un planeta Wu-Wei* pasa a ser novela de referencia en ese campo y su autor, desde luego, uno de los grandes. Un par de años después son editadas *La piel del infinito* (Dronte, 1978) y la novela que tienes entre las manos: *El señor de la rueda*.

Editada tras el éxito de *Viaje a un planeta Wu-Wei*, *El señor de la rueda* aparece, en esta ocasión, en el corto catálogo de una colección realmente innovadora: Albia Ficción. Imagínense... Las colecciones serias de ciencia ficción presentan un ochenta

por ciento de autores anglosajones. Albia, en su decena o así de títulos, publica sobre todo españoles, franceses, algún ruso y, que yo recuerde, sólo a un par de anglosajones. No duró mucho, pero sí lo suficiente para que la segunda gran novela de Bermúdez entrara en liza. Lo cierto es que, finalizando los setenta, la ciencia ficción española tiene sólo, aunque al menos, cuatro novelas y tres autores sobre los que discutir. Serán, por muchos años, candidatos a mejor novela y mejor autor español de ciencia ficción de todos los tiempos: Tomás Salvador con *La Nave*, Domingo Santos con *Gabriel*, y Gabriel Bermúdez con *Viaje a un planeta Wu-Wei* y *El señor de la rueda*. Pocos años después se sumaría al panteón de clásicos Rafael Marín Trechera con *Lágrimas de Luz* (1984). Estos cuatro y esas cinco estaban en todas las quinielas, y dos de ellas eran de Bermúdez.

Con las dos novelas comentadas, Gabriel Bermúdez Castillo (1934), para casi todos, se coloca primero en el escalafón español de la ciencia ficción «seria» —es decir de calidad literaria y con ambiciones—. Afirmar que esto se debió a su categoría como escritor es decir poco y, al mismo tiempo, minusvalorar desdeñosamente a sus posibles rivales. No hay tal, pero lo cierto es que en aquellos días —espero que se me entienda bien— nuestros escritores «serios» eran muy poco divertidos y nuestros escritores divertidos, muy poco serios. En Gabriel Bermúdez, —*El señor de la rueda* es buena prueba de ello— se reúnen dos corrientes hasta entonces excesivamente separadas: la narrativa y la especulativa. Es un buen fabricante de historias y concibe relatos que a uno le interesa conocer; y los expone con originalidad y buena técnica. Además, entre sus hilos argumentales, tramas, subtramas, diálogos y personajes, se deslizan ideas complejas y a menudo muy poco ortodoxas. Por si fuera poco, es divertido, ya que sabe que la «retranca» puede formar parte de cualquier manera válida de contar las cosas. Y suena distinto, porque trae a la ciencia ficción española exotismo castizo —o identidad cultural propia, denomínese a eso como se quiera—. Lo cierto y paradójico es que, acostumbrados a lo anglosajón, «regüeldo» o «Juan» sonaron por aquellos días mucho más exótico que John o NASA.

Tras aquellas tres novelas, precedidas en el año 1971 de una recopilación de cuentos *Mundo Hokum*, habrán de pasar nueve años hasta que podamos disfrutar de su barroca, enloquecida y brillante *Golconda* (1987). En el intervalo, parece ser que quedó inédita una larga historia aún no suficientemente perfilada. Desde ese *Golconda* hasta nuestros días, Bermúdez se ha hecho presente publicando al menos en cuatro ocasiones; la más reciente, *Demonios en el cielo*, tan sólo hace un par de años. En él disfrutamos, por tanto, de un clásico que sigue en la brecha. Quizá desde hace años, al primero del escalafón. Afortunadamente hoy tenemos un par de docenas de buenas novelas para jugar a las clasificaciones, y no menos de un centenar de relatos que considerar a los mismos efectos. Si *El señor de la rueda* era una de las

cinco imprescindibles de hace veinte años, ahora, con más campeones con los que justificar, sigue estando entre las más destacadas novelas españolas de ciencia ficción de todos los tiempos. Y permanezcamos atentos, Bermúdez aún no ha escrito su última palabra...

Alfredo Lara López

I

De cómo Percutens fue armado caballero

Al amanecer, el mecoservus llamado Mágico acudió, renqueando, para despertar a su joven amo Peter. Su liso rostro de metal, con sensores incorporados, no podía mostrar expresión alguna, aunque estuviera dotado de circuitos de sentimientos. Y esos sentimientos, en este instante crucial en la vida del joven Peter, se centraban sobre dos polos principales; por un lado, la satisfacción de que un muchacho de diecinueve años tan sólo hubiera dominado todas las disciplinas que eran precisas para ser armado caballero; por otro, una sensación de dolor, porque probablemente el padre de Peter, el caballero Sir Agavance le Percutens, le entregaría como dote otro mecoservus más joven que él mismo y más ágil de movimientos. De nada iba a servir la experiencia acumulada por Mágico a lo largo de tantos años de servir a la familia Le Percutens; lo que el joven amo iba a necesitar en el futuro no era un viejo preceptor, sino un mecoservus apto para efectuar rápidas reparaciones y tomar todo lo preciso de los asteroides en el mínimo espacio de tiempo.

Con un crujido de sus juntas metálicas, el mecoservus se detuvo junto a una de las ventanas de vidrio blindado. Pudo ver que el castillocar corría a escasa velocidad, quizá no más de cuarenta kilómetros por hora, y se imaginó que ello tenía por objeto facilitar que los castillocar de familiares y amigos pudieran alcanzar al de Sir Agavance, para asistir a la armadura del joven Peter, y su posterior toma de posesión del patito.

Vio pasar, siempre gris, la cinta de la carretera elevada sobre el terreno. A lo lejos crecían aquellas protuberancias verdes llamadas árboles, y surgía alguna roca agreste de la tierra fértil. Desvió la vista. Aun cuando no era obscuro el contemplar la tierra, se consideraba como una inconveniencia de no demasiado buen gusto.

El castillocar tembló ligeramente sobre alguna ondulación del firme de la carretera, y Mágico apoyó su mano de pulido bronce en la agarradera que había bajo el vidrio. Después, cuando el gran vehículo volvió a recuperar su suave marcha, abrió respetuosamente la puerta de la alcoba del joven amo Peter.

Ya que un mecoservus no necesitaba dormir, le había vigilado durante la noche. El joven había tardado en dormirse, y a las tres de la mañana Mágico le había visto, a través de la puerta medio cerrada, sentado en la cama y repasando ávidamente el Código de Circulación. No era probable que le preguntasen nada de eso, ni tampoco de los otros libros de caballerías, como el Manual de Conservación y Reparaciones, el Manual de Cortesía en Ruta, o el grueso volumen llamado Lista General de Implementos Disponibles. Había oído decir que en los viejos tiempos, cuando se unían varios castillocar en la gran sala central, los caballeros más allegados al que iba a ser armado le sometían a un ligero examen. Actualmente esa costumbre, como otras

muy bellas, se había perdido por completo. El paterfamilias, en este caso Sir Agavance, imponía la dignidad a su hijo o sobrino, y después de la corta celebración, le permitía pasar al patito que el propio neófito había ido ganándose con su trabajo.

En este instante el joven amo Peter, que pronto dejaría de llamarse así, dormía felizmente con los puños muy apretados en el borde de la cobija de damasco. En el suelo yacían los libros que el muchacho había estado repasando hasta última hora, pues aun cuando no hubiera examen, el joven Peter se caracterizaba por un excesivo sentido del honor que ya le calificaba sobradamente para poder circular a solas. Durante unos segundos, Mágico contempló aquella estrecha habitación donde Peter había pasado su vida; las banderolas colgadas en las paredes, clara señal de sus triunfos deportivos; los pequeños escudos de bronce, con un simple esmalte que indicaba la rama guerrera o manual en que más había destacado. A los pies de la cama, cuidadosamente guardado en una funda de seda, estaba el escudo que Peter había elegido, y que constituía una ligera derivación del de su padre. Mágico se lo sabía de memoria, pues no en vano había ayudado a diseñado, y lo había hecho construir por el mecanoservus Apenato. Era cortado, y traía en jefe en campo de gules, un martillo de argén, y en campo de sinople faja almenada de oro. Ciertamente; una cosa muy sencilla, y por tanto, muy adecuada para el temperamento modesto del joven. Ya habría ocasión, con las indudables victorias futuras, de que el número de cuarteles, cargas, timbres y listeles aumentase.

Se acercó al lecho, respetuosamente, temiendo que el chirrido de sus miembros ya algo oxidados despertase de forma desagradable a su joven amo. Pero no fue así; Peter dormía con el pesado sueño de la adolescencia. Puso suavemente la mano de bronce sobre uno de los nervudos puños aferrados a la sábana de damasco.

—Amo Peter —dijo, con la voz más suave y baja que sus registros fónicos pudieron dar—. Amo Peter. Despiértese. Son las ocho de la mañana, amo, y la ceremonia es a las nueve.

Peter abrió los ojos lentamente, tal como un caballero debe hacerlo, sin brusquedades ni violencias. Una vez más, Mágico quedó admirado ante la profunda negrura de aquellas pupilas, sobre las que caía alguna crencha del dorado cabello. Como todos los mecanoservus, tenía en sus circuitos uno que motivaba siempre una ligera envidia hacia el hombre, por ser precisamente como era.

—Hola, viejo Mágico —dijo el joven—. ¿Estás nervioso?

—Algo, mi señor —contestó el mecanoservus—. Para ti y para mí es un día grande éste.

—Así es. Dame la veste, viejo. Ve preparando las ropas mientras me lavo.

A pesar de sus años de servicio, Mágico continuaba sintiéndose horrorizado cada vez que veía un ser humano desnudo, recubriéndose de agua por todas partes. De sobra sabía que este líquido mortal, generador de orín y óxidos, era inocuo para los

humanos, lo cual constituía, sin lugar a dudas, otra prueba de su innata superioridad. Pero Mágico amaba a su amo, lo amaba profundamente, como a ninguna otra cosa en el universo, y no podía evitar el pensamiento de que si algo fallase... si alguno de los complicados mecanismos que los humanos debían tener para que el agua no les perjudicase perdiera su función y cayera en avería... El solo pensamiento de que una tal desgracia pudiera acaecer al joven amo bastaba para paralizar las reacciones en sus cables de conexión.

Preparó, amorosamente, la sobreveste de seda roja con borduras de oro y las armas de la familia en el lado diestro del pecho. También el jubón y las calzas, de un atinado tono de verde, estaban allí. En realidad, todos los trajes de Peter, incluyendo la armadura de tres capas (amianto, acero al vanadio y esmalte ignífugo) estaban ya en el patito. Sólo quedaba aquí éste, que era el de ceremonia.

Peter surgió del diminuto lavabo, y Mágico se retiró, temeroso de que alguna de las gotas de agua le salpicase. Tembló al recordar lo que el mecanoservus Fidelis había contado en la cocina; al parecer, algún caballero malsín se había divertido en otros tiempos sumergiendo los mecanoservus de su enemigo en un baño de agua. Rezó al dios metálico, en su interior, para que tales cosas horribles no volvieran a suceder.

Con lentitud no exenta de solemnidad, Mágico vistió a su amo. Después, colocó sobre su cabeza el aguzado gorro de caballero, de fieltro color carne, con una sola pluma roja, larga y airosa. Dulcemente, Peter se lo quitó.

—Aún no es hora, viejo Mágico. Gracias por tu intención... pero aún no es hora.

En el interior de Mágico vibraba una terrible pregunta, que nunca se atrevería a hacer. «Amo... ¿qué mecanoservus elegirás para tu servicio?». Era hasta impensable, casi una obscenidad, imaginarse siquiera que pudiera preguntar aquello al joven amo. Y no lo hizo; se limitó a suspirar, mientras ajustaba el ceñidor de placas de acero en torno a la cintura del muchacho. Seguramente elegiría a Apenato, gruñón, pero muy eficaz a la hora de resolver cualquier avería de un patito o un castillocar... o quizá a Mansuetudo, muy hábil con los Asteroides de todas clases... o al mismo Fidelis, experto transmisor. Era difícil que eligiera uno de los tres mecanoservus vírgenes guardados en el depósito, y ganados en los últimos combates de Sir Agavance.

—Vamos allá, viejo Mágico. Sí; ya sé, ya sé... Aún no es hora. Pero quiero ver cómo arreglan la sala...

Mientras caminaban por el pasillo central hacia la sala de armas, yendo Mágico, respetuosamente, unos pasos detrás de su amo, ni una sola vez se volvió la mirada de Peter hacia la indigna vegetación y roquedales que bordeaban la carretera. Solamente en una ocasión en que cruzaron con el desvío en trébol de la Avenida Aldebarán, los ojos del joven giraron un poco para observar un gran castillocar, con las armas de Sir Bel Amour Irascoratus, que se movía lento en el cruce, cediéndoles, según el Código

del Honor, el derecho de prioridad. El viejo mecanoservus, mientras seguía a su amo, pensó que si no era elegido, tendría ocasión de ver colgar el escudo en losange de la doncella Guiomar le Percutens, que pronto cumpliría los diecisiete años. Este recuerdo reanimó sus ancianos circuitos. Sí; pronto colgaría ese escudo al lado del de Sir Agavance, indicando que allí había una doncella presta para hacer el amor y transformarse en dama, con el tratamiento de Lady, y cambiando el escudo en losange por otro ovalado, como a las señoras correspondía. Y si era elegido por Peter, no le importaba; bastante sería su felicidad con seguir al joven amo, ya caballero y con su título de Sir.

En la sala de armas, cuidadosamente aislada del exterior, sin ventana de ninguna clase para que los eventos que en ella se desarrollaban normalmente tuvieran un carácter más solemne, Apenato y Fidelis, mecanoservus del castillocar, habían retirado las mesas y ordenado las sillas junto a las paredes. Pendían de éstas suntuosas colgaduras de brocado, representando escenas de justas y combates. La de la derecha mostraba en vivos colores una lucha entre dos castillocar, con los nobles caballeros en los mandos de la terraza y las lanzas flamígeras llameando al viento. La de la izquierda representaba el hecho legendario que valió al caballero Sir La Cote Latipole el título de señor de la Rueda; la apertura de varios asteroides *cibi* que permanecían cerrados pertinazmente. Se veía en el brocado, claramente, al caballero en la cima de su castillocar, violentando con la lanza de garfios, hábilmente manejada, la puerta de acero de un asteroide. No se sabía bien si era un asteroide *cibi*, o un asteroide *combustionis*, ya que con adecuada honestidad, rayana en la más extrema delicadeza, el artista no había reproducido el interior de las murallas circulares. Los cronicones decían que se trataba de asteroides *cibi*, y así debía ser. Por otra parte, el ángulo inferior izquierdo del tapiz mostraba una pequeña pila de cajas de cartón, botes de conserva y guirnaldas de sobres de plástico, con alegres leyendas explicando su contenido; de forma que la alusión resultaba clara hasta para el más lerdo.

Los dos mecanoservus, Apenato y Fidelis, habían preparado la pequeña tarima desde donde Sir Agavance iba a impartir la nueva dignidad, y el almohadón de terciopelo púrpura donde el joven Peter debía arrodillarse. En una consola, igualmente cubierta de terciopelo, reposaba la espada láser de Peter, a la que éste había bautizado *Old Edsel*, por consejo de Mágico. Durante un instante, Peter pensó viéndola, que le hubiera gustado mucho llamada Excalibur. Su aventajada conciencia borró rápidamente ese blasfemo pensamiento, casi increíble en un joven de noble nacimiento y destacadas dotes. Sólo el mítico Rey Arturo tenía tal espada, y solamente él podía haberle dado tal nombre. Con reverencia, Peter hizo el signo de guerra, pidiendo perdón desde lo más hondo de su alma por un pensamiento tan pecaminoso.

Fidelis estaba preparando también la conexión del transmisor, con el cual, a través de las palabras pronunciadas por Sir Agavance, debía cerrarse la ceremonia.

Hubo un ligero choque que hizo temblar todo el castillocar. Fidelis quedó quieto durante un par de segundos, escuchando en su interior una retransmisión de onda corta.

—Mi señor —dijo después, dirigiéndose a Peter con voz llena de respeto—. Han llegado tus primos Sir Belcarrere de Adange y Lady Demulcella Espidinous, junto con sus honorables hijos y sobrinos... Han conectado su magnífico castillocar con el de vuestro dignísimo padre, y avanzan a través del pasillo central.

Como de costumbre, no fue preciso que Mágico recordase a Peter lo que la etiqueta imponía. No se consideraba correcto que el neófito esperase a los invitados en la sala de armas, su aparición debía efectuarse en el último momento, cuando todos estuvieran reunidos.

—Vámonos, Mágico —dijo Peter—. Acompáñame a la terraza; veremos desde allí cómo van llegando todos.

—Como tú mandes, amo.

Una escalera de caracol, oculta de momento por un pesado tapiz de seda, ascendía a la terraza del castillocar. Sintiendo en su rostro el fresco aire del amanecer, Peter caminó hacia la proa, y se inclinó sobre la barandilla de metal. Abajo, el firme gris de la amplia calzada corría suavemente, a cuarenta por hora, bajo el chato frente almenado del vehículo, mientras las grandes ruedas giraban sin cesar. Se sintió feliz. Aun cuando dentro de unas horas sólo tendría un patito a su disposición, algún día, en el futuro, sería dueño de un castillocar tan grande como éste, o quizá más, tal vez como el de Sir Sagrivan le Miraculous, el caballero más feroz y temido de todo el reino. A través del blindado y transparente parabrisas vio la figura plateada del mecanoservus Mansuetudo, atento a los mandos y presto a cumplir matemáticamente los preceptos del Código del Honor.

Se volvió hacia atrás, dejando que el ligero viento de la marcha azotase su dorado cabello. Mágico, un tanto preocupado por su seguridad, estaba aferrado con sus manos de metal a la almenada barandilla. Observó el centro de la terraza, donde se alzaba el cuadro de mandos de duelo y el brazo articulado que manejaba la lanza flamígera, ahora en reposo y plegada a un costado del castillocar. También su patito, conseguido lentamente, ganando torneos de neófitos, ayudando en la cocina y en las reparaciones, tenía este mismo mecanismo, si bien no de tanta envergadura.

Oyó un rugir sordo, y otro castillocar, un poco más pequeño que el de su padre, adelantó correctamente por la izquierda, haciendo sonar ligeramente el cuerno de caza. Apenas pudo distinguir los escudos, pero vio que había dos en losange y uno ovalado, aparte del correspondiente al caballero del castillocar, lo que indicaba claramente que había dos doncellas vírgenes y una dama que deseaban los favores

amorosos de un buen caballero. Sintiendo una ráfaga de ternura, Peter se llevo la mano al corazón, imaginando a las doncellas hermosas y jóvenes, y a la dama más madura, pero también muy bella, y con más experiencia en ese tipo de lides.

Un sonar plateado de trompas heráldicas advirtió la aproximación de otro vehículo. Ya eran varios los adheridos a la trasera del de Sir Agavance, dejando libre al patito, que corría rebotando sobre sus seis ruedas. Éste que se acercaba ahora debía ser el del último invitado, Sir Flemontan de la Caisserie, sus hijas y sobrinos, ya que milady le había dejado unos meses antes para llevar su escudo al castillocar de otro caballero. El hecho había sido comentado con alegre animación y no menos buen estilo por todos los caballeros, y el mismo Sir Flemontan mostró un innegable espíritu deportivo afirmando que se hallaba muerto de dolor y que amaba a Lady Abiegna Confer zu Male más que nunca. ¡Oh, sí! Incluso sus dos hijos mayores eran de ella... jamás podría recuperarse de tan enorme sufrimiento...

Seguro que en este instante todos los caballeros y damas, admirablemente ataviados, trotaban jubilosamente por los corredores centrales, conectados entre sí, para llegar a la sala central del vehículo de Sir Agavance. Mientras tanto, todos los demás, unidos unos a otros, formando un tren nobiliario, corrían lentamente por la Avenida Orión.

Mágico levantó la brillante cabeza.

—Están todos ya, mi señor. Sir Agavance y Lady Rowena presiden la reunión, y se han servido las primeras bebidas. Mi amo, recuérdalo: paso firme y sereno, la mirada altiva y noble; el gorro de caballero en la mano izquierda.

—Vamos, Mágico.

Por esta vez, no le había llamado «viejo». Era indudable que, a pesar de sus grandes virtudes, el joven Peter estaba algo nervioso.

Cuando entró en la sala de armas, después de dar un rodeo para hacerlo por la puerta principal, el discreto bordoneo de conversaciones se detuvo. Pudo ver una cincuentena de rostros amables vueltos hacia él, destacándose las caras admiradas de sus hermanos menores, llenas de asombro ante el hecho de que el bueno de Peter fuera a transformarse en Sir y marcharse para siempre. También vio el rostro ávido y lleno de sensualidad de su primita Acu Pingente la Espidinous, que exhibía sus marfileños senos casi por completo en el gran escote del traje de brocado. Con la cortesía más elemental, dirigió una salaz mirada a los bonitos pechos, siendo recompensado por una sonrisa de la muchacha, y un gesto animador del padre de ella, su tío Sir Belcarrere. Mientras avanzaba pausadamente por la alfombra escarlata, oyó un par de comentarios sobre lo atinada y exacta que había sido su mirada de deseo, y en el fondo de su alma se felicitó por haber sabido darle la dosis de procacidad correcta.

Sir Agavance, vestido de armadura, desenvainó su gran espada.

—¿Quién eres? —preguntó, con voz tonante.

—Mi nombre es Peter, señor, y soy vuestro hijo. De vos y de Lady Guenever de Bramante.

—¿Dónde está tu madre?

—Murió, señor. Reposa en el asteroide *tumuli*.

—¿Quién te presenta?

Todos los caballeros presentes desenvainaron simultáneamente sus tizonas, con ruido rechinante. Como de costumbre, Sir Danimor de Irande fue el último en hacerlo. Dado a las crónicas, la literatura, la historia y las letras, olvidaba con frecuencia tener a punto los mecanismos. Al mismo tiempo, un coro de voces varoniles gritó:

—¡Yo! ¡Yo lo presento! ¡Yo lo amparo! ¡Yo lo apoyo!

Las lágrimas estaban a punto de saltar de los ojos de Peter, al ver la singular unanimidad con que todos sus familiares y amigos le secundaban. Pero recuperó su seguridad y avanzó un paso más, tal como la etiqueta prescribía, quedando al lado del cojín de terciopelo.

—¡Detente! —ordenó Sir Agavance, con fingida fiereza—. Si avanzas, mi espada te lo impedirá.

—No puedo discutir con vos, señor, ya que no tengo espada.

Las palabras habían sido pronunciadas con la dosis justa de atrevimiento y humildad. Hubo un rumor de admiración en la asamblea.

—Te daremos una espada, muchacho. ¿Alguno de estos caballeros quiere dártela?

Sir Danimor de Irande era el que estaba más cerca; así que fue él quien tomó a *Old Edsel* de su nido de terciopelo y la tendió a Peter.

—¿Te basta con eso, muchacho?

—No es bastante, señor. También necesito un nombre.

—¿Y lo has elegido? Si no es así, retírate; y si lo es, y puedes defenderlo con tu trazo, dínoslo.

—He elegido el nombre de Pertinax, Sir.

Hubo un instante de silencio. Era un nombre poco conocido y a muchos les sorprendió. Sir Agavance ya lo sabía, de manera que continuó con la ceremonia.

—Está bien; será un hermoso nombre siempre que sepas defenderlo con honor. Toma tu espada —Sir Danimor de Irande la entregó a Peter, quien la ciñó a su cinto— y yo, ahora, te nombro —Sir Agavance tocó ligeramente con la hoja de su espada el hombro derecho, luego el izquierdo, y nuevamente el derecho del joven arrodillado ante él—, te nombro Sir Pertinax le Percutens. Cúbrete y álzate, caballero, y escuchemos a su majestad.

En el fondo de la sala, el mecanoservus Fidelis hizo un gesto indicando que la conexión con el Rey Arturo estaba establecida.

—Señor —dijo Sir Agavance, respetuosamente—. ¿Aceptas el nombramiento? ¿Aceptas la investidura? ¿Aceptas el nombre?

Durante unos instantes, mientras todos esperaban ansiosamente, se oyó solamente el rechinar del transmisor, y algún parásito. Después resonó en todo el ámbito de la sala la voz majestuosa y firme, la voz maravillosa y paternal de su majestad Arturo Pendragon.

—Acepto, acepto, acepto —dijo por tres veces—. Tu nombre, Sir Pertinax le Percutens, está ya inscrito en el Registro de Nobleza. Puedes levantarte.

Con un chasquido, la comunicación se cortó. Las fuertes manos de los caballeros cayeron con sonido sordo sobre los hombros del flamante Sir Pertinax le Percutens, golpeándole amablemente para hacerle ver su satisfacción. Con displicencia algunas, con goloso deseo en los ojos otras, las damas y las doncellas se acercaron a darle el beso de ritual en la boca, aun cuando el de su prima Acu Pingente pecó de cualquier cosa menos de formalidad oficial.

Apenato, Fidelis y Mágico servían buena cerveza en jarros de peltre, y pasaban bandejas con grandes bocadillos de carne. Al principio, las damas y los caballeros se limitaron a comer a boca llena y a tragar grandes tragos del dorado líquido alcohólico, comentando la ceremonia sin más requilorios; lo bien que había estado, lo sonora que era aún la voz del anciano Sir Agavance, lo musculosas y esbeltas que eran las piernas de Sir Pertinax, y lo estupenda que estaba la cerveza.

—Si tuvieras algo más que un patito —dijo Acu Pingente, mirando a su primo con ojos de fuego— puedes estar seguro de que mi losange de armas colgaría al lado del tuyo.

Sir Belcarrere lanzó una gran carcajada al oír las palabras de su hija.

—¡No le hagas caso, muchacho! —había bebido ya tres pichelos de cerveza, y eso se notaba en su voz tartajosa. Pero aun así, como era un noble de buena cuna se dio cuenta prontamente de su error—. Te ruego me disculpes, Sir Pertinax. No quise ofenderte.

—No hay ofensa en la amistad —contestó, suavemente, el nuevo caballero, apoyando con elegancia la mano derecha en el pomo de ágata de la espada *Old Edsel* — cuando con boca veraz te trata con confianza y te dice la verdad. Haces bien Sir Belcarrere, en hablarme como a un niño, pues aún no soy más que eso, ante esta hermosa beldad.

Un murmullo de admiración recorrió las filas de la concurrencia. Era evidente que Sir Pertinax no sólo prometía ser valeroso, sino que también estaba lleno de ingenio. Sir Agavance reventaba de satisfacción.

—No me has dicho, hijo mío, qué mecanoservus quieres llevar té.

La cuestión no era importante para los invitados, aunque sí lo era, y mucho, para los mecanoservus. Aunque ninguno de los asistentes se fijó en ellos, Apenato, Fidelis

y Mágico interrumpieron unos segundos su apresurada tarea de servir espumeante cerveza y sangrantes filetes. La bandeja de plata labrada temblaba visiblemente en las manos bronceadas del viejo preceptor. Pero la mirada de Sir Pertinax le Percutens se fijaba en él con dulzura no exenta de firmeza.

—Padre... ¿a quién he de elegir sino a Mágico? Él me ha guiado durante mi vida y me ha enseñado los Códigos y Manuales. Permite que lo lleve conmigo al patito, y que continúe a mi lado cuando éste se transforme en castillocar.

—Es viejo, hijo mío. Comienza a estar oxidado.

—Aun así, padre. Confío en que pronto habrá otro mecanoservus virgen, a su lado, que le ayude en los quehaceres de la vida.

—Si tú lo quieres, hijo mío, así será. ¿Has oído, anciano Mágico? Seguirás a Sir Pertinax más tarde y le servirás fielmente, como has hecho conmigo, siervo noble y bueno. Recibirás por tus servicios una placa de oro, que podrás soldar en tu pecho, donde diga: *Intimus consiliis eorum*, confidente de sus secretos, y que así sea para con mi amado hijo.

Si un mecanoservus hubiera podido llorar, las lágrimas habrían anegado los sensores ópticos del viejo Mágico, no sólo por el goce inesperado de poder seguir a su joven amo, sino por el honor dispensado por Sir Agavance, máximo que podía concederse en esta tierra a un mecanoservus. Pocos conocía que tuvieran derecho a llevar en el pecho la placa de oro; el del legendario Sir Sagrivan, el de Sir Lancelote le Fay, y alguno más. Esto, pensó el viejo preceptor mecánico, no era más que una premonición del brillante futuro que sin duda aguardaba a Sir Pertinax.

Acu Pingente había vuelto al ataque, adosándose a su primo como la hoja de un libro a la siguiente, y rodeándole la cintura con los brazos, mientras los levantados pechos se clavaban audazmente en el torso del joven.

Sir Belcarrere estaba borracho casi por completo, y sus frases lo indicaban con claridad.

—No le hagas caso, Sir Pertinax, no le hagas caso. Te aseguro que será como su madre, Lady Demulcella... Al principio muy ardiente y muy bien, pero luego le coges un miedo al tálamo verdaderamente espantoso... Un caballero tiene sus límites, ¡pardiez! Y ha de guardar sus fuerzas para el camino y la justa... no todo han de ser combates entre las sábanas...

Lady Rowena sonrió grácilmente, sin hacer comentarios, ya que Sir Danimor estaba besándole los hombros, los cuales, sin género de dudas, eran los más blancos y marfileños de todas las damas y doncellas presentes.

Sir Danimor de Irande levantó la cabeza de tan agradable ocupación para decir:

—Todo es preferible a la desgraciada suerte de Sir Flemontan, privado de las gracias de Milady Abiegna Confer...

Sir Flemontan, que tenía en una mano un gran trozo de carne asada, con la grasa

chorreando sobre sus vestiduras recamadas, y en la otra un pichel de cerveza, asintió con rostro apesadumbrado.

—Así es —dijo, con la boca llena, intentando hacer pasar sus palabras a través de los trozos de carne a medio masticar—. Así es, damas y caballeros, doncellas y niños —puso su mano, con tristeza sobre la cabecita de Brian, el hermanito de Sir Pertinax, que, con sus nueve años de edad, prometía verdaderamente, ya que estaba bebiendo cerveza como una persona mayor, y cuando le era posible, levantaba las faldas de las doncellas—. Así es, os repito. Os aseguro que Lady Abiegna Confer era la dama más maravillosa que podáis imaginar... Creo que muchos de los presentes habéis tenido el honor de compartir el tálamo con ella, y por eso no es preciso que os diga que tenía las caderas más redondas y suaves que imaginarse pueda... Como todas las damas y doncellas presentes —añadió, apresuradamente, al ver algún mal gesto en los ojos de ciertos caballeros muy enamorados—. Como todas, así es. Pechos de gacela, pezones de rubí y una suavidad digna de su clase en todo ello... Envidio al noble caballero que ahora la disfruta y le deseo mil felicidades.

En realidad, todos sabían muy bien que Sir Flemontan estaba harto de Lady Abiegna Confer, y que todo esto lo decía por quedar bien. También se decía que cuando la dama había trasladado su escudo de armas al castillocar de su nuevo caballero, Sir Flemontan y un par de caballeros íntimos habían celebrado el suceso bebiendo hasta la inconsciencia y dedicándose a utilizar los garfios de pillaje en los vehículos que les adelantaban. Pero todo esto no pasaban de ser meras hablaturías; la postura de Sir Flemontan, aparentando sentir un terrible dolor, y comentando con voz llorosa la forma en que la dama hacía el amor, era la única correcta en este caso.

—Si recordáis bien, buen señor, todo eso de las estrecheces y las ondulaciones —dijo la joven doncella Parcimon en Penna le Evellinor— podrías explicármelo a mí. Estoy dispuesta a llevar mi losange a vuestro móvil.

Era una modernista. Los jóvenes usaban ahora la palabra móvil, en vez de decir castillocar o vehículo, que era lo clásico, y por tanto, lo aceptable. Pero Sir Flemontan, que al parecer había tenido bastante con su última experiencia, supo salir del paso con donosura.

—Cuando queráis, hermosa doncella —respondió, lanzando una libidinosa mirada, claramente fingida, a los encantadores muslos de Parcimon en Penna, descubiertos hasta la cintura por un corte en la falda de raso borra de vino bordado en oro—. Observo un torneado muslo, y aunque no veo el otro, no dudo de que entre los dos tenéis un tesoro de virtud. Si estáis dispuesta a ayudarme, seré vuestro esclavo. Sólo tengo un mecanoservus, y está muy estropeado ya. Apenas funciona. Hablaremos más tarde, bella joven.

Parcimon en Penna sabía perfectamente cuando era rechazada, de manera que no insistió.

—¿Me llevas o no me llevas? —dijo Acu Pingente, despegando su boca roja de los labios de Sir Pertinax—. Aunque sea al patito... nos arreglaremos como sea. Tengo ganas de cambiar el losange por un óvalo... lanza mía, mi amor.

—Que no, muchacho, digo Sir Pertinax —respondió Sir Belcarrere, antes de derrumbarse, completamente beodo, sobre un canapé de seda guateada.

La fiesta estaba llegando a su final. Casi todos los caballeros estaban bebidos por completo, y las damas, muy enfadadas porque nadie les hubiera hecho unas proposiciones suficientemente deshonestas, y que hubieran sido oídas por todos. Alguna anciana, al fondo de la sala, clamaba con voz cascada contra estos tiempos de degeneración en que los caballeros preferían el alcohol a las mujeres y a un refugio oculto y caliente.

—No te puedo llevar, Acu Pingente —dijo Sir Pertinax—. No cabemos los dos en el patito... sólo tiene lo justo. Pero te prometo por lo más sagrado, por mi honor, por el de mi padre, por mi espada *Old Edsel*, por el mismo Rey Arturo, que en cuanto haya conseguido añadir piezas suficientes para formar un pequeño castillocar, te buscaré en todas las carreteras, y te haré mía.

Como tales promesas no valían ni el aire que costaba pronunciadas, Acu Pingente tuvo que aceptar como buena la contestación de su primo, y comenzar a pensar en otro caballero a quien sus gracias corporales resultasen más atractivas. ¡Lástima que las mujeres no pudieran poseer castillocar, y utilizar la lanza flamígera! Porque de ser así, las cosas iban a cambiar mucho.

Sir Agavance lanzaba la comunicación ritual a todos los patitos y castillocar en circulación:

—*Equites: annuntio vobis gaudeam magnum; habemus novus eques, qui sibi nomen imposuit Sir Pertinax le Percutens...*

Los mecanoservus de las familias visitantes acudían a recoger los borrachos y los residuos del banquete. A Lady Rowena, que también había acabado bebiendo demasiada cerveza y que estaba intentando arrancarle las ropas a Sir Danimor de Irande, tuvieron que sacarla entre dos de los mecanoservus, gritando y entonando a voz en grito delicadas canciones obscenas. Sir Flemontan, muy sereno, ya que sólo se tambaleaba un poco, estrechó la mano del nuevo caballero, y le hizo don de una letrilla báquica que había escrito aquella misma mañana.

—Continúa solo, Sir Pertinax —susurró en voz muy baja—. No te metas con éstas... no hay quien las aguante. ¿Sabes? Lo mejor del mundo, bebida y amigotes... nada más.

Acu Pingente le regaló un frasco de esencias que ella misma había destilado, y se marchó, con un gesto muy poco amigable. Sir Danimor de Irande, con las ropas desgarradas, le entregó un poema sobre pergamino, ilustrado con capitulares de oro y cuidadosamente miniado.

—Empleé tres mañanas en hacerlo, en plena Avenida de Betelgeuse, cuando el viento soplabá y arreciaba la lluvia.

De Parcimon en Penna vino una copa de estaño, con estrigilas labradas, torneada con cuidado, y de Sir Belcarrere, una pequeña daga, forjada con un taqué de acero al cromo, con puño de esmaltes y una perla en cada gavián. Todos estos regalos, puramente simbólicos, debían haber sido hechos o fabricados por el donante, porque si no, carecían de mérito alguno, ya que el recogerlos en un asteroide *partis* hubiera constituido un gravísimo insulto.

La cerveza comenzaba a surtir sus efectos en el nuevo caballero, a quien costaba verdadero trabajo mantenerse en pie. Durante unos momentos pensó en dejarse caer al suelo, y fingir una embriaguez total, de la misma manera que su hermanito Brian, que yacía bajo una mesa taraceada, con un trozo de enagua en las manos. Pero sentía una gran ilusión por terminar la ceremonia por completo, de manera que hizo un esfuerzo de voluntad y continuó en pie. Mágico, a su lado, apoyó ocultamente una de las manos de bronce en la joven cintura, de manera que su amo pudiera aparentar una apostura y resistencia al alcohol, que como joven que era, no tenía aún.

Fidelis se llevó al dormido Brian, que rugía suavemente, exhalando a través de los aññados labios, un lento borboteo de cerveza mal digerida.

—Marcha, Mágico —dijo Sir Agavance—, y recoge las cosas de tu nuevo señor.

El anciano mecanoservus no se movió.

—Haz lo que mi honorable padre te dice, Mágico —dijo Sir Pertinax.

Mágico inclinó la brillante cabeza y salió con suavidad de la habitación. Apenato marchó a sustituir a Mansuetudo en los mandos del castillocar, y a poco apareció este último, que se dedicó, silenciosamente, a recoger picheles de cerveza y restos diversos.

—Toma asiento, hijo —dijo Sir Agavance, con voz conmovida—. Antes de que marches, quiero darte unos consejos, si es que quieres oírlos.

—Mal hijo sería, señor, si no escuchase vuestras palabras con el respeto y devoción que os es debido, y no comprometiera vida y honor en ponerlas en práctica.

—Eres un buen hijo, Sir Pertinax —dijo el anciano—. Tomaré otro jarro de cerveza, Mansuetudo... ¿No me acompañas, hijo? Bien, si no lo deseas, sea como tú quieres... Escucha, joven caballero. Ahora te ves como una persona distinta, con tu gorro de enjoyelado airón ondeando el viento, y tu espada *Old Edsel*, aún virgen de sangre, pendiente al costado. Tu patito te espera en el exterior, y tú piensas seguramente en hacer grandes hazañas que sean la admiración del orbe todo.

Sir Agavance bebió un buen trago de cerveza. Se sintió un lento roce, y el castillocar pareció correr algo más de prisa. Evidentemente el último de los vehículos de los huéspedes se había desenganchado, y todos ellos corrían a su antojo por las carreteras. Del exterior, a través de los muros, llegó un concierto de trompas, sonando

claramente cuando las familias visitantes les adelantaban.

—Mansuetudo, ordena al conductor que aumente a sesenta y cinco. Ya no es preciso que vayamos tan despacio. Como digo, Sir Pertinax, piensas seguramente cubrirte de gloria con hazañas nunca oídas. Todos lo hemos pensado así, y tú también... No voy a decirte que no; los años y el camino te enseñarán más que yo... Pero me voy a referir solamente a lo que yo haría con tu patito... Como sabes, es solamente la armadura, con seis ruedas, un habitáculo para ti, la cabina de mandos, y los dos motores gemelos, a fin de que cualquiera de ellos pueda mantenerte en movimiento... Dicen que Sir Sagrivan le Miraculous fue armado caballero y salió a la carretera con un solo motor... Protégenos, Arturo Pendragon.

Ambos, padre e hijo, hicieron devotamente el signo de guerra, pensando en la espantosa suerte que esperaba al que sólo llevase un motor, y por sufrir una avería, las ruedas del patito fueran perdiendo velocidad, y se viera obligado a dete... Ni la mente del padre ni la del hijo fueron capaces de completar la indecente palabra, sinónimo del máximo deshonor y de la muerte casi inmediata, si el caballero que sufriera tal deshonor sabía lo que tenía que hacer.

—Por ello, hijo mío, debes dejar las aficiones y los complementos para más tarde. En tu caso, procuraría conseguir primeramente otros dos motores más, para extremar la seguridad de tu patito... Tiempo habrá luego, cuando justes con adalides esforzados y nobles, de dotarle de sala de armas, habitaciones, terraza, biblioteca, sala de trabajos manuales, si es ése tu gusto, o bien laboratorio, estudio de pintura, *atelier* de escultura, o bien horno de cerámica... Los motores primero, hijo mío. ¿Sabes? Este castillocar tiene exactamente doce, de los cuales, en este instante uno está fuera de uso. Es igual. Cualquiera de los otros once sería capaz de mover él solo el vehículo, aun a bajo régimen, no deshonoroso, sin embargo. Esta noche, mientras tus hermanos y Lady Rowena duermen, Fidelis y Apenato lo repararán, y quedará así nuestro hogar en condiciones de máxima seguridad.

El buen caballero se detuvo un instante para apurar el último trago de cerveza. Se limpió los labios, cortésmente, con el dorso de la mano, y luego, con una finura que su propio hijo dudaba de tener algún día, enjugó la mano en el mantel de holanda de la mesa cercana.

—Tu hermano Glenarvan, porque ése fue su gusto, eligió la carrera de eclesiástico, en vez de ser armado caballero. Corre por esas carreteras con su minúsculo castillocar negro, con el escudo ochavado, mordido en la siniestra, y nuestras armas cargadas de una banda de sable. Respétale, si le encuentras. Hay follones que atacan a los prelados; no lo hagas tú, mi buen hijo; mantén siempre limpia la divisa de los Percutens. Por cierto que olvidé llamar al escriba para que levantase acta de tu nombramiento. Lo haré mañana, y te enviaré copia en la más bella vitela que pueda encontrar. Tráeme otra jarra, Mansuetudo, y acompáñala de

una buena loncha de buey, asada y sangrante como herida de amor... Amor... En cuanto a las doncellas y damas, hijo mío... ¿qué podría decirte yo? Has hecho bien en no acceder a las proposiciones de tu primita Acu Pingente; sólo un insensato colgaría un losange en su patito... Tiempo tendrás cuando poseas un verdadero castillocar, porque estoy seguro, hijo mío muy amado, que grandes cosas te esperan, y que tu castillocar será el más hermoso del universo... No desprecies, sin embargo, un sarao o recepción en el vehículo de cualquier caballero que lleve escudos ovalados o losanges colgados al arzón... Si es así, acepta la invitación, no te excedas en tomar cosas, y si lo haces, que sean de plata... En cuanto a damas y doncellas, tu propia naturaleza dirá lo que es preciso. Si alguna dama te solicita, no te niegues, porque demuestra no ser de buena cuna el que niega sus favores a la dama del castillocar en que está invitado, y puedes dar por seguro que el caballero se ofendería si no aceptabas y defendías en buena y amorosa lid tus facultades. No intentes violentar los asteroides, y cuando tu mente, llena de gloria, soñando sueños heroicos, quiera emprender la búsqueda del Grial, el Rey Arturo y la espada Excalibur, no resistas esa petición de la naturaleza, y corre por carreteras salvajes e inexploradas hacia el destino infinito, como otros lo han hecho antes que tú.

Mansuetudo había colocado ante su señor un enorme filete de buey, asado por fuera, reventando de sangre por dentro, así como el jarro de peltre con tapa cónica coronada por una quimera, señal de la alta nobleza de los Percutens, en el cual Sir Agavance, por no menospreciar a sus invitados, bebía solamente en familia.

—Temo que luego no voy a tener ganas de comer —dijo el anciano, hincándole el diente al grueso trozo de buey—. Nada más, hijo. No te despido. Ve; ve y triunfa.

Sir Pertinax, sintiendo que la habitación le daba vueltas, y que algo como un sabor ácido le subía a la garganta, hizo una torpe reverencia ante su anciano padre. Después, muy conmovido, salió de la sala de armas y tomó el pasillo central en dirección a la popa del castillocar. Allí, en la plataforma trasera de observación, le esperaba humildemente Mágico, presto a desenganchar el patito.

Miró su reloj. Eran casi las siete de la noche. A lo lejos, el sol se ponía, ocultando su disco rojo y deslumbrante entre un cúmulo de nubes transversales de azur y púrpura, con filos de sinople en las partes bajas. Presagiaban lluvia. El patito, grotesco y feo con sus grandes vigas de duraluminio que soportaban las seis ruedas, habitación y cabina en la proa, motores gemelos en el centro, corría apresuradamente detrás del castillocar de los Percutens, unido solamente por un cardan de acero. Una ligera pasarela de titanio esperaba que Sir Pertinax pasase a su nueva morada y abandonase para siempre el hogar paterno.

A Sir Pertinax le pareció que una música celestial descendía de los espacios eternos. Se arrodilló, y juntó sus manos.

—¡Oh, Rey Arturo! —dijo, emocionado—. ¡Ayúdame...! Seré un buen caballero,

lo prometo... y algún día, cuando los hados lo quieran, saldré en tu busca, y yo, yo, Sir Pertinax le Percutens, te encontraré...

—Amén —dijo, piadosamente, el anciano Mágico.

Después de eso, el nuevo caballero, asiéndose desmañadamente a las guías de titanio, pasó al patito. Mágico, con leve rechinar en sus junturas, le siguió y le ayudó mientras caminaba hacia el habitáculo. Allí encontró Sir Pertinax su cama y sus cobijas de seda, sus triunfos de neófito, y sus libros. Fuera, sobre las vigas de duraluminio, colgaban ya su escudo y un gran número uno, en sable sobre fondo de argén, indicando que éste era su primer año de caballería. Con extrema solicitud, Mágico le desvistió y le colocó en el lecho, cubriéndole amorosamente con la colcha de damasco. Después, con la máxima reverencia, situó a *Old Edsel* en el sillón frailuno de vaqueta, al lado de la fuerte diestra de su amo. Disminuyó las luces, hasta que fueron solamente un leve resplandor, y salió de la habitación. Comenzaba a gotear y el cielo estaba haciéndose negro. Potentes faros lucían a los largo de la carretera; incluso el mismo castillocar de los Percutens había encendido los suyos, las luces de posición, de un bello ámbar, y el piloto que iluminaba el escudo de Sir Agavance.

Sintiéndose tan feliz que parecía imposible serlo más, el viejo meanoservus entró en la cabina de conducción. Dio luz a los dos faros delanteros, al piloto que iluminaba orgullosamente el número uno y el escudo de Sir Pertinax, y a toda la constelación de luces amarillas y ámbar que indicaban claramente que aquello era un patito. Después, con suaves movimientos, ajustó la velocidad a la del vehículo que les arrastraba. Cuando sintió que el cardan perdía tensión pulsó los mandos adecuados, y la pasarela de titanio se retiró, los contactos troncocónicos de conexión del cardan se soltaron, y al mismo tiempo, el embrague del patito entró en funciones. Mágico disminuyó algo la velocidad, bajando a cincuenta a la hora... A lo lejos, las luces traseras del castillocar de Sir Agavance comenzaron a separarse y se perdieron en la lejanía. Con ancestral respeto dio Mágico la luz de cruce, y mantuvo la misma velocidad.

El patito, con su nuevo amo y su único meanoservus, corría tranquila y triunfalmente por la Avenida de Orión...

II

La aventura de Sir Pertinax con Sir Clangborne Le Evellinor y su visita al castillocar de Alte Fodale

Despertóse Sir Pertinax con un acusado mal sabor de boca, que hacía que la lengua le pareciera un trozo de madera, las sienes un puro dolor, y la existencia un vacío sin fondo. No se molestó siquiera en mirar la hora, puesto que carecía totalmente de importancia el momento del despertar; la hora exacta sólo tenía trascendencia en muy escasas ocasiones, como había sido la reunión del día anterior.

El patito, mal equilibrado aún, botaba desigualmente en las pequeñas ondulaciones de la carretera.

Sintió sed Sir Pertinax; una sed agotadora, agobiante, que secaba sus fauces reseca, y parecía que no podría ser calmada nunca con líquido alguno. Se dijo, in mente, que procuraría en lo futuro no abusar de la cerveza, pues si bien agradable al paladar y animadora en su momento, después traía estas molestas consecuencias. Y no sólo eso, sino que se notaba poco ágil, y con las reacciones acorchadas. Rogó en su interior para que no surgiera ninguna justa aquel día, ya que temía no estar a la altura de la fama que pensaba merecer.

En la mesilla de noche reposaba una jarrita de cristal de roca, limpiamente tallada con misteriosos caracteres cúficos, regalo personal del propio Sir Agavance, que llevaba el último año supervisando tan hábil trabajo, obra del mecanoservus Fidelis. Estaba llena de agua, y Sir Pertinax la bebió lentamente, dominando los vulgares instintos que le empujaban a tragarla de una sola vez. Aun cuando el agua estaba tibia, calmó en cierto modo la sed devoradora que le aquejaba, y más animado, se aprestó a levantarse y a vestir sus ropas de caballero.

Levantó las cortinas de raso que cubrían la única ventana de su habitación y observó la cinta gris de la carretera, pasando pausadamente bajo las ruedas del patito. Un castillocar lleno de flámulas y pendones, en cuya terraza los castellanos desayunaban pacíficamente, se cruzó a contradirección con su vehículo, y las dos trompas resonaron levemente, en un mutuo saludo de consideración y respeto.

Después de asearse, Sir Pertinax se ciñó al cinto la espada *Old Edsel* y salió al exterior. Entre el habitáculo y la cabina de mandos, donde el viejo Mágico había permanecido toda la noche, conduciendo el patito, había, solamente una estrecha plataforma de titanio, de un par de metros cuadrados, con una barandilla provisional. Más allá, hacia la popa, se extendían las dos largas vigas básicas del vehículo, con los grandes motores en el centro, y la robusta caja de cambios situada entre ambos. No era mucho por ahora, pero crecería con el tiempo.

Mágico inclinó la cabeza, respetuosamente, cuando su joven amo se sentó a su lado. Esto era una cosa que solamente sucedía en los primeros tiempos de un

caballero; más tarde, cuando habían concluido de edificar y poseían varios mecanoservus, los castellanos no volvían a aparecer en la cabina de mandos.

—Prepárame el desayuno, Mágico —dijo Sir Pertinax—. Café, viejo. Sobre todo, mucho café. Nada de comer. Conduciré yo un rato, mientras lo haces.

—Si mi señor lo desea, puedo conectar el piloto automático. Pero habremos de reducir a veinte a la hora... no es seguro a mayor velocidad.

—No voy a permitir que ningún deslenguado se ría de mí por ir despacio, Mágico. Obedece, que yo conduciré. Pero date prisa, quiero ese café cuanto antes.

El viejo mecanoservus dudó un instante.

—¿Un par de pastillas para el dolor de cabeza, mi amo?

Sir Pertinax sonrió. Su ancianidad permitía a Mágico tomarse ciertas libertades, como ésta. Asintió sonriendo aún, mientras observaba que el mecanoservus se había colocado ya en el bronceado pecho la placa dorada otorgada por Sir Agavance.

La carretera se abría amplia ante su vista, cuando quedó solo, con el gran volante negro entre las manos. Mantuvo fácilmente los setenta, sin querer aumentar más, pero su experiencia no era grande, aun cuando su voluntad fuera mucha. En este instante la ancha cinta gris, capaz para seis castillocar de buen calibre, se mostraba totalmente limpia, sin un solo vehículo a la vista. El día era nublado, y alguna gota de lluvia chocaba y resbalaba después por el parabrisas. Sir Pertinax colocó bien a *Old Edsel*, que le molestaba un poco, y continuó conduciendo.

A su derecha la calzada se ensanchó bruscamente en uno de los grandes espacios cercados, destinados a las justas que pudieran producirse ocasionalmente. Estaba libre, aun cuando probablemente había habido poco antes un combate, ya que el suelo estaba cubierto de trozos de chapa y menudos fragmentos, como un puñado de joyas arrojado desde el aire, de cristal inastillable.

Pasaban a su lado los postes kilométricos, indicándole que se encontraba en la Avenida Orión y que estaba en el punto 3115. Sabiendo, como era su deber, el Libro de Rutas, conocía de memoria los desvíos principales e incluso las carreteras salvajes. Poco más adelante había una de éstas. La alcanzó en cuestión de segundos, y sólo tuvo tiempo de lanzar una ojeada a la estrecha pista, capaz todo lo más para un par de vehículos no muy grandes, que se hundía en la espesura del bosque. No prestó atención alguna, en cambio, a los enormes árboles y a la muralla de roca ocre que se alzaba más lejos, recortándose sobre el cielo cubierto de nubes.

Mucho tardaba Mágico en traer el café. Era posible que la diminuta cocina no funcionase bien. Se trataba del último implemento conseguido en un asteroide *partis*, y debido a su ansia por ser armado, se había conformado con un modelo de calidad inferior, que requería menos puntos honoríficos.

Había una rasante en lontananza, y Sir Pertinax se ciñó a su derecha, disminuyendo algo la velocidad. El patito coronó sin esfuerzo la ligera cuesta, y tomó

una marcha más rápida al iniciar el descenso. El caballero pudo ver claramente, gracias a la ligera elevación, cómo la cinta gris de la carretera se extendía a lo lejos, sobre una gran llanura, sostenida a unos metros de altura sobre la despreciable tierra por medio de gruesos pilotes de hormigón. A un kilómetro, aproximadamente, corría otro vehículo en su misma dirección, y muy lejos, casi indistinguible, había una gran pista de duelo.

—El café, señor. ¿Tomo los mandos?

—No; espera. Después de que adelantemos a ese otro caballero.

Su mano izquierda fue suficiente para sujetar el pesado volante mientras con la otra tomaba las dos pastillas de analgésico, y alzaba la jarra de gres llena de humeante café. Sintió el alivio casi de inmediato, cuando el ardiente y negro líquido cayó en su estómago. Sacudió despectivamente unas cuantas gotas que habían caído en la sobreveste de lino bordado. Estaba ya muy cerca del otro vehículo, y pudo ver que era otro patito. Tenía ocho ruedas, en vez de seis, y tres motores. Aparte del habitáculo y la cabina, el caballero propietario del mismo había conseguido ya una nueva célula habitable que había colocado en la popa, con lo cual el vehículo ganaba mucho en estabilidad, sobre todo en las curvas. En los costados campeaba un gran número uno de sable, sobre fondo de argén, lo mismo que en el de Sir Pertinax. Pero el escudo que acompañaba esa cifra era tremendamente presuntuoso. Era cuartelado en sotouer, y traía jefe de sable, diestra de argén, punta de sable y siniestra de argén, cargado con tres hachones fajeados, con timbre de yelmo y lambrequines. En un listel de carnación, la leyenda *Semper securus*.

Se mantuvo a una respetuosa distancia, según lo prescrito, mientras devolvía el jarro de porcelana a Mágico.

—Mira el Registro, viejo. Parecen las armas de la casa Evellinor, pero debe ser una rama lejana.

Al mecanoservus no le hacía falta abrir ningún libro para responder a la pregunta de su joven amo. Le bastaba con ponerse en contacto, por onda corta, con el mecanoservus del otro patito.

—Se trata de Sir Clangborne le Evellinor, de veintiún años de edad, y pertenece a una lejana rama de parientes de la doncella Parcimon en Penna. Pero no hay relación familiar alguna, mi señor. Sir Clangborne se halla al final de su primer año. Vos estáis sólo al principio.

Esta última observación, totalmente innecesaria, traicionaba de sobras la preocupación de Mágico ante la posibilidad de que su señor, un tanto malparado por la celebración del día antes, y aún carente de experiencia, quisiera justar con el otro caballero.

—Quédate tranquilo, viejo —dijo Sir Pertinax—. Hoy quiero tener un día de reposo... no buscaré pelea, si no me provocan. No obstante, tendré que adelantarlo.

Va muy despacio...

—¿Tomo los mandos?

—¡No! ¡Silencio, malandrín!

Esto ya era demasiado. Se hacía preciso, a veces, imponer la disciplina a los mecoservus, cuando su edad o su relación con el amo les hacía demasiado atrevidos.

Dio el intermitente izquierdo y tocó suavemente, durante un corto espacio de tiempo, la trompa heráldica. Después, confiadamente, comenzó el adelantamiento. Nadie había a la vista en el lado izquierdo de la carretera, y la visibilidad era perfecta a lo largo de más de quinientos metros. Aceleró ligeramente, pasando a noventa a la hora, para acortar el período de adelantamiento, y en un par de segundos había sobrepasado al otro patito, que apenas pasaba de los treinta y cinco. Después, una vez separado por la distancia de seguridad, derivó suavemente hacia su derecha. Se levantó del asiento, con un suspiro.

—Toma los mandos, Mágico. Y no te enfades. Hay veces en que incluso un caballero debe levantar algo la voz.

Mágico no contestó; se limitó a tomar el volante y a mirar son sus sensores ópticos hacia delante. Estaba dolido por el tono que su joven amo había utilizado con él, aun cuando en el fondo de su sistema de control central reconocía que se había excedido en sus atribuciones.

—Continúa, viejo. Me dedicaré el resto del día a componer una oda en honor de mi dama, Entenza la Cordiale. A media tarde, entraremos en el asteroide *cibi* que se encuentra más próximo. Necesitamos alimentos.

Mágico calló. Sabía perfectamente que Entenza la Cordiale no existía. Como de costumbre, y tal como la inmensa mayoría de los caballeros jóvenes hacían, Sir Pertinax se había inventado una dama de sus pensamientos mientras no tuviera una real. Si no, caso de tener que forzar a otro caballero a rendir pleitesía, no hubiera tenido donde enviarlo.

Apenas el joven caballero se había sentado en el habitáculo, tomado vitela, pluma y tintero, y comenzado a pensar el pie que utilizaría para la composición, llegó desde la cabina de mandos una asustada llamada del mecoservus.

—Sir... os llaman desde el patito que acabáis de adelantar. Está a nuestras espaldas, a no más de veinte metros.

—Mal caballero es ése —dijo Sir Pertinax—. A la velocidad que vamos, no debía haberse acercado a más de cincuenta. ¿Qué es lo que quiere?

—Primero, Sir, su mecoservus, un insolente casi virgen llamado Arminio, me ha solicitado vuestros datos. Tal como el código de honor establece, se los he dado. Después, ha dicho que Sir Clangborne solicitaba la merced de vuestra conversación.

Tal vez era una invitación a una buena jarra, o quizá el deseo de intercambiar

algunos epigramas o podría ser que simplemente buscase un rato de charla.

—Ponme con él de inmediato.

El chasquido de conexión resonó en el habitáculo.

—¿Tengo el honor de hablar con Sir Pertinax le Percutens?

—Así es, Sir. Y yo sin duda, estoy honrado con las palabras de Sir Clangborne le Evellinor.

—No lo dudéis, Sir. He de deciros una cosa, si vuestra paciencia lo permite.

—Me sentiré satisfecho de escucharas.

—Sir Pertinax, debo deciros que me habéis adelantado con suma incorrección. Sin duda vuestro mecanoservus no se halla en condiciones; revisadlo, si os place.

No dejaba de ser hábil en extremo Sir Clangborne, pensó el joven. O le obligaba a mentir, admitiendo que Mágico conducía, en cuyo caso su mentira sería conocida y comentada en todos los castillocar, ya que no era dudoso que el conductor del otro patito le hubiera visto a los mandos, o bien le obligaba a contestar que era él quien gobernaba el vehículo, lo cual llevaría, muy probablemente, a la primera justa de su vida. Pero en el alma de Sir Pertinax no cabía el temor; y por ello, no hubo duda alguna en su contestación, mientras comenzaba a levantarse para tomar, por primera vez, la armadura de combate.

—Debo deciros, Sir Clangborne, que al conductor no le es precisa ninguna revisión, puesto que quien guiaba mi pobre vehículo era yo mismo, y no mi mecanoservus.

Hubo un momento de silencio. O Sir Clangborne se disculpaba o... Pero era muy poco probable que un caballero que había adoptado un escudo tan recargado y fanfarrón retrocediese ahora.

—En ese caso, debo deciros, Sir Pertinax, que conducís muy mal.

—Me veo precisado a contestaros, noble señor, que mi adelantamiento fue perfectamente correcto.

—Vos no conocéis lo que es la corrección, y mentís como un niño.

—Y vos, Sir Clangborne, no seréis capaz de defender vuestras palabras como un caballero esforzado debe hacerla.

Otro momento de silencio. Sir Pertinax se había colocado ya las grebas, rodilleras y quijotes, y estaba endosándose la escarcela tipo tonel, que aunque entorpecía algo los movimientos, protegía mucho más que las ordinarias. No había olvidado extender sobre su piel una buena capa de unguento destinado a disminuir el efecto de las quemaduras y la infección de las heridas.

—Dudáis vanamente de mí, Sir Pertinax —retumbó al fin la voz de su adversario—. A no más de dos mil metros de distancia hay una pista de duelo, de la que, si es vuestro gusto, podremos servirnos.

—Allí me encontraréis, Sir Clangborne —contestó el joven mientras se colocaba

el almete—. Y no es preciso que hablemos más nuestras armas lo harán.

Afortunadamente había cuidado mucho la elección de la armadura, sabiamente aconsejado por Sir Agavance. Otros caballeros elegían una más ligera, que les permitiese esquivar con mayor facilidad los embates de la lanza enemiga. Pero Sir Agavance le había convencido de que era preferible un buen blindaje, aun cuando se perdiese algo de agilidad. Por eso la armadura de Sir Pertinax llevaba también una pieza casi caída en desuso: una espesa tarja de acero templado ahembrada al guardabrazos izquierdo. De forma de escudo, y con una resistencia enorme, era suficiente para soportar un ataque directo, simplemente con levantar el brazo, lo cual suplía sobradamente la pérdida de ligereza que implicaba el resto de las pesadas piezas.

Con un rugido, el patito de Sir Clangborne le adelantó de cualquier forma, sin respetar las distancias, y sin dar las luces adecuadas. Era evidente que el otro caballero estaba buscando pelea solamente por el deseo de ganar puntos honoríficos.

El sol había salido de entre dos nubes de un tono violetanegro cuando el patito de Sir Pertinax llegó a la pista de duelo. El vehículo de Sir Clangborne esperaba allí, dando vueltas muy lentamente, a no más de cinco, alrededor del gran espacio circular. El caballero enemigo estaba de pie en su diminuta terraza, cubierto con una armadura ligera, detrás del tablero de mandos de la lanza flamígera. Ésta, enhiesta sobre sus soportes aceitados, temblaba ligeramente, con la enrojecida punta alzada hacia el cielo, en virtud del impulso contenido de los servomotores de servicio.

Mágico no había dicho una sola palabra hasta entonces. Sabía perfectamente que en cuestión de justas, los mecanoservus debían limitarse a callar y a cumplir las órdenes de sus amos. Pero cuando el patito de Sir Pertinax entró lentamente en la pista de duelo, pisando con las grandes ruedas algún resto de cristal y alguna tuerca suelta, no pudo evitar el hacer uso de la palabra.

—¿Qué estrategia debo seguir, mi amo?

El joven se hallaba en su pequeña terraza de titanio, y acababa de establecer el contacto de la lanza.

—Un momento, mi buen viejo Mágico.

No; no estaba nervioso el joven señor, pensó el mecanoservus, al escuchar la voz juvenil y firme. Parecía hallarse tan tranquilo como cuando, niño aún, auxiliaba a su noble padre en las artes del hogar.

Sir Pertinax introdujo en el almete la borna que le permitiría dar órdenes al conductor. Después movió los controles de la lanza; ésta se alzó lentamente hacia el firmamento, mientras la punta iba enrojeciéndose en virtud de la carga de energía acumulada. Los largos brazos de metal que la hacían levantarse, girar y atacar, subieron al unísono, con fácil movimiento.

—Comunica a Sir Clangborne que estoy dispuesto, Mágico. Después, cuando

ataque, límitate a cruzarte con él. Las restantes órdenes te las daré según lo que suceda.

Sin duda la retransmisión se efectuó con facilidad y de forma inmediata, porque el patito de Sir Clangborne cesó en su movimiento circular, y comenzó a recorrer la pista, con velocidad creciente, hacia él. La lanza del caballero enemigo bajó, tratando de orientarse hacia un punto sensible; le pareció a Sir Pertinax que iba dirigida no hacia los motores, o las ruedas, sino hacia él mismo. Era, por tanto, un duelo a muerte.

Su lanza bajó también, pero desistió de encarada hacia la cabeza de su enemigo. Sus grandes dotes personales llegaban tan lejos como esto. Incluso en este momento de suma importancia, Sir Pertinax era capaz de ser generoso. Pensó que quizá si su lanza causaba un daño serio en el otro patito, fuera eso suficiente para conseguir que Sir Clangborne solicitase piedad y se rindiera.

Ahora corrían los dos vehículos desafortadamente uno hacia el otro, con las lanzas enarboladas en la parte interior de la carrera, las puntas arrojando llamas escarlatas. *Old Edsel* chocaba tranquilizadamente con las grebas cubiertas de esmalte ignífugo. Más cerca, cada vez más cerca. Cada uno de los dos caballeros, aferrado nerviosamente al cuadro de mandos, hacía leves correcciones en la orientación de las lanzas, y los obedientes brazos de metal, suavemente, subían o bajaban unos centímetros, a derecha, a izquierda, al centro. Rugían los motores brutalmente, dando de sí todo lo posible, y las exhaustaciones de popa arrojaban nubes de humo negro.

En un segundo transcurrió todo. La lanza de Sir Clangborne venía recta hacia él, como una condena a muerte. En el último instante, Sir Pertinax se echó hacia atrás, y la punta al rojo blanco con su turbante de llamas, rozó ligeramente la blindada tarja, fundiéndola en parte y arrojando goterones de metal derretido sobre las vigas de duraluminio... Al mismo tiempo, la lanza de Sir Pertinax rehuyó el cuerpo del otro caballero, bajó un poco, en virtud de un último toque al mando de altura, y se clavó francamente en el habitáculo trasero del vehículo de Sir Clangborne. Con una gigantesca llamarada, las frágiles paredes se hicieron pedazos, la cuadrada construcción se desintegró en mil negros fragmentos voladores, y los restos de una mesa de alfarero, juntamente con platos y cacharros esmaltados, volaron por los aires. La afición de Sir Clangborne, su *hobby*, acababa de ser destruido.

—¡Gira y vuelve, Mágico! ¡Gira y vuelve!

Chillaron las seis ruedas al tomar una curva cerrada para enfrentarse de nuevo al patito de Sir Clangborne. Lo mismo hacía este último, pero su giro, en virtud de su par de ruedas supletorio, sus tres motores, y el contrapeso que aún representaba la destruida caseta, había sido mucho más rápido. Cuando Mágico concluyó la vuelta, el vehículo enemigo corría ya velozmente hacia ellos, con la lanza apuntando amenazadoramente hacia Sir Pertinax.

Escuchó éste gritos de ánimo. Un tercer vehículo, un gran castillocar con torres y almenas, entraba en este momento en la pista de duelo, atraído sin duda por el singular combate. Aparte del escudo del caballero, dos losanges y otro ovalado colgaban al arzón, mostrando claramente quién ocupaba su interior. En la terraza, las tres damas, ataviadas con trajes multicolores, dos de ellas con hennines de alto cucurucho de los que pendían velos azules, y la tercera, la dama sin duda, con un escofión de raso verde, sobremontando su lindo rostro las dos protuberancias gemelas, agitaban pañuelos y lanzaban exclamaciones jubilosas, muy alegres al tener ocasión de contemplar una justa como aquélla. El caballero, con severo ropaje de seda bordeado de piel, bebía en copa de oro, contemplándoles con atención.

No tuvo tiempo Sir Pertinax de determinar a quién correspondían los blasones pendientes del castillocar. La lanza de Sir Clangborne estaba peligrosamente cerca, y los rugientes motores ensordecían el aire. Alzó esta vez su lanza Sir Pertinax, decidido ya a no conceder cuartel alguno. Hubo un choque monstruoso: las ruedas delanteras de ambos patitos se habían rozado, motivando una intensa oscilación de las lanzas. Sin embargo, la punta de la de Sir Pertinax rozó el costado de su enemigo, que se inclinó sobre el suelo. La de Sir Clangborne pasó como una hoz sobre el habitáculo del vehículo del joven, destrozando en un haz de chispas blancas parte del techo.

—¡Gira y vuelve, viejo amigo! —gritó el joven, sintiendo la sangre correr tumultuosamente por sus venas—. ¡Esta vez conseguiremos que rinda sus armas!

Las damas y el caballero del recién llegado castillocar seguían ansiosamente el enfrentamiento. Un mecanoservus de negro tono charolado les servía bebidas, mientras las señoras se inclinaban peligrosamente sobre el almenado pasamanos, mostrando blancas turgencias en sus amplios escotes.

Sin Clangborne se llevaba el guantelete al costado, donde su negro trazo mostraba la huella de la lanza de fuego. Pero su patito corría de nuevo hacia el joven con la popa lanzando llamas, incendiado el habitáculo trasero.

Endureció Sir Pertinax sus rasgos, y asió firmemente los mandos de la lanza, mientras Mágico, aferrado nerviosamente al volante, aumentaba al máximo la velocidad. Con rechinar de acero torturado, ambos vehículos volvieron a cruzarse, y mientras la lanza enemiga guardañaba inofensivamente el aire oloroso, la punta ardiente de la de Sir Pertinax atravesó el parabrisas de su enemigo y se clavó en el cuerpo metálico del mecanoservus conductor... Con un espantoso crujido la lanza se partió, quedando un trozo hundido en la proa del vehículo enemigo. Trozos de cristal, en mil minúsculos fragmentos, volaron por todas partes, reluciendo como joyeles bajo el sol. Una pequeña explosión y una llama azul surgieron de la cabina de mandos del patito de Sir Clangborne, demostrando eficazmente que el mecanoservus Arminio estaba destrozado por completo. Perdidos los mandos, el vehículo del

caballero pasó a automático y comenzó a rodar lentamente, en círculo.

—Retírate junto al castillocar, Mágico —ordenó Sir Pertinax.

Al llegar junto al vehículo de las bellas espectadoras, pudo observar Sir Pertinax que el escudo era entero, y traía en campo de sinople una cerrada mano de carnación. Conocía estas armas; eran, sin género de dudas, las de la familia Alte Fodale, famosa por el fuego de sus damas y doncellas. No obstante, pidió a Mágico que tomase contacto para saber con quién trataba. Mientras tanto, el patito de Sir Clangborne oscilaba lentamente a lo lejos. El caballero se retorció, medio caído sobre el cuadro de mandos, y el humo azul continuaba surgiendo a borbotones, del lugar que el mecanoservus destruido había ocupado.

—Sir, se trata de Sir Cicanous Alte Fodale, de Lady Sanguina de Foix, y de sus hijas, las doncellas Deliciola y Delirus. Todos ellos se interesan por vuestro estado, y os felicitan, pues creen que Sir Clangborne no tardará en rendirse. Si os es precisa, Sir Cicanous os ofrece su lanza.

—Respóndeles que me encuentro bien, y que pongo mi espada a sus pies, pero que Sir Clangborne no ha hecho todavía ninguna señal que permita suponer que se entrega.

—Hecho, Sir.

—En este caso, ataquemos de nuevo a Sir Clangborne.

—Alto, mi señor. Mirad.

Una flámula de seda blanca ondeaba en el garfio de pillaje del caballero enemigo, levantado apresuradamente.

—Ponme en contacto con él, Mágico.

—Lo estáis ya, Sir Pertinax.

—Lo celebro, Mágico. Supongo que me escucháis, Sir Clangborne. Permitidme que os felicite por vuestro valor sin par, y que me sienta satisfecho de haber justado con vos.

La voz de Sir Clangborne sonaba dificultosamente en los auriculares del yelmo del joven, y casi podían palpase los espasmos de dolor del vencido.

—Sois noble y generoso, Sir Pertinax. Vos sois el valeroso. Vuestra habilidad es mucha, y pongo mi espada a vuestra disposición.

Llegaba ahora la parte más interesante de la justa. Mientras el castillocar giraba lentamente, seguido del patito del joven, el otro patito caminaba torpemente, con una rueda ligeramente torcida.

—¿Os bastarán cien puntos, Sir Pertinax?

—Permitidme que os diga que esa suma es indigna de vuestra alta nobleza. No menos de doscientos, Sir, ya que nos hemos embestido tres veces...

—Pero doscientos puntos, Sir —gimió la voz dolorida de Sir Clangborne— es el rescate de un Rey... Con ciento cincuenta habéis bastante para una habitación en la

popa, e incluso os sobrarán para reparar vuestra armadura...

—Doscientos, Sir Clangborne, y no creo que un combate como el nuestro merezca menos. Me sentiría ofendido de nuevo, y os aprecio como adversario esforzado y noble.

—Sea —dijo la voz cansada del caballero—. Doscientos puntos. El Rey Arturo sea con vos, generoso señor.

—Él os acompañe, valiente Sir Clangborne.

Mientras el patito continuaba girando lentamente tras el castillocar de Alte Fodale, el vehículo de Sir Clangborne le Evellinor, dirigido por su amo desde el cuadro de mandos superior, volvió a salir a la carretera y se perdió en la lejanía, dejando tras sí columnas mezcladas de humo negro y azul.

—Comunica el rescate, viejo Mágico, para que podamos disponer de lo que mi deseo determine. Por cierto, que he olvidado una cosa. Ponte en contacto de nuevo con Sir Clangborne.

Pronto resonó la voz de éste, disminuida por la distancia, en los oídos del joven.

—¿Qué queréis ahora, Sir Pertinax?

—He olvidado pedirlos que os pongáis a los pies de mi dama, Lady Entenza la Cordiale, y pregonéis ante ella que soy su más fiel siervo, y que la amo con profundo amor.

—Lo haré, Sir, no lo dudéis.

Naturalmente, aquellas palabras no significaban nada, ni Sir Clangborne se iba a molestar lo más mínimo. Bastante tendría con curar sus heridas y reparar sus desperfectos, incluso efectuando labores manuales para otro caballero.

Durante unos segundos permaneció Sir Pertinax inmóvil en la pequeña terraza, contemplando su destrozada lanza, y sintiéndose en extremo fatigado. Después, lentamente, entró en el habitáculo, sin olvidar dirigir un gesto de gran amabilidad y saludo al caballero, dama y doncellas del castillocar Alte Fodale. Éste continuaba girando con lentitud en la pista de duelo, seguido por el patito a no mucha distancia, como si sus habitantes esperasen algo más.

Se quitó Sir Pertinax pausadamente las piezas de la armadura, y examinó con atención la robusta tarja. La lanza de Sir Clangborne había efectuado en ella una profunda muesca que si bien no la inutilizaba, haría precisa una seria reparación. De todas maneras, era de agradecer a Sir Agavance que le hubiera recomendado el uso de esa pieza, ya que de no ser por ella, la lanza flamígera del otro caballero le hubiera arrancado el brazo izquierdo.

Había concluido de endosarse de nuevo la veste de lino bordado y las calzas de terciopelo escarlata, cuando resonó la voz de Mágico.

—Sir Cicanous pide el favor de vuestra conversación, si os encontráis en perfecto estado.

—Di a Sir Cicanous que me hallo perfectamente, y que celebraré hablar con él.

—Os habla ahora, mi señor.

—Permitidme que os felicite, Sir Pertinax. Ha sido un excelente combate el que habéis librado. Sin duda habréis obtenido buen número de puntos.

—Doscientos, Sir Cicanous.

—Está muy bien, Sir. No hubiera conseguido yo más, y sin duda que no habría justado con tanta habilidad como vos.

—Sois muy modesto, Sir. Tenéis fama de ser el mejor caballero de estos contornos.

Esto, como era lógico, era una mentira de buen tamaño, ya que el joven Sir Pertinax, aunque conociera de oídas la existencia de la familia Alte Fodale, no había oído en su corta vida una sola palabra sobre Sir Cicanous, ni para bien ni para mal.

—Me alabáis en exceso, caballero. Os lo agradezco, pues sé que vuestra lengua sólo puede decir verdad. Pero es otro el motivo que me mueve a molestaros...

—Estoy a vuestra disposición más completa, Sir.

—Lady Sanguina de Foix y mis hijas, las doncellas Deliciola y Delirus de Baccus, hijas de la desaparecida Lady Rhodomel de Baccus, desearían que celebraseis con nosotros la considerable hazaña que habéis realizado. Si ello os place, Sir, saldremos de nuevo a la carretera, y engancharemos vuestro patito a nuestro castillocar... Después, en buen amor y compañía, lo celebraremos en mi sala de armas.

Hubiera sido de la más alta ineducación rechazar una invitación tan amable, y aunque lo cierto era que Sir Pertinax se sentía fatigado por el combate, y aún con ciertos rastros de los excesos del día anterior, una negativa hubiera conducido quizá a una nueva justa. Temía que en esta reunión hubiera cerveza y vino en exceso, y sin duda alguna damas y doncellas, lo cual iba a rematar su estado físico.

—Acepto desde luego, Sir Cicanous —respondió—. Concededme tan sólo unos minutos para mi aseo... aunque lamento que hayamos de detenernos en un asteroide *cibi* y en un asteroide *combustionis*, pues necesito alimentos y combustible.

—No será tal —contestó Sir Cicanous—. Hoy habéis justado bastante y todos los trabajos han de seros evitados. Enganchad, que mi castillocar correrá con el gasto de combustible, y los mecanoservus se ocuparán de alimentos y carga. Y otra cosa más, Sir. Sé bien que ayer salisteis a la carretera por primera vez, de manera que os ruego encarecidamente que no traigáis regalo alguno.

—Así lo haré, Sir Cicanous. Doy orden a mi mecanoservus de enganchar y quedo a vuestras órdenes. Paso de inmediato, Sir.

—Os esperamos ansiosamente, Sir.

Reventaba de alegría el viejo Mágico ante esta primera invitación que recibía su señor. Como había escuchado la conversación completa, no esperó ni un segundo

para ponerse en contacto con el mecanoservus conductor del otro vehículo, un experimentado anciano llamado Gabbarus, y realizar las operaciones precisas para que el cardan universal uniera la popa del castillocar con la proa del patito. Afortunadamente, Gabbarus era un viejo servidor, no un insolente casi virgen, soez y sin conocimientos, de manera que pudo entenderse perfectamente con él y llevar a cabo la maniobra con toda facilidad. Después de esto, el castillocar Alte Fodale comenzó a ganar velocidad, se aproximó a la Avenida Orión, perdió marcha prudentemente antes de entrar en ella, y viendo que ningún otro vehículo se aproximaba torció a la derecha y comenzó a correr serenamente, a cincuenta, sobre la suave pista gris.

Agradeció Sir Pertinax la delicada observación de su huésped al rogarle que no trajera regalo alguno. Ciertamente era que la etiqueta obligaba a llevar algún presente cuando se recibía una invitación de este carácter, pero aún era tal su pobreza que se hubiera visto obligado a donar uno de los obsequios recibidos el día anterior con motivo de su armadura, lo cual podía producir disgustos en el futuro, si el donante anterior se interesaba por el uso dado al regalo. Era evidente que Sir Cicanous era un fino caballero, y que conocía perfectamente las circunstancias que imperaban a bordo de un patito.

Escuchó claramente el cese del zumbido de sus propios motores cuando Mágico los desconectó, ya que era el castillocar quien ahora arrastraba el pequeño tren nobiliario. Aún quedaba café en la jarra de porcelana, de manera que lo bebió, no importándole que estuviera frío. Después, se cubrió con el aguzado gorro, se quitó los últimos restos de unguento del rostro, y salió al exterior.

El castillocar había tendido una gran pasarela hacia la proa del patito, y en la terraza trasera el caballero y sus damas le esperaban. De manera que Sir Pertinax no tuvo ninguna dificultad en pasar al otro vehículo.

Calurosa fue la acogida que sus huéspedes le hicieron. Incluso en los movimientos de Mágico, que le había seguido respetuosamente, se denotaba el orgullo por este doble triunfo, bélico y social, de su joven amo. Pronto el viejo mecanoservus se apresuró a pasar a la cabina de conducción del castillocar, pues había experimentado gran simpatía por el llamado Gabbarus, y deseaba departir tranquilamente con él antes de que comenzase la comida.

Sir Cicanous era un hombre alto, muy delgado, de unos cuarenta y cinco años de edad, con el pelo castaño y vivos ojos negros. Lady Sanguina, bastante más joven que él, tenía una enorme mata de pelo oscuro, que se escapaba en anchas ondas por debajo del escofión, y unos hombros de una blancura casi ultraterrena. En cuanto a las doncellas, Deliciola era una morenita muy joven, algo bizca, y con rasgos más bien graciosos que bellos, y Delirus, una rubia de alto porte, majestuosa y bella sin límites, pero con bovinos ojos azules, carentes de expresión, hasta el punto de que

causaba cierta pena contemplar unos rasgos tan perfectos, de entre los que destacaban los labios, por su maravillosa forma y su tono rojo encendido, pero que no parecían encerrar dentro de sí ingenio alguno. Las dos doncellas vestían de la misma forma, con trajes sin mangas de lujoso brocado, con profundos escotes que descubrían sus bien formados pechos, y faldas rasgadas a los lados y por delante, que mostraban al andar las torneadas piernas cubiertas por medias de seda. Ambas, para poder caminar por el interior del vehículo, se habían desprendido de los altos hennines en forma de cucurucho, colocándose unas tocas de impla, con el casquete en forma de cilindro chato sobre la cabeza y las dos bandas de seda blanca cerrándose en la garganta.

—Fue un maravilloso torneo, Sir Pertinax —dijo la morenita Deliciola, con una sonrisa pícara, mientras su hermana se limitaba a mirarle, sin abrir la boca—. Es indudable que tienes buen brazo y mucho valor.

Al tratarse personalmente todos se habían apresurado a abandonar el formalista «vos» de las comunicaciones radiales, por el más íntimo «tú» de persona a persona.

Durante buen rato se verificó un intercambio de cumplidos en la misma terraza, ya que no hubiera sido de buen tono hacer entrar al joven de inmediato. Pero la tormenta que durante toda la jornada había estado amenazando hizo que estas manifestaciones de buena cuna se interrumpieran. El cielo se había puesto cárdeno y aterrador, y terribles relámpagos relumbraban en lontananza, hasta el punto de que tanto ellos como los diversos vehículos con los que se cruzaban de cuando en cuando se vieron obligados a encender las luces de posición.

—Asaz hemos hablado ya aquí, Sir Pertinax —dijo el amo del castillocar—. Como ves, va a llover, y fuerte. Más vale que nos acompañes dentro.

Una vez en el interior del vehículo pudo ver el joven que estaba amueblado con lujo, y denotaba por ello un singular valor en el caballero Alte Fodale. Riéndose, Deliciola le mostró las cómodas alcobas, e incluso llegó a darle un ligero codazo en el ijar cuando le enseñó la suya propia, sin dejar de mirarle con aquellos ojos llenos de picardía que compensaban sobradamente la falta de gracia de su rostro. No iba a la zaga Lady Sanguina en estas insinuaciones, pues por dos veces se retrasó al atravesar alguna puerta, de manera que Sir Pertinax se encontró con el ardiente cuerpo de la dama muy adosado al suyo. Sir Cicanous que, como persona sabedora, no perdía tilde de estos acaecimientos, sonreía bonachonamente y daba todas las facilidades para que ellos sucedieran.

También vio las salas de aficiones, que eran el bordado y pintura para las damas, y el forjado de buenas piezas de armadura para el caballero. No le mostraron, en cambio, una sala reservada, donde se encontraba el anciano padre de Sir Cicanous, muy viejo, imposibilitado, y dotado de un genio insoportable.

Así que, a la hora adecuada, se sentaron todos en la sala de armas, y los mecanoservus comenzaron a servir la comida. Los truenos retumbaban en el exterior,

y se percibía con claridad que el vehículo había aminorado mucho la marcha, seguramente porque llovía en abundancia. Pero allí dentro se estaba caliente y cómodo, y la compañía era amable, y buena la comida y la bebida, por lo cual Sir Pertinax se felicitó a sí mismo.

Sir Cicanous se había colocado en la cabecera, y Lady Sanguina y Deliciola una a cada lado del joven, tan cerca, que casi no le dejaban manejar los cubiertos. Delirus, con una boba sonrisa en sus labios perfectos, se hallaba sola en el otro lado de la mesa, y comía con buen apetito de un magnífico trozo de pavo relleno.

—Excelentes manjares, Sir Cicanous —alabó el joven.

—Come, come sin tasa, honorable huésped —contestó el caballero—. Tengo puntos de sobra, y podemos permitimos estas delicadezas. ¿Qué te parece el vino?

—Maravilloso, Sir. Digno de la mesa del Rey Arturo. Pero observo que tú no bebes...

—El maldito físico me ha prohibido todos los placeres de la mesa; el buen vino, las carnes con especias, las salsas, y todo aquello que pone fuego en el cuerpo, y aviva los sentidos. Tengo, al parecer, los humores de la bilis en pésimas condiciones, y hasta las batallas entre sábanas me han limitado. ¡Peste de físicos! ¡Mal haya quien los inventó! Por eso no tengo otro entretenimiento que la justa, y acumulo puntos sin medida, aunque luego no pueda gozados. Pero tú eres muy joven, Sir Pertinax, y tu cuerpo no sabe aún de esas cosas. De forma que come y bebe, y luego eliges a quien más te guste, para defender tu caballerosidad en otro campo más suave y caliente que la pista de duelo.

Esto no fue ninguna sorpresa para el muchacho, ya que la invitación, habiendo dos losanges y un óvalo en el arzón, llevaba consigo esto como cosa casi obligada. Sin embargo, prefirió dejar clara su postura.

—Creo que sabré cumplir bien con todo, Sir —contestó—. Y lo único que lamentaré es no poder pedir a ninguna de estas señoras que me acompañen mañana, porque carezco de comodidades en mi patito. Creeréis que mi corazón se parte de dolor por ello...

A Sir Cicanous no le importaba en absoluto que ese dolor fuera real o fingido. Más bien sabía que no había en ello nada de cierto, pero la frase era oportuna y la agradeció. Continuó la comida, entre risas, y al final, el mecanoservus sacó un barrilito de fuerte hidromiel, que colocó entre las flores de la mesa.

Sir Cicanous juraba ya en mil idiomas, observando con ojos desorbitados los ricos manjares que su invitado devoraba, y los jarros de vino que las señoras se echaban al blanco cuerpo. En esto destacaba Delirus, que ya que no decía una palabra, no perdía ocasión para comer y beber. En varias ocasiones había intentado el joven trabar conversación con ella, ya que físicamente era la que más le gustaba de las tres, con su alto busto y su majestuoso porte, y seguramente sería la que menos problemas

causase a la hora de la despedida. Pero Delirus sólo le contestaba con monosílabos, mirándole con sus hermosos ojos azules carentes de expresión, sin darse por enterada cuando la pierna del joven, bajo la mesa, intentó un prudente avance.

—Si te has de llevar a alguna —dijo Sir Cicanous, con el rostro ensombrecido, y los ojos ávidamente fijos en el hidromiel—, que sea a Delirus. Como es tonta, no te causará molestias, y será como si tuvieses un mueble más.

Prefirió Sir Pertinax no contestar y empinar la jarra de madera pletórica de hidromiel. Un vaivén del castillocar, un claro patinazo en el firme mojado, hizo que buena parte de la bebida cayese sobre los hombros de Lady Sanguina, que se deshizo en risas. Notó el joven que la nacarada mano de la dama se deslizaba debajo del grueso tablero de ébano, colocándose con firmeza en su muslo, y él hizo lo mismo a su vez, pero al otro lado, apoyando la suya en el muslo de la morena Deliciola. Las dos se hallaban completamente apoyadas en él, y reían al unísono, comentando jocosamente los ingeniosos versos del joven. La mano de la dama avanzó un poco más, asegurándose de que la virilidad de Sir Pertinax no hacía mengua a su fama, y así era, porque entre los íntimos contactos, los inmoderados movimientos de senos que había a su vista, las especias de la comida y la fortaleza del hidromiel, el joven caballero se daba cuenta de que no podía resistir mucho más las imperiosas peticiones de Eros.

—¿Cuántas formas de hacer el amor conoces, Sir Pertinax? —preguntó Deliciola.

—Todas las que el manual explica, y alguna más que no viene en él y que en mis sueños he imaginado.

—¿Y las has llevado a la práctica? —preguntó ansiosamente Sir Cicanous—. Sigimer —ordenó a un mecanoservus—. Tráeme recado de fumar. ¿Fumas tú, Sir?

—No; no lo hago. Creo que no me gustaría.

—También el físico me lo ha prohibido, pero esto ya es superior a mis fuerzas. No dejaré de fumar así reviente, ¡por todos los diablos del infierno! Pero no hagas caso a este viejo chocho, y sigue ocupando tus manos en dulces menesteres. Delirus y yo nos retiramos... Ah, como decía. ¿Las habéis llevado a la práctica?

—No, Sir Cicanous. Aún no he hecho el amor con dama o doncella alguna...

—Es cierto —meditó su huésped—. Salisteis ayer a la carretera; no habéis tenido tiempo... En ese caso, temo que Deliciola no te convendrá; es tan inexperta como tú. Estoy seguro de que milady sabrá servirte... Deliciola, sígueme también...

—Pero ¡padre! Sir Pertinax me gusta, y estoy segura de que él...

—Basta, hija mía. Respétame, y no me obligues a levantarte la voz. Antes de marchar, Sir, no te olvides de anotarme esas nuevas formas que has inventado, pues tendré gusto en gozar de ellas... Pero ahora, entre la dieta de comida y bebida, la vieja lanza no echa fuego ni puede alzarse sobre sus soportes...

Delirus y Deliciola salieron detrás de su padre, dando traspiés, y con un espantoso

ceño en el rostro de la morenita. El muchacho se quedó a solas con Lady Sanguina.

—¿Te gusto? —preguntó ella, mirándole con sus ojos ardientes.

—Sin límite, milady. Te hubiera elegido a ti sin ninguna duda. Permite que te bese.

Fue un beso voraz, impresionante, en el que el joven caballero tuvo la impresión de ser sorbido por un monstruo de las zonas salvajes. La habilidad de la dama en usar de su lengua y de sus manos estaba bien manifiesta, y sin poder contenerse Sir Pertinax se lanzó audazmente a palpar todas las maravillosas turgencias que se le ofrecían. Al acabar el beso, sentía el rostro echando fuego, y pudo ver que el traje de la dama, en virtud e los apresurados manejos, se había desprendido de sus hombros, mostrando la ligera ropilla de seda, que apenas ocultaba nada.

—Vamos, mi buen caballero —dijo ella—. Soy feliz por poder ser la primera mujer en tu lecho... Te haré conocer todas las artes del amor. Por cierto que, ¿esas formas que has imaginado...?

Como eso no era más que una mentira cortés, Sir Pertinax se las vio y se las deseó para convencer a la ardiente dama de que no osaba demostrárselas hasta tener más experiencia.

—Toma la última copa, mi paladín —dijo ella—. Voy a mi recámara, y cuando esté preparada, Sigimer te conducirá allí.

Constituía una gran imprudencia dejarle solo en la sala de armas, pero ello demostraba a la vez la prisa que la dama tenía, y lo necesitada que se encontraba. En efecto; desde el principio de la comida, había observado Sir Pertinax un extraordinario aguamanil de oro puro, con intrincadas tallas y adornado con perlas, del que Sir Cicanous se había servido para enjugar las grasientas manos. No había un solo mecanoservus a la vista en este momento, de manera que como era muy poco probable que le observasen por alguna mirilla, se apresuró a cogerlo y guardarlo en un bolsillo del jubón.

A poco apareció Sigimer, que le indicó el camino con su charolada diestra. Aunque no estaba lejos la recámara, Sir Pertinax tuvo que apoyarse en las paredes, porque todo le daba vueltas. No obstante, consiguió llegar a la habitación de la dama, en cuya puerta el mecanoservus le dejó.

Ella estaba ya en el lecho, sentada y cubriéndose hasta el principio de los senos con la sábana de satén arrugada entre sus manos. Había deshecho su peinado, de forma que el negro y abundante pelo caía en lujuriosas ondas sobre los orgullosos hombros, formando un contraste de lo más excitante. Brillaban sus ojos con un fuego que parecía imposible de apagar.

—Pasa, Sir Pertinax. Soy toda tuya, mi amor.

Gruesas colgaduras pendían de las paredes, apenas agitadas por los vaivenes del castillocar. Apagaban totalmente los ruidos del exterior, de manera que ni un solo

rumor entraba en la habitación. La cama tenía columnas de madera tallada y gran baldaquino de seda, y sobre la mesilla había un frasco de cordial, y una pequeña daga con mango de ópalos.

Sir Pertinax, sintiéndose algo mejor, se quitó sus ropas, y ocupó su puesto al lado de la dama. Antes de que ésta apagara la luz pudo ver que el cabecero del lecho estaba cubierto de pequeños arañazos paralelos, como hechos en el barniz por la punta de un instrumento aguzado. Pronto supo lo que aquello significaba, porque entre susurros, besos y caricias, Lady Sanguina le explicó que la punta de la daga de ópalo trazaba una raya por cada combate amoroso.

Unas horas más tarde la dama dormía apaciblemente, con un ebúrneo brazo pendiente hasta el suelo, y la mano rozando las brillantes losas. Su espalda desnuda relucía suavemente bajo la luz que se filtraba por la ventana, como una hermosa superficie de piel apenas separada por el surco dorsal, lleno de sensualidad. Había en la cabecera del tálamo, cuatro rayas más, las dos primeras trazadas apresuradamente, y las dos últimas con alguna más calma.

Lentamente, cuidando de no despertar a Lady Sanguina, el joven se vistió, encontrándose algo dolorido y fatigado. Si bien el amor había resultado tan sabroso y excitante como los libros prometían, cada encuentro resultaba menos apetecible que el anterior, y al final todo tenía sus limitaciones. Se encontraba vacío por completo, y con deseos de reposar un día entero, sin beber una gota de licor, comiendo solamente alimentos ligeros, y desde luego, sin tener una señora cerca. Comprendía ahora perfectamente a Sir Flemontan, si lo que contaban de la desaparecida Lady Abiegna Confer era cierto.

Pensó por un instante en apoderarse también de la daga de ópalo, pero no quería que le tachasen de exagerado, sobre todo teniendo en cuenta la idea que le había rondado por la cabeza desde que aceptó la invitación de Sir Cicanous. Dirigió una última mirada a la dama, que dormía con la laxitud del cuerpo satisfecho, los cerrados ojos rodeados de oscuros círculos, depositó un ligero beso en la insensible mejilla y salió al pasillo central.

Mágico estaba allí, sentado en una de las sillas de vaqueta. Se puso en pie nada más verle.

—¿Gozasteis, señor? Es una dama de singular hermosura, y si su habilidad corre parejas con lo mucho que habla, sin duda habéis pasado una feliz noche...

—Sí, Mágico —contestó cansadamente Sir Pertinax—. Escúchame —añadió, acercando su rostro a la metálica cabeza del mecanoservus— ¿hay alguien despierto?

—No, mi señor. Todos duermen. Sir Cicanous ha tomado un somnífero, y en cuanto a las doncellas, han recogido más tarde el barrilito de hidromiel, y lo han terminado en una sala. He oído risas y ruidos de ropas, y supongo que...

—Silencio. Llévame a la cámara de motores. ¿Sabes dónde está?

—Y... ¿no lo he de saber, señor? El viejo Gabbarus me lo ha mostrado todo.

En la sala de máquinas había once motores colocados en batería, y sitio preparado para conectar un duodécimo. Sólo cuatro de ellos funcionaban para mantener en marcha el castillocar. Sir Pertinax señaló el oncenno motor.

—Mágico... ¿te crees capaz de desmontarlo? ¿Te crees capaz de llevado a nuestro patito?

Si Mágico hubiera tenido ojos, éstos habrían lanzado una llamarada de satisfacción. Su joven señor estaba demostrando cumplidamente que era hábil en todo... y esta maniobra era mucho mejor que utilizar el garfio de pillaje para tomar cosas a través de las ventanas de otro castillocar. Sin duda, cuando Sir Cicanous se enterase no le quedaría otro remedio que felicitar a su amo. Lo único peligroso, hasta cierto punto, era que le sorprendieran con el pesado motor en brazos antes de que la apropiación hubiera sido consumada. Si bien era honroso apoderarse de objetos, constituía un espantoso ridículo ser sorprendido con ellos en las manos.

—Desmontarlo puedo, Sir —respondió, dudoso—. Y aunque mis brazos son viejos, podrán llevado a vuestro hogar. Pero si un mecanoservus nos sorprende, Sir...

Si los sorprendía, daría parte inmediatamente a Sir Cicanous, que haría colocar de nuevo el motor en su sitio, se burlaría del joven por su poca habilidad, y lo contaría a todos sus compañeros de armas. Demasiado numerosas eran ya las historias que corrían sobre caballeros o damas sorprendidos en plena faena, con una daga, un cuadro o un surtido de alimentos o combustible. Demasiado, en efecto, y Sir Pertinax sentía pocos deseos de ser el objeto de burla de otros caballeros. Pero era tan interesante un tercer motor, lo cual le permitiría aplicar los doscientos puntos obtenidos a una célula de vivienda nueva, que decidió arriesgarse.

—Gabbarus conduce, ¿verdad? ¿Quién más hay?

—Sigimer da vueltas por el castillocar, mi amo. Vigila, para evitar que entre un garfio de pillaje. No sé si sospecharán de vos... tal vez os consideran demasiado joven.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Para desmontado, un cuarto de hora o veinte minutos... para llevarlo, cinco minutos tan sólo, y si vos me ayudáis...

—Lo haré. Comienza, Mágico, que yo estaré en el pasillo. Si me oyes cantar, abandona la tarea y vete con Gabbarus. Así no podrá nadie reírse de mí... aunque encuentren los tornillos sueltos y el motor medio desmontado, no podrán decir que he sido yo, sin exponerse a mi ira.

Los veinte minutos que transcurrieron en el pasillo fueron los más largos de la corta vida de Sir Pertinax. Pero nada sucedió, y al poco salía Mágico, tambaleándose bajo el pesado mecanismo. Se deslizaron silenciosamente por el corredor, y cuando el viento frío de la mañana les azotó, un suspiro de satisfacción y tranquilidad surgió del

pecho de Sir Pertinax. Rápidamente, colocaron el motor junto a los otros dos, balanceándose peligrosamente sobre las vigas de duraluminio del patito, y no olvidó el joven dejar el aguamanil de oro en su habitación, junto a sus otras pertenencias.

—Entra en el castillocar, Mágico, y descansa. Yo vaya tomar un poco el aire.

Sentía el cerebro acorchado y todos los músculos doloridos. Un par de mordiscos en los hombros le dolían cada vez más, inequívoca prueba del apasionamiento de la dama. Pero la mañana era soleada, la tormenta había pasado, y el viento casi helado le reconfortó. Dio unos paseos cortos sobre la terraza y mientras lo hacía, Mágico apareció de nuevo, con una hirviente jarra de café en las manos.

—¿Habéis visto, Sir? —dijo el mecoservus—, han arreglado vuestra lanza.

Era cierto; durante la noche, hábiles manos mecánicas habían sustituido las piezas rotas y colocado una hermosa pieza de acero plateado, con un pequeño condensador cilíndrico en la punta, que permitía dirigir con la máxima precisión el pincel de llamas. Un generoso caballero, sin duda alguna. El agradecimiento hacia Sir Cicanous aumentó cuando vio que los depósitos de combustible estaban totalmente llenos... E incluso una lona tapaba provisionalmente el desperfecto que la lanza de Sir Clangborne había causado en el habitáculo. Lástima que el tercer motor estuviera tan visible; habría sido más correcto que ni siquiera ahora se le viera. Pero un pobre caballero como él no tenía con qué tapanlo. Y de todas formas estaba ya a bordo, con que Sir Cicanous no podía hacer más que tomar la cosa a broma.

Y así fue. Poco después le llamaron a la terraza para desayunar, y su huésped le palmeó la espalda, lanzando gigantescas carcajadas.

—¡Bien me la has jugado! —dijo, ahogándose de risa—. ¿Quién iba a pensar que un joven inexperto se me llevase un motor? ¡Tienes buena carrera por delante, Sir Pertinax!

El muchacho, agobiado por una sed espantosa, bebía limonada sin cesar, y sonreía cortésmente, sin apartar su vista de los profundos ojos de Lady Sanguina. Le parecía que no iba a poder tenerse en pie un segundo más, ya que su cuerpo era puro cansancio, y su cerebro una oquedad. Pero aguantó, tal y como correspondía a una persona de su alcurnia.

—Lo único que te pido —dijo Sir Cicanous— es que no lo cuentes por ahí... Me sabría mal.

—No lo haré, Sir —respondió el joven—. Demasiado generoso habéis sido conmigo. La lanza, Sir...

—Eso no es nada, ¡nada! Mira, me has caído bien. No me importa lo del motor, y lo de la lanza no significa nada...

—No lo encuentro, Sir —dijo, inesperadamente, el mecoservus Sigimer.

—¿Dónde habrán puesto estos imbéciles mi aguamanil de oro? ¡Lástima! No sé si te fijarías en él... era una magnífica pieza. Se la cogí a Sir Ulrico van Bayerslein una

noche que... en fin... para qué vamos a recordarlo. Murieron más caballeros aquel día que los que ahora circulan por esta avenida...

En otra ocasión Sir Pertinax le hubiera solicitado que contase la hazaña, pero no se sentía ahora con fuerzas para ello. Por ello, solicitó a su huésped permiso para retirarse y desenganchar su patito, el cual obtuvo de inmediato. Dirigió a las doncellas las miradas lúbricas de rigor, y alabó sus encantos antes de partir. También quiso tener unas palabras amables para Lady Sanguina.

—Con gusto os llevaría en mi pobre vehículo, si tuviera sitio, milady.

—¡Alto ahí! —dijo Sir Cicanous, con el ceño fruncido—. Si tal hicieres, nos veríamos las caras en la pista de duelo, y no es mi deseo matar a un joven prometedor como tú lo eres. Repito que me has caído bien, y por eso me he reído con lo del motor; lo digo sinceramente. En otro hubiera tenido que callar y aguantar; en ti, lo celebro y te aplaudo. Pero lo que acabas de decir a milady, como cortesía huera lo tomo y no como verdad.

—Cortesía y no otra cosa es, Sir Cicanous.

—En tal caso, amable joven, marcha en paz. Siempre serás bien recibido por mí cuando nos encontremos en otros caminos.

—Y yo espero tener entonces mejor vehículo con que corresponder a tus amabilidades.

Abrazó al caballero, besó a las señoras y descendió por la pasarela. A poco, Mágico realizaba la misma maniobra que el día anterior, y puesto que el castillocar continuaba a cincuenta, lo adelantaron y lo dejaron atrás.

Cayó en el lecho como una masa, sin desvestirse siquiera, y se durmió inmediatamente. El aguamanil de oro tintineaba suavemente sobre la mesita, los motores zumbaban con regularidad y el patito corría velozmente hacia la puesta de sol.

En la cabina de mandos, Mágico se limpiaba las manos con una pella de algodón. Había concluido la instalación del tercer motor, en posición de reserva con los otros dos, y se sentaba orgullosamente tras el volante.

—Duerme —musitó, con cariño—. Duerme tranquilo, mi joven señor.

III

Cómo Sir Pertinax consiguió más honores y cómo conoció a una extraña doncella

Durmió Sir Pertinax ininterrumpidamente durante toda la noche, el día siguiente, y otra noche más. Cuando despertó, se encontraba repuesto de sus fatigas, si bien terriblemente hambriento. Mágico le sirvió una nueva jarra de café y los escasos manjares que había a bordo del patito, que no fueron suficientes para calmar tan devorador apetito.

—Deberíamos parar en un asteroide *cibi*, mi señor —dijo el anciano preceptor—. También se está agotando el combustible que cargamos hace dos noches...

—Atenderemos a ello. ¿Dónde estamos?

—Avenida de Orión, Sir. Punto 4359. Los motores funcionan muy bien. He probado el tercero, y se halla en perfectas condiciones.

El Libro de Ruta informó a Sir Pertinax de que a corta distancia había un asteroide *combustionis*, y no mucho más allá, en una desviación, un asteroide *cibi*. También le era preciso aprovechar sus puntos para colocar la nueva célula, de forma que buscó el más cercano asteroide *partis*.

Resultó que estaban a punto de llegar a él, así que dio instrucciones a Mágico para que entrase, caso de no hallarse ocupado. Se consideraba de la peor educación servirse en un asteroide cuando otro caballero estaba haciéndolo.

Pero no era así, de forma que cuando Mágico vio a la derecha de la pista la construcción en forma de herradura, aminoró notoriamente la velocidad, y después de comprobar que no ondeaba la flámula escarlata en la entrada, señal de que otro caballero se hallaba dentro, penetró en la pista circular.

Todos los asteroides eran exactamente de la misma estructura, aun cuando sus tamaños y finalidades fueran distintos. Los *combustionis*, cuya única misión era servir combustible para los motores, eran mucho más pequeños, mientras que los *partis*, *cibi*, *vestis*, *medicaminis*, y sobre todo los *omnia res*, eran mucho más grandes, dada la variedad de artículos existentes en los mismos. En todos, sin embargo, había una pista circular, que formaba lazo con la carretera principal, a fin de que el castillocar que tuviera que hacer uso de ellos pudiera girar lentamente en el interior, mientras el garfio de pillaje tomaba lo preciso o lo que los puntos autorizasen de las estanterías del interior. Dado que éste era un asteroide *partis*, en el que eran precisos puntos (en los *cibi* y *combustionis* no hacían falta; el servicio era gratuito y casi ilimitado), Sir Pertinax registró a la entrada su disponibilidad de doscientos puntos, y después, se acodó en la terraza, con el Manual y Lista de Implementos en la mano. Ya había escogido lo que quería; se trataba de una célula modelo *Haute Stile*, para acoplar a la popa, materiales para tallar piedras duras o semipreciosas, y una pasarela

que uniese el habitáculo alcoba con la nueva célula. Esto agotaba totalmente sus doscientos puntos.

Oyó una trompa heráldica impaciente en el exterior. Probablemente otro caballero pretendía servirse del asteroide *partis* y le urgía a que lo abandonase. Pero eso no podía ser... él estaba allí, y aunque la cortesía le obligase a demorarse lo menos posible, no por ello había de ceder de sus derechos. Así que empleó el tiempo preciso en conseguir que la grúa central tomase de la estantería la célula *Haute Stile* y la pasarela, y las colocase provisionalmente en sus lugares. En cuanto al material de talla y el surtido de piedras, lo recogió él mismo en uno de los despaciosos giros del vehículo. Puesto en automático, el patito caminaba lentamente, a dos a la hora, mientras los anaqueles pasaban ante su vista... En una de las vueltas, a través de la entrada, pudo ver un castillocar astroso, con un obeso caballero en la terraza, haciendo señales de impaciencia, acompañado de una dama no menos obesa, y una lechigada de niños de diversas edades. Incluyó la cabeza cortésmente, e hizo un gesto con las dos manos solicitando un poco de calma, pero el otro caballero agitó en el aire los puños cerrados. Lo cual encendió algo la sangre de Sir Pertinax.

No por ello tuvo la reacción que otra persona menos inteligente habría tenido; es decir, retrasar en lo posible su servicio en el asteroide, para que el solicitante que aguardaba pagase así su impaciencia. Por el contrario, generoso y abierto como era, Sir Pertinax urgió a Mágico para que quedase concluida la instalación de la célula y de la pasarela. Desde luego que con la *Haute Stile* en la popa, el patito iba a tener una estabilidad muy superior.

Por fin, terminada la instalación, dio órdenes a Mágico para que abandonase el asteroide y al mismo tiempo se enterase de quién era el otro caballero.

—Se trata de Sir Arrowmore Perpolitor, y hace rato que trata de hablaros. Como es una impertinencia molestar a otro caballero cuando se está en un asteroide, ni siquiera os lo he comunicado, Sir.

—Has hecho bien, viejo Mágico. Pero ahora ponme con él... temo que mi lanza habrá de funcionar de nuevo.

—El Rey Arturo lo quiera, Sir, ya que estoy seguro de que obtendréis nuevos honores. Contacto, mi buen señor.

—¡Escuchadme, Sir! ¿Acaso pensáis que el asteroide es vuestro?

—Imagino que hablo con Sir Arrowmore Perpolitor.

—¡Así es!

—Entonces quizá sabréis que es preferible que os presentéis antes de iniciar una conversación.

—¡Sir Pertinax, habéis abusado de mi paciencia! ¿Cómo os atrevéis a entrar en un asteroide para no tomar nada?

—Pero ¿qué estáis diciendo, Sir Arrowmore?

—Lo que oís, Sir. Os retaría a duelo si no supiera que acabáis de salir a la carretera y que no habéis justado aún con nadie. ¿A qué entráis en el asteroide, sin puntos para tomar nada? ¡Largaos, marchad rápido, antes de que mi paciencia se agote!

Hubo un momento de silencio, mientras Sir Pertinax, con una ligera sensación de aburrimiento, comenzaba a tomar las piezas de su armadura por segunda vez.

—Debo deciros, Sir —anunció fríamente— que no sabéis de qué estáis hablando. Hace dos días derroté a Sir Clangborne le Evellinor, deshaciendo su costado y su único mecanoservus, y obtuve doscientos puntos, de los que estoy disponiendo ahora. De manera que armaos, Sir Arrowmore, porque mi paciencia se ha terminado, y vuestras palabras sólo pueden ser sostenidas ya con las armas.

Hubo unos minutos de silencio en el transmisor. En el otro castillocar, que ahora veía Sir Pertinax más de cerca, la dama y los niños desaparecieron rápidamente en el interior, urgidos por el obeso caballero. Pudo ver el joven que el vehículo de su oponente tenía los costados llenos de rasgones de lanza, el escudo sucio y torcido, y las flámulas hechas unos andrajos. Cuando Sir Arrowmore contestó, ya se hallaba el muchacho en la terraza, armado de todas sus armas, la lanza enhiesta y el pincel de llamas escarlata chisporroteando en el aire.

—Claro, claro, mi querido Sir Pertinax —dijo la voz del otro caballero—. Os comprendo. No sabía... ¿O sea que los destrozos de Sir Clangborne los hicisteis vos...?

—No lo dudéis. Y ahora, aprestaos, que...

—¡Un momento, un momento! Tengo niños, y no quisiera que... Para salvar el honor, quizá os conviniera un duelo de *enquerre*... os propongo veinticinco puntos.

—Acepto el duelo, pero veinticinco puntos son una miseria. No menos de cincuenta, Sir, o de lo contrario...

—¡Cincuenta! ¡Cincuenta! ¡Protégenos, Arturo Pendragon! ¡Me esquilmáis, Sir Pertinax!

—Cincuenta, Sir Arrowmore, o si no...

Tocó el joven el mando de fuego, y del condensador cilíndrico de la lanza surgió un enorme chorro de llamas, aterrador como el mismo infierno.

—Sea, sea. Cincuenta. Conforme. Por favor, no exageréis, ¿eh?

Tal desprecio sentía Sir Pertinax por el comportamiento del cobarde caballero que no se molestó ni siquiera en usar las fórmulas ordinarias de cortesía para despedirse. Ordenó a Mágico que avanzase hacia el desaliñado castillocar, a veinte, y contempló con disgusto cómo Sir Arrowmore se limitaba a levantar un poco su lanza, sin conectar el mando de fuego y sin ponerse siquiera la armadura.

Al pasar al lado del otro vehículo, Sir Pertinax rozó ligeramente con el pincel de fuego uno de los costados, trazando un surco ennegrecido de un par de palmos de

longitud, y continuó su camino sin cambiar una palabra más con Sir Arrowmore. Hubiera podido emplear sus cincuenta puntos ahora mismo, en este asteroide *partis*, pero prefería alejarse del obeso caballero cuanto antes.

Permaneció el resto del día en el nuevo habitáculo, contemplando amorosamente las herramientas de tallar y el surtido de piedras semipreciosas (sodalita, rodonita, jaspe...) que había conseguido. En el curso de su carrera, aún sin abandonar la Avenida Orión, entraron en un asteroide *combustionis*, donde giraron lentamente mientras la grúa central largaba la manguera y llenaba los exhaustos depósitos, y en el asteroide *cibi*, donde eligió tan sólo alimentos normales, sin tomar aquéllos extraordinarios y delicados que hubieran exigido un pago en puntos. Compuso una corta silva en honor de Lady Sanguina de Foix (ahora ya tenía una dama concreta a quien dirigirla) y permaneció reposando en la terraza, con el aguamanil de oro y perlas entre las manos, mientras la carretera pasaba bajo sus ruedas y patitos o castillocar se cruzaban con el suyo.

Unas cuantas justas más, y su patito dejaría de serlo, con las vigas al descubierto, para pasar a ser un verdadero castillocar lleno de habitaciones. Imágenes de gloria ardían en su joven mente, y así, el sueño le encontró descansando con paz y felicidad, mientras Mágico gobernaba sabiamente a lo largo de la ruta infinita. En los últimos segundos antes de dormirse pensó en Lady Sanguina y en la doncella Deliciola. Era sumamente curioso el cambio de pensamiento; una jornada antes no quería ver una señora ni de lejos, y ahora deseaba nuevamente tener un íntimo encuentro con alguna de ellas. Misterios del organismo —meditó— sin duda previstos por la sabiduría del Rey Arturo...

A la otra mañana, Mágico le advirtió que la Avenida Orión estaba tocando a su fin; de forma que o bien seguían hasta el circo Máximo Sur, legendario lugar donde todas las avenidas se cruzaban, o desviaban por uno de los caminos transversales.

—Hay una carretera salvaje a tres kilómetros, viejo amigo —contesto Sir Pertinax—. Toma por ella, porque he de hacer algunas prácticas.

Esta idea rondaba por su cabeza desde el encuentro con Sir Clangborne, y no dudaba que el experimentar todas las facultades de su lanza y de su vehículo sería beneficioso cuando tuviera que entrar en lid, porque no todo iban a ser enfrentamientos de *enquerre*, como el habido con Sir Arrowmore. Por lo cual, cuando la estrecha cinta de la carretera salvaje, sin número ni nombre, apareció a su diestra, Mágico desvió el patito, que giró fácilmente, y entró en ella. Se trataba de una pista gris oscuro, apenas capaz para dos castillocar, totalmente solitaria. Normalmente los vehículos preferían recorrer los cientos de avenidas disponibles, o incluso reunirse para girar jubilosamente en el Circo Máximo Norte, o en el Circo Máximo Sur, y hasta recorrer asombradamente la avenida mayor, la Autopista de la Galaxia, donde mayor número de encuentros se celebraban, y donde las ocasiones de amar y justar

superaban a todo lo imaginable. Pero Sir Pertinax no se consideraba aún capacitado para esto, y por ello, prefirió el desvío por esta ruta abandonada.

Durante el resto del día se dedicó a obtener de su vehículo todos los recursos disponibles. Desde luego que estaba mucho más equilibrado, gracias a la célula situada en la popa. Aún no había usado sus nuevos cincuenta puntos, pero ocasión habría para ello. Probó el concentrador de la lanza, que era de una precisión y fuerza increíbles, y trató de hacer una curiosa maniobra de su invención, que consistía en manejar a la vez el mando de la lanza y el mando de conducción, todo ello simultáneamente. Resultaba muy difícil, pero gracias a la rapidez de reflejos que su juventud le daba, y a la devota dedicación de Mágico, consiguió poner a punto varias intrincadas maniobras. Una de ellas, consistente en alzar la lanza y utilizada en forma de guadaña, y al mismo tiempo dar un quiebro con las potentes ruedas delanteras, le ocupó toda la mañana. Era indudable la utilidad de esta artimaña, que le permitiría dirigir su vehículo de frente contra el contrario, y en el último instante, virar al mismo tiempo que su lanza barría el lugar ocupado por el otro caballero. Por desgracia, los mecanoservus no tenían las reacciones suficientemente rápidas como para llevar la argucia a buen fin. Y seguramente, ningún otro caballero había pensado en una posibilidad como ésta.

Comió guisantes y tocino, con un pequeño vaso de cerveza, y añoró los ratos pasados con Lady Sanguina. A pesar de sus esfuerzos, no había logrado imaginar una forma de hacer el amor distinta de las que el manual recomendaba. Repasó un poco su latín, y permaneció en la pequeña terraza, acariciando con sus manos el sensual aguamanil de oro, mientras comentaba en voz alta su alegría de vivir.

—Cierto es —dijo— que todos hemos de morir, y que todos hemos de acabar en un asteroide *tumuli...* pero no es menos cierto que la vida nos ofrece todo lo deseable. Sea para otros el actuar de físico, de eclesiástico o de filósofo. Yo no veo en mi futuro algo distinto que el camino y las justas, así como una dama que merezca mis pensamientos y cuyo óvalo pueda colgar a mi arzón... ¡Plegue al cielo que la encuentre cuando posea un castillocar digno de ella!

Algo sumamente extraño sucedió entonces, que obligó al joven caballero a interrumpir su monólogo. Un surco de fuego, como una señal de ultratumba, recorrió el intenso añil de cielo, y bajó hacia el suelo desapareciendo detrás de las espesas arboledas que había a los costados de la carretera salvaje. Durante unos segundos el muchacho fijó su atención en el rastro de fuego, que se desflecaba en lejanos hilos de humo blanco, procurando no mirar siquiera los copudos árboles, el farallón de roca rojiza y las colinas azules y ocres que le separaban de él. Una señal, pensó, desviando su atención de a cualquier otra cosa que no fuera la carretera salvaje... Pero ¿qué significado tenía esa señal?

Temió no saberlo nunca, pero en realidad no fue así. Unos segundos más tarde,

mientras estaba pensando seriamente en pasar el resto de la jornada utilizando sus nuevas herramientas de talla, un estampido sordo, como un gran trueno que resonase entre los montes, llegó hasta sus oídos. El patito tembló un poco sobre sus ruedas, como si una onda de choque hubiera pasado bajo la carretera, haciendo oscilar los macizos pilotes que sostenían ésta, y al mismo tiempo, un relámpago lejano, como un ingente haz de luz, rompió la quietud del cielo.

Muy extrañado y con cierto temor, se levantó Sir Pertinax, porque aquellas señales eran desconocidas, y ninguno de los libros decía nada de ellas. Durante unos instantes permaneció apoyado en el barandal, avizorando ansiosamente el lugar desde donde había venido el gran relámpago blanco, mientras el vehículo continuaba marchando. Nada más sucedió, y se preparaba a retirarse, cuando una mano gigantesca le empujó hacia delante, y le hizo caer al suelo. Mágico acababa de aplicar los frenos hidráulicos, y algo muy grave debía suceder para que el experimentado mecanoservus tomase por sí solo una resolución de tan alta trascendencia.

Sin embargo, el patito no estuvo carente de velocidad más que el fragmento de un instante. Tan pronto como el frenazo hubo concluido, con el rastro aún humeante y negro sobre la lisa superficie de la carretera, Mágico puso la reversa y el vehículo retrocedió muy lentamente, pero sin detenerse.

Sir Pertinax trató de incorporarse.

—¡Mágico, condenado mecanoservus! ¿Qué es lo que pasa?

En todo el carruaje resonó la voz temblorosa del viejo criado.

—¡Un dragón, Sir! ¡Un dragón en mitad del camino! ¡Nos impide el paso por completo!

Era cierto. Poniéndose de pie, Sir Pertinax pudo contemplar la inmensa mole amarilloverdosa, cubierta de escamas, que se atravesaba en la ruta, con la gran panza llena de estrías acojinada sobre la pista gris. Un cuello largo y serpentino se alzaba hacia el cielo, coronado por una cuadrada cabeza cubierta de espinas, en la que se abría una gigantesca boca. Mientras lo contemplaba —el patito continuaba retrocediendo a poca velocidad— el dragón hizo ondular su cola bífida y lanzó un rugido que hizo temblar los mismos soportes de la carretera.

—¡Continúa retrocediendo, Mágico! ¡Voy por mis armas!

—¿Vais a enfrentaros a él, mi señor?

—¡Naturalmente! ¿Iba a encontrar otra ocasión como ésta para demostrar mi valor?

—Pero, Sir... ¡es un animal terrible! He visto otros, y es muy difícil vencerlos... Más de un buen caballero ha perecido entre sus garras...

—Es inútil cuanto digas, viejo. Continúa apartándote de él... que no he de cejar ante esta coyuntura.

—Por favor, señor, no os expongáis inútilmente.

—Inútilmente no. El Rey Arturo sabrá agradecerme; no lo dudes.

El dragón fijó en ellos sus pequeños ojos malvados, y apoyó una pata llena de garras en el borde del camino, al tiempo que alzaba la cabeza y lanzaba otro estruendoso rugido. El firme de la carretera cedió bajo el ingente peso del escamoso miembro, desmoronándose en pedazos. Uno de los pilotes de hormigón se inclinó peligrosamente hacia fuera.

Sir Pertinax estaba ya en la terraza, cubierto con la armadura. La lanza flamígera se levantó sobre sus soportes, y bajo un toque al mando de control de fuego, escupió una larga llamarada, concentrada por el condensador. *Old Edsel*, con el cable ya conectado a la pila de alimentación, pendía de la cintura del caballero, temblando en virtud de la energía acumulada en su hoja.

—Retrocede más... más... Hemos de tomar carrera para embestirle.

—Sea como ordenéis, mi señor. Yo no puedo hacer otra cosa que obedeceros.

El patito continuó en reversa, hasta situarse a unos trescientos metros del dragón. Éste, aún acurrucado sobre la carretera, mostraba en sus quijadas una enorme colección de dientes. De vez en cuando, como si quisiera hacer sentir su fuerza, una de sus garras delanteras bajaba sobre los pilotes de sustentación, que cedían un poco, entre ominosos crujidos.

—¡Adelante, Mágico! ¡A toda marcha! Pon los tres motores a la vez, y en cuanto choquemos, retrocede de inmediato...

—¿La borna, Sir?

—¡Está conectada, idiota! ¡Corre, corre, corre más! ¡Ah mi buen Mágico, para otra vez te conseguiré un parabrisas blindado!

Frenó un segundo el patito antes de comenzar a correr hacia delante, con los tubos de escape lanzando nubes de humo negro. Temblaba Sir Pertinax sobre la terraza, con ambas manos asidas al cuadro de mandos, en virtud de la loca velocidad que el carruaje estaba adquiriendo. Sesenta. La lanza se había erguido del todo, y paralela al suelo,alzada al máximo por los brazos de sustentación, apuntaba rectamente al corpachón gigante que se alzaba ante ellos. Ochenta. Vibraban las ruedas, rugían los motores, y las crispadas manos del caballero se engarfiaban sobre los controles de la lanza, mientras veía crecer ante él la monstruosa muralla de escamas verdes. Cien. Sólo unos instantes ya... la mano derecha de Sir Pertinax abrió al máximo el mando de fuego, y una llamarada gigante surgió del condensador...

—¡Frena, frena... Mágico, frena!

El patito recorrió los últimos metros patinando sobre sus ruedas bloqueadas, despidiendo humo y chispas desde los tambores de los frenos. Con un chillido horrible, las ruedas resbalaron, dejando un rastro de grasa y caucho quemado sobre la superficie del camino; el dragón se alzaba sobre sus patas traseras, irguiendo el largo cuello y lanzando un barritar que helaba la sangre en las venas... La intensa y ancha

llama de la lanza, al rojo blanco, se hundió en el escamoso costillar, penetrando profundamente, mientras el patito se empotraba casi, en los últimos instantes del bestial frenazo, en el gigantesco y elástico costado...

—¡Atrás, atrás, Mágico!

No fue preciso insistir. Casi antes de haber recibido la orden, el viejo mecanoservus había puesto la reversa y apretado el acelerador a fondo. Haciendo eses, con el caballero casi caído en la terraza, y el frente cubierto de escamas arrancadas y gruesos emplastos de carne y sangre, el patito retrocedía a toda marcha. El dragón, revolcándose sobre la carretera, aullaba con un sonido tan intensamente penetrante, que Sir Pertinax, horrorizado, se tapó los oídos. Pero todavía no había concluido la desigual justa, porque la bestia, con el costado ennegrecido por las llamas, y chorreando sangre, se puso torpemente en pie y se dirigió pesadamente hacia ellos.

Quizá estuviera herido de muerte; quizá no. Eso, Sir Pertinax no podía saberlo aún. Sólo sabía lo que podía ver; que el dragón avanzaba hacia él, y que iba dejando un ancho rastro de sangre negra sobre el firme del camino. Una de las patas, la trasera izquierda, se engarabataba, cojeaba y temblaba al compás de la lenta marcha, sin duda porque la lanza había tocado un nervio vital. Afortunadamente el dragón no ocupaba la totalidad de la carretera; ahora que avanzaba de frente, quedaba sitio suficiente para que un patito como aquél, sin adornos y sin exceso de peso, pasase a su costado.

—¡Adelante de nuevo, Mágico! ¡Esta vez acabamos con él!

No hubo respuesta por parte del fiel servidor. No era precisa. Con toda su atención puesta en el camino, Mágico volvió a acelerar al máximo, poniendo en ello toda la energía de los tres motores, y gastando hasta la última gota de combustible, si preciso fuere. Afortunadamente tenían los depósitos llenos a tope, en virtud de la última carga, de modo que por ahí no había problema.

—¡Pasa a su costado!, ¿me oyes? ¡Pasa a su costado!

La mano izquierda de Sir Pertinax se colocó firmemente sobre los controles de la lanza, mientras la derecha extraía la larga hoja brillante de *Old Edsel*, ya con el suministro de energía conectado. En unos instantes, mientras el patito aceleraba, la hoja de la espada enrojeció, lanzando chispas blancas por su punta.

Sesenta. Ochenta. Cien. De nuevo la masa gigante, anadeando con torpeza sobre sus grandes patas, se les vino encima, con la cabeza ondeando al extremo del largo cuello. Los rugidos de la bestia ensordecían el aire, y el caño de sangre hedionda que manaba de su herida aumentaba por momentos.

Pasaron como un rayo. Simultáneamente sucedió todo; la lanza barriendo como una guadaña, con el movimiento tantas veces ensayado, los ijares del monstruo, la espada *Old Edsel* tajando, machacando y cortando la cabeza inhumana... el patito resbaló peligrosamente en el charco de sangre, y Mágico se las vio y se las deseó para

contenerlo. Aun así, rozó con un alerón el quitamiedos de la carretera salvaje, haciendo saltar trozos de piedra, y arañando profundamente la chapa.

—¡Gira y vuelve, viejo amigo, gira y vuelve!

El grito jubiloso, característico de las justas, no impidió que Sir Pertinax sintiera de pronto un agudo dolor en el pecho. Las garras del dragón habían arrancado una pieza del coselete, trazando dos surcos paralelos en las costillas. Pero la bestia estaba vencida ya. Caída a medias sobre la carretera, a medias sobre el deshonesto terreno del exterior, agonizaba, con la cabeza convertida en una pulpa sangrienta de donde se desprendían fragmentos de hueso y trozos de cerebro. Por la abertura del estómago, guadañada por la lanza, caían al firme gris cilindros abullonados y amarillentos, que temblaban con un latir acompasado; los intestinos del monstruo. La gran cabeza armada de colmillos y dientes se venció sobre el quitamiedos, lanzó un último y sordo barritar, y vomitó un caudal de sangre y jugos. Con un último temblor y una convulsión epiléptica de las macizas patas, el dragón quedó inmóvil para siempre.

El patito avanzaba dificultosamente, a poca velocidad, sobre la carretera semidestrozada.

—¡Habéis triunfado, Sir! ¡Habéis triunfado! —gritó Mágico, en el colmo de la alegría.

Mientras la lanza continuaba llameando en el aire quieto, Sir Pertinax sintió que los dolores de su pecho aumentaban de forma insoportable. Poco a poco, le pareció que el mundo se nublaba ante su vista... lanzó una última mirada al cuerpo del dragón, que desaparecía ya en la distancia, y perdió el sentido. Su último pensamiento, antes de perder la conciencia, fue una intensa sensación de asombro ante el misterioso significado del surco de fuego y el estampido. Después, todo se hizo negro a su alrededor.

Continuaba luciendo el sol cuando despertó, molido y deshecho, en su propia cama. Notó que el carruaje avanzaba muy despacio, y que las piezas de la armadura yacían de cualquier forma sobre el suelo. Mágico, a su lado, le ayudó a incorporarse.

—No es grave, mi señor. Sólo unos arañazos. He desconectado la lanza y recogido a *Old Edsel*. Estamos en automático, a solamente dos por hora. ¿Os duele?

—Un... poco... —articuló el joven con dificultad, mientras concluía de sentarse en el lecho. Un espeso vendaje le recubría el torso, apretado hasta casi no dejarle respirar—. Pronto... comunícame con... el Rey Arturo... Debo poner esto en conocimiento de... Su Majestad ...

—Pero, Sir, debéis descansar... momento habrá...

—¡Obedece al instante, maldito!

—Como ordenéis, mi señor. Volveré a mi sitio, que es la cabina de mandos. Los mecanoservus no deben molestar; no están hechos para eso.

—No seas... rencoroso... Mágico —dijo el joven, después de reír débilmente—.

Su Majestad debe saberlo de inmediato.

—Señor... perdonadme, tiradme a la carretera si queréis, pero debe veros un físico... ¿Me prometéis que volveremos a una Avenida y os visitaréis?

—Lo haré... lo haré... pero ponme con Su Majestad.

El viejo mecanoservus, moviendo reprobadoramente la metálica cabeza, salió del habitáculo, mientras el muchacho concluía de incorporarse. Se sorprendió de no encontrarse tan débil como esperaba. Era chistoso, pero estaba más débil y descompuesto después de la comida y el combate amoroso en el castillocar Alte Fodale.

—Habla, hijo —dijo la voz profunda, retumbando en todo el habitáculo.

—Majestad... Soy Sir Pertinax le Percutens. He matado un dragón en una carretera salvaje...

—Dame la situación, buen caballero.

Muy conmovido, ya que era la primera vez que hablaba directamente con Su Majestad, Sir Pertinax dio los datos solicitados.

—Está bien —dijo la cansada voz del Rey—. Has obrado noblemente y con extraordinario valor. Te concedo quinientos puntos por ello; úsalos con inteligencia. Puedes regresar, si lo deseas, por el mismo camino; el dragón habrá sido retirado ya y la carretera reparada... Te aconsejo que busques un físico en la propia Avenida Orión.

—Así lo haré, Majestad. Siempre os obedeceré, venerado Rey.

No hubo más palabras. Bebió Sir Pertinax un buen trago de un cordial que tenía reservado para una emergencia similar a ésta y dio órdenes a Mágico para que girase y retornase por el mismo camino. Recogió su armadura y su espada, y salió a la terraza, débil, pero con la mente perfectamente clara. Mientras el carruaje avanzaba muy despacio, para evitar sacudidas que le abriesen la herida, notó que ésta comenzaba a latir lentamente, con una vibración profunda, al compás de su propio corazón. Un poco de sangre se filtraba a través de los vendajes.

Pasaron nuevamente, al cabo de unas horas, por el lugar donde el desigual combate se había desarrollado. Tal como el Rey Arturo había prometido, el gigantesco cuerpo muerto había desaparecido, si bien los destrozos de la carretera no estaban reparados, y los enormes charcos de sangre, negra y cubierta de repulsivos insectos, continuaban allí. Pasó el patito chapoteando sobre aquel mar de podredumbre, y continuó su camino.

Pero aquella jornada iba a ser de sorpresas para Sir Pertinax. Mientras el patito continuaba su lenta marcha, se reclinó en la banqueta de cuero, respirando ansiosamente el fresco aire del atardecer. No le importó que el sol declinase a lo lejos, en una orgía de colores, ni que largas sombras doradas se extendiesen sobre los amplios campos vírgenes situados a ambos lados de la carretera. Como buen caballero, ni los árboles, ni la espesa hierba, ni los diminutos animales que a lo lejos

retozaban, existían para él. De tal manera se había acostumbrado su vista a ver sólo la carretera, que automáticamente no prestaba atención alguna a nada que sucediera fuera de ella. Pero por esta vez tuvo que hacerlo. Una figura humana de pie junto al quitamiedos, apenas distinguible entre las sombras del crepúsculo, lanzaba gritos y agitaba un pañuelo. Sir Pertinax sintió que el estómago se le retorció de asco al pensar que un caballero pudiera estar *allí parado... Parado*. Pronunció la obscena palabra con repulsión, mientras la figura iba viéndose más clara.

—Arroja unas piltrafas a ese desgraciado, Mágico. Seamos caritativos hasta con un ser sin honra alguna como ése.

—Señor... hasta el arrojar una basura a esos seres es indigno de vos.

No contestó Sir Pertinax, sumido en dudas sobre si, por esta vez, el anciano mecanoservus tenía razón. Sólo en una ocasión había visto, cuando niño, a uno de estos caballeros al que su torpeza o desgracia había privado de su vehículo. En realidad eran pocos los casos, ya que la inmensa mayoría preferían darse muerte antes que... ¡ag!... *detenerse*. Si hubiera sido una débil mujer, aún tendría explicación la cosa, pero tratándose de un caballero...

—¡Para, idiota! ¡Para! ¿Es qué no me has visto?

La voz era inequívocamente femenina. Esto cambiaba ligeramente las cosas. Pero ¿qué hacía una dama o doncella en un lugar como aquél, y vestida con calzas? Porque así era; porque la dama en cuestión llevaba unas extrañas calzas, no ceñidas a las torneadas piernas, y un blusón de tela basta, cerrado hasta el cuello. A medida que el patito se acercaba, con la marcha muy disminuida en virtud de las órdenes del joven, pudo verse que era una muchacha morena, con el pelo muy corto, ¡como si se tratase de un eclesiástico!, una bolsa de cuero colgada del hombro, el blanco rostro lleno de chafarrinones, y una mirada de ira en los ojos.

—Conecta altavoz exterior, Mágico. La recogeremos...

—¡Señor! ¿A una desgraciada como ella? ¿Es que no lo veis...? ¡Está deshonrada para siempre!

—Es una mujer... Si de un caballero se hubiese tratado, le habría abandonado ahí, sin más miramientos, encomendándole a su suerte. Pero de sobras he demostrado mi valor para tener miedo ahora... dicen las crónicas que las cosas no son lo mismo para una dama que para un caballero... Ellas son distintas incluso para esto.

—Sabéis más que yo, Sir. Conectado altavoz exterior.

—¡Subid, dama o doncella! ¡Subid! Reducimos al mínimo...

—Pero ¿es que no podéis parar del todo, so imbéciles, cabezas de corcho?

Ante tan extraño idioma y tan obscenas palabras, a punto estuvo Sir Pertinax de mandar a los infiernos a la desconocida señora, y ordenar a Mágico que acelerase. Pero mucha era su generosidad y su calma, y de sobra lo había demostrado en el curso de su corta vida.

—Subid, señora —gritó, por el altavoz— y no canséis mi paciencia... Mi patito va tan despacio que casi no se mueve... No me pidáis más, que nada más puedo hacer por vos...

—¡Alcornoque, estúpido...!

La muchacha corrió al lado del carruaje, entre los dos primeros juegos de ruedas, y felinamente, se encaramó a la gran viga de duraluminio. Con un extremo esfuerzo, se colocó a horcajadas sobre ella; después, a gatas, sin ningún miramiento hacia lo ridículo de tal postura, reptó hacia la terraza en que el debilitado Sir Pertinax la esperaba.

—Desconecta altavoz exterior.

—Hecho, Sir. Perdonadme si os pido que averigüéis bien de quién se trata.

—Calla, deslenguado, y conduce.

La joven pasó por encima de la barandilla de titanio y, con un resoplido, se dejó caer sobre el suelo de la terraza. Pudo entonces el caballero contemplarla a su sabor, y de ese examen dedujo que era una de las damas o doncellas más extrañas e inesperadas que hubiera visto nunca. En primer lugar, y tal como había observado antes, vestía unas calzas a modo de cilindros, de tela azul desteñida, que terminaban en unos pies normales (no diminutos) calzados con gruesas botas de becerro. Nada de escarpines dorados con alto tacón, ni sandalias que mostrasen los marfileños dedos con las uñas barnizadas en rojo, escarlata o dorado... Nada de eso. Unas botas horrendas, cuadradas, grandes como camisas de cilindro, y además llenas de pegotes de barro... Sintió asco, pero continuó su examen. El torso de la señora se cubría con un blusón de tela similar a la estameña que usaban los clérigos, desgarrado en algunos lugares, en donde se mostraba una piel tostada con un tono tabaco claro de lo más ordinario... Sobre el seno izquierdo, totalmente invisible bajo tan gruesa cobertura, una plaqueta de plástico decía «SMITH», sin más explicaciones. Ni un solo bordado, ni el más mínimo adorno, a no ser que lo fuera la funda de cuero negro, casi triangular, que pendía de la cintura de este extraño ser femenino. En cuanto al rostro era la imagen misma de la suciedad y la ira infernal. Tal pelo cortado casi al rape no podía pertenecer a una mujer normal, sin undosas crenchas, ni graciosos rizos que enriqueciesen su belleza. Porque, después de todo, la extraña no dejaba de ser bella. Sus rasgos eran regulares, su expresión llena de viveza, y sus labios, muy hermosos. Pero todo ello estaba retorcido y deformado por una espantosa expresión de cólera y por un buen número de manchas grasientas. Los ojos, negros como el carbón, lanzaban chispazos de furia.

—¡Pedazo de memo! —gritó la señora, con voz ronca—. Pero ¿esto qué es? ¿Una carrera de obstáculos? ¿Es que crees que puedo subir a este cacharro en marcha?

—Temo, señora —dijo Sir Pertinax, sin atreverse todavía a darle el título de milady—, que no apreciáis en lo que vale la generosidad que he tenido con vos

recogiéndolos del camino.

—¡Anda! ¡Si sabe hablar y todo! ¡Vaya, hombre! Por lo menos podrás decirme dónde diablos estoy, y dónde está la radio espacial más próxima.

—No os comprendo, señora. Decís unas palabras que nunca he oído, y quizá si reposaseis un poco... Mi mecanoservus os preparará un cordial, y algunos manjares, si ello os place...

—¿Es que no sabes hablar en cristiano? ¡Lo que quiero saber es qué cochino planeta es éste!

—¿Planeta? Por favor, señora. Esto es una carretera salvaje... Planetas sólo los hay en la Gran Avenida de la Galaxia... y como sabréis, llamamos planeta a un conjunto de asteroides unidos en el mismo lugar.

—¿Es que esto es un asteroide?

—¿El qué, mi señora? Os aseguro que el asteroide más próximo está a unos cuantos kilómetros... en la Avenida Orión, a la que llegaremos esta noche. ¿Acaso esperáis a alguien que pase por allí? Pero os pido mil disculpas, puesto que ni siquiera os he ofrecido asiento...

La joven se sentó en la pequeña butaca de raso que Sir Pertinax extrajo del habitáculo, y depositó en el suelo la bolsa de cuero, mientras miraba al caballero con profunda desconfianza.

—Tomad un cordial... —dijo el joven, tendiéndole la botella.

Ella volvió a mirarle de soslayo, como si no pudiera creer en su existencia, y empujó la botella con un estilo tan excelente como el de cualquier otra dama. Lady Sanguina incluida.

—¡Mil diablos! —dijo, con los ojos desorbitados—. Esto es fuego líquido... Ni en la más asquerosa tasca de Cisne B sirven un brebaje como éste, por un millón de escorpiones...

Sin embargo bebió otro sorbito, esta vez con mayores precauciones, y devolvió el tallado frasco a Sir Pertinax. Al inclinarse éste a cogerlo, un ramalazo de dolor le recorrió el pecho, pero supo dominarlo.

—Vamos a ver —dijo ella—. Vamos a ver si nos entendemos, socio. Fíjate bien en lo que voy a decirte, a ver si se te mete en la cabeza. Me llamo Jane Smith, y piloto una astronave de carga. Hace dos días se estropeó el convertidor de masa... ¿sabes? Bueno, por si no lo entiendes. Estaba en el hiperespacio, y todo se fue al traste. Cuando buenamente pude, saqué la condenada nave al espacio einsteniano, di a fondo, y la computadora me localizó este planeta. Hora era, porque tenía los tubos echando llamas. Así que lo único que pude hacer fue echar una ojeada, y como no veía más que carreteras, me tiré con la nave a un espacio desierto. A seis mil de altura salté en paracaídas y me dirigí al camino más próximo. Ahora lo que necesito es ayuda, ¿entiendes? ¡No me mires con esa cara de bobo! Encima de haber perdido

carga y astronave, encontrarme con un parapléjico mental... ¡Lo que me faltaba! De una vez por todas, socio, ¿dónde está la estación de radio interestelar más próxima? ¡Tengo que avisar a la compañía!

—Temo mucho que no os entiendo, mi señora —contestó Sir Pertinax, completamente maravillado—. Usáis un lenguaje del cual se me escapan casi todas las palabras, porque nunca he oído hablar de más planetas que los que hay en la Avenida de la Galaxia, y el Manual de Implementos nunca me mencionó los convertidores, la estación interestelar, ni todas esas otras magias que habéis mencionado... No quisiera ofenderos, pero temo que habéis sufrido un fuerte choque nervioso...

—¡No lo dudes, máscara!

—... Nervioso, digo y no sabéis bien de lo que habláis. Sin duda que vuestro caballero ha sido derrotado en una justa, y ha muerto después, y vos os habéis salvado de cualquier forma. Pero os ruego que me digáis si sois dama o doncella, y si me autorizáis a que os tutee...

—¡Claro que sí, merluzo! ¿Y qué quiere decir eso de si soy dama o doncella?

—Alterada está vuestra mente... no cabe duda de ello. Quiero decir si habéis hecho ya el amor una o más veces con caballero de vuestro gusto, o si no es así aún. Porque de eso depende el tratamiento que debo darte...

—¡Habrás visto sinvergüenza! —dijo ella, levantándose, con el rostro rojo como terciopelo—. ¿A ti que te importa si yo... si yo...? ¡Vamos, hombre!

—No comprendo tu ira, mi señora. Si sois dama, y habéis hecho el amor, debo decirte milady; si no, debo llamarte Jane... Pero a fe de que son extraños a más no poder vuestro nombre y vuestro apellido... ¿De qué familia eres?

—De los Smith de arriba y de abajo, y de todas partes. ¿Y yo qué sé? En mi vida he oído cosa igual...

—Ni yo tampoco, señora. Pero todavía no me has dicho si eres dama o doncella, ni cuál es tu escudo de armas. Comprenderéis que debo colgar el losange al arzón.

Jane Smith se cogió la cabeza con las manos, y fijó en el caballero unos ojos abiertos y admirados. Después, giró la cabeza a un lado y a otro, con un claro gesto de incomprensión.

—Mira, socio... Ni yo te entiendo a ti, ni, por lo que veo, tú me entiendes a mí. No sé dónde estoy, y dudo mucho que tú sepas quién eres y dónde estás. Pero por lo menos, estoy viva, y algo es algo. Si hubiera podido salvar el atlas espacial, sabría qué mundo del diablo es éste. Pero no he salvado más que la pistola, la radio de emergencia, y un paquete de raciones...

Para Sir Pertinax la cosa no ofrecía ya ningún problema. Se trataba, evidentemente, de una pobre loca, bien que lo fuese de nacimiento, bien que hubiera perdido la razón al ver morir a su caballero. No quedaba otra solución que tratarla

con generosidad y dulzura, y entregarla al primer eclesiástico que encontrase en su camino. No iban a darle ningún punto por ello, pero un caballero no debía pensar exclusivamente en el interés.

—Tienes razón, tienes razón —dijo, rápidamente—. Ahora, permanece ahí, esto... er... milady, y mi mecanoservus nos servirá la cena. Me perdonarás si no puedo hacerte el amor esta noche, pero estoy herido, y muchos son mis dolores.

—¡Encima eso! —resopló Jane Smith—. Como te atrevas a ponerme una mano encima, te meto seis gramos de plomo en la sesera, ¡sátiro!

—Claro que sí, desde luego, milady. Lo que tú digas. ¡Mágico!

—¿Sí, mi señor?

—¡Pon el automático, y sírvenos a Lady Jane Smith y a mí la cena!

La muchacha tuvo un temblor cuando oyó retumbar la voz del mecanoservus.

—¿Qué es eso?

—Mi viejo preceptor... me acompaña. Conduce el patito...

—¿Esto es un patito?

—Sí, milady.

—Esto lo que es, es un camión muy grande y muy raro, y sin nada de lo que tienen los camiones decentes. ¿A qué transporte te dedicas?

—No sé lo que quieres decir... ¿Transporte? ¿Qué es eso?

Lady Jane lanzó un resoplido, extrajo un cigarrillo del bolso y lo encendió con un prisma plateado.

—No sé para qué pregunto nada —dijo, mirando al cielo, como si fuera a encontrar allí la respuesta a sus problemas—. He debido caer en un manicomio rodante... ¡anda ya! Y para esto he estudiado tres años en la *Interestelar Navy Commander School*. ¡Bueno va! Más me habría valido casarme con el puerco de Fitzgerald y dedicarme a criar hijos gordos y sucios...

—Lo siento mucho —dijo Sir Pertinax, pareciéndole que la dama estaba dolorida por algo que no comprendía.

—¡No, hombre, no! ¡Si es igual...! Vamos a ver si cenamos, y mañana será otro día... No creas, si me las he visto gordas, yo. Ya te contaré cuando me pillaron los ferropilos por su cuenta en NGC-3119... cosa rica. Menos mal que los muchachos de la patrulla llegaron a tiempo, que si no... En fin. Y esto, ¿qué es?

—La cena, milady.

—Pues no está nada de mal, socio... ¡Te cuidas como un pachá!

No era una cena fuera de lo común. Dado que no había querido invertir puntos en comida extra, Sir Pertinax sólo disponía de filetes de buey, aderezados con patatas y verdura, con una salsa de carne concentrada, y todo ello regado con una botella de vino rojo. De postre, un plato de crema blanca.

—¿Éste es el mecano... lo que sea?

—Sí, milady.

—Esto es un robot y no otra cosa. ¡Ganas de ponerle motes a todo, puñeta! De veras que me gustaría saber dónde he caído, palabra. Oye, por favor —dijo, inclinándose hacia Sir Pertinax—. ¿En serio que no puedes ayudarme?

Los hermosos ojos fijos en él conmovieron al joven, pero no sabía qué hacer por la pobre vesánica. Por ello, contestó con toda la dulzura posible ...

—Haré lo que pueda, Lady Jane. Pero hoy es tarde, y estamos a punto de entrar en la Avenida Orión. Por cierto, Mágico, cuando entres, tira en sentido contrario, y después, te cruzas por la Avenida Aldebarán... está a un centenar de kilómetros...

—Lo que ordenéis, mi señor.

—¿No vamos a parar en un motel, de verdad que no?

Esta vez Sir Pertinax comprendió perfectamente a la desgraciada lunática. Sólo una persona que hubiera perdido la razón podía proferir indecencias como «parar» con tal tranquilidad y hablar de cosas imaginarias como ese «motel». Trató de tranquilizada.

—No, milady. No. En absoluto. Estáte tranquila que no... ¡ejem!... pararemos en un motel. Ni en ningún otro lado. Ahora cenemos en buen amor y compañía, y luego descansarás.

—¿Dónde, si aquí no hay más que vigas y motores?

—Mira al final. Mágico; la luz de la nueva célula...

—¡Vamos! ¡Si hay una casita...! ¿Y voy a dormir yo ahí?

—Sí.

—¿Y tú, qué? Porque como te acerques tan sólo a dos metros, sabrás lo que es una *magnum*.

—Yo dormiré en mi habitáculo, que es éste que hay a nuestra vera, milady. De forma que come y bebe, que nadie te molestará.

—En fin... —dijo ella—. De perdidos, al río.

Y procedió a comer golosamente el filete de buey acompañado de algunos tragos de vino rojo. Muy pocos, en comparación con lo que era preciso para satisfacer a una doncella como Deliciola o Delirus. Pero al parecer los suficientes para que las mejillas de la desconocida tomasen un leve tinte sonrosado, y sus ojos brillasen un poco más.

Sir Pertinax se sentía un poco febril. Acompañó a la pobre desequilibrada a la nueva célula, en la que había tan sólo un catre provisional y el acostumbrado surtido de cortinajes, además de algún pequeño mueble. Se asombró cuando Lady Jane consideró aquel pobre lugar como el máximo de los lujos, afirmando que «en su vida había visto cosa igual», pero prefirió no comentar nada y retirarse a su habitáculo.

Durmió con un sueño pesado e intranquilo, mientras Mágico, muy preocupado, conducía lentamente.

IV

Desaparece la extraña dama y comienza Sir Pertinax a escuchar las voces misteriosas

A través del vidrio pudo ver Sir Pertinax, ya despierto de su intranquilo reposo, que durante la noche había alcanzado la *Aldebaran Road*, y que se hallaban en el punto 811. El poste kilométrico pasó lentamente, y juzgó que caminaban a unos cuarenta a la hora. Se notaba dolorido, y con una ligera sensación de cosquilleo en la herida, claro síntoma de que comenzaba a cicatrizar. Pero su fortaleza física era más que suficiente para soportar una arañazo como aquél, así que se afeitó y aseó recordando aún los numerosos sucesos de la jornada anterior. Fue en ese momento cuando oyó en la terraza la voz de Lady Jane.

—Pero ¿dónde está usted? —decía ella.

Con gran sorpresa del joven caballero, otra voz bronca y rasposa respondió a la de la muchacha.

—En un satélite artificial, a veintiséis mil quinientos kilómetros de altura. Te voy a repetir de nuevo, Smith. Yo no puedo hacer nada por ti. Te has metido en un horno, chica. El único que puede ayudarte es Artie 26, y voy a ponerme en contacto con él.

—¡No puedo quedarme aquí, con este chalado!

—Te quedarás ahí lo que haga falta, Smith, y vas a seguirle la corriente al chalado, como tú dices, y a todo el que te encuentres en el camino. Espera un minuto; tengo a Artie 26 en la otra línea.

Hubo unos instantes de silencio, que Sir Pertinax aprovechó para acabar de vestirse, casi aterrorizado por aquella voz rasposa que salía de la nada. ¿Sería posible que otro caballero hubiera subido a su patito sin permiso? Si tal villanía había sido cometida, su espada *Old Edsel* pondría las cosas en su punto rápidamente.

—Atiende, Smith —dijo la horrible voz—. Toma nota de esto. Espera; supongo que llevas tu brújula, ¿no es así?

—Sí, señor Sullivan.

—Toma nota. 2113 magnético Este. 22 declinación oeste. Dirección tomada desde el centro...

—¿Desde el centro de qué?

—Del castillo. Ya lo verás. Te llevarán allí. Caminas doscientos veintiséis metros; hay dos árboles gemelos y en medio una roca cuadrada. Verás un botón azul sobre ella. Tres cortos y seis largos. Te abrirán. Es todo.

—¿Se trata de alguna estación?

—Se trata del mismo centro de este... bueno; de este mundo. Del centro neurálgico, Smith. Repito; te llevarán al castillo, en el Norte absoluto, y desde allí tomas la orientación. En cuanto a salir de 36 Ofiuco A con los limitadores sin

recargar, es asunto tuyo y de tu compañía, la Nobile, Campson y Narval. Ellos te dirán.

—¡No tenía tiempo...! ¡Tenía que cumplir el horario, señor Sullivan!

—No es problema mío, Smith. Yo sólo te digo que estás en un avispero. Haz lo que te digan, y sigue la corriente a todos. Como hagas algo que estropee la cosa, te freirán viva.

—¿Me... me echarán? —dijo Lady Jane, con voz llorosa.

—Pregúntaselo a Nobile, Campson y Narval. Y vale. No intentes entrar en comunicación de nuevo; es muy peligroso. Corto y fuera.

—Corto y fuera, señor Sullivan.

Indudablemente aquello era asunto de hechicería o encantamiento. Jamás había oído Sir Pertinax que una voz pudiera resonar así en un carruaje, sin permiso del caballero dueño del mismo. Acabó velozmente su tocado, y salió a la terraza. Con gran sorpresa, vio que Lady Jane estaba sola, sentada en la banqueta de cuero, y con un aspecto de suma tristeza y desesperación. No parecía posible que ella hubiera fingido la voz horrenda, aunque nunca se sabía bien qué esperar de una desequilibrada. En el suelo, ante ella, reposaba una cajita negra, con una esfera, varios botones, y una pequeña lanza cromada extendida hacia el cielo. Desde luego que no era un arma, porque la diminuta lanza no tenía más allá de tres palmos de larga, y no terminaba en punta, sino en un pequeño botón cilíndrico. Mientras la miraba, Lady Jane tomó la cajita negra, apretó la parte superior de la lanza, y ésta se recogió sobre sí misma, entrando totalmente en el interior de la caja.

—Ah... estás ahí —dijo ella, al verle—. Buenos días.

—Claro que lo son —contesto Sir Pertinax, yendo de sorpresa en sorpresa—. ¿Acaso hay días malos, milady?

—¡Oh, no...! ¡Otra vez, no! —dijo la muchacha, y de la forma más incomprensible, se acurrucó en el asiento y se cubrió el joven rostro con las manos. Diose cuenta Sir Pertinax de que estaba llorando, ya que los sollozos sacudían el cuerpo de la muchacha, y no supo hacer otra cosa que sentarse a su lado y esperar a ver qué sucedía. Podría ser que estuviese irritada por no haberle hecho el amor la noche antes. Pero el joven caballero se dijo que en tal caso se lo habría reprochado claramente en vez de llorar por razones desconocidas. Y además... ¿qué era aquella voz rasposa y horrible? No había caballero extraño alguno en el patito, ni podía haber sido el viejo Mágico. Los mecanoservus no tenían más que una voz, como los caballeros y las damas. ¿Tal vez aquella caja negra?

—Bueno... —dijo Lady Jane, levantando el rostro—. Vamos a ver qué pasa, socio. Bastantes problemas tengo ya.

Observó Sir Pertinax que la muchacha se había lavado la cara, y que resultaba así más bella que el día anterior. Lástima que su rostro tuviera aquel tono ligeramente

tostado, completamente fuera de lugar para una dama. Sin duda que éstas debían tener el cutis blanco como leche y rosas, y no era admisible ninguna otra cosa. Pero aun así, Lady Jane era bella, y sus ojos extraordinariamente penetrantes, aun cuando un tanto llenos de dolor, como si hubiese sufrido mucho. Sintió pena por ella y decidió tratarla con la máxima delicadeza. No era hora de hacer el amor, sin una buena comida y bebida abundante que precedieran al acto, pero más tarde se lo solicitaría de nuevo, para que no tuviera queja alguna de él.

Mágico, en silencio, colocó una jarra de café ante ambos, y un plato con tostadas.

—Desayuna, milady —dijo Sir Pertinax—. Es poco lo que puedo servirte, porque sólo soy aún un pobre caballero, pero te lo doy con mis mejores deseos.

Ella le miró con lágrimas en los ojos.

—No sé lo que eres... pero pareces buena persona. Te seguiré la corriente, no te preocupes. Mira; ni siquiera sé cómo te llamas.

—Mi nombre es Sir Pertinax le Percutens, y soy tu más humilde servidor.

—¡Ojalá! ¿Y cómo debo llamarte?

—Ya te lo he dicho, Lady Jane. Sir Pertinax.

—¿No puedo llamarte Perty, para abreviar?

Ante la ofendida mirada del joven, Lady Jane se apresuró a rectificar.

—No, claro. Ya veo que no. Está bueno el café, Sir Pertinax. No lo tenemos así en... en...

—¿En dónde, milady?

—No, nada. En ningún sitio. Estaba pensando en otra cosa. Oye... ¿has oído algo, alguna voz rara, algo?

—No, milady —mintió tranquilamente Sir Pertinax—. No se a qué te refieres.

—Bueno; menos mal... temía... Oye: que las tostadas éstas son de primera.

—¿Te gustan?

—Un horror. Cosa rica, de veras. No había probado pan como éste desde que míster Nobile quiso que fuera a cenar con él, y tuve que decirle que...

—¿El qué milady?

—No, nada. Que todos los hombres son iguales. Hasta tú, me imagino. Perdona, Sir Pertinax, pero estoy pensando en voz alta.

—Difícil ocupación es ésa, milady.

—No lo sabes tú bien, socio.

Un castillocar oscuro, con el escudo de un eclesiástico en el arzón, se cruzó con ellos, seguido después por dos castillocar más y un patito bastante completo.

—¿Qué diablos es eso?

—Son castillocar, como éste será algún día, milady.

—De manera que es así... —dijo ella—. ¿Y cuándo paráis?

Por segunda vez aquella obscena palabra. Comenzaba a pensar Sir Pertinax que la

vesania de la dama no lo era para todo, puesto que en general hablaba con normalidad, aún cuando usase algún vocablo incomprensible. Decidió que lo mejor era explicárselo, por si la perdida memoria volvía a renacer.

—No debes decir eso, Lady Jane. Es una palabra que la gente bien nacida no pronuncia. Y yo no dudo de lo preclaro de tu nacimiento, aun cuando no vayas vestida con las ropas adecuadas. Pero pronto pondré remedio a eso, porque iremos a un asteroide *vestis*, y proveeremos de lo necesario.

—¿Quién haremos todo eso?

—Yo.

—¿Y por qué no dices haré o proveeré, o así? ¡No eres más que una persona sola, demontre! ¡Oh, perdona, perdona, Sir Pertinax! No doy ni una, está visto. Oye, tú, ¿y qué es lo que no debo decir?

—Eso de... perdón, milady... eso de... *parar*.

—¿No se puede?

—No, milady. No se debe ni siquiera pensar en ello.

—De acuerdo, Sir Pertinax —contestó ella, sonriendo—. Cuando meta la pata otra vez, me lo dices y en paz. ¿De acuerdo?

—Supongo que sí —contestó Sir Pertinax, sin estar muy seguro de si ésta era la contestación acertada. Tan extrañas eran normalmente las palabras de la dama, que cogía el sentido de la conversación por su tono, y no por lo que las palabras significaban. La pareció ahora que ella estaba pidiéndole que informase de sus errores de etiqueta, si es que cometía alguno, y respondió en consecuencia.

—Supongo que sí, milady —repitió—. Y ahora, puesto que el próximo asteroide *vestis* está...

—¡Mi señor! ¡Oh, mi señor! —resonó la voz de Mágico en la terraza—. ¡Mi señor, por lo que más queráis, atendedme!

—¿Qué sucede, viejo Mágico?

—¡Su Majestad, Sir Pertinax! ¡Su Majestad el Rey Arturo quiere hablar con vos...! Pero no es eso solo, mi amo.

El joven caballero se levantó bruscamente, asombrado. No recordaba que Su Majestad hubiera llamado nunca a nadie. Siempre era al revés, cuando se mataba un dragón, o cuando en una justa moría el otro caballero, o cuando se era armado como tal...

—¡Habla de una vez, maldito!

—Sí, mi amo. Su Majestad quiere que milady asista a la conversación, ¡y que yo lo haga también, mi señor!

—Cosas graves deben suceder para que así sea —respondió Sir Pertinax, con calma—. La dama y yo pasaremos a mi habitáculo, y en cuanto a ti, puedes seguir la conversación desde ahí. Disminuye la marcha, para que puedas prestar atención a las

palabras de Su Majestad. ¿Lo ves, viejo preceptor, lo ves? Es sin duda una señal de que grandes cosas nos esperan.

—¡Oh, Señor...!

Conmovida sonaba la voz del anciano mecoservus, porque nunca había sucedido en la historia de la caballería que Su Majestad quisiera conversar o departir con un despreciable ser mecánico como él. Indudablemente su amo estaba llamado a muy altos menesteres, y no había sido todo lo equivocado que él pensaba el recoger a la dama en la carretera salvaje. Con unción y respeto máximo, el viejo Mágico esperó que sonase la voz del Rey, seguro ya de que su amo y milady estaban en el habitáculo.

—Caballero Sir Pertinax le Percutens —resonó la voz grave de Su Majestad—. Sé que has recogido una dama en la carretera salvaje, poco después de acabar con el dragón...

Una mano de hielo estrujó el corazón del joven. ¿Habría sido aquello tan deshonoroso como para que el propio Rey quisiera privarle de su título? La voz del venerable monarca sonaba como si algo gravísimo estuviera en juego.

—Así es, Majestad —respondió humildemente Sir Pertinax. Miró de reojo a la dama, que no parecía en absoluto preocupada.

—Has hecho bien, noble caballero. El valor y la hidalguía pueden demostrarse de muchas formas, y lo que tú has hecho es una de ellas. Se trata de una dama desvalida, a la que era preciso proteger. Pero sobre ella pesa un encantamiento que sólo yo puedo levantar. Por tanto, la llevarás, a la mayor velocidad posible, al Circo Máximo Norte, donde la dejarás al lado de mi castillo, ¿oyes?

—Oigo y obedezco, Majestad.

—No permitirás que circunstancia alguna te retrase, y dispondrás del número de puntos preciso para que la dama se vista de acuerdo con su condición, a fin de que las ropas que ahora lleva desaparezcan sin ser vistas por nadie. Entrarás en el próximo asteroide *vestis*, y las destruirás.

—Sí, Majestad.

—En cuanto a ti, mecoservus Mágico, guardarás absoluto silencio sobre todo esto. Podría pedir a tu señor que te desmontase y te colocase un bloque magnético en la memoria, pero le has servido demasiado bien para que solicite tal crueldad. Te autorizo, además, a añadir sobre tu pecho una nueva placa de oro, que dirá *Rex Arturus audivi*, escuché al Rey Arturo.

—Majestad... —musitó el anciano preceptor, agobiado. Creyó que sus circuitos, sobrecargados, iban a saltar. Nunca había pensado que algo así pudiera suceder; nunca, ni en los más locos sueños...

—Lady Jane, escúchame. Artie 26, ¿comprendes? Obedece a Sir Pertinax, y no te destaques en nada, o mi ira caerá sobre ti... Si quieres llegar a donde debes, sana y

salva, no hagas nada que pueda hacer volcar el bote, ¿comprendes? Y me estoy refiriendo a este bote. ¿Has comprendido?

—Sí...

Los ojos de Sir Pertinax echaron llamas.

—¡Sí, Majestad! —gritó.

Pareció que Lady Jane se encogía bajo la fulminante mirada del caballero.

—Sí, Majestad —repitió, dócilmente.

—Eso está mejor —tronó la voz del Rey Arturo—. Recuérdalo; Artie 26 ¿eh? Sigue las costumbres, adopta el traje, cumple con las normas. Será cosa de poco.

Un silencio sepulcral invadió la pequeña pieza cuando la comunicación con el Rey Arturo se cortó. A Sir Pertinax le sorprendió mucho el aspecto de la dama; con la cabeza baja y las manos unidas en apretado puño, los hombros encorvados, era la imagen misma de la desesperación. No parecía lógico; una protegida de Su Majestad debía sentirse extraordinariamente satisfecha.

Pero no era momento de pensar en esto, ni en las extrañas coincidencias que había entre lo dicho por la voz horrible, y lo comunicado por el Rey Arturo... Lo primero era cumplir las órdenes recibidas; tiempo habría para pensar.

—Asteroide *vestis* a sesenta y dos kilómetros, mi señor —dijo Mágico.

—Saca todo lo que puedas de los motores, sin forzarlos, viejo. No podemos ir despacio, pero tampoco debemos arriesgarnos a una avería seria.

—Sí, mi amo. Yo... yo quería pedirlos perdón humildemente por haber dudado de vos... Yo...

—Olvídalo, Mágico. Y empieza a correr. Lady Jane, hazme el favor de retirarte a tu celda; nadie debe verte. Yo voy a trazar el plan de ruta.

Ella, en silencio, comenzó a caminar por la estrecha pasarela, hacia la célula de popa. A mitad de camino, se volvió con el cabello movido en cortos remolinos por el viento de la marcha, presentando un aspecto terriblemente desvalido.

—¿Tardaremos mucho, Sir Pertinax?

—Aún no lo sé, milady —gritó el caballero, tratando de dominar el creciente ruido de los motores—. He de buscar el camino más corto... pero no creo que sea menos de cuatro o cinco días. Hay que ir al Norte y estamos casi en el Sur.

Ella asintió tristemente con la cabeza, y entró en su habitación. Observó entonces Sir Pertinax que había olvidado en la terraza la bolsa de cuero, y al lado de ésta, la misteriosa cajita negra de donde había salido la voz áspera. Sin dudado un momento, recogió la cajita y entró con ella en su habitáculo. El Rey Arturo había hablado de destruir ropas, y no había dicho nada de la bolsa y la caja. Destruiría la primera, y se quedaría la segunda; no habiendo orden expresa de Su Majestad, no había nada deshonoroso en ello.

Los motores rugían rítmicamente, mientras el patito caminaba a setenta y cinco,

con suavidad, sin oscilaciones ni saltos. De vez en cuando el sonido de la trompa y la inclinación a derecha e izquierda demostraban que Mágico, con pericia, estaba adelantando otro carruaje.

Poco costó a Sir Pertinax calcular una ruta no muy complicada que les llevaría rápidamente al Norte, en el supuesto de que en alguna de las vías menores que iba a verse obligado a tomar, no hubiese demasiada circulación. Se encontraba extrañado. No podía dejar de pensar en la dama y en su aspecto afligido. Juró entre dientes. Estaba a punto de decirse que eso la hacía más atractiva a sus ojos, ya que la tristeza era un estado anímico casi desconocido. Ira, alegría, indiferencia... de acuerdo. Pero tristeza, dolor... ¿por qué? Hasta diría que ese mismo desconsuelo de la dama le empujaba a protegerla más ardientemente, como si no hubieran sido bastantes las órdenes de Su Majestad.

Bebió un poco de cordial, en contra de sus costumbres, de por sí morigeradas. El ardiente licor cayó en su estómago como en un charco, sin producirle calor ni animación alguna. ¿Y qué pensar de la voz horrible, y de la caja negra? ¿Qué pensar de tan misteriosas casualidades? El surco de fuego, el estampido, el dragón, la dama desvalida, la conversación inesperada, las órdenes de Su Majestad... ¿Por qué la voz áspera había mencionado ese extraño ser llamado Artie 26, y también lo había hecho el Rey Arturo? ¿Qué era volcar un bote, e incluso un bote mismo? Porque no podía tratarse de un bote de conservas, como los que había en los asteroides *cibi*.

Poco a poco, la mente de Sir Pertinax iba cargándose... Notó un ligero dolor en las sienas. Era inútil, pensó. Jamás comprendería nada. Si sobre todo ello pesaba un encantamiento, más le valía dejarlo en manos de Su Majestad, que asuntos secretos del monarca eran, y no otra cosa, y por tanto, debía limitarse a cumplir su deber de caballero.

Mientras metía y sacaba, automáticamente, la lanza de metal acoplada a la caja negra, la solución llegó lentamente a su cerebro. Con júbilo, se dio cuenta de que no era preciso que diera más vueltas al caletre ni intentase comprender lo que nadie podía comprender. Un caballero no debía molestarse por esas cosas... Quizá un filósofo sí, pero él no lo era. Una gran onda de tranquilidad invadió su espíritu cuando consideró el problema resuelto de esta forma.

Un chirrido surgió bruscamente de la caja negra, y Sir Pertinax retiró la mano, asustado.

—... por la religión? —dijo la voz rasposa.

—Que se la inventen ellos —contestó otra voz, muy lejana y deformada, pero que a los oídos de Sir Pertinax sonaba a conocida.— Si hay una verdadera, ésa será la que inventarán, ¿no crees?

—No. Yo no soy un descreído como tú. Sólo estoy empleado aquí, y esto es un trabajo como otro cualquiera. Igual podía ser prospector en Golconda, o jefe de

compañía en Lac 9352. Pero ¡tú los quieres, Artie!

¿Artie? ¿Artie? ¿Otra vez Artie? Más tranquilo, el joven aguzó el oído, tratando de captar las palabras entre el gran número de chirridos, zumbidos y ruidos de fondo que casi las cubrían.

—Naturalmente, Sullivan. Llevo más de treinta años con esto... y me eligieron porque soy capaz de amarlos y sacrificarme por ellos. Si fuera por el dinero, el maldito trabajo podía irse al diablo.

—Si fuera por el dinero, no me jugaría yo el tipo hablando contigo por la onda de emergencia.

—Si nos cogen, te mandarían al mismo Termino... ya sabes, en el borde de la galaxia...

—¿Y tú, qué?

—A mí no me pasaría nada, Sullivan. No pueden privarse de mí. Y más ahora que el proyecto número uno ha dejado de enviar noticias. Ya verás cómo va a resultar que Milton Yale tenía razón, y que el proyecto número dos...

Las voces se perdieron en un concierto de interferencias. Durante unos segundos, Sir Pertinax permaneció inmóvil, mirando fijamente la caja negra. Tenía la desagradable sensación de que estaba cometiendo algo profundamente pecaminoso e innoble. Pues en el curso de la absurda conversación, había reconocido la voz del llamado Artie. Lejana, borrosa y con otra entonación, pero era, sin ninguna clase de dudas, la del mismo Rey Arturo.

—Estamos a punto de llegar al asteroide *vestis*, mi amo.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Que estamos llegando al asteroide *vestis*, Sir.

La voz de Mágico sacó al joven de sus cavilaciones. Había comprendido, de una forma oscura, que aquella impenetrable conversación se refería a él mismo y a Lady Jane... Hizo un terrible esfuerzo de voluntad. Si no hubiera sido expreso deseo de Su Majestad que la oyera, no la habría oído. Así que, de ahora en adelante, procuraría estar atento a las fantasmales voces de la caja negra, por si en ellas había algún aviso o críptica advertencia que debiera cumplir.

El asteroide *vestis* estaba vacío. Cuando Sir Pertinax trató de registrar puntos en la entrada, la flámula se alzó como era normal, y la carátula transparente de la registradora mostró un número de puntos tan elevado, que sintió una ligera sensación de mareo. Mientras el vehículo giraba lentamente dentro de la herradura, pasando y repasando ante los anaqueles llenos de ropas más o menos suntuosas, hizo salir a Lady Jane de la célula.

—Puedes elegir lo que quieras. Tenemos muchos puntos, y es deseo de Su Majestad que vistas adecuadamente. No te preocupes; nadie nos puede ver, ni nadie entrará mientras estemos aquí. Coge lo que quieras.

—Un cheque en blanco ¿eh? —dijo ella.

Otra frase sin sentido, producto quizá de la magia que sobre la muchacha pesaba.

—Bueno, ¿y qué debo coger? —continuó ella, con una mustia sonrisa en los labios—. Porque de las modas que uséis aquí, nada de nada.

Sir Pertinax se sintió feliz de poder demostrar su educación y conocimientos. La hubiera rodeado con sus brazos, pero se dio cuenta de que aún no era momento.

—Primero zapatos, medias y ropa interior. Adecuada a tu porte, claro está —dijo—. Después un par de trajes de diario, y otro par para sarao; no creo que necesites más. Perfumes, peinetas, redecillas y alguna joya a juego...

—¡Va a costar una fortuna, oye!

—¿Qué quieres decir, milady?

—Que será un horror de caro. Espero que no me lo quieras cargar a mí luego, porque... Bueno, bueno. No he dicho nada. No me mires así. ¿Por dónde empezamos?

Una vez registrada la talla de la dama, todo era cuestión de elegir. Sir Pertinax recomendó unos escaarpines de tafilete dorado, medias de nailon blanco en rejilla, ropa interior de suave seda blanca, y un traje de terciopelo verde, con mangas abullonadas, escote de barco, muy bajo, y aberturas a los costados. Poco a poco, todo lo elegido se acumuló a los pies de la dama, bien empaquetado en sus cajas de plástico transparente. Notó el caballero que las etiquetas habían cambiado; ya no eran el nombre de la cosa con un yelmo encima, sobre fondo blanco, sino que el fondo era azul pálido, con estrellas, y algo como un cilindro que echaba fuego. Debajo decía: «El carruaje celestial» y seguía el nombre del objeto adquirido. No les prestó mucha atención, ya que el cambio de etiquetas, aunque no fuera muy frecuente, tampoco era raro.

Lady Jane miraba el cúmulo de paquetes con una expresión muy peculiar. A poco, alzo los ojos hacia Sir Pertinax, y éste pudo ver que tenía las mejillas ligeramente enrojecidas.

—¿Todo esto? —dijo la joven, con un hilo de voz.

—Eso es sólo un juego completo; aún faltan bastantes cosas, milady... ¿Es que no te gusta ese traje?

—Sí... claro que sí... aunque no es lo que acostumbro a llevar. Pero no es eso... es que... el que me compres tú todas estas cosas, me da la impresión de ser una, vamos... ¡una entretenida!

—Espero —contestó el joven— que eso no sea nada deshonroso.

—Según. Malo no es. Mejor me iría si hubiera querido... En fin. ¿Qué hago ahora? ¿Me pongo todo esto?

—Es lo mejor, milady. Así si otro vehículo llegase a la entrada, no te vería con esas ropas que Su Majestad ha prohibido. Además, así puedes dármelas para

destruirlas.

—Está bien... está bien.

Mientras la dama concluía de cambiarse en su celda, el joven continuó escogiendo ropas, hasta llegar a completar los juegos de trajes y joyas que tenía pensados. Todo ello constituía una pila bastante voluminosa, y se asustó al pensar en la cantidad de puntos que hubiera sido preciso para pagar aquello. Naturalmente, ni siquiera pensó en tomar nada para sí aunque su guardarropa era de lo más limitado, puesto que la autorización de Su Majestad para nada se había referido a eso.

Una figura sorprendente avanzó hacia él, tambaleándose un poco sobre los altos tacones dorados de los esarpines.

La dama había cambiado completamente. El profundo escote del traje de terciopelo verde descubría unos hombros de línea purísima, aunque tostados de forma desigual, pues una especie de cinta de piel más blanca subía desde los pechos y se cruzaba detrás del cuello, como si hubiera habido allí algo que la hubiera protegido del sol. Una extraña moda, pensó el caballero, pero si en el desconocido lugar de donde Lady Jane venía, se acostumbraba así, no podía objetarse nada. El rostro ovalado, con los ojos llenos de una inesperada alegría y los labios entreabiertos, no desentonaba de la ropa, salvo por el pelo excesivamente corto. Y en cuanto a las piernas y muslos que las rajas de la falda descubrían, enfundados en sensual rejilla blanca, eran perfectos en todo; forma, línea y longitud.

—Estás maravillosa —dijo Sir Pertinax, pensándolo sinceramente así—. Cualquier caballero desearía hacer el amor contigo.

—¿Es... es costumbre? —murmuró ella, mirándose a todas partes, e intentando en vano subir el escote de la prenda.

—Naturalmente. ¿Qué otra costumbre cabe? ¿No hacerlo?

Y, tratando de tranquilizarla en cuanto a su aspecto, le dirigió una cuidadosa mirada de deseo, recorriéndola de arriba abajo con la vista.

—¡Por favor! —dijo ella—. ¡No me mires así...! Ya me siento lo suficientemente rara con estas cosas, para que encima me mires como si quisieras... si quisieras...

Calló un momento, y en vista de que Sir Pertinax, lleno de paciencia, no decía una palabra, continuó:

—¿Y todas las mujeres se visten así?

—Claro, milady.

—Me imagino lo que pasará, entonces. O por lo menos, me imagino lo que pasaría en Barlión. Pero bueno, si lo hacen todas... ¿por qué no he de hacerla yo? O sea que van por ahí enseñándolo todo, o casi todo.

Se echó a reír con una risa fresca y agradable.

—Bueno; pues yo también. La verdad es que no me importa ir un poco, o bastante, descarada. ¡Si van las otras...!

—Un caballero espera en la entrada, Sir —cantó el viejo mecanoservus.

—Comunícate con él; pídele excusas y di que salimos ahora mismo.

—Lo haré, señor.

A media tarde, mientras momentáneamente se disminuía la velocidad, Mágico les sirvió la comida en la diminuta terraza. Aunque fue exactamente lo mismo que el día anterior, Lady Jane la celebró con los mismos extremos. Incluso llegó a beber una cantidad superior del buen vino rojo, y cuando el mecanoservus retiró los platos, su rostro había tomado muy buen color, y se reía de cualquier cosa. Se dedicó entonces a abrir todos los paquetes que esperaban turno, y Sir Pertinax se admiró ante su asombro y alegría a cada cosa nueva.

—¡Y esto también! —dijo ella.

Era una peluca de tono castaño, con grandes cantidades de undoso cabello. Con un gracioso gesto, la dama se la colocó ajustándola después un poco, y entonces su cambio fue total. Era una señora totalmente distinta; si antes era hermosa, ahora, la gran mata de pelo oscuro, derramándose sobre sus hombros, le daba un aspecto regio.

—Vaya si has sido bueno conmigo —dijo, sentándose de nuevo en la incómoda butaca de cuero—. Si en Ofiuco o en Barlión me regala alguno la décima parte de lo que me has comprado tú, ya te puedes imaginar lo que pediría a cambio.

Sir Pertinax, pacientemente, tomó un nuevo trago de vino rojo, sin contestar. El patito corría a ochenta hacia su destino, balanceándose levemente sobre los grandes amortiguadores.

Ella le miró con ojos brillantes.

—¿Estoy... estoy bien? ¿Verdad que sí?

—Maravillosa, Lady Jane.

—Cualquiera lo estaría con estas ropas, ¿sabes? La verdad es que favorecen mucho... y la peluca... ¿cómo se te ha ocurrido eso?

—Bien, milady —respondió el joven—. Como veo que no comprendes muchas cosas, sin duda por el encantamiento que pesa sobre ti, te diré que en la educación de todo caballero entra el saber lo que agrada a las damas y lo que cada caso singular de belleza merece. A una dama morena y de ojos negros como tú, es indudable que el verde y el oro le hacen buen papel, y la realzan. En cuanto a la peluca, ¿cómo es más bella una señora sino con un pelo undoso y abundante, que se derrame sobre unos hombros perfectos?

—Pareces un libro hablando —dijo ella, poniendo una cara muy rara, como si estuviera conteniendo la risa—. ¿Todos habláis así? ¡Oh, mira eso!

Durante el fragmento de un instante, Sir Pertinax miró hacia donde la dama señalaba. Había unos animales amarillos, con gran melena y una corona de largos cuernos, saltando sobre sus patas córneas a unos quinientos metros de la calzada. Algún lejano bramar llegaba a los oídos del caballero, venciendo el rumor monótono

de los motores. Inmediatamente, desvió la vista de los animales y del bosquecillo de árboles azulados donde retozaban.

—Mi dama —dijo, dulcemente— no debes mirar ahí. No importa nada lo que suceda fuera de las carreteras. Eso no existe para los caballeros y damas como es debido. Por favor, no vuelvas a hacerlo.

—Hay que seguir la corriente... —dijo ella—. Está bien; está bien. Pero podré preguntar cosas, ¿verdad?

Durante el resto de la tarde le bombardeó con preguntas sobre cómo se conseguían los puntos, lo que eran los otros vehículos que se cruzaban con ellos o a los que adelantaban, qué era un patito, qué diferencia había con un castillocar, si era cierto que todas las damas andaban «así» por el mundo, quién había organizado todo, y por qué estaban allí. Sir Pertinax contestó las preguntas cuya respuesta sabía, y dejó sin responder buena parte, las cuales ni siquiera se había planteado nunca. Estaba un poco hipnotizado por esta viveza rápida de la dama, su forma de cambiar de un tema a otro, sus alegrías o tristezas repentinas. En cierta ocasión ella le preguntó por la radio de emergencia.

—¿Qué es eso, milady?

—La caja negra con la antena... esa barra larga y niquelada.

—La destruí con el resto de tus cosas, mi señora.

Ella preguntó para qué servía la lanza, y se asombró cuando supo el uso a que estaba destinada. Insistió después para que le trajesen otra botella de vino rojo, y continuó bebiendo poco a poco, sin dar ningún síntoma de embriaguez. Sin embargo, había dejado de sentirse cohibida por el gran escote y por las aberturas de la falda, y cruzaba las piernas con el mejor estilo, mostrando la tirante malla blanca sobre la tensa piel.

—Nací en Barlión —dijo animadamente—. Me parece, Sir Pertinax, que no vas a entender nada de lo que te diga, pero si no te importa, necesito hablar con alguien. ¿Sabes que eres muy guapo? En la compañía, o en cualquier sitio, las chicas se te rifarían. Pero pienso que tendrás aquí todas las que quieras; claro que con esa forma de pensar... Mi padre era un veterano de la guerra; en la ofensiva de Beta Hidra macho, cuando la batalla de la bolsa, un caza enemigo le cortó las piernas. La pensión no era grande, y con eso de la inflación y los impuestos, menos. Me he quedado sin cenar muchas veces... y te aseguro que no es agradable irse a la cama con el depósito vacío. De niña, no tenía juguetes, ni dinero. A los trece años, el administrador del Servicio de Brontaje quiso violarme... No pudo, y no le pasó nada, aunque lo denunciemos. Mi padre dijo que era un inválido de Beta Hidra macho, pero como si no... A los veinte años conseguí una plaza en la escuela de pilotos, y aunque me costó mucho, soy muy mala para estudiar, pude aprobar. La penúltima, pero aprobé. Bueno, a ti te da igual que te lo diga todo, ¿verdad? ¡No te vas a escandalizar!

Conseguí la plaza porque me fui a la cama con un Separador de segunda, que era el encargado de la selección... Luego tuve un novio, o yo creía que era un novio, pero no lo era. ¿Entiendes?

—Lo siento, pero no lo entiendo, Lady Jane. No sé lo que es un novio, y aunque lo supiera, no comprendería esas circunstancias tan raras de que lo era, pero no lo era, aunque tú creías que lo era. Para mi que son misterios de Su Majestad en los que un caballero no debe intentar penetrar.

—Pues bien, chico. Ya me has hecho tirar la toalla otra vez. Lo dicho; ni tú me entiendes, ni yo te entiendo. Lo que quería decir es que sólo andaba buscando plan, a ver si lo coges ahora. A todas las chicas que andamos por ahí de piloto de un carguero nos han puesto una fama que no veas. El primero que tiene un descapotable y un palmito un poco bien, o una cúpula en las afueras, se cree que con invitarte a media botella de Contego y unas tapas, se te va a llevar de calle. Aquél era algo más fino de lo normal, porque casi siempre te piden a las primeras de cambio que te vayas a su cuarto, o a la cúpula, o a donde sea, a ver su colección de Snitzs marcianos. Sí, aquél era más fino, hasta llegó a sacar la licencia de matrimonio, y todo. Pero buscaba lo mismo que los otros. Bueno, yo ganaba bastante; y se lo mandaba a mis padres, quedándome sólo lo justo para vivir. Alguna vez, si alguno me gustaba, le decía que sí, y pensaba que había encontrado el hombre de mi vida.

Estaba anocheciendo, y Sir Pertinax, entre el cansancio que le producía su herida, y las excitaciones del día, comenzó a sentir sueño. Pero no era cortés interrumpir a Lady Jane.

—Pero nada de eso —continuó ella—. Como ves, según tú dices, sí que soy una dama, aunque en otros sitios no me llamarían así. ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve, milady.

—Pues yo soy una vieja a tu lado, porque tengo veintiséis. Ya ves... Temo que la cabeza me dé vueltas; no estoy acostumbrada a beber tanto. Pero, no sé, me he puesto tan contenta con esto de los trajes y los regalos. Nadie me había tratado así nunca... ¡Oye! En el fondo me gusta llevar un vestido como éste, no es muy funcional, pero ¿a que excita?

Seguro que sí, pensó Sir Pertinax.

—De todas maneras, tú tranquilo, que yo no te he pedido nada. Lo peor es la que me espera ahora...

Bruscamente, la alegría contagiosa de Lady Jane desapareció.

—Me van a echar de Nobile, Campson y Narval. Seguro que sí... ¿Y qué hago yo ahora? ¿Qué demonios hago?

Con aspecto muy deprimido, la dama se inclinó hacia delante, colocando los codos en las rodillas y el mentón en los puños cerrados. Al hacerla, el escote se abrió más aún, descubriendo unas perspectivas verdaderamente impresionantes, que Sir

Pertinax se apresuró a contemplar con gozo.

—Mira —dijo ella, con la voz un tanto espesa—. Yo no tengo todas esas ínfulas de vivir por mí sola y no depender de un hombre, y demás. Ya sé que en casi todas partes son así, y que yo soy una atontada. A mí lo que me hubiera gustado de verdad es cuidar una casa, y tener niños. Con un marido, ¿eh? No confundamos. El andar de piloto por ahí, carga aquí, déjalo allá, vámonos todas al bar, le damos una paliza a ese tío que nos está mirando y que se cree que es muy macho... Lo hago, ¡qué remedio! Pero no me va, no. Me voy a dormir ahora mismo.

Se puso en pie, bruscamente. Sir Pertinax se dio cuenta de que vacilaba un poco, y se apresuró a ofrecerle su fuerte brazo. Al sentirlo en la cintura, ella hizo un pequeño movimiento de rechazo; luego, alzó hacia él unos grandes ojos tristes, y dijo:

—Sí; es mejor que me ayudes. Yo sola igual no llego.

Aquella historia había dejado, sin saber por qué, un regusto amargo en el alma del caballero. Sin comprender casi nada, percibía un trasfondo de dolor y frustración que le causaba un daño íntimo. Pero lo peor no era eso; lo peor era que entre las voces de los espectrales Artie y Sullivan, y lo dicho por Lady Jane, su alma había llegado a la terrible conclusión de que por encima de las carreteras y los castillocar había otro mundo muy diferente, que quizá nunca lograra conocer. Y además, lo prefería así; prefería francamente no llegar a conocer nunca esa otra vida de encantamientos y hechizos en que una dama tan extraordinaria como ella, podía ser obligada a llorar y a sufrir.

Pasaron junto a los grandes bloques grasientos de los motores, que bordoneaban agudamente, manteniendo los ochenta. Ella tropezó, y casi cayó sobre el pasamanos.

—¡Anda! —dijo, mirándolos—. Si son motores Trockmorton... pero les han quitado la placa de características. ¡Cosa más rara! No me sueltes, Perty, que estoy muy mareada...

—¿Café?

—No vendría mal...

—Luego te lo llevará Mágico.

—¿Y quién conducirá esto?

—Yo mismo, milady. Continúa; falta poco ya.

Al sentir en su brazo la cintura elástica de la joven, Sir Pertinax volvió a pensar por un momento en indicarle la posibilidad de hacer el amor, aun cuando ahora estaba convencido de que ella no tenía las mismas normas de vida que las restantes damas y doncellas. Naturalmente, los caballeros tenían a su cargo los castillocar y patitos, así como las lides, pero el amor era privativo de las damas. Normalmente lo solicitaban ellas, aunque tampoco estaba mal mirado que fuera un caballero quien hiciese la petición. ¿Cómo podría ser de otra forma? Ese mundo que se traslucía de las palabras de milady parecía no tener pies ni cabeza; tan pronto resultaba que los hombres

tenían en sus manos las justas y el amor, como que también las mujeres proponían amor y luchaban lides extrañas. Eso era inconcebible; sin una separación entre ambas cosas, ¿cómo podía existir un universo ordenado?

Decidió, por tanto, no solicitarlo a la dama, y esperar que fuese ella quien lo pidiera. Se encontraba un tanto excitado por la proximidad del cuerpo femenino, por las grandes zonas de epidermis que el traje descubría, y por el intenso perfume que se desprendía de sus hombros. Pero ése, y no otro, era el sufrimiento característico de los caballeros; desear a una dama o doncella y que ella no accediese a sus solicitudes.

Llegaron a la puerta de la célula de popa. Ella se apoyó en el quicio, respirando de prisa, y mirándolo con ojos un tanto velados por el vino rojo.

—¿También aquí es costumbre —preguntó— el dar un beso de despedida, cuando sales con una chica?

—Si tú lo quieres, milady —respondió Sir Pertinax, sintiendo que el corazón le daba un salto en el pecho—, lo haré de inmediato. Ya sabes que ningún caballero puede negarse nunca a la petición amorosa de una dama...

—¿Y si ella no le gusta?

—Lo mismo, milady. ¡Verdaderamente no te comprendo...! Un caballero está *obligado* a ello. Si la dama no tiene protector, ni siquiera pensará en rehusar; y si lo tiene y rehúsa, se expone a ser desafiado. Puede eludido cortésmente, pero nada más.

—¡Mundo perro! —dijo ella—. Bueno; pues aquí...

Y puso un tembloroso índice sobre la mejilla derecha. Sir Pertinax se inclinó un poco, tomándola por los hombros, y colocó el beso solicitado sobre la suave piel, procurando que fuera todo lo ardiente que tan indirecto contacto podía permitir.

—Bueno, vale —dijo ella—. Que descanses. Y no te olvides de mandarme al robot con el café.

A medianoche, las voces de ultratumba despertaron a Sir Pertinax.

—... ni pensarlo, Sullivan. Ya te digo demasiado. Tú sólo eres funcionario clase C, y no haces más que trabajos administrativos.

—Si llamas trabajo administrativo a llevar todas las cosas que hay en los almacenes de suministro, bueno. Pero te aseguro que más de una vez me ha tocado cargarlas con el *dúmpster*; no todo son papeles. Escucha, Artie, he oído rumores sobre el proyecto número uno. ¿Es cierto que no ha llegado una de las cápsulas?

—Bueno... —dudó la voz de Artie, entre una serie de vibraciones y chasquidos que la hacían casi inaudible—. ¿Para qué te lo voy a negar? Es verdad. El número uno enviaba automáticamente una cápsula cada tres meses. Hasta la última venían mensajes y un extracto del diario de a bordo. Las cosas iban mal; las tensiones eran grandes, y casi no sabían ya quiénes eran. Hablaban de lucha y de incendios. Arriba, los jefazos saben lo que eso significa. El proyecto número uno no existe ya.

—¿Entonces... Artie...?

—Le han dado la razón a Milton Yale, y orden de forzar marcha en éste. En el dos. Pero va a costar bastante; hay que prepararlos todos para que acepten el cambio de vehículo. Por lo pronto, se ha dado el primer paso...

—¿Las etiquetas?

—¡Sabéis demasiadas cosas en ese satélite del infierno! Pues sí; claro está. No podemos utilizar más que tácticas subliminales; una acción más directa rompería toda la estructura.

—Aún no me creo yo una cultura artificial como ésa...

—Llevas dos meses aquí, y quieres saberlo todo. Además, hemos estado al borde de la catástrofe. Una chatarra volante de Ofiuco perdió el control y cayó aquí. Las cosas han podido solucionarse en parte...

—Oye, Artie. Tienes una memoria fatal. ¿Ya no te acuerdas de que fue conmigo con quien ella habló primero?

—Es verdad; tienes razón. Estoy muy preocupado, Sullivan. Se me van las cosas de la cabeza. ¡Si pudiera acelerar las cosas para que «ellos» estuvieran preparados lo antes posible!

—Mándalos allí por las buenas.

—Ni pensado. Después de cinco generaciones, ¿cómo voy a pegarles un viraje de noventa grados en un día? Hará falta un año o más para que las cosas entren con suavidad...

—Lo que no comprendo es...

Las voces habían ido debilitándose poco a poco, hasta que tras la última frase de Sullivan sólo se oyeron unos rumores lejanos, y después nada. Sir Pertinax dejó que las palabras resbalasen por su cerebro como agua por un colador; escuchándolas, pero sin tratar en absoluto de comprender nada. Quizá en ese colador quedase, sin embargo, alguna partícula oculta adherida al interior.

Durante dos días y dos noches, el patito recorrió velozmente las avenidas y las carreteras salvajes, sin disminuir su marcha más que para tomar alimentos y combustible. Por consideración hacia Lady Jane, el joven adquirió alimentos delicados, como pavo relleno, salmón ahumado, caviar, vino de marca y otros. Pero Lady Jane parecía alterada. Después de la cascada de confianza que había depositado en Sir Pertinax aquella primera jornada, había tomado una postura seria, no bebiendo vino, y guardando silencio casi continuamente. En vano fue que Sir Pertinax intentase alegrarla contándole historias picantes o explicándole las justas más famosas que conocía. La joven sonreía tristemente, comía con agrado, alabando débilmente los fastuosos manjares, pero apenas hablaba. Permanecía horas y horas de pie, en la terraza, ataviada con las galas adquiridas en el asteroide *vestis*, y mirando a lo lejos. A veces, incluso hacía una débil señal con el pañuelo cuando se cruzaban con otro carruaje y las damas o doncellas de éste la saludaban de la misma forma. Pero aquel

momento en que a Sir Pertinax le pareció que había adquirido toda su confianza no volvió a repetirse.

—Desvía por *Bellatrix Road*, Mágico.

Incluso el mecanoservus se daba cuenta de la pesadumbre que atribulaba a la dama, y por ende, a su joven señor. Se limitaba a servir las comidas y a conducir el patito sin un solo comentario, temiendo que una sola palabra suya pudiera agravar la situación. En el fondo de sus circuitos el anciano preceptor se daba perfecta cuenta de lo que sucedía, pues no en vano eran muchos sus años de servidumbre y experiencia. Sir Pertinax estaba enamorado de la dama; en cuanto a ésta, era un ser tan incomprensible, que nada podía suponerse sobre sus sentimientos.

Al tercer día de viaje tuvieron un tropiezo. Corría el patito por una larga carretera salvaje, aparentemente interminable, pero que era la ruta más corta. Como de costumbre, Lady Jane y Sir Pertinax se hallaban en la pequeña terraza, ambos en silencio. El cielo estaba terriblemente encapotado, amenazando con una aterradora tormenta. En el horizonte, rápidos ramalazos blancos surcaban una titánica pirámide de nubes plumizas, bordeadas por un filo violeta y amenazador. De vez en cuando, una gota perdida, preludio de la tempestad, se estrellaba sobre la lisa techumbre de la cabina de mandos, estallando en una corona de salpicaduras. El aire era pesado, y la respiración difícil.

—Mi señor —dijo Mágico—. Se acerca a nosotros un patito... o quizá debiera decir castillocar. Se maneja de una forma muy dudosa, Sir. Hace eses. ¿Lo veis?

Sir Pertinax se levantó y miró a lo lejos. En efecto, un patito que, dado el número de sus células, estaba a punto de convertirse en castillocar, avanzaba torpemente por la carretera, hacia ellos, oscilando peligrosamente de lado a lado.

—¿Qué pasa? —preguntó Lady Jane, poniéndose también en pie.

Aquel día se había vestido con un traje de satén rojo fuego, sin mangas ni breteles, que dejaba al descubierto sus hombros y sus brazos. Ya no parecía importarle lo más mínimo el descubrir generosas zonas de su piel, ni que Sir Pertinax, educadamente, le lanzase de vez en cuando una mirada lúbrica. Los bordados en plata del traje ponían en alto valor su busto juvenil.

—Temo que se trate de un caballero borracho, milady. Como puedes ver, el mecanoservus está en la terraza. Además, ningún mecanoservus, si no está estropeado, es capaz de conducir así. Mágico, ponte en contacto con el castillocar, y entérate de quién es.

—Ya lo sé, Sir. Es Sir Padinor de Ireland, y tal como decís, se halla algo embriagado. Conduce él mismo, y su mecanoservus, un respetable anciano llamado Fasolt, se halla muy preocupado.

—Comunícame con Sir Padinor.

—Ya estáis en contacto con él, Sir.

—Os saludo, Sir Padinor. Habláis con Sir Pertinax le Percutens, a quien acompaña Lady Jane de Smith; ambos os saludan y se interesan por vuestro estado.

—Me encuentro perfectamente, Sir Pertinax. ¿O es que creéis que estoy borracho?

—Aunque lo estuvierais, Sir Padinor, nada pasaría. Pero temo por vuestra salud si continuáis manejando vuestro castillocar de esa forma.

—¿Acaso no os gusta, Sir?

Un rugido acompañó esta frase. De pronto el castillocar, mientras el mecanoservus Fasolt, en la terraza, se mesaba el metálico cráneo, comenzó a girar en círculo en mitad de la carretera, impidiéndoles completamente el paso.

—Disminuye, Mágico, y prepárate a girar en círculo también. Trataré de evitar la justa, pero va a ser difícil. ¡Ah! Ahora veo sus armas. Entero; trae sobre gules torre donjonada de tres homenajes; listel de sable con la leyenda *Sincera fide occido*. Algo presuntuoso, ¿no te parece, Lady Jane?

—¿Y yo que sé de eso?

—Cierto es. Permíteme que tome mis armas; temo que tenga que justar. En cuanto a ti, entra en la cabina, al lado de Mágico. Es el sitio más seguro, y si ves la lanza del otro caballero dirigirse hacia el parabrisas, tírate al suelo.

—Pero ¿qué va a pasar?

—Ahora vas a verlo. ¡Ah del castillocar, Sir Padinor! Teneos y abridme paso, que mi dama y yo tenemos prisa.

—¡No os lo he de ceder, si no es con las armas, hijo de una inmóvil! ¡Vuestro castillocar está parado!

Ante tal grado de obscenidad y barbarie en los insultos, Sir Pertinax se puso pálido. Ardiendo de ira, hizo un brusco gesto a Lady Jane, que muy asustada no se atrevió a discutir, y se deslizó en la cabina.

—Sir Padinor —respondió fríamente el joven—, jamás he oído tales cosas de otro caballero. Esos mismos insultos os deshonoran, y vais a pagarlos con la vida.

—¡La vuestra perderéis, bergante!

Mientras Sir Pertinax concluía de cubrirse con unguento antiquemaduras y se endosaba rápidamente las piezas de su arnés de guerra, una figura salió trompicando de la cabina del castillocar, y fue sustituida rápidamente por el mecanoservus Fasolt. En contra de lo que pudiera esperarse, al escuchar su ronca voz y sus maldiciones, Sir Padinor era un caballero bajito y ligeramente cojo de la pierna izquierda. Se cubría con una armadura negra, brillante como el sol.

—¡Acelera, Mágico! ¡Lánzate sobre él!

Las dos lanzas se habían alzado vomitando torrentes de fuego. Sir Padinor se tambaleaba en su terraza, torpemente asido al cuadro de mandos. Con frialdad, Sir Pertinax se preparó para llevar a cabo una de las maniobras tantas veces estudiadas.

Avanzaban, avanzaban el uno contra el otro, y con gran sorpresa, el joven se dio cuenta de que el castillocar de su enemigo apenas podía correr. ¡Ese estúpido!, pensó, es capaz de haber salido a la carretera con un solo motor...

Un terrible golpe de viento, seguido de un retumbante trueno, hizo que los dos vehículos diesen un bandazo, desviándose francamente de su ruta. Mágico y Fasolt los enderezaron con rapidez, bajo la lluvia que comenzaba a caer en densas cortinas grises. Durante unos segundos, Sir Pertinax sólo vio el ancho florón rojo que constituía la punta de la lanza de su enemigo, a través de los hilos plomizos que descendían del cielo. Luego, como una fiera, su propio patito atravesó la sabana de agua, lanzando a los costados dos olas paralelas, y se abalanzó sobre el de Sir Padinor. La lanza de éste bajó, mientras que la de Sir Pertinax describía un movimiento ondulante... Oyó el crujir de su propio parabrisas, y sintió que se le helaba el corazón. Por muy embriagado que estuviera el otro caballero, conocía aquella treta, la misma que él hiciera a Sir Clangborne. Con sorpresa, se dio cuenta de que su lanza había derribado al caballero de la negra armadura, y trazado un enorme destrozo en el desordenado conjunto de células y almenas del castillocar.

—¡Atrás, Mágico! ¡Atrás!

—¡No puedo, Sir! ¡Su lanza me ha arrancado el brazo derecho...! ¡El Rey Arturo os guarde, mi señor, que yo no puedo hacer nada...!

Dado que iba a quedarse prácticamente inmóvil, el joven se preparó a cambiar la dirección al cuadro de mandos superior, cuando con gran sorpresa suya, el patito comenzó a retroceder a trompicones... El otro caballero se levantaba, sin señales de haber sufrido ningún daño.

—¡Mágico! ¿Puedes conducir?

—¡No soy yo, mi señor! ¡Es Lady Jane!

—¡Claro que soy yo, estúpido robot! ¿O es que crees que esto es más difícil que un carguero? ¡Esto es un camión de pega, al lado de una buena nave de carga!

No era momento de pensar en lo que estuviera sucediendo abajo. Esto era fantásticamente irregular, pero no estaba prohibido.

—¡Hacia delante ahora, milady, si eres tan amable!

—¡Vamos allá, Perty; mávalo!

El patito volvió a avanzar con toda la fuerza de sus tres motores contra el lento castillocar. La lluvia había amainado un poco, después del primer empujón, pero los relámpagos y los truenos arreciaban. Un rayo cayó cerca de ellos, con un chasquido gigante de madera rota.

Con un encontronazo, los dos vehículos se rozaron, saltando un haz de chispas blancas de las ruedas delanteras. Sir Pertinax se asió a la barandilla; las dos lanzas habían chocado inofensivamente en el aire. Extrajo a *Old Edsel*, lanzando espantosos juramentos. Sir Padinor, a menos de dos metros de distancia, desenvainó una larga

tizona blanco azulada, que derramaba un chorro de chispas y estaba rodeada de una luminosidad deslumbradora. Pero no le dio tiempo a usarla. Mientras el patito, con su superior potencia («¡No te pares, milady; no te pares, acelera a fondo!»), arrastraba hacia atrás al desvencijado castillocar. Sir Pertinax, asiendo a *Old Edsel* con las dos manos, la descargó con toda su fuerza sobre el yelmo de su enemigo; éste, torpemente, trató de esquivar el golpe, pero sólo consiguió que la espada cayera sobre su hombrera izquierda, tajándola y abriendo ancho surco en el acero y la carne. Un chorro de sangre saltó hacia arriba, manchando el negro metal y derramándose sobre las almenas.

La espada deslumbrante trató de alcanzar a Sir Pertinax, pero éste interpuso la tarja, y la hoja chocó con ruido seco sobre la espesa losa de metal. Como una condena, *Old Edsel* volvió a levantarse, y cayó con fuerza inhumana sobre el yelmo de Sir Padinor, que se abrió en dos pedazos, en medio de un último grito («¡Cuartel...!!») que quedó sin respuesta. Fragmentos de un color gris perla manchaban el deshecho yelmo, mientras entre bocanadas de sangre, el cadáver de Sir Padinor se vencía sobre el pasamanos de su castillocar.

—¡Atrás ahora, Mágico... digo milady... atrás, por lo que más quieras...! ¡El castillocar está ardiendo!

En medio de la carretera, *inmóvil y parado*, el gran vehículo comenzaba a lanzar llamas desde aquellos lugares en que la lanza flamígera del joven había penetrado en las habitaciones.

—¡Mi señor...! ¡Soy Fasolt, el mecanoservus de Sir Padinor...! Habéis vencido en buena lid, pero ¿acaso he de morir yo aquí?

—No será tal. Conduce el castillocar hasta el quitamiedos, y cuando mi patito pase a tu lado, salta. El Rey Arturo decidirá qué ha de ser de ti. Milady, si es tu gusto, ¿quieres avanzar hacia ese vil vehículo y empujarlo fuera del camino?

—Naturalmente que quiero. Y no seas tan considerado. Si hay que hacer algo, pídelo, y no vengas con guasas de «si me place» o «si es mi gusto».

—Pues te diré, milady, que no me llames más con ese nombre corto y odioso que usas. Me llamo Sir Pertinax, y no de otra forma.

—¡Maldito presumido! —dijo ella, con furia—. Ahí vamos. Ahora lo echo fuera... Pero ¿qué hará ese otro Sir?

—Nada, milady. Está muerto. Adelante.

Las llamas cubrían rabiosamente la popa del castillocar, y entre la lluvia, nubes de humo negro se alzaban hacia el cielo.

—¡Fasolt...!

—¿Sí, mi señor?

—¿Cómo están los depósitos?

—Llenos a rebosar, Sir Pertinax. Hemos cargado hace cien kilómetros.

—Prepárate a pasar, que ese repugnante carricoche volará pronto por los aires. ¿Cómo estás, Mágico?

—De muchas maneras, mi señor. Por una parte, perdiendo carga por la herida, y también líquido aislante. Por otra, avergonzado por haber visto lo que he visto... ¡una dama conduciendo, Sir, *conduciendo* un patito! Si Sir Agavance lo viera, cubriría su rostro con un paño, para que nadie contemplase su turbación.

El patito comenzó a empujar al desmantelado castillocar. El mecanoservus Fasolt salió de la cabina de mandos, hizo una reverente inclinación ante el cadáver de su amo y saltó con cierta pesadez al vehículo de Sir Pertinax. Entre crujidos, el castillocar derribó las almenas del quitamiedos. Aumentó al máximo la aceleración de los tres motores, y las ruedas traseras del ardiente carruaje se salieron de la carretera, mientras trozos de mampostería caían en abanico sobre el firme y los vergonzantes campos del exterior. Un empujón más, y el castillocar se venció totalmente sobre el borde, saltando, dando una vuelta y cayendo después de costado. Nubes de humo negro, cargado de hollín, lo ocultaron a la vista casi de inmediato.

—¡A toda prisa, milady! ¡Vámonos de aquí, que esto va a saltar en seguida!

Desde luego, Mágico no hubiera arrancado como Lady Jane lo hizo. Con espantosos roces y chirridos en la caja de cambio, el patito pasó de la más lenta velocidad a un salto brutal que le colocó en mitad del camino, acelerando sin cesar. Sir Pertinax y Fasolt se vieron obligados a aferrarse fuertemente a la barandilla.

Había cesado de llover casi por completo, y un embrujado arco iris se lanzó de un lado a otro del horizonte lejano, dejando la carretera bajo él, en el centro mismo de su paralela sinfonía de colores. Como una tromba, el patito corría, dejando una estela de gases recalentados, hacia ese fascinador signo del fin de la tormenta.

Un trueno enorme resonó tras ellos, indicando quizá que la tempestad amainaba. Pero no era un trueno. Era el fragor espantoso de los depósitos de gasolina del castillocar al volar éste en mil pedazos. Una columna de humo oscuro se alzó en lontananza.

—Fasolt, sustituye a milady en la cabina de mandos.

—¿Acaso conduce una dama, Sir Pertinax?

—¿Acaso quieres que te eche a la carretera, deslenguado?

—Perdonadme, mi señor. Aún no me he recuperado de la muerte del pobre Sir Padinor... Se lo dije, señor, se lo dije mil veces. No penséis en células ni trajes hermosos, Sir, recordad los consejos de vuestro padre. Motores, motores. Con un solo motor salimos al camino cuando fue armado caballero, no hará aún cien días, mi señor. Pero no. No quiso hacer caso de los consejos de su viejo mecanoservus... sólo pensaba en gastar los puntos en comer y beber, sobre todo en esto último. Se enfurecía si le rechazaba una dama, aunque yo le explicase que eso no era de buena cuna. Pero hábil con las armas sí lo era. Sir, cuando estaba sereno... ¡Oh, mi señor,

mi pobre señor! ¡Quisiera morir yo también!

—Comprendo tu dolor, Fasolt, pero es preciso que cumplas mis órdenes sin demora.

—Disculpadme, Sir. Os obedezco de inmediato.

—Mágico, viejo. El próximo asteroide *omnia res* está lejos... no llegaremos antes de la madrugada. ¿Podrás aguantar?

—He soldado los terminales y estrangulado los conductos, Sir. Fasolt, con vuestro permiso, podría acabar de cegar los daños mientras Lady Jane conduce unos pocos minutos más.

—Creo haber dicho a Fasolt que tomase el volante...

—Él ha creído que...

—¡Basta ya! Que obedezca inmediatamente; en cuanto a ti, puerco desobediente, y a mi hermosa dama, os digo que subáis a la terraza.

Lady Jane subió corriendo, con gran revuelo de faldas y exhibición de muslos torneados, enfundados en seda malva con ligeros bordados negros, desmelenada, hermosa, tensa.

—¡Oh, Perty, Sir Pertinax, no te ha pasado nada!

—Milady, él ha muerto.

—Sí, claro. Pero tú estás bien, ¿verdad?

Halagaba a Sir Pertinax esta preocupación de la dama por su estado físico. Y le sorprendía un poco que tomase con tal indiferencia la muerte de Sir Padinor. Lo expresó así, y ella contestó:

—He visto muchas muertes, para que una más me asuste. Además era un salvaje. Te insultó.

Mágico tenía un gran pegote de estaño en el lugar que había ocupado el brazo derecho, y numerosos cables atados con ligaduras de cobre. Hasta que no llegaron al asteroide *omnia res*, no pudieron efectuarse los cambios oportunos: el brazo de Mágico, el parabrisas, y algún otro pequeño desperfecto. Todo ello consumió casi hasta el último punto del caballero, y fue entonces cuando recordó que su obligación, en caso de muerte de un oponente, era contactar con Su Majestad.

—No te quedaba otro remedio —dijo el Rey Arturo—. Has merecido mil puntos. ¿Se encuentra bien Lady Jane?

—Perfectamente, mi señor.

—Bien. Corre, corre. Llega pronto a mi castillo, cuanto antes, siempre que el honor no te haga detenerte. ¡Ah, si contase con muchos como tú!

—Señor... una pregunta, si no cansa vuestra paciencia. Milady condujo el patito en los últimos momentos de la justa. ¿Es deshonoroso?

—Yo no lo he prohibido nunca, Sir Pertinax. Cuando es acertada, apruebo la audacia y la decisión personal. Retírate, caballero.

—Perdón, Majestad, pero... ¿el mecanoservus de Sir Padinor?

—Puedes disponer de él a tu gusto, Sir Pertinax.

Aquella noche, mientras el caballero descansaba, con la imagen de Lady Jane ante los ojos, como un fantasma que le pluguiera y no le abandonase, las voces misteriosas volvieron a sonar.

—... realmente un juego antiquísimo, Sullivan. El juego de la oca. Pero de una dimensión excepcional, y de una importancia superior.

—Está bien. Si dices que Milton Yale tenía razón...

—¡Claro que la tenía, Sullivan! Él lo dijo hace mucho tiempo. Dijo que en una nave grande se suscitarían todos los problemas, que olvidarían nuestra civilización, que surgirían tensiones imprevistas. Pero eran los tiempos del Imperio, y si el Emperador lo quería, había que hacerlo. Bastante fue que le permitiesen llevar su proyecto a cabo.

—¿Dónde está ahora ese Milton Yale, Artie?

—Murió hace un siglo, animal. Fue el primero que hizo mi papel. Después vino Prahdana Roadschi, luego Viacheslav Bronski, que sólo estuvo un par de años, y luego yo. El Consejo Galáctico estaba en contra de la decisión del depuesto Emperador, pero el número uno, la nave gigante, estaba en marcha. Lo de Milton Yale continuó, sin que se le diera luz verde. Hasta ahora.

—Pero todo eso, Artie... el latín, los nombres, las costumbres...

—Un idioma misterioso viene bien. Los nombres retumbantes están de acuerdo con el entorno psicológico. Te aseguro que todo está calculado, sexo, bebidas, comidas, aficiones, movimiento, soledad, hobbies... ¿Es que no te suena nada?

—No, Artie. No lo comprendo aún. ¿Por qué no me lo dices de una vez...? ¿Cómo es posible que esto sustituya al proyecto uno?

—Pues no te lo digo, Sullivan. Secreto oficial. Ya es bastante que hablemos por esta onda; sólo porque somos amigos de toda la vida. Te aseguro que si nos cogen, nos fusilan.

—Ya sería menos. Peor es lo de esa idiota.

—Pues no creas. Van las cosas mejor de lo que pensaba. Resulta que...

—... muerto... tensión...

—... Artie... ¿... cien mil vehículos...?

—... no... ¡Nombres relacionados con actividad...!

—... familias...

Las voces desaparecieron de nuevo, dejando como último recuerdo aquellas palabras inconexas que las interferencias apenas permitían oír.

Ya no pudo volver a coger el sueño; no por las frases que acababa de oír, sino por la desagradable labor que le esperaba. Salió a la terraza cuando aún no había amanecido, y pesaba todavía sobre el andador patito el cielo negro cubierto de

estrellas. Había dos figuras junto al pasamanos, y reconoció en ellas la estilizada hermosura de Lady Jane, y la forma en aristas y planos de un meanoservus. Este último estaba en posición de descanso, pegado a la cabina de mandos. La joven, por el contrario, se apoyaba de espaldas sobre la barandilla, con las manos cogidas a la barra superior y el cuerpo algo inclinado hacia atrás.

—¿No has descansado, milady?

—No he podido dormir. Me acuerdo de lo de ayer, y ¿sabes, Perty, Sir Pertinax? Me da más miedo ahora que entonces. ¿Tú tampoco has dormido?

—No, milady. Tengo una tarea que hacer, y preferiría que no estuvieses aquí.

—¿Por qué?

—Es algo muy desagradable; preferiría que no lo vieras.

—Oye; no soy ninguna niña. Si te ayudé ayer, no vaya dejarte solo ahora. Además, me muero de ganas de saberlo. Anda; dime qué es...

—Se trata de él —contestó Sir Pertinax, señalando la inmóvil figura del meanoservus Fasolt.

—¿De él?

Lady Jane encogió los bellos hombros, con un gesto de incompreensión. Se los había cubierto con un chal de lana, cuyos flecos pendían airosamente alrededor de su cintura; pero no por ello perdía en porte y donosura, sino todo lo contrario.

—Fasolt... —dijo Sir Pertinax, con voz inexorable—. Acércate a la barandilla. Bien. Pasa por encima y colócate sobre la viga de sustentación...

—Puedo caer, Sir.

—De eso se trata, meanoservus indisciplinado. Ayer te di una orden que no cumpliste. La di por dos veces, ¿recuerdas? Dije: Conduce. La primera vez discutiste y hablaste de Sir Padinor. La segunda, te dedicaste a curar a Mágico.

—Pero Sir, yo pensé...

—¡Silencio, perro! Tu obligación es obedecer ciegamente. Puedes observar, recomendar, aconsejar... pero nunca desobedecer. Es todo, Fasolt. ¡Salta a la carretera! ¡No te necesito!

—¡Perty!

El grito de Lady Jane detuvo la acción que el meanoservus había empezado a realizar.

—¡Quieto ahí, Fasolt! ¡Espera! —dijo ella, avanzando hacia la figura metálica, aún en difícil equilibrio sobre la gran viga plateada. La superficie gris plomo de la carretera pasaba velozmente entre los dos primeros juegos de ruedas, a poca distancia del meanoservus condenado.

—Pero ¿qué clase de persona eres? —dijo la joven, acercándose a Sir Pertinax y poniéndose en jarras ante él—. ¿Eh? ¿Qué clase de persona eres tú? En primer lugar, un robot como ése vale un montón de dinero, y no creo que a tu jefe le guste que lo

tires, sea quien sea ese jefe. Y después, ¿no has visto que son como niños? ¡Te sirven como ciegos, no viven más que para ti, y vas a tirarlo a la carretera!

—Ha desobedecido, milady. Sus circuitos no funcionan bien ya. Cuando un mecanoservus no sirve, se le arroja fuera. Es todo.

—¿Y Mágico? ¿También hubieras tirado a Mágico, si hace lo mismo que éste?

Sir Pertinax, mirándola hoscamente, guardó silencio. El inmóvil Fasolt continuaba sobre la viga, balanceándose peligrosamente.

—¡Claro! A Mágico, no. Ése es tuyo, y puede hacer lo que quiera. Te digo que en Barlión no tenemos robots como éstos; sólo hay unas cosas cuadradas y feas, y aun así, no creas que las pueden tener todos. Si no lo quieres, ¡dámelo a mí!

—¿Lo dices en serio, milady?

—Naturalmente que sí. No te pido que lo perdones; tú no eres capaz de perdonar a nadie. ¡Qué va! Una persona capaz de matar a un pobre borracho indefenso... ¡Dámelo!

Durante un buen rato Sir Pertinax permaneció callado, sintiendo muy cerca la respiración anhelante de la dama, y rehuyendo, sin quererlo, los húmedos y brillantes ojos fijos en los suyos.

—Sea —dijo, al final—. Es tuyo... Regresa, Fasolt. Has sido perdonado. Servirás a milady fielmente... ¿oyes?

—Oigo y obedezco, Sir. Mi pobre sistema central falla a veces, y yo...

—¡Cállate, condenado!

Durante el resto del día Fasolt y Mágico, a solas en la cabina de conducción (salvo cuando era preciso servir a sus respectivos amos) se alternaron en el servicio del patito, y no cesaron de conversar en onda ultracorta sobre las misteriosas relaciones que unían a Sir Pertinax y a milady. Sin duda que Mágico se abstuvo completamente de comunicar a Fasolt todo aquello sobre lo que Su Majestad le había impuesto secreto, a pesar de las preguntas de aquél sobre la honrosa placa de oro con la leyenda *Rex Arturus audivi*. No; Mágico no dijo ni una palabra, ni cedió un milivoltio ante las interrogantes que Fasolt le planteaba. Pero no cesaron de radiarse mutuamente en toda la jornada; ¡cosas de mecanoservus!

También el día fue muy distinto para Sir Pertinax y Lady Jane. Ella había vuelto a cambiar; quizá conmovida por la acción del joven, perdonando al siervo desobediente; quizá dándose cuenta de que el Circo Máximo Norte estaba ya solamente a unas horas de distancia, había vuelto a ser reidora y amable. Se admiró mucho cuando, durante unos pocos kilómetros, avanzaron por la *Betelgeuse Road*, en la cual, como próxima al Norte, la acumulación de vehículos lujosamente engalanados era mayor que en ningún otro sitio. Se divirtió extraordinariamente agitando el pañuelo y saludando a los ocupantes de los castillocar, e incluso sostuvo una breve conversación con las dos damas de un castillocar próximo en cierta ocasión

en que hubieron de disminuir la marcha debido a la aglomeración. Las palabras que cruzó con ellas resultaron un tanto incongruentes por ambas partes, pero no hubo nada que indujera a las otras damas a sospecha alguna. En realidad, se dedicaron a alabar sus tocados y su belleza, poniéndose unas y otras como el más alto exponente de ambas cosas. Lady Jane cogió la onda bastante bien y no desentonó.

La carretera salvaje que tomaron a continuación, y que a media mañana siguiente les dejaría en la Autopista de la Galaxia, a escasos kilómetros del Circo Máximo Norte, estaba tan solitaria como este tipo de caminos acostumbraban a estado. Sonrojada y contenta, Lady Jane se sentó junto al caballero, ante una mesa bien provista.

—¡Esto es vida! —dijo—. La verdad; si pudiera, no me marcharía de aquí...

—No puedes hacer eso, milady —comento Sir Pertinax, sobriamente—. Hay órdenes expresas de Su Majestad.

—Sí; ya sé, ya sé... Pero ¿estás triste? ¿Te importa que me marche?

—Puedes estar segura de ello, milady.

—¿Te gusto?

—Sí.

—Vaya.

Pasaron el resto de la tarde uno junto a otro, concluyendo con la sabrosa comida, y bebiendo lentamente vino de marca, del que tan caro había costado a Sir Pertinax. Ella volvió alguna vez sobre problemas de damas y caballeros, que parecían interesarle mucho.

—Bueno; ¿y si no te hace caso ninguna?

—El amor, milady, tiene dos vertientes. Una de ellas es la meramente fisiológica; la otra es la mental. La primera se puede templar solitariamente, con habilidad y paciencia, saliendo así de esa gayola en que las circunstancias te encierran. Lance distinto es el segundo; el temor de no ser correspondido, la avaricia íntima del ser amado, el requiebro, la proposición, la negativa, la huida, la porfía. Y también la elusión de lo que no se desea, la cortesía forzada, la excusa, el halago que encubre una repulsa. Ningún caballero sale a la carretera sin conocer todas estas artes.

—¡Qué complicación! ¿Y las damas?

—También lo saben, milady. ¿Cómo si no iban a desenvolverse las cosas?

De soslayo, cuando Sir Pertinax quedaba ensimismado en sus pensamientos, la joven le miraba, examinando las largas ondas de cabello dorado y la oscura y soñadora mirada. También se atrevió a mirar, disimuladamente, la distante puesta de sol, creyendo que el caballero no se daba cuenta de esa transgresión de las normas.

—Eres bueno... la verdad, tú eres bueno. Si es el Rey Arturo quien te ha hecho así, hay que agradecersele, vaya.

—Vaya —repitió el joven, encontrándose un poco extraño al pronunciar tal

vocablo—. Es Su Majestad y la vida misma quienes me han hecho así, milady. No hay mérito especial en ello.

Ella movió la silla de vaqueta repujada para colocarse al lado de él, en vez de enfrente, como siempre había estado. Reclinó la cabeza sobre el hombro masculino, y durante mucho rato, los dos permanecieron callados, sintiendo solamente el sordo bordoneo de los motores y el rozar de las grandes ruedas sobre la carretera. Lentamente, Sir Pertinax pasó su brazo sobre los hombros de la muchacha, y esta vez ella no le rechazó ni dijo alguna de aquellas frases absurdas y sin sentido que acostumbraba pronunciar. A lo largo de la tarde, sin hablar, se besaron alguna vez, suavemente, y Sir Pertinax pudo acariciar con mesura los ofrecidos pechos de la dama, que el gran escote mostraba generosamente. Ella no dijo nada, ni protestó. No le permitió, sin embargo, otras caricias más íntimas.

Anocheecía ya cuando Mágico dirigió un aviso.

—Mi señor, percibo a no mucha distancia gran estruendo de mecanoservus... ¿Tomo contacto?

—Hazlo así, e infórmame de inmediato.

—¿Qué pasa, Perty?

—Tren nobiliario, me temo, milady. Sucede con frecuencia que varios castillocar se unen o acoplan en una de estas carreteras abandonadas, para dedicarse a sus placeres sin que les haga mengua la circulación. Habremos de adelantar, y creo...

—Sir Pertinax, mi señor —rogó la voz del anciano preceptor—. Se trata de un tren de seis castillocar y dos patitos, todos acoplados. Son Sir Chalibus Fereo le Acervator, lady Villana de Elsinore, la doncella Vel Agil le Taile, Sir Agrivance Magus, Sir Gawain Icositanus, Lady Solange de Nevers, la doncella Joanna Conquerat, Sir Giovanni Alta Stella, Lady Tuliamor de la Triviale Semina...

—Basta, basta, charlatán, ¿quién ha organizado el tren?

—El insolente mecanoservus llamado L'Herbier dice que la idea partió de Lady Solange, y que si deseáis adheridos, es con ella con quien debéis hablar. Como veis, carece de educación ni formas...

—Ponme con ella, viejo gruñón. Vaya.

En contra de lo normal, la comunicación con la dama tardó bastante en establecerse. Para cuando Sir Pertinax logró hablar con ella eran ya perfectamente visibles las hileras de luces del tren nobiliario, relumbrando apagadamente en el crepúsculo.

—¿Sir Pertinax? —dijo una voz de mujer, profunda y algo ronca—. Disculpadme la tardanza, pero estaba ocupada en labores que no podía interrumpir. Mis saludos a vos y a milady.

El joven hizo un gesto expresivo, indicando a Lady Jane que debía contestar.

—Me parece muy bien —dijo ésta—. Encantada.

—Milady —contestó el caballero— os pido permiso para adelantar vuestro tren; sois muchos y me veo precisado a pedir que me facilitéis el paso.

—No puedo admitir eso, Sir Pertinax. Todos estamos de acuerdo en que debéis uniros a nosotros. La fiesta durará toda la noche, y habrá sabrosos lances, sin duda, de los que Lady Jane y vos podréis disfrutar...

—Señora, mis obligaciones...

—No insistáis, caballero. Temo que todos los que me acompañan están dispuestos a desafiaros si os negáis...

—Perdonadme un momento, milady. Mágico suspende la fonía hasta que te diga yo. Lady Jane, estamos en un problema. Si me niego y me desafían, perderemos mucho tiempo, e incluso es posible que yo muera. Normalmente, hubiera aceptado la invitación...

—¡Claro! ¡Ya me imagino que sí! Para verte con esa socia de la voz ronca...

—Lady Jane, por favor —dijo él, cogiéndola amablemente por la cintura—. Esto es serio...

—¿Qué puede pasar, si dices que sí?

—Tardaremos más en llegar al Circo Máximo.

—¿Tardaremos más?

—Eso es, milady.

—¡Pedazo de tonto! ¡Acepta ahora mismo!

Mientras Sir Pertinax comunicaba su aceptación a Lady Solange, la muchacha hizo una serie de gestos extraños, moviendo la cabeza a un lado y a otro, apretando los labios, y frunciendo la nariz. Le pareció al caballero que ella musitaba en voz baja algo como «Presumido, frío y despistado...», pero no estaba muy seguro.

Todos los mecanoservus del tren habían unido dos salas de armas, y habían preparado una larga mesa cubierta de manjares. Allí humeaba la blanca pechuga de gallina, nadando en una espesa salsa blanca; acá, tronaba en bandeja de plata una cabeza de jabalí, rodeada de frutas verdes y rojas, y bien cubierta por su propia grasa; más lejos, una pirámide de crustáceos derramaba su líquido salino sobre una almohada de hielo picado; en otro lugar, la *mousse* de queso parmesano levantaba su tostada cimera, surgiendo de compotera de porcelana, y en todas partes, en general, destacaban los vinos, las copas de refulgente cristal, los haces de barquillos, y las salseras llenas de condimentos. Al lado de esto, bien pobre era la donación de vinos y carnes que Sir Pertinax había hecho discretamente al mecanoservus L'Herbier, para contribuir al banquete.

Los caballeros y damas, que ya habían ocupado sus sitios en torno a la mesa, se levantaron cortésmente para recibir a los recién llegados, haciéndoles después lugar en el centro, situando a Lady Jane entre otro caballero y Sir Pertinax, y a éste al lado de Lady Solange. Esta última, vestida con un traje extremadamente atrevido de seda

malva, hizo un par de cumplidos a la joven, y volvió a atender a todos los invitados. En cuanto a los caballeros, miraron salazmente a Lady Jane, con toda la corrección posible, y ésta, aunque enrojeció un poco, no hizo ningún comentario.

Había además en la mesa jóvenes y niños, y algún anciano, que no habían sido mencionados por Mágico, y que eran los que más algarabía armaban. De momento, el ramillete de damas realzada su belleza natural por los atuendos más extremados, se limitaba a reír y a hacer comentarios jocosos sobre la apostura de este o aquel caballero, así como su posible rendimiento en el tálamo. Intercambiaban confidencias y consejos y hacían gestos de tal crudeza, acompañados por observaciones tan claras, que Lady Jane casi se arrepintió de haber aceptado la invitación.

Sonó una música suave en escondidos altavoces, y Lady Solange, casi saliéndose de su traje, anunció el comienzo del ágape. Fuera de ver cómo todas las manos se lanzaron velozmente sobre las mil piezas que componían el lujoso yantar, y cómo el vino oloroso se deslizó en las altas copas, colmando su brillo con un rojo sangriento. Los mecanoservus se atareaban junto a los comensales, no dando abasto a servir nuevos alimentos y a rellenar las copas de vidrio o los cubiletes de estaño.

—Oye... —dijo Lady Jane, en voz baja—. Este otro de aquí al lado, ¿cómo se llama?

—Es Sir Kerrigan Afer.

—Sir Kerrigan. ¿No querrá... vamos... no se atreverá a meterme mano? Le veo muy animado, y comiéndome con los ojos.

—No es más que cortesía, milady. Está enamorado de Lady Solange, y ésta, para encelarlo, me ha colocado a su vera.

—¿Cómo sabes eso?

—Los mecanoservus me lo han contado. Lo primero que hay que hacer en un caso de éstos, es enterarse bien de cómo están las cosas. Además, bastará que a un caballero le digas que estás cansada, o que te encuentras mal, para que inmediatamente te deje tranquila.

—Oye... ¿y si fuera al revés?

—Ya te he dicho... un caballero no debe negarse. Habría que dar excusas muy justificadas.

—O sea que cualquiera de estas... de estas elementas puede coger al que más le guste, pero ellos a ellas, no.

—Así es, milady.

—Pues, ¡eso está muy bien!

—Prueba el jabalí, Lady Jane —dijo Sir Kerrigan, extraordinariamente untuoso, y mirando a la vez a la joven y a Lady Solange—. Está en su punto, y perfectamente asado.

—Gracias, Sir. ¿Y tú no comes, o qué?

—Yo —dijo Sir Kerrigan, poniendo los ojos casi en blanco— sufro de amores, y la sola vista del alimento me repugna.

Para demostrar lo cual bebió tres cubiletes de vino seguidos, y a continuación cayó en un hosco silencio.

—Por favor, Sir Pertinax —dijo Lady Solange, cuyas manos habían desaparecido misteriosamente debajo de la mesa—. Cuéntanos tu última justa. Los mecanoservus han cotilleado bastante sobre la muerte de Sir Padinor de Ireland...

—Bien, damas y caballeros; escuchadme todos...

Si alguna sorpresa le quedaba a Lady Jane por experimentar, era ésta. No sabía a dónde mirar cuando escuchó a Sir Pertinax contar la más espantosa serie de mentiras que jamás hubieran pronunciado labios humanos. Tal como el joven, mirando ingenuamente a todos con sus negros ojos, lo explicaba, Sir Padinor era un monstruo de más de dos metros de altura, y la lucha había durado días; aparte de que al desgraciado Sir Padinor le protegían varios encantamientos y jamás la lanza del muchacho lograba hacer mella en su castillocar ni en su armadura. Los encuentros de los dos vehículos se multiplicaron por veinte, y la pelea personal con espadas alcanzó una duración de horas. Tras tan espantosas heridas, que era incomprendible cómo Sir Pertinax estaba tan ufano en esta mesa, numerosos golpes habían concluido con la vida de Sir Padinor. Y el joven, moviendo airosamente su rubia caballera, concluyó:

—Y como mi mecanoservus había sido destrozado al principio del combate, fue la misma Lady Jane quien condujo el patito.

Hubo un silencio sepulcral; hasta los niños y ancianos se callaron. Todos los ojos se volvieron hacia la joven, que sonrió débilmente, y alargó una mano bajo el tablero, tratando de coger la de Sir Pertinax y encontrar fuerzas en ella. La retiró de inmediato; había topado con la mano de Lady Solange, que, sonriendo también, miró a otro lado, como si no sucediera nada.

«Maldita colección de sinvergüenzas, sátiros y furcias», pensó. «¿A qué me habré metido yo en este tinglado?».

—¿Lady Jane? —dijo la voz de Sir Giovanni Alta Stella—. ¿Una dama? ¿Una dama conduciendo un vehículo?

—Así es, Sir —respondió fríamente el joven, percibiendo algo nebulosamente insultante en la voz del bigotudo caballero—. ¿Te molesta?

—Me sorprende.

Sir Pertinax alzó la copa y sorbió lentamente el vino, sintiéndose hinchado de satisfacción al ver que todos se hallaban pendientes de sus palabras. Soltó la respuesta definitiva, la que tenía pensada desde aquel mismo día, la que no hubiera cambiado por ninguna otra.

—Sí... —dijo, regodeándose con las palabras—. Sí. Te sorprende, Sir Giovanni. Es lástima. Al Rey Arturo, a Su Majestad, no le sorprendió. Aprobó, por el contrario,

la audacia y la valentía de Lady Jane.

Durante el resto de la noche, Sir Giovanni Alta Stella fue un caballero destrozado, sin moral, al que costó muchas jornadas reponerse de una colisión como aquélla.

Sir Kerrigan abrió ojos tamaños y volvió a prestar atención a Lady Jane.

—Cuéntame... —dijo—. ¿Qué sentiste al ver las lanzas echando fuego, las carreras de los castillocar, todo? Estoy muy interesado...

A pesar de que Lady Solange estaba dirigiendo a ambos unas miradas asesinas, o quizá precisamente por eso, la muchacha se dedicó a contarle a Sir Kerrigan lo que había sucedido. Lo hizo con cierta torpeza no exenta de gracia, salpicando la narración de exclamaciones peculiares y de vocablos que Sir Kerrigan no comprendía. Al final, estaban todos pendientes de sus palabras, y cuando explicó a su manera la muerte de Sir Padinor, un silencio admirado siguió a la terminación de la aventura.

—Pero entonces —dijo la doncella Vel Agil le Taile, quitándose de la roja caballera la redecilla dorada— ¡nosotras podemos conducir también!

—¡Claro está que sí! —afirmó Lady Tuliamor, mirando con saña a los caballeros—. Mañana mismo, Sir Gawain, me explicas cómo se manejan los mandos de nuestro castillocar, y te aseguro...

Un coro femenino de voces que pedían lo mismo a gritos impidió que durante un momento pudiera entenderse nadie con claridad.

—¡Basta, basta! —gritó Lady Solange, deslizándose lentamente hacia el embobado Sir Kerrigan—. La cosa está clara... mañana empezaremos todas... pero ahora, pasemos al salón de baile.

Éste estaba formado de la misma manera que el comedor. Para cuando llegaron allí, la comida y los vinos habían hecho su efecto en todos. Brillaban los ojos de los caballeros, y mientras los mecanoservus abrían las ventilas superiores y conectaban la renovación de aire, algunas damas se despojaron de ciertas prendas, resultando todavía más desnudas y atrevidas. Volvió a correr el vino, y un buen número de caballeros rodearon a Lady Jane, mirándola con ojos golosos, y haciéndose notar todo lo posible con objeto de que ella les hiciera alguna insinuación más o menos directa. En cuando pudo, Lady Jane corrió al lado de Sir Pertinax que estaba solo junto a una mesa cargada de barrilitos de hidromiel, bebiendo tristemente en un jarro de madera.

—¡Vaya! —dijo, con los ojos luciéndole como dos estrellas y el pecho moviéndose agitadamente—. ¡Nunca había estado tan solicitada! ¡Y pensar que puedo hacer lo que quiera!

—Naturalmente, milady...

—Bueno; son más educados que lo que yo pensaba. La verdad es que sólo te miran con ojos de cordero degollado, y se insinúan un poquito... Yo les he dicho que eran todos muy guapos, pero que el que me gustaba eras tú. ¿Está mal hecho?

—No, milady. Se admite eso como explicación.

—Frío, frío y frío. Eso es lo que eres. Dame de lo que estás bebiendo...

Las damas, que durante un rato habían estado reunidas, comentado nerviosamente la nueva posibilidad que se les ofrecía, comenzaron a buscar caballeros. En un rincón, Lady Solange, desencadenada y con el traje abierto hasta la cintura, había acorralado al indefenso Sir Kerrigan.

—*¿Tu vero non decumbes?* —decía—. *Veni et ego exugabo scatebra tua.*

—¿Qué dice? —preguntó Lady Jane.

—Es una dama de gran cultura; le gusta decir ciertas cosas atrevidas en latín.

—No sé, milady —decía Sir Kerrigan lanzando miradas de soslayo a Lady Jane—. Os amo profundamente, pero me tratas tan mal, que no sé si renunciar a ti...

—*Audet* —dijo Lady Solange—. *Si habes membrum punctim, tibi dabo convenientia. Non, si punilionis habes.*

—¿Verdaderamente lo quieres, mi dama? ¡No me hagas sufrir más!

—*Vere; hircus effrenatus indigeo. Veni.*

Desaparecieron los dos.

—Pero ¿qué decía ella? —preguntó Lady Jane.

Sir Pertinax lo tradujo, y las mejillas de la joven se pusieron rojas como sangre.

—¡Qué barbaridad!

Más tarde comentó con el joven que no se explicaba el aspecto sano y robusto que tenían todos, llevando aquella clase de vida. Sin darse cuenta ella misma, sincronizaba el sexo con el vicio, y este último con el mal estado físico. En ningún momento se le ocurrió pensar que el aliviar tensiones era el mejor sistema de conservarse sano. Quizá influida por sus recuerdos de mujeres flácidas y ojeras, de cuerpos obligados y vencidos y de otras escenas repulsivas de los tabernuchos de Barlión, Lady Jane se dedicó a bailar alegremente, a beber y a flirtear con algún caballero bien portado. Pero al final, como un refugio definitivo, regresaba siempre al lado de Sir Pertinax.

La doncella Vel Agil le Taile decidió hacer un lento *striptease*, al compás de una música romántica. Sir Gawain había asido por los hombros a la doncella Joanna Conquerant y le besaba los cabellos, mientras con la otra mano intentaba quitarle las medias cubiertas de flores doradas. Una jarra de vino rodó por el suelo, esparciendo un espadazo sangriento sobre el tapiz. Entre Lady Tuliamor y Lady Villana, estaban arrancando a puñados las ropas de Sir Chalibus Fereo...

—Esta gente de edad —dijo Sir Pertinax— no piensa más que en divertirse. Los jóvenes caballeros somos mucho más sentados...

—Ya lo estoy viendo —dijo Lady Jane, tirando una copa vacía a un rincón, donde chascó en mil cristales—. Ya lo veo... ¡Esta tarde te gustaba besarme!

—Y ahora, milady...

Uniendo la acción a lo que acababa de decir, Sir Pertinax la tomó en sus brazos, y la besó, suavemente al principio, y con más fuego después, a medida que la casi embriagada muchacha aumentaba la presión de sus labios.

Una ropilla de seda, pieza interior de la doncella Vel Agil le Taile, cayó sobre las cabezas de ambos. Una mano peluda, la de Sir Chalibus Fereo, se colocó con timidez sobre el hombro de Lady Jane.

—Si él no te gusta —dijo con voz temblorosa— yo querría tratarte más de cerca.

Realmente un caballero casi no podía atreverse a decir más. En medio del escándalo que aumentaba, Lady Jane se refugió de nuevo en los brazos de Sir Pertinax.

—Si ha de ser con alguno —dijo— que sea contigo...

Desaparecieron los dos mientras los caballeros, coreados por las damas, comenzaban un concurso de lanzas. Aún se dio más prisa Lady Jane cuando supo lo que realmente eran las lanzas. Y poco después, a solas, se miraban a los ojos en una de las alcobas del tren nobiliario. No sabían de quién era ni a quién pertenecía; pero tenían la certeza de no ser molestados.

El silencio que reinaba en la caravana de vehículos resultaba aterrador e inesperado después del bullicio de la noche anterior. Juntos entre sábanas de satén amarillo, Sir Pertinax y Lady Jane hablaban en voz baja, pensando en que los tiempos habían terminado y que dentro de unos minutos, llegarían a su destino.

—No quiero irme —dijo ella—. ¡Perty, no quiero irme!

Sir Pertinax no supo qué responder. No había tanto motivo para ello, se dijo. Se había limitado a hacer el amor según la fórmula número uno del manual; la más sencilla. Pero había resultado mucho más generoso y amplio que con la experta Lady Sanguina. Por tanto, su inexperiencia, bien puesta de relieve durante la noche que había muerto ya, no importaba a los ojos de Lady Jane. Había otra cosa; algo más indefinido y lejano. Algo más difícil de determinar, y que resultaba imposible de describir con palabras. Realmente, tampoco él quería que la muchacha se fuera; y sentía un terrible dolor, como una desgarradura visceral que le arrancase las entrañas, al pensar que era impensable desobedecer las órdenes de Su Majestad. Había otra cosa, y se mordió los puños de rabia al pensar que no sabía qué era ni cómo se llamaba. Esa sensación nebulosa de protección y ayuda, de vida compartida, de horizontes dilatados y carreteras sin fin... para los dos. Pero eso no llegaría nunca a ser verdad.

Durante un instante pensó que todo estaba terriblemente equivocado; que nada era cierto, y que quizá el mismo Rey Arturo...

Pero no en vano su mente había sido siempre limpia y veraz. Rechazó esos horribles pensamientos, y tocó con dulzura el hombro de Lady Jane.

—Milady —dijo suavemente—. Debemos estar a punto de llegar. Hemos de pasar

al patito y separamos de los otros.

—No queda otra solución, ¿verdad?

—No...

—¿Y hablar con el Rey? Quizá...

Mágico hizo con habilidad la maniobra de separación; después adelantó al tren nobiliario, ayudado por la gran disminución de velocidad que efectuaron los mecanoservus de éste. Se hallaban ya en plena Autopista de la Galaxia, surcada por todas partes por castillocar, trenes y patitos de mil clases. Relumbraban los escudos, mostrando sus esmaltes y metales, ondeaban las flámulas y sonaban las trompas mientras el sol surgía por el lejano horizonte. A los lados, las grandes construcciones de metal blanco, cilíndricas y altas, coronadas de almenas, características de la autopista, constituían las primeras avanzadas del castillo del Rey. Aún no se divisaba éste, pero era ya cosa de minutos.

—Prepárate, milady... Falta muy poco.

Ella alzó los ojos llenos de lágrimas.

—Otra vez Barlión —dijo—. ¿No vas a intentarlo, Perty, no vas a hablar con él...?

Con el ceño fruncido, la mente hundida en negros pensamientos, el joven hizo una silenciosa señal afirmativa. Rugían los motores en la bulliciosa avenida, y las torres de metal blanco, cada vez más numerosas, pasaban velozmente. A lo lejos, ante la proa del patito, comenzó a divisarse una gran estructura cilíndrica, alta hasta el mismo cielo, coronada de almenas, contrafuertes y torres, de las que destacaba una muy aguzada, cubierta casi por una nube baja.

—Lo haré —dijo él—. Dentro de un instante. Retírate, que te avisaré cuando tome contacto.

Había recordado que la caja negra estaba sobre su mesa; tenía que ocultarla para que ella no la viera. Ya que estaba cierto del resultado de la conversación con Su Majestad, quería conservar por lo menos ese charlatán recuerdo.

En el momento en que entró en su habitáculo, las voces, lejanamente difusas e imperceptibles casi, estaban hablando.

—... te acuerdas tú de quién era tu tatarabuelo y qué hacía, Sullivan?

—No.

—Ellos tampoco. Son cinco generaciones, nada menos. Tengo a la vista las notas de Milton Yale. Dice que en los primeros tiempos muchos abandonaron el proyecto porque no podían soportar el estar moviéndose siempre, sin otra relación que la humana. Ni paisajes, ni detenciones. Ésta es la base de todo. Eso y la lucha, la alimentación y el sexo. Los años fueron filtrando a unos y otros; el que no pudo soportado se fue, y el que quedó lo hizo por su voluntad. Casi dos siglos, y hemos logrado esto.

—No resultará, Artie.

—Tampoco la nave gigante, Sullivan. Iban setecientas veintiséis personas en ella, mitad científicos, mitad tripulación. No me preguntes; te lo digo yo. Habían coleccionado lo más horrible que te puedas imaginar; una serie de científicas feas y frías, y una serie de hombres duros como tripulantes; unos cuantos sabios despistados, y unas cuantas mujeres robustas para la cocina y los servicios... Ni cálculo de las relaciones entre unos y otros, ni mecanismos para liberar tensiones, ni previsión de que dos siglos más tarde habrían olvidado casi todo. ¡El hijo de un físico nuclear no es un físico nuclear, Sullivan! Entonces, ¿para qué tanta especialidad? Es mejor no saber nada desde el principio...

—Pero los recursos de la nave...

—Los recursos, sí. Tenía un armamento excepcional, y unos instrumentos de observación y detección fenomenales. Pero la tercera generación no sabía usarlos. Era demasiado complicada. Y mucho más cara.

—Eso no sé, Artie.

—Te digo que sí; el proyecto dos ha costado la décima parte. Naves más sencillas, casi elementales, sin armamento apenas, y sin instrumentos. Llegarán lo mismo, Sullivan.

—... equivocado...

—... no... trescientas mil almas... coste...

Las voces se fueron.

Sir Pertinax escondió la caja negra, y ordenó a Mágico que llamase a Lady Jane, y que tan pronto ella acudiera, solicitase audiencia a Su Majestad. La voz del viejo monarca retumbó en el habitáculo mientras los dos aguardaban, temblorosos.

—¿Cómo te atreves, Sir Pertinax? ¿Acaso te has vuelto loco? ¿Conoces de sobra mis órdenes!

—Majestad —dijo el joven, humildemente—. Ella quiere quedarse.

—Majestad —dijo Lady Jane, con voz algo más atrevida—. No quiero irme.

Hubo un momento de silencio, como si el anciano Rey tomase fuerzas para fulminarlos.

—Escucha, Lady Jane —dijo después—. Voy a decir algo que solamente tú comprenderás. Primero, estás poniendo en grave peligro algo muy importante. Segundo, estás jugándote tu vida y la de este caballero. O sea, milady, que si continúas poniendo en peligro esto tan importante, un rayo catalizador dirigido alcanzará a cierta desobediente. Y también a quien la acompañe. ¿Comprendes?

—Sí... —dijo ella, bajando la cabeza.

—No será más que una llamarada, ¿verdad milady? Y el problema terminará... para todos. Y para siempre. Basta. Sabéis los dos lo que hay que hacer. Retiraos.

Iba disminuyendo el bordoneo de los motores. Lady Jane, de pie en la terraza, el

largo cabello oscuro de la peluca agitado por el viento, miraba al suelo. Sobre el intenso cielo azul-verdoso la titánica mole del castillo del Rey Arturo se recortaba cada vez más próxima... La circulación había disminuido; eran pocos los que se acercaban al centro del Circo Máximo Norte, quizá por respeto, quizá porque las desviaciones a otras carreteras partían de la periferia. La ingente construcción cilíndrica era del mismo metal blanco que las torres de las defensas exteriores, pero las superaba en tamaño de una forma incalculable.

El patito comenzó a girar con lentitud alrededor de la enorme construcción. Nada dijo el joven cuando Lady Jane extrajo un pequeño aparato, parecido a un cuenco de plata, y lo miró con atención.

—Aquí... —dijo—. Aquí es. Pero da otra vuelta más. Será cosa de poco. O si quieres, me voy ahora mismo...

—No...

Se abrazaron los dos, y Sir Pertinax acarició lentamente los cabellos de la joven, mientras el vehículo, a la velocidad mínima, iba rodeando la torre del Rey Arturo. No había ningún otro carruaje a la vista, y las construcciones cilíndricas que rodeaban el castillo, fueron pasando una a una. A veces, había entre ellas pequeñas manchas de bosque, cuidadosamente protegidas por un alto bordillo; era el único lugar del mundo en que los árboles, las flores y la hierba estaban intercaladas, como diminutas islas, en medio de las grises pistas sin fin. Incluso estaba autorizado mirarlas o coger los jugosos frutos que pendían de las cansadas ramas. Pero casi nadie lo hacía.

El patito llegó de nuevo al mismo lugar, tras un largo recorrido que a los dos se les hizo muy corto.

—Adiós, Perty —dijo ella, alzándose la falda para pasar por encima del pasamanos.

—Adiós, Lady Jane.

La muchacha se asió a la viga transversal; saltó ágilmente entre los dos juegos de ruedas delanteros, y corrió hacia uno de los macizos de arbolado. Mientras el patito continuaba su lento giro, el caballero la vio correr, con la falda de terciopelo magenta bordado en negro ligeramente recogida, los pequeños zapatos de tafilete verde saltando sobre el pavimento, los hombros blancos reluciendo bajo el sol. A punto de alcanzar los árboles, ella se volvió y le hizo un gesto con la mano. Él contestó, débilmente, y la última visión del cabello oscuro agitado por el viento y los ojos profundos y húmedos fue borrada por la curva del castillo. Aún pudo verla deslizándose entre los añosos troncos, buscando algo en el suelo.

Después, nada. Solamente torres de metal blanco; un cielo azul como un horno de acero pavonado; las verticales paredes del castillo perdiéndose entre las nubes. Y el pausado bramido sordo de los motores.

El patito rodeó el castillo de nuevo.

—Acércate ahí, Mágico... a esos árboles...

El vehículo pasó junto a ellos; dio una vuelta, luego otra más. No había nada ni nadie allí.

Absolutamente nadie.

Epílogo

Cómo Sir Pertinax abrió los caminos de un nuevo mundo y fue nombrado Señor de la Rueda

Todas las mañanas, el mecanoservus llamado Mágico se acercaba a la alcoba para despertar a su joven amo. A pesar de no ser más que un mecanismo, sus circuitos de sentimiento se daban perfecta cuenta de que Sir Pertinax, desde que Lady Jane abandonase el patito, estaba triste y lleno de meditaciones. Sin embargo, pensaba el mecanoservus, la extraña dama no convenía a su amo. No tenía formas ni educación, ni hablaba el mismo idioma que las restantes damas y doncellas.

Era curioso, muy curioso, pensó el mecánico criado mientras llenaba de café una bonita jarra de cristal de roca, con elegantes caracteres cúficos tallados. Desde que Lady Jane desapareció, el joven señor se había lanzado a una desenfadada carrera de justas. El mismo día en que la dama descendiese al suelo y, *camínase*, eso mismo, *camínase*, hacia una mancha de bosque, Sir Pertinax se había cruzado con un caballero ignorante que se atrevió a retarle. En la memoria magnética de Mágico resonaban todavía los destemplados golpes de aquella pelea, y los gritos del caballero cuando pedía cuartel; el tajar de *Old Edsel* cayendo sobre la armadura destrozada, como si quisiera descargar una espantosa ira sobre un cuerpo inerme primero, y después inanimado. ¿Y la voz de su Majestad cuando concedió los puntos? Parecía arrepentida o llena de resquemor, como si el viejo monarca creyese tener algo de culpa en aquella carnicería.

Cosas de humanos, pensó el viejo criado. Cosas de esos seres maravillosos, frágiles, a quienes si se les arrancaba un brazo no podían reponerlo, y que morían bajo las lanzas o las espadas, pero que eran capaces de reaccionar con una velocidad un millón de veces superior a la del más experimentado de los mecanoservus, y que no sufrían en absoluto por ser sumergidos en el odioso líquido.

Sin embargo, su amo ha justado, ha intervenido en banquetes y ha participado en concursos de habilidad manual. En los banquetes las damas le solicitan más que a ningún otro. Parece como si hubiera comenzado a pesar sobre él una densa leyenda de preocupación y tristeza que le hace sumamente apetecible. Las damas y las doncellas se han dado cuenta, con el misterioso sexto sentido que siempre han tenido, de que Sir Pertinax guarda un secreto que ninguna de ellas podrá saber nunca. Y eso las ha atraído cada vez más. Por su parte, Sir Pertinax ha cumplido correctamente, ha accedido a sus deseos y las ha amado. Pero ha resultado muy raro que una dama que haya probado su amor repita la experiencia. Dicen los charlatanes mecanoservus de los otros castillocar que hay algo pegajosamente triste en el comportamiento de Sir Pertinax, que hace que el amor sepa un poco a barro, y que las caricias parezcan prodigadas a una persona que no está allí. Por eso, tal vez por eso, ningún escudo

ovalado ha colgado durante mucho tiempo en el arzón. Salvo quizá éste que colgaba ahora, el de Lady Girolaine la Fleur.

Mágico permaneció un momento quieto junto al lecho, sin atreverse a despertar a su amo. Hasta llegó a cambiar su propio escudo. Ahora lleva uno entero que trae sobre campo de azur un lazo de amor en oro, y leyenda de sable con letras en argén: *Iracunde memoro*, recuerdo con furor. Era demasiado sencillo para un caballero de tal fama; pero algo muy serio debía significar para su señor cuando no ha querido ostentar otro con más cuarteles, timbres o armas.

Sir Pertinax abrió los ojos, y los fijó en el anciano preceptor.

—Está bien, viejo —dijo—. Retírate y atiende a Lady Girolaine.

Cuando el mecanoservus salió, respetuosamente, Sir Pertinax bebió el café, sin sonreír. Ni siquiera pensó en que ahora tenía ya un castillocar completo, con sala de armas y varias habitaciones, amén de ocho motores que daban al vehículo toda la seguridad posible. Sólo recordó que en otra habitación, quizá reposando pacíficamente, o quizá despierta, estaba una dama que debía sentir un profundo odio por él.

Durante muchos días, recorrió las carreteras de un lado a otro del reino, sin poder olvidar a Lady Jane. No era lógico aquel pensamiento terrible de encontrarse privado de algo vital. La dama podía haber marchado con otro caballero, como sucedió con Sir Flemontan, y no había motivo alguno para tomarlo con tal tristeza y desespero. Si antes había considerado como extraña la sensación de dolor que emanaba de Lady Jane, ahora podía comprenderla bien; sin duda que era la misma que sentía él. Pero esa misma insatisfacción le había empujado a justar sin tasa, y gran número de puntos habían permitido que completase su vehículo con el mayor lujo posible.

Para su mayor mal, ni siquiera las voces inhumanas de la caja negra habían dejado de torturarlo, como si quisieran poner en carne viva ese recuerdo de la dama perdida. Se oían cada vez más débiles; eso era cierto. Como si algo, en el interior del misterioso aparato, estuviera perdiendo fuerza. Además, los períodos entre conversación y conversación se hacían más dilatados cada vez, de manera que hasta creyó que no las iba a escuchar más. Incluso estuvo a punto de tirar a la calzada aquel lóbrego recuerdo de Lady Jane, perdida para siempre. Pero en definitiva no lo hizo, sino que volvió a escuchar, como si estuviera hechizado, aquellas voces que hablaban desde un mundo desconocido.

—En el fondo es una explotación inhumana —dijo la voz de Sullivan, ronca y oscura, como siempre.

—Son más felices que tú —contestó la de Artie—. No tienen polución, competencia inhumana, problemas de subsistencia, ni ningún otro.

—Pero no son auténticos... no viven una vida real.

—¿Tan seguro estás de vivirla tú mismo?

—Bueno, está bien. Pero ¿por qué ese tipo de cultura, precisamente?

—¿Por qué inventar otra? La época y los trajes son interesantes y corresponden a un momento en que todos los humanos se encerraban en sí mismos. Vivían para su interior, ¿comprendes, Sullivan? Y no para los de fuera. Todo eso llena el alma y los ojos; todos tallan, funden, reparan, construyen pequeñas cosas, aman, cotillean... ¡Es perfecto, Sullivan! Si tengo alguna duda, leo el *Amadis de Gaula*, o el *Tirante el Blanco*, o el *Orlando*... Lo sabes; eso me resuelve todo.

—Puede. ¿Y la nave gigante?

—Totalmente perdida, como era de suponer. Enviaron gente pensando en el desembarco, y no en el viaje. De aquí saldrán ellos capacitados para el viaje, y no para el desembarco.

—También es un error.

—¡No! Se capacitarán, ya lo veras...

—... inhumano...

—... eterno, vital...

Las palabras cayeron sobre la mente de Sir Pertinax como una ducha helada; le tonifican y exaltan, pero no las comprende, y además, ni siquiera lo intenta.

Había conocido a Lady Girolaine en una reunión realizada dos días antes. Su tristeza y sus recuerdos de Lady Jane experimentaron un choque brutal. La primera vez que la vio ella estaba de espaldas, ataviada con uno de los trajes más atrevidos que viera nunca; falda de terciopelo negro bordada en plata ceñida a la cintura, y desde aquí para arriba sólo una cascada de joyas que apenas cubría los opulentos senos y los encantadores hombros. La altiva cabeza, enmarcada por una cabellera similar a la de Lady Jane, estaba cubierta por un velo de tul negro recamado en oro y cobre, y los hombros, ligeramente húmedos, relucían con puntos de plata en polvo desperdigada sobre la suave piel. Pero a su lado había un caballero obeso y alto, de vientre hidrópico y rostro cerduno, que la tenía cogida por la cintura con una inequívoca señal de posesión absoluta, como indicando que el que se atreviera a rondarla estaba condenado a muerte. En realidad, desde que Sir Pertinax vio el rostro de Lady Girolaine, era ese caballero, llamado Sir Acuto le Hardi, el que estaba irremisiblemente condenado a muerte.

Sin que el celoso cancerbero la soltase, Lady Girolaine se volvió, con una sonrisa en los labios. Sir Pertinax sintió como si algo imposible hubiera sucedido. De espaldas, la dama tenía la misma figura que Lady Jane; los hombros casi iguales, blancos y muy rectos, similar melena castaña (auténtica esta vez), y hasta los mismos movimientos de manos, rápidos y fugaces en un solo gesto. Pero de frente, resultó que hasta existía un notable parecido en el rostro. La nariz era algo más larga, la expresión era también algo triste, los labios eran más carnosos, y no existía ese aspecto ligeramente depauperado y como de mala alimentación que Lady Jane tenía.

La belleza de Lady Girolaine era más maciza y compacta, más llena de fortaleza, sin ese carácter transparente e insano que caracterizaba a la dama perdida.

Pero desde ese mismo momento, Sir Pertinax se juró a sí mismo que conseguiría que Lady Girolaine le hiciese caso. Durante toda la noche, mientras los demás caballeros y damas bebían, cruzaban frases ingeniosas, efectuaban amorosos concursos y organizaban entre sí esa tracería delicada y artística en que siempre habían consistido estas reuniones, Sir Pertinax rondó de cerca a la peculiar pareja. Verdaderamente, era incomprensible cómo un caballero tan repulsivo como Sir Acuto le Hardi había sido solicitado de amores por una dama como aquélla. Hidrópico, bezudo, con los ojos rodeados por espesas cerdas, el rostro grasiento, con la mano puesta siempre en el pomo de la daga, era la imagen misma de la fealdad. Rechazó con grosería sin igual las cortesías de Sir Pertinax, como si temiera que Lady Girolaine pudiera sentirse atraída por el joven caballero, incomparablemente mejor portado que él. Incluso llegó a apartarle ligeramente con la grasienta mano, en cierta ocasión en que el joven ofreció bebida a la dama. Incalificable incorrección que Sir Pertinax no corrigió allí mismo, porque se reservaba para una oportunidad más definitiva.

Lo curioso era la mirada de Lady Girolaine. En una dama que mostraba sus encantos con tal abundancia, apenas cubiertos sus senos por la cascada de joyas, no hubiera sido extraño un intercambio íntimo de opiniones, o por lo menos, una conversación que diera paso a esa posibilidad. Pero esa mirada mostraba una clara señal de prevención, como si estuviera diciendo: «¡Cuidado! Sir Acuto es temible... ten cuidado, buen caballero».

De sobra sabía, gracias al chismorreo de los mecanoservus, que Sir Acuto era uno de los caballeros más temidos y hábiles del reino, a quien solamente sobrepasaba en saber y fortaleza el legendario Sir Sagrivan le Miracoulous.

La velada concluyó tarde, después de la lectura de unos poemas compuestos por uno de los invitados, que fueron escuchados con gran complacencia de toda la reunión. Y durante toda la noche, el castillocar de Sir Pertinax siguió a distancia al gran vehículo de Sir Acuto, donde el repugnante caballero y la hermosa dama se habían retirado. Durmió tranquilamente Sir Pertinax, y a la mañana siguiente se despertó decidido a realizar la única tarea que podía llevar a su castillocar a Lady Girolaine.

Al amanecer, su vehículo, con las almenas cubiertas de banderolas ondeantes, la sala de armas silenciosa y vacía, los mecanoservus Fasolt y Mágico en la cabina, y otros tres semivirgenes limpiando torpemente las habitaciones, se cernió como un ave de rapiña sobre el de Sir Acuto le Hardi, mientras corrían ambos por la casi desierta *Fomalhaut Road*. Desde el cuadro de mandos superior, Sir Pertinax tomó a su cargo la dirección del vehículo; aumentó la velocidad hasta que los pistones subieron y

bajaron como centellas, y dos nubes de humo negrozco cargado de hollín surgieron de los achatados tubos de escape. Adelantó brutal y torpemente al vehículo de Sir Acuto, de manera que el mecanoservus conductor se vio casi obligado a frenar, con objeto de impedir una espantosa colisión...

Después de eso, sobrevino lo inevitable. Enfurecido, Sir Acuto se puso en contacto con él y le reprochó su conducta con frases que el destino quiso hacer muy ofensivas. En la terraza, ya armado y con la lanza a punto, Sir Pertinax sonrió fieramente, puesto que eso y no otra cosa era lo que andaba buscando.

—¡Adelante, Mágico... a toda marcha!

Bajo el relumbrante sol, los dos vehículos se embistieron a toda potencia, mientras los caballeros permanecían en las terrazas, con las lanzas alzadas, y un torrente de fuego blanco surgiendo por las puntas de las terribles armas. Entre gemidos de neumáticos torturados, se cruzaron ambos castillocar, y las dos lanzas trazaron un rastro de fuego, penetrando y fundiendo planchas de metal. Los dos caballeros eran demasiado hábiles para dejarse rozar tan siquiera por las peligrosas armas, y así, hicieron los dos el mismo movimiento de esquiva, e idéntico movimiento posterior, bajando la lanza para que barriese con su florón de llamas las estructuras del otro carruaje.

—¡Gira y vuelve, viejo Mágico!

Había quedado un sinnúmero de incendios en los pasillos y en las salas. Los mecanoservus se afanaban con extintores y mangueras, aplicándolos a los focos de fuego. Verdaderamente, ésta sí prometía ser una justa seria, y no los encuentros casi teatrales que Sir Pertinax había reñido antes.

Patinaron las grandes ruedas sobre el firme de la carretera, y volvieron a enfrentarse los dos temibles castillocar. En la terraza relumbraba la masiva armadura de Sir Acuto, cubierta de púas y ganchos que sin duda, llegado el caso, sabría el obeso caballero usar mortalmente. A toda carrera, se rozaron los tapacubos, lanzando chispas, y durante unos segundos, se cruzaron las espadas de ambos caballeros, mientras las lanzas trazaban un nuevo rastro llameante en las superestructuras de los vehículos. La tarja de Sir Pertinax recibió un choque terrible, y desprendida de sus engarces, saltó del brazo izquierdo del joven; la espada *Old Edsel*, relumbrante, cortó la cimera de Sir Acuto y asestó un fuerte golpe en la parte superior del yelmo, que hizo tambalearse al protector de Lady Girolaine.

Enfurecido, Sir Pertinax abrió al máximo el mando de fuego, aun a trueque de perder energía y velocidad, y con la lanza arrojando un monstruoso haz de llamas rojas, se lanzó de nuevo sobre Sir Acuto. Al cruzarse, intentó en vano abrasar al otro caballero; a pesar de su gordura, resultó ser demasiado hábil, y esquivó con facilidad la terrible arma. Sin embargo, ésta guadañó de tal manera los costados del otro vehículo, que hasta los motores chorreantes de grasa se vieron a través del enorme

boquete de bordes ennegrecidos. La lanza de Sir Acuto, por su parte, intentó introducirse a través del parabrisas, pero las persianas blindadas impidieron que penetrase en él. Al resbalar, el chorro de fuego deshizo, entre quejidos de chapas retorcidas, el techo de la cabina de conducción, exponiendo al aire libre y a la humedad los sensibles mandos.

Con el vehículo lanzando nubarrones de humo y chorros de llama en donde la lanza acababa de tocar, Sir Pertinax se lanzó de nuevo al ataque, desoyendo los quejumbrosos consejos de los mecanoservus, que le rogaban pidiese cuartel. Desde el momento en que el duelo comenzase, ni Sir Acuto ni él mismo habían cruzado una sola palabra. El interior del castillocar del joven era un caos de destrucción; ardían las cortinas entre los muebles destrozados, los tabiques se inclinaban peligrosamente, y crujían las juntas de las chapas de metal, con los remaches saltados.

Y no estaba en mejores condiciones el castillocar de Sir Acuto. La parte trasera del mismo era un incendio devastador, y sobre el fondo amarillo-rojo de las llamaradas se veían las figuras negras de los mecanoservus, afanándose con cubos de arena o agua, mangueras y extintores. La falla de una viga hizo que la terraza en que se encontraba Sir Acuto se inclinase peligrosamente y así, el grueso caballero de fea fisonomía se vio obligado a asirse al pasamanos para conservar el equilibrio.

Decidió Sir Pertinax, en este momento, jugarse el todo por el todo. Era evidente que Sir Acuto, a pesar de su aparente torpeza y de sus groseras formas, conocía bien todas las artes y argucias del duelo. Era preciso, pues, sorprenderle con algo inesperado.

—¡De frente hacia él, Mágico! ¡Rumbo de colisión!

—¡Señor...!

—¡Obedece, infame siervo! ¡Rumbo de colisión!

Dejando tras sí densas nubes de humo negro y una turbamulta de pequeños fragmentos metálicos desprendidos, ambos vehículos volvieron a lanzarse uno contra otro. Pero esta vez no siguieron un rumbo paralelo, con las lanzas en el interior de la carrera. Obedeciendo matemáticamente las órdenes de su amo, Mágico condujo el castillocar en línea recta hacia el frente almenado del otro vehículo. Si Sir Pertinax esperaba oír alguna frase de rendición, se equivocó. Parecía que Sir Acuto defendía algo tremendamente importante, y que era tan duro y despiadado como el joven caballero. De momento, Sir Pertinax no pudo comprender esto.

El terrible choque frontal, caso de producirse, acabaría con todo en medio de una titánica explosión; con humanos, vehículos y mecanoservus... ¡Ragnarok! El final para los hombres y para los dioses... Aullando los motores, las lanzas llameantes, Sir Pertinax hizo el signo de guerra, mientras soltaba los engarces de seguridad de *Old Edsel* y acuciaba a Mágico para que aumentase la velocidad de los recalentados motores.

—¡Protégenos, Rey Arturo!

Hasta para el atemorizador Sir Acuto aquella suicida ofensiva resultó demasiado. En el último instante ordenó a su conductor que desviase el castillocar, cometiendo con ello un terrible error, pues recibió en el costado el terrible impacto del vehículo del joven. Durante unos segundos ambos castillocar permanecieron obscenamente inmóviles, la proa del de Sir Pertinax hundida en el lateral del otro. Después de ese mortal instante, Mágico lo extrajo de allí, haciéndolo retroceder un poco, y en el mismo segundo Sir Pertinax se arrancó la borna de conexión, soltó los mandos de la lanza, y *saltó* pesadamente a la terraza ocupada por Sir Acuto. Transcurrieron unos momentos antes de que éste se repusiera de su sorpresa; tan inhabitual era esta forma de obrar su enemigo. Tambaleándose aún, con *Old Edsel* desenvainada y la pila de alimentación unida a su quijote derecho, Sir Pertinax trataba de reponerse del impacto producido por el salto. Bajo el luminar del sol, la armadura de Sir Acuto tomó un tinte cárdeno, como si en ella se encerrasen las furias del infierno. Con un aullido digno de una fiera rabiosa, alzó su larga espada y la dejó caer sobre el joven, que esquivó torpemente, incomodado por la escarcela de amplio faldón, y se retiró un poco, alzando a la vez a *Old Edsel*. Cayó la hoja de Sir Acuto, y con un estruendoso chirrido, cortó un trozo del coselete del muchacho mientras *Old Edsel* giraba horizontal, como un aspa, lanzando una llama azulada por su punta, y cortaba parte de la hombrera del otro caballero. A través del ruido producido por los crecientes incendios y el chocar de las armas, gritos destemplados llegaron a los oídos de Mágico, que giraba lentamente alrededor del humeante castillocar de Sir Acuto, seguido por éste en esas pausadas revoluciones, como los dos componentes de una estrella doble que ardiesen furiosamente. Chocaron en el aire las dos espadas, lanzado un torrente de chispas blancas, y retrocedieron otra vez los dos caballeros, mientras los dos vehículos continuaban su funeral giro, derramando grasa y planchas enrojecidas. Una y otra vez la espada de Sir Acuto se alzó, trató de caer sobre la armadura del joven, la rozó en ocasiones, levantando láminas de esmalte y fundiendo el acero, pero siempre la brillante y ancha hoja de *Old Edsel* se interpuso en su camino, parándola con su sonido de campana. Era evidente que el grueso caballero iba cansándose; sus movimientos eran cada vez más lentos, y sus ataques menos vertiginosos. Nubes de humo les envolvían a los dos, haciéndoles toser. Hubo un instante en que Sir Acuto retrocedió un poco y casi perdió el equilibrio; *Old Edsel* como una cobra, aprovechó el descuido. Con velocidad inhumana, el fuerte brazo de Sir Pertinax la tiró a fondo, asiéndola en el último instante con las dos manos. El golpe no resultó demasiado fuerte, pero la punta de la espada flameante abrió un buen boquete en el pecho de acero de Sir Acuto. Éste lanzó un aullido, sintiendo la quemadura que había atravesado las tres capas de la coraza. Fulmineamente, *Old Edsel* volvió a levantarse, y mientras el obeso caballero se retorció, cayó con fuerza

sobre su cabeza. En el último instante el yelmo de cimera cortada evitó el golpe, pero la hoja enrojecida, resbalando, fue a taladrar el quijote derecho, hundiéndose profundamente en el muslo. Un acre olor a carne quemada llegó al olfato de Sir Pertinax, mientras su adversario caía de rodillas... Ni siquiera en este momento pidió clemencia Sir Acuto, y aún intentó débilmente, introducir la punta de su espada entre la juntura de coselete y escarcela de Sir Pertinax. Lo consiguió de refilón, produciendo una candente quemadura en el estómago del joven. Con un alarido de rabia, éste levantó a *Old Edsel* y la dejó caer como una condena a muerte sobre la vencida cabeza de Sir Acuto. El almete se abrió en dos bajo el gigantesco choque, con un ruido de fritura, derramando fragmentos de algo gris y nauseabundo sobre las dos mitades semiesféricas del yelmo cortado, abiertas hacia los costados... El cuerpo de Sir Acuto tuvo una convulsión tetánica, dio casi un salto en el aire, y se derrumbó lentamente sobre el pavimento, lanzando chorros de sangre a través de las juntas de metal... Sir Pertinax, estremecido, apartó la vista del espantoso espectáculo que presentaba el deshecho cráneo del cadáver.

En los dos castillocar, los mecanoservus radiaban al orbe, en onda corta, los hechos de la gesta y el nombre del vencedor. Lentamente, sintiéndose tan débil como un recién nacido, Sir Pertinax introdujo la relumbrante *Old Edsel* en su vaina. Dos figuras metálicas con rostros de bronce pulido, parecían contemplarle desde una desgarradura en los muros del vehículo.

—Mecanoservus de Sir Acuto —dijo— pasad a mi castillocar y ayudad a combatir los incendios. Que uno de vosotros me acompañe a la recámara de Lady Girolaine... ¿Sabéis si ha sufrido mucho durante la pelea?

Durante un segundo, los dos mecanoservus guardaron silencio, mientras se comunicaban con el interior del ardiente castillocar. Otras dos figuras de metal salieron al exterior y saltaron al lado de Fasolt, que les dio cubos y mangueras y los dirigió a los lugares más comprometidos.

—No, Sir —contestó uno de los criados—. El mecanoservus Clarendon, su siervo personal, dice que solamente ha sufrido un pequeño golpe en el rostro. Hace sus maletas en este instante, y os ruega que la conduzcáis a vuestro castillocar.

—Guíame tú mismo.

La bronceada cabeza se inclinó. Con cierta preocupación, algo incomodado por la pesada armadura, Sir Pertinax siguió al siervo al interior del llameante castillocar. Pudo ver, antes de entrar, que los incendios del suyo iban siendo dominados. Los mecanoservus habían lanzado una manguera a las aguas próximas, y tomaban líquido a través de una bomba.

En el interior del vehículo, las paredes estaban inclinadas, llenas de agujeros de bordes ennegrecidos, y una humareda ácida llenaba los corredores y estancias. El suelo estaba cubierto de muebles tumbados y de pedazos de cristal.

—Te esperaba, Sir Pertinax —dijo ella—. Te agradeceré que me conduzcas a tu castillocar. He de suponer que este vehículo está condenado.

Ni una mirada de odio, ni la más mínima expresión de resentimiento. Un poco sorprendido (¡al fin y al cabo, acababa de matar a su caballero!), Sir Pertinax hizo un gesto silencioso con la cabeza. Indicó con el guantelete el camino de salida. Ella, cubierta por un espeso manto para evitar las chispas que saltaban de las conducciones eléctricas, caminó delante de él, seguidos ambos por el anciano mecanoservus Clarendon.

—¡Por favor, mi señor! —gritaba Mágico—. ¡Salta pronto!

Clarendon arrojó a la terraza del otro castillocar dos pesados baúles, y después, ayudó a pasar a su ama. Casi simultáneamente, lo hizo Sir Pertinax, y en seguida, el buen Fasolt aceleró y comenzó a separarse de la pira en que se había convertido el vehículo de Sir Acuto.

Anhelante, con la respiración agitada, la dama se apoyó en las almenas de la terraza.

—Clarendon, mi manto... El mayordomo de Sir Pertinax te dirá dónde llevar mi equipaje...

Aún surgía alguna nube de humo de lugares dispersos del castillocar. A lo lejos, el vehículo condenado cesó en su lento giro y comenzó a caminar haciendo eses, chocando a veces con los poderosos quitamiedos. En cada una de esas oscilaciones y choques, la intensidad de las llamas parecía aumentar... Por fin, con un impacto más directo, derrumbó las almenas del quitamiedos, osciló un momento en el borde de la carretera, lanzó una erupción llameante, basculó y cayó al mar.

Parecía como si Lady Girolaine mirase las ondas que brillaban bajo la carretera de hormigón, sostenida por pilastras, y las borrosas formas de la costa lejana, desdibujadas en ocre y azul en una nebulosidad gris.

Con gran borboteo, el vehículo de Sir Acuto se sumergió entre las olas. Una explosión levantó un cilindro gris sucio, coronado de espumas. Cuando el agua volvió a caer, sólo quedaban algunas burbujas surgiendo en la superficie, en medio de una mancha de aceite, donde flotaban pequeños restos calcinados.

—Buena tumba para un caballero —dijo Lady Girolaine, con cierta frialdad.

Había entregado su manto a Clarendon, lo mismo que Sir Pertinax había dado su yelmo y espada a Mágico. Llevaba un traje de encaje marrón, cerrado en el cuello, con amplias mangas que se desbordaban desde el codo en una cascada de puntillas de un tono algo más claro. Seguramente aquel traje estaba calculado para llevar debajo otro del mismo color, o quizá uno de tono crema, que hiciese contraste con las filigranas del encaje. Pero estaba muy claro que Lady Girolaine no llevaba debajo más que su satinada piel.

No sonreía ahora. Tenía una pequeña mancha azulada en un pómulo, producto,

sin duda, de un choque contra un muro del desaparecido vehículo.

—Sir —dijo ella, mirándole con una expresión extraña—, no dudo que me permitirás retirarme a una habitación y descansar. Te recomiendo que cures tus heridas; si no dispones de bálsamos adecuados, Clarendon sabe de ello; estuvo de ayudante con un físico.

—Sin duda, milady —contestó Sir Pertinax. No pudo evitar hacer una pregunta más; había una duda terrible que estaba corroyéndole el corazón—. Es de suponer que querrás ponerte en contacto con tus familiares, o que desearás que busque un eclesiástico.

Desde la escotilla de la terraza, antes de descender al interior del vehículo, ella le miró con los ojos un poco entornados. ¿Había sonreído? ¿Era una sonrisa esa ligera curvatura de sus labios? De lo que no cabía duda era de que había alzado el busto, más grande que el de Lady Jane, bajo el revelador encaje marrón, como si quisiera provocarle.

—De momento, no —dijo, después de unos segundos de silenciosa contemplación—. De momento, no, Sir Pertinax. Con tu permiso, ordenaré a Clarendon que cuelgue mi óvalo en el costado.

Esto sobrepasaba en mucho las esperanzas del joven. Durante unos momentos creyó ver a Lady Jane de nuevo, pero ¡qué enorme diferencia de maneras y comportamiento!

El Rey Arturo concedió los puntos correspondientes con un gran matiz de tristeza en su voz, como si percibiese claramente los sentimientos de Sir Pertinax. Sin embargo, no le conminó a ningún tipo de conducta, ni le ordenó que dominase esa furia salvaje de que hacía gala en los combates.

—La salvación está en uno mismo —dijo el viejo monarca, con voz reflexiva—. Nada más que ahí. En ningún otro sitio, Sir. Pero es mejor dejar las cosas por su camino; lo bueno es malo a veces, y otras, lo malo resulta bueno.

Resultaba raro oír al anciano rey hablar en enigmas como en esta ocasión. A veces lo hacía, cuando algo le preocupaba. Frunciendo el ceño, Sir Pertinax volvió a su pequeño taller para tratar de reparar un flotador estropeado; ocupaba a veces su tiempo en la limpieza y puesta a punto de pequeñas piezas de los motores. Poco antes habían tenido que levantar un juego de ruedas para sustituir un cojinete; no era problema, los siete juegos restantes sostenían perfectamente el pesado armazón del carruaje.

Durante dos días Lady Girolaine no salió de la suntuosa alcoba que le había sido asignada.

—¿Está triste, Mágico? Está irritada, sin duda.

—No me lo pareció, mi señor. Sonríe, da órdenes a Clarendon, y se ocupa en bordar... Ha pedido libros, Sir, y le he llevado todos los que tenemos a bordo. En este

momento lee, con mucho interés, una novela de ficción: la titulada *Guerra y Paz*, aquélla casi pornográfica, de caballeros y damas que andan por sí mismos, y... perdón... se detienen a veces... Dice que la encuentra interesante. Dijo también, en una ocasión en que la oí hablar con el bueno de Clarendon, que vos no la habíais mirado salazmente, ni recorrido su cuerpo con la vista, detallando sus curvas, y que ello le extrañaba en un caballero como vos. Por cierto que el tal Clarendon, aunque anciano, es difícilmente soportable. Se gloria de haber sido ayudante del físico Dinadan de Kilmorden, y pretende dar lecciones de dietética y medicina humana a todos los mecanoservus. Así que Fasolt y este humilde servidor...

—Basta, por favor, Mágico. Basta ya... habrá que revisar tus circuitos. Cada vez hablas más.

En el fondo, Mágico se sentía satisfecho. Ésta sí era una verdadera dama, y no aquel absurdo ente femenino denominado Lady Jane, con su carencia casi completa de educación, y sus reacciones de desequilibrada. Podría haber algo de dolor en la memoria magnética del mecanoservus, cuando recordaba la imagen desvalida de la dama de cabello corto, huyendo a pie sobre el gris de la carretera. Cosas de humanos, seres maravillosos e incomprensibles. Como todos los mecanoservus, Mágico habría dado cualquier cosa por ser un hombre, con carne, huesos y sangre. Pero ya que eso no podía ser, trataba de parecerse a ellos lo más posible.

Aquella noche, Sir Pertinax fue despertado por un confuso rumorear que surgía de la caja negra.

—Sullivan, solución rápida; las cosas se han complicado mucho. En otro tiempo, hubiéramos solucionado con muerte de la causante. ¡Maldita orientación liberal, que libra a los que pueden hablar!

—Calma, Artie, calma. Estás descompuesto. Explica.

—Fácil. Ella lo ha contado todo. Ha vendido información, Sullivan. Y nada menos que al diario peor de todos: al *Galactical Clarion*... Le dieron carta de expulsión en Nobile y Cía. Era de suponer. No consiguió trabajo en ninguna otra línea de transporte; un periodista del *Galactical* la encontró; quería reportaje sobre orgías espaciales. Tú sabes. No encontró eso, sino algo peor. ¡Información sobre el proyecto dos, Sullivan!

—Pero para ellos, para tus criaturas, sigue siendo secreto, Artie.

—Han utilizado fuerte *mass media*, Sullivan. Está en todos los diarios. ¡Tenemos cien años de luz de mundos habitados, y todos lo saben! Un mes tan sólo, amigo, y tendremos cientos de naves en órbita. Querrán bajar a verlo. Sexo, orgías, desenfrenos. Llevarse recuerdos, hacer reportajes, conocer a los caballeros y las damas. ¡Milton Yale lo colocó en nuestro extremo de la galaxia! Pero ahora es inútil, ¡inútil del todo! No podemos parar a la prensa, no podemos parar cientos de escuadrillas de naves, no podemos hacer nada...

—Mata a Jane Smith.

—No solucionaría. Desgraciada, eso es. La vi. Marcada para siempre; nunca volverá a ser normal. Da pena. Soy un sentimental, Sullivan. Es horrible. He de dar orden de cambio inmediato.

—¿Problemas?

—Descomposición de estructura. ¿Reacciones? Inesperadas ¿Guerra civil? Posible. ¡Carruaje celestial en etiquetas hace días, y siguen cambios rápidos!

—Busca nombre subliminal.

—Imposible. Subliminal requiere tiempo; esto pide acción inmediata...

—... todo perdido, Artie.

—... mi vida en ello... lo juro...

—... catástrofe ...

Sir Pertinax, cubierto con un ropón para protegerse de la frialdad nocturna, deambuló como un espectro por los solitarios corredores y salas de su castillocar. Si bien lo normal era que permaneciese de noche en su habitáculo, a veces le gustaba pasear por las silenciosas recámaras observando las bellezas que había acumulado. Lástima que en la misma fiesta en que había hecho el amor con Lady Jane, una mano proterva le hubiese sustraído el bello aguamanil de oro y perlas que tomase en otro tiempo a Sir Cicanous. Había gente sin conciencia, desde luego.

Los cortinajes y los tapices pendían húmedamente de las paredes de metal, mostrando algunos de ellos ciertas quemaduras, consecuencia de la última justa. Se asentaba en medio de la flamante sala de armas la gran mesa ovalada de madera pulida, y en un repostero, sujetas por bandas de cromo para que las oscilaciones no las rompiesen, las refulgentes piezas de vajilla y de cristalería. En un corredor, una hilera de mecanoservus, rígidos como estatuas, dormían el sueño de la inactividad, esperando que las órdenes del amo los despertasen. En una recámara, exultaban los pequeños tornos, las diminutas herramientas, los mecanismos casi microscópicos que sólo los ojos humanos podrían utilizar. ¡Pobres mecanoservus, que sólo sabían utilizar o reparar las grandes piezas rotas! El mundo de lo diminuto estaba reservado a los caballeros y a las damas; solamente a ellos.

Pausadamente, Sir Pertinax, acariciándose de cuando en cuando las espesas crenchas rubias, cada vez más largas, pasó ante la alcoba de Lady Girolaine. El mecanoservus Clarendon, enhiesto como un monumento de bronce y acero, permanecía quieto ante la cerrada puerta. Cada vez era mayor la curiosidad que Sir Pertinax experimentaba hacia esta dama, sin atreverse aún a calificarla de extraña, como hiciera con Lady Jane.

Le pareció oír rumores sordos tras la cerrada puerta. Estaba a punto de irse, discretamente, cuando la tallada hoja de roble se entreabrió un poco. Permaneció quieto en el corredor, esperando, mientras a través de la hendidura brillaban los

negros ojos de la dama.

—¿No duermes, Sir?

—No puedo, milady. He despertado a medianoche, y he preferido dar un pequeño paseo. Créeme que lo siento si he interrumpido tu sueño...

—No; no ha sido así. Yo tampoco dormía, Sir. He tenido muchas emociones estos últimos días... ¿Quizá un refrigerio nocturno?

—Con gusto, milady.

—Clarendon. Abre la cocina y prepara algo de comer. Algo dulce; tú sabes lo que me gusta. Y algo de cerveza floja.

—Lo que ordenéis, milady.

Con un crujido, el anciano Clarendon se puso en marcha, dirigiéndose hacia la amplia cocina.

—¿Tienes frío, Sir Pertinax? ¡Llevas un grueso ropón! Yo no lo tengo, mira...

En efecto; la dama se cubría solamente con un transparente salto de cama de gasa azulada, y recogía sus cabellos en una redecilla de hilos plateados. Sus ojos brillaban con una luz casi amenazadora; como si quisiera indicar al joven caballero que las cosas no eran muy fáciles de resolver.

—Vayamos a la terraza superior, Sir Pertinax —dijo ella, cogiéndole del brazo—. Y contemplemos allí la noche, mientras Clarendon nos sirve.

Le precedió a lo largo de la empinada escalera de caracol que ascendía a la terraza. Bajo la luz de las lunas, las almenas trazaban un incompleto ajedrezado de sombra en el pavimento de liso metal amarillo, dibujando en bistre sus formas rectangulares. Lady Girolaine, con un suspiro ruidoso, se cogió del brazo del joven, y levantó el bello rostro hacia el cielo.

—Mira, Sir Pertinax —dijo.

—¿Qué he de mirar, mi dama?

—Las estrellas. Oh, no; no te asustes. Su Majestad sabe que es lícito miradas... créeme.

—Te creo, señora. Si él lo ha dicho...

Sentémonos junto a la popa; hay buenas butacas, y aprecio tu compañía. Aunque eso te resultará ahora difícil de creer... Dicen que tienes un secreto; lo sabré. Pero no es momento de discutir esas cosas. Sentémonos, Sir, sentémonos uno junto a otro. Un joven de veinte años como tú ha debido pensar que esta vida le ofrecerá muchas cosas. ¿Quién sabe si yo soy una de ellas, o quién sabe si no lo soy?

—Hablas en enigmas, milady.

—Es que soy enigmática, mi caballero. Es mi obligación serlo; como la tuya es no serlo. A eso hay que darle algo de misterioso y tenso; si no ¿cómo podría ser atractivo?

Reconoció Sir Pertinax, en su interior, que no entendía una sola palabra de lo que

la dama estaba diciendo. Incluso estuvo a punto de pensar que hablaba con Lady Jane. Pero el estilo era tan diferente, que no había confusión alguna; Lady Jane era indefensa, y esta dama pecaba de cualquier cosa, menos de eso. Daba la impresión de que sabía perfectamente lo que se traía entre manos.

Se sentaron los dos en una ancha tumbona, junto a la popa del vehículo. Bajo ellos brillaban como estrellas rojas las luces de posición, y en el cielo, los florones de lanza al rojo blanco se destacaban en un gigante manto de terciopelo negro, recortado en tres lugares por los redondos marfiles de las lunas. Corría el castillocar por *Algol Road*, cruzándose de vez en cuando con otro vehículo solitario. Pasó bajo ellos un ancho río espumoso; Sir Pertinax apartó la vista y la fijó en las eternas estrellas. Hacía algo de frío, a pesar de lo que la dama dijera; pero sentía como si del cuerpo femenino se expandiese a los lados una onda de calor.

Clarendon colocó ante ambos una mesita lacada, platos de porcelana, un jarro de cerveza de poca graduación, y cubiertos labrados. Sirvió crema y pastas, canapés y jalea, bollos y queso dulce. Se retiró después al otro extremo de la terraza, y permaneció inmóvil, como un monumento de acero que se recortase sobre el firmamento estrellado.

La dama se acercó algo más a él, dejando que su veste de gasa se abriese un poco, mostrando a la escasa luz reinante algunas zonas de marfileña piel.

—No fue fácil combate el que reñiste con Sir Acuto.

Lady Girolaine sabía utilizar con habilidad el litote; esto fue lo primero que pensó el joven. Contestó, educadamente.

—Fueron unos puntos difíciles —dijo, demostrando que la metonimia no estaba fuera de sus alcances—. Lo has tomado con mucha serenidad, Lady Girolaine.

—¿Tú eres amigo de Sir Danimor de Irande?

—Pariente.

—Lo siento; fue herido en un combate con Sir Thaenarus von Thallas. Creo que fue muy reñido; pero Sir Danimor no tiene suficiente práctica en las armas. En cuanto a tu prima, Lady Acu Pingente, cuelga ahora su óvalo en el castillocar de Sir Godofredo de Lys. Hace un mes vimos a tu honorable padre, y debo decirte que Sir Agavance, a pesar de su edad, se encuentra en perfectas condiciones físicas. Lady Rowena marchó por fin con Sir Flemontan, a pesar de lo que éste protestaba de la desaparecida Lady Abiegna Confer... ¿Te aburro?

—¡Oh, no; en absoluto!

Durante un buen rato, Sir Pertinax escuchó con atención todas las historias de parientes y conocidos que ella contaba con singular gracia, haciendo en muchas ocasiones observaciones acertadas, y dándole a las relaciones de caballeros y damas el justo tono picante necesario para hacer divertida la relación. A veces, al inclinarse para tomar un bollo o beber un poco de cerveza floja, el peinador de gasa se abría,

descubriendo sus pechos de pura línea, altos y orgullosos como pocas damas podían tenerlos. Sir Pertinax les dirigió las adecuadas miradas llenas de procacidad, así como también al triángulo de sedoso vello que la gasa descubría en ocasiones.

—¿De cuántos puntos dispones, Sir Pertinax?

—En este momento, mi dama, de dos mil ochocientos veinte, incluyendo los que Su Majestad me dio por la muerte de... perdón...

—¡Oh, no, no! De Sir Acuto, claro está. Bueno; mi caballero. Temo que tendré que disponer de parte de ellos. La habitación que me has dado es suntuosa, pero poco femenina. La arreglaré a mi gusto, como es natural. Y otra cosa, Sir; tengo una pequeña afición, que no he podido rescatar del incendio. Era yo quien reparaba la armadura de Sir Acuto, aunque te parezca raro. Encuentro placer en las chispas, el yunque y el martillo. De manera que haré lo mismo contigo. Pero será preciso tomar en un asteroide *omnia res* un taller completo.

—No es preciso, milady —contestó Sir Pertinax, con una gran sonrisa—. Lo tenemos ya aquí...

—¿Tenemos?

—Sí milady. En *nuestro* castillocar.

—Eres muy amable. Sir. Deseo que *nuestro* castillocar siga siempre su camino triunfal. Y ahora, si te parece, nos retiraremos de nuevo.

—Como tú quieras. Si es tu gusto, puedo hacerte el amor... si es que lo permites.

—De momento, no. Estoy cansada, aunque puedes creer que lo deseo ardientemente —contestó ella con indiferencia—. Otro día te suplicaré que me concedas esa merced. Hasta mañana, Sir Pertinax.

—Hasta mañana, Lady Girolaine.

A la tarde siguiente, ataviada con un traje de sarga azul que se ceñía como un guante a sus exquisitas formas, Lady Girolaine la Fleur le ayudó a reparar la tarja y el coselete en el pequeño taller de forja. Trabajaba muy bien, y tenía un especial sentido para terminar el bruñido de las piezas, dándoles una presentación y un lustre que Sir Pertinax no había conseguido nunca. Por consejo de ella, cubrió el plateado esmalte ignífugo, que constituía la última capa de la armadura, con otra capa de charolado en gris mate, lo cual la hacía más difícil de distinguir sobre el fondo de cielo, árboles o firmamento neblinoso. Tenía unas manos largas y blancas, inesperadamente fuertes a la hora de manejar las piezas de metal, el arco voltaico, la mandarria y los baños de sales. Poco a poco, los dos se llenaron de chafarrinones negros, producto del horno de templado, y también les alcanzó alguna pequeña quemadura.

Entraron en un asteroide *omnia res* para sustituir alguna pieza y coger repuestos, y después en un asteroide *vestis*, donde Lady Girolaine, alegre y fríamente, dilapidó casi dos mil puntos en cortinas, volantes, piezas de seda, encajes y zapatos, dejando al joven prácticamente en la miseria.

—Este tejido —explicó ella, ondeando al fresco aire del atardecer una pieza de madapolán verdoso— tiene la ventaja de ceñirse bien al cuerpo, aunque con cierta rigidez. Da relieve a las caderas y los pechos, cosa que a ciertos caballeros pone nerviosos. En cuanto a éste —señaló otro de tejido barato— sin ser de precio, o quizá por eso, puede utilizarse para hacer fáciles los desgarros del traje, cosa que excita en ocasiones difíciles, y levanta el ánimo.

—No había pensado en ello, milady —dijo el joven, sintiéndose muy satisfecho, sin saber por qué.

—Claro, Sir. Los caballeros sólo piensan en justas y en motores... Por cierto, supongo que no tendrás inconveniente en que conduzca tu castillocar. Sir Acuto no me lo permitía, pero creo que tú no te negarás.

—Claro que no, mi dama. Mágico está a tu disposición.

—¿Por qué no Clarendon? También él sabe conducir, y creo que será tan buen *dómine* como Mágico.

—Lo que tú digas. ¿Quieres coger algo más?

El brazo de la grúa central giraba como desgoznado, tomando una y otra cosa de las vitrinas circulares. En el exterior, pacientemente, daban vueltas tres castillocar y un patito, sin atreverse a sonar sus trompas para pedir paso. Sin duda, la terrible muerte de Sir Acuto había circulado por todos los vehículos, haciendo aún más temible la fama de Sir Pertinax. En este momento quizá tan sólo el legendario Sir Sagrivan le Miraculous se atreviera a enfrentarse a él. Inclined sobre los mandos, Lady Girolaine no se parecía ya apenas a la dama desaparecida. Era una mezcla de Lady Sanguina y de Lady Solange, pero con un atractivo infinitamente superior.

Noche de reposo. Por la mañana, desayunando, ella habló de libros. Conocía los Manuales, la Lista General de Implementos, el Libro de Rutas y los demás volúmenes tan bien como Sir Pertinax mismo. Había vuelto a vestir, bajo los calurosos rayos del sol, el atrevido traje con que la conociera: cascada de joyas sobre el busto y amplia falda recamada; chapines de raso bordados en oro con alto tacón aguja de color negro noche; uñas y labios en escarlata brillante; difuminado verde, negro y añil en torno a los profundos ojos... Mirada altiva, porte majestuoso. Una dama de la que estar orgulloso en cualquier reunión.

Ella habló de otros libros que Sir Pertinax no se había molestado en conocer. De obras de ficción, de amor, de aventuras en la carretera, de obras filosóficas sobre el origen y la duración del Rey Arturo, de obras científicas sobre el misterio de la vida y el destino de todos los vehículos. Sir Pertinax se hallaba obnubilado por el torrente de ideas nuevas que asolaba su cerebro. Le parecía tener al lado una dama, un eclesiástico y un filósofo a la vez.

Y al mismo tiempo, mientras comían los sabrosos manjares servidos por Clarendon y Mágico, ella se acercaba más a él, rozándole con las caderas, tomándole

la mano para llevar un bocado a los labios perfectos, sonriéndole con la boca y los ojos, incluso fingiendo caer a cada pequeño salto del castillocar para rozarle con todo el cuerpo. Si él esperaba que la mano de la dama se deslizase bajo la mesa para comprobar la elasticidad de sus músculos y sus dotes personales, se equivocó. En este aspecto, Lady Girolaine no hizo avance alguno. Pero ¿acaso no le dolía la muerte de Sir Acuto?

—Esta tarde —dijo ella, con voz ronca, llena de promesas— tallaremos un pequeño cuenco ovalado en zoisita verde, incrustada de rubís naturales. He visto que tienes una pieza en bruto en tu taller. Después, le colocaremos un pie de ágata blanca y negra. Será un buen regalo para el próximo banquete.

Los agrafes de plata que eran precisos para unir ambas piedras requerían una buena dosis de trabajo. El reducido horno tuvo que funcionar sin interrupción, porque las diversas formas que dibujaron no satisfacían a ninguno. Ni garras de águila asiendo el bloque de zoisita, ni volutas similares a una onda que se levantase del mar, ni manos humanas abiertas en un gesto de súplica. Hicieron proyectos, los desecharon, y fundieron una y otra vez. Mágico y Clarendon entraron con refrescos en altos vasos de cristal, coronados por una pequeña pirámide de hielo y frutas picadas.

—El calor es insoportable, Sir Pertinax —dijo ella, limpiándose las gotas de sudor de la frente—. Con tu permiso, me pondré algo más ligero.

Cuando volvió iba ataviada solamente con un mandil de cuero que la protegía de las quemaduras y le cubría la parte delantera del cuerpo. Durante el resto de la jornada el joven se sorprendió muchas veces mirando las esbeltas piernas y las suntuosas nalgas de Lady Girolaine, que parecían torneadas en nácar. Sudaba, y no sólo por el calor del horno. Temió que ella fuera un florón apagado, como los caballeros llamaban a aquellas damas que gozaban excitando el amor de los hombres para negárseles después, hundiéndoles en un proceloso océano de sufrimientos. Tal vez no fuera así...

Con la aterciopelada piel de la dama muy próxima a él, acabaron fundiendo un extraño híbrido de formas geométricas que se asemejaban algo al mecanismo de carga de las lanzas. Inclinandose y casi descubriendo del todo sus hermosos senos, Lady Girolaine le dio el último toque. Resultaba algo extraño; el cuenco de zoisita verde con las manchas rojas del rubí, levantándose airosamente sobre el enrejado de plata, y abajo, un disco de ágata que se extendía a los lados.

—¡Maravilloso! —gritó ella, palmoteando—. ¡Maravilloso!

—Lo es, milady.

—¡Naturalmente que sí! ¡Oh, Sir Pertinax, me entiendo muy bien contigo trabajando en estas cosas! Feliz aquél que lo reciba como regalo.

¿Un florón apagado? Quizá no. Ella le tomó de la mano y le atrajo hacia sí.

—Este trabajo —dijo— bien merece un buen beso. Te permito, Sir Pertinax.

Fue algo absorbente, ardiente como el horno mismo, y terriblemente corto. Sir Pertinax sintió el mandil de cuero ceñido contra su cuerpo, y los enhiestos pechos de la dama adhiriéndose a su tórax. Con gesto displicente, no exento de intensidad, los acarició suavemente, hasta llegar a la sensible cúspide. Ella sonrió, separándose levemente y mirándole con extrema picardía.

—Serás un magnífico amante...

—Si tú quisieras que yo...

—Todo a su tiempo, Sir, todo a su tiempo. Está fresco el recuerdo del hermoso Sir Acuto.

Esto, o era una venganza del caballero muerto, o era una burla infame. Pero los ojos de Lady Girolaine y su cuerpo entero decían que no era esto último. Y cuando él la tomó por la desnuda cintura, atrayéndola de nuevo hacia sí, ella no se lo impidió sino que colaboró al fogoso movimiento, y hasta inició un leve vaivén de caderas que le colocó en una posición verdaderamente difícil, pues su pasión estaba puesta de manifiesto de una forma sobradamente clara. Con un gesto brusco, Sir Pertinax arrancó el mandil de cuero...

Hubo un revuelo en el aire, como si una exhalación hubiese pasado. Una sombra blanca desaparecía en el corredor, con una risa reprimida. Sir Pertinax quedó solo, retorciendo el mandil de cuero entre las manos, y observando con ojos desorbitados, sin verlo apenas, el excelente trabajo que habían realizado entre los dos. En los altavoces del castillocar comenzó a sonar una pieza propiedad de la dama: «El mundo negro», de Sniapin. Bajo las ondas de densos violines que invadían corredores y estancias, Sir Pertinax se arrastró hasta su habitación.

Durmió intranquilamente, agitado por los sobresaltos de una pesadilla en que surgía un rostro tan pronto amenazador como lleno de promesas; un rostro que era mixto del débil y dulce de Lady Jane y del altivo y firme de Lady Girolaine. Le pareció que las voces hablaban en medio de la noche.

—¡Están ahí, Sullivan...!

—Aquí EMJ 109. ¿Cómo recibes, Brady? Dame *roller* para que pueda continuar. ¿Me oyes, Brady? Adelante, *brei, brei*.

—¡Actúa de inmediato, Artie, o si no...!

—En órbita de colisión con Beta Alfa Dos, procedente de Lac 9290. Hay fuerte oscilación y campo magnético que produce asincronía en las transmisiones...

—¡Dame *roller*, Brady!

—¡Recibo, *okey*!

—¿Veis algo, colegas? ¡El sistema tiene que estar en esta zona!

—*Brei, brei*, Ginger. Recibo fuerte y claro. Orienta a las once del reloj, y toma

onda direccional con Ofiuco...

—¡Están buscándolo, Sullivan! Aún no saben dónde está... pero lo encontrarán.

Al pie de la cama yacía un montón de etiquetas procedentes de las cosas que Lady Girolaine había cogido. Parecían distintas, con el azul del fondo más intenso, y el cilindro llameante más alargado. Abajo había una leyenda, en góticas de plata: «¿Confiarás en el Rey Arturo?».

En un asteroide *omnia res*, Lady Girolaine gastó los pocos puntos que le quedaban al joven, adquiriendo un sinfín de cosas de mil clases que Sir Pertinax no llegó a ver por completo, aunque le pareció que había entre ellas alguna pieza de armadura. Quizá la dama tratase de hacerle un regalo. O quizá quisiera fundirla ella misma.

Lo cierto era que la dama había comenzado a conducir el castillocar, y que en cuestión de un par de días tuvo una experiencia tan grande como la de Mágico. Conducía con cierta violencia, adelantando con brusquedad, y forzando los motores. En una ocasión tuvieron un leve cambio de impresiones con otro castillocar, y solamente se solucionó la cosa porque resultó que la que lo dirigía era también una dama: Lady Felinor la Carteloise. El intercambio de opiniones tuvo lugar por comunicación radial.

—Temo que no sabéis lo que es un volante, milady —dijo Lady Girolaine.

—Temo, a mi vez, que quien no lo sabe sois vos, mi señora —contestó Lady Felinor—. Llevo quince días conduciendo, y no creo que podáis enseñar me nada.

—Yo diría que sí, mi señora. Llevo más de un mes con este vehículo, y creo que podría enseñaros algo. El mismo Sir Pertinax le Percutens me ha enseñado, y está dispuesto a mantenerlo donde sea.

Hubo un momento de silencio. Ante el temible nombre, Lady Felinor no podía hacer más que dos cosas: esgrimir las armas de su caballero, con el riesgo consecuente, o callarse. Optó por esto último. Sin duda, la espantosa suerte de Sir Acuto había tenido fuerte resonancia, y las descaradas mentiras de Lady Girolaine, por esta vez, iban a pasar fácilmente.

—No será preciso tanto, mi señora —dijo Lady Felinor—. Sin duda tenéis alguna preocupación... el arreglo del castillo, la muerte de Sir Acuto... ¿es así?

Lady Girolaine cogió al vuelo la ocasión.

—No sabéis cuánto. A Sir Pertinax y a mí nos obsesionan los trabajos de talla, y quizá el pensar en eso me ha distraído.

—¡Maravilloso, milady! ¿Podría verlos?

—¡Claro que sí, querida! Pero ¿por qué hablar tanto? Enganchad a nuestro vehículo y vuestro caballero, Sir... Sir...

—Sir Barlycorn de Barlycorn, querida. Estará muy honrado de conocer al célebre

Sir Pertinax...

—Os recibiremos con gusto, y una excelente cena os esperará...

—De ninguna manera, Milady Girolaine. Seremos nosotros quienes la traigamos... Nuestros mecanoservus la pasarán con mucho gusto.

«Afortunadamente», pensó Sir Pertinax, que escuchaba la conversación a través de los altoparlantes de su alcoba. Porque después de los dispendios de Lady Girolaine, no quedaba punto alguno con que adquirir nada suficientemente exquisito. Algo había, eso sí, en la bodega y despensa del castillocar, pero no como para quedar bien con los invitados.

Lady Felinor y Sir Barlycorn eran gente de edad, rondando la cincuentena. Llevaban varios años juntos, y tenían dos hijos que pasaron con ellos al banquete. El mayor, Graus, estaba a punto de ser armado caballero; a la pequeña, Alisande, le faltaba aún un poco para ostentar un losange. Lady Girolaine se presentó con un tocado de cintas de terciopelo negro, unas más anchas que otras, que se cruzaban sabiamente sobre el blanco de madreperla de su piel, ocultando las zonas más estratégicas, y descubriendo rombos de satinada epidermis. Sobre tan excitante traje se derramaba un cinturón de joyas y un gran collar de piedras verdes. Solamente un par de tiras más anchas protegían sus pechos y su pubis de las desencajadas miradas de Sir Barlycorn, que el joven observó con satisfacción creciente, así como el claro gesto de envidia y la falsa sonrisa con que Lady Felinor la felicitó por su buen gusto.

Graus Barlycorn miraba a Sir Pertinax con adoración, dando a entender con su expresión la cantidad de cosas que había oído de él.

—Y muchas gracias, Sir —dijo Lady Felinor, sentenciosamente—, por habernos abierto el camino de la libertad. ¡Era indecente y oprobioso que las damas no pudiéramos conducir!

—Además, lo hacéis muy bien —alabó Sir Barlycorn, tomando unas almendras de un platillo dorado—. Como que casi tengo que justar con nuestro huésped.

—Lo hubiera sentido —dijo Sir Pertinax.

—Creo que yo lo hubiera sentido más —contestó el caballero de edad—. No hubiera salido bien parado contigo... solamente Sir Sagrivan puede medirse con alguien como tú.

Graus Barlycorn, con los ojos grises llenos de humedad, y un gesto de niño en su rostro juvenil, comía lentamente, probando apenas la bebida, y lanzaba tímidas miradas de soslayo a la alarmante belleza de Lady Girolaine. Al lado de la canosa y algo encorvada Lady Felinor, la joven relumbraba como una estrella de primera magnitud, destacando no sólo su hermosura física, sino también una terrible aura sensual que parecía rodear su persona como la lluvia un faro encendido. «En eso piensas ahora, muchacho... —se dijo Sir Pertinax, mirando en un espejo las arrugas y el gesto fiero que estos meses de vida le habían dado—. Tengo apenas más edad que

tú y me siento doble de viejo... Pero ya aprenderás... ya aprenderás...». Graus Barlycorn, sin atreverse apenas a decir una palabra, pidió permiso para retirarse, y lo hizo, con la anuencia de sus padres y huéspedes.

—Está comenzando a reunir puntos para su patito —dijo Sir Barlycorn—. Si tenéis algún trabajo que encomendarle, lo hará con mucho gusto...

—Pensaré en ello, Sir —dijo el joven, sintiendo a su lado el llameante cuerpo de Lady Girolaine. Estaba a punto de ofrecer algo al muchacho, aunque sólo fuera por una natural sensación de simpatía, cuando recordó que no le quedaba un solo punto disponible. Sin embargo, supo salir del paso con habilidad, ofreciéndole una daga como regalo para cuando fuese a ser armado caballero.

Las voces continuaban organizando un confuso guirigay de llamadas, en las cuales se perdían las del Rey Arturo y las del Consejero Sullivan. No era difícil imaginar que algo serio y grave estaba ocurriendo en aquel lejano reino donde cosas tan extrañas sucedían, y del que seguramente había venido la pérdida Lady Jane. A solas, el muchacho volvía a sentir aquel dolor sin sentido, aquella sensación de terrible pérdida acompañada de un confuso deseo de protección, y de padecimiento sordo por las desgracias que sin duda estaba sufriendo ahora Lady Jane. Pero cuando Lady Girolaine aparecía, todo eso se borraba; la ardorosa presencia de la dama era suficiente para desatar en el cuerpo de Sir Pertinax un deseo creciente, que, por alguna oscura razón, le avergonzaba un poco.

La dama continuaba conduciendo, aun cuando había aprendido a hacerlo con más mesura; no obstante, como consecuencia de sus atrevimientos, Sir Pertinax tuvo que justar un par de veces, sin grandes consecuencias para sus oponentes, aunque obteniendo algunos puntos como consecuencia de tales encuentros. La dama, además, se había enseñoreado totalmente del castillocar, y ocupaba parte de su tiempo en un trabajo secreto que llevaba a cabo en el taller de forja. Con gran despliegue de mohínes, besos y gestos graciosos, impidió la entrada de Sir Pertinax, afirmando que se trataba de una sorpresa. Se oía gran martilleo, y la chimenea del horno arrojaba a veces espesas nubes de humo negro.

En dos o tres ocasiones, Sir Pertinax, muy excitado por los ligeros trajes de la dama, que exhibían su belleza de forma ardorosa, se insinuó levemente, de la forma más osada que un caballero podía hacer. Sin embargo, no obtuvo más que respuestas evasivas, como si ella gozase con hacerle sufrir. El clímax de la cuestión se planteó la misma noche en que sucedieron dos cosas importantes; el cruce con el caballero muerto, y la llamada general del Rey Arturo.

Concluían de tomar una ligera cena en la terraza, mientras el viento cálido del atardecer levantaba las verdes láminas de seda en que consistía esta vez el vestido de Lady Girolaine. Tenía algo de flor y algo de armadura, pues, estaba compuesto de numerosos pétalos de un tono verde ácido, unidos en ringleras, que el menor soplo de

viento era capaz de levantar, como cortinas que ondean, mostrando la morbidez de la piel femenina. Como de costumbre, Lady Girolaine bebía cerveza floja, y Sir Pertinax, una copa de cordial. Clarendon y Mágico se afanaban a su alrededor, retirando los platos y cubertería del servicio.

Ella parecía soñadora y preocupada. Había concluido aquella tarde, según manifestó, el misterioso trabajo, pero reservaba para mejor ocasión el comunicar al muchacho en qué consistía. Una de las músicas seleccionadas por la dama sonaba en los altoparlantes; poco a poco, el joven había concluido por identificar algunas. Un libro encuadernado en piel con guardas de seda reposaba en la otomana al lado de la mano de Lady Girolaine. Estaban muy juntos, sentados uno al lado del otro, como siempre, pero de sobra sabía Sir Pertinax que esas proximidades, esos besos o fugaces caricias, no significaban nada aún.

—Llevo dos semanas contigo, Sir Pertinax —dijo ella, con voz dulce—. ¿He introducido un gran cambio en tu vida?

—Bien... sí, milady. Has sido un gran cambio en mi vida. Conduces el castillocar, trabajas en el taller, gastas puntos sin tasa... y no haces caso de este caballero que te adora.

La imagen de Lady Jane, como un ángel agitando las alas, pasó durante un momento entre ellos.

—Por eso —continuó el caballero— he compuesto un soneto dedicado a ti.

—¡Oh, encantador! Léemelo, te lo ruego.

Sir Pertinax leyó el soneto, que no era ninguna pieza maestra de la poesía, pero que cantaba con singular claridad, rayana en la crudeza, la privación física que le imponía la inalcanzable belleza de Lady Girolaine.

—Está bastante bien —dijo ella, mirándole con ojos luminosos—. La rima del segundo cuarteto no es demasiado feliz, pero te agradezco que lo hayas hecho. Dime, Sir —continuó, inclinándose un poco hacia él—. Dime. ¿Verdaderamente me deseas?

—¿Te puede caber alguna duda de ello, mi dama?

Los compases de una pieza denominada *Metal en el espacio*, de Saler Ibrahim flotaban de forma agreste en el ambiente, con sus contrastes de metal y madera subrayados de forma maestra por un lejano coro de violines. Un golpe de viento hizo que las hojas del libro (*El Rey Arturo o la eternidad*, del eclesiástico Ascanio de Lowerden) pasasen velozmente como una cascada de diminutos seres blancos que se persiguiesen unos a otros.

—No —respondió ella, acercándose un poco más. No me cabe ninguna duda... Pero he de hacerte una pregunta... o varias, si me place.

—Dime, milady.

—¿Me entregarías ahora a un eclesiástico, o pedirías que me recogiesen mis familiares?

Pasó de nuevo la imagen de Lady Jane, con su cortejo de impotencia, sufrimiento y dolores. Pero algo había comenzado a cambiar en el alma de Sir Pertinax.

—No, milady —dijo, y hablaba francamente—. No; en absoluto. Querría que te quedases conmigo hasta que los hados dispongan otra cosa. Pero mi cuerpo es de carne y de sangre, y si tú no accedes a mis deseos, me veré obligado...

—¿Obligado a qué, Sir Pertinax?

—¿A qué iba a ser, señora? A pedir a otra dama que aprecie mejor mis prendas, que me acompañe en mis viajes. No te ofendas si pienso en ti a todas horas, pero...

—Lo comprendo, Sir. ¿Verdaderamente me deseas?

—¿Puedes dudar?

Y no mentía al decir esto. Ese deseo era mixto de apetencia por el deslumbrante cuerpo de la dama, pero también influían en él su atrevimiento, sus aficiones, su seguridad. Parecía como si Lady Jane fuera perdiendo plumas de sus alas, o desdibujándose en la distancia.

—No; no lo dudo —dijo ella—. No lo dudo. Pero, Sir Pertinax, si yo me negase siempre a tu amor... ¿me forzarías a él por la violencia, el arma o la amenaza?

Sir Pertinax sintió que se le erizaban los cabellos. Tal pregunta era casi una indignidad, porque un caballero no podía dar más que una sola contestación. Era impensable el forzar a una dama; quien tal hiciera se vería perseguido por todos los castillocar y masacrado como un mecanoservus traidor.

—¡Señora! —dijo, levantándose—. ¿Por quién me tomas? Si el dolor causado por la muerte de Sir Acuto es tan grande que te hace hablar así, más vale que busques acomodo lejos de mí... porque mi sufrimiento y mis privaciones comienzan a ser grandes, y si bien salgo de esa prisión por mí solo, ello no cubre el deseo general de cuerpo, facciones y amables palabras. He aprendido de ti muchas cosas, mi dama, y te estoy reconocido, pero no puedes pedirme que llegue más lejos de lo que la naturaleza humana permite.

—Supón que accediese a tus deseos —respondió ella, poniendo la mano en el hombro de Sir Pertinax y obligándole a sentarse a su lado—. Supón que un día quisiera marchar con otro caballero, o entrar en religión y ocupar un sitio en un negro castillocar de los que albergan nuestras reducidas comunidades de monjas. Supón eso, Sir Pertinax. ¿Me impedirías ir?

—Me ofendes, milady —dijo él, secamente, y no añadió más. Y verdaderamente, estaba ofendido, porque tales preguntas sólo podían provenir de una mente retorcida y llena de anormalidades.

—Eres un buen caballero —dijo ella, sonriendo—. Un verdadero caballero. Lo que pasa es que... Oye, ¿tienes en mucho aprecio ese pañuelo?

Después de beber, Sir Pertinax se enjuagaba la boca con una linda pieza de Holanda blanca, en la cual se fijaban ahora los ojos de Lady Girolaine.

—Bastante, milady. Es regalo de mi hermana Guiomar, quien me lo dio cuando fui armado caballero.

—Permíteme.

La dama lo tomó entre las manos, y lo observó con atención. Después, con cierta displicencia, lo dejó en la mesa lacada, junto a las botellas y copas del servicio. Un ligero hálito de viento caluroso lo agitó un poco. Lady Girolaine, con una luz demoníaca en los ojos, miró al caballero. Después, pausadamente, extrajo de su escarcela un largo cigarro negro y un encendedor electrónico.

—No sabía que fumases, milady —dijo él, sorprendido.

—Hace tiempo que tengo el vicio —respondió la dama, mirándole con intención y levantando el busto—. Sólo lo hago de tarde en tarde, porque dicen que produce hábito. Sir Cicanous Alte Fodale está casi desahuciado por el físico a causa de ello.

Sir Pertinax se reafirmó en la idea de que ella conocía a todo el mundo.

—Dicen que es cosa de mujeres —añadió la dama, prendiendo el extremo del largo cigarro— y quizá sea así, pues no deja de ser risible el hecho de arrojar humo por la boca y por las narices, como los monstruos legendarios, y también lo es el que un caballero esforzado como Sir Cicanous se vea malamente dominado por este capricho, y sea incapaz totalmente de renunciar a él. Pero ya hace tiempo que comprobé que en ocasiones señaladas calma los nervios y serena los humores del cuerpo, de forma que lo adopté. Sir Acuto no me permitía fumar en público. ¿Me lo permitirías tú, Sir?

—¿Por qué no, mi dama? ¿Acaso hay motivo para prohibir cosa tan fútil?

Un golpe de viento algo brusco levantó a la vez todas las hojas verdes del vestido de la dama, de manera que durante unos instantes apareció por completo desnuda, tal como vino al mundo, con los pétalos verdes ondeando horizontalmente. Un violento golpe de sangre vino a la cabeza de Sir Pertinax, a quien se le desencajaron los ojos.

Y aún se le desencajaron más cuando ella, tranquilamente, tomó el cigarro, y con eficaz mala intención lo colocó sobre la suave holanda del pañuelo, quemándolo de forma irreparable. Sintió Sir Pertinax que un ramalazo de algo agrio le subía a la garganta, y recordó entonces los consejos de su padre. La mano derecha se alzó inconscientemente, como si fuera a castigar en la feble carne femenina una ofensa inútil como ésta. Pero la imagen de Sir Agavance surgió ante sus ojos, y, con gran dificultad, pudo contenerse. Se puso en pie, mirándola torvamente.

—Mi dama —dijo, con voz sorda—, esto es demasiado. Permitidme que me retire, y mañana, si os place, buscaremos a vuestra familia para que os dé acomodo, y si no la tenemos, a eclesiástico de honestidad reconocida. Que descanséis.

—¡Espera, espera! —dijo ella, sin recoger el formalista «vos» que el joven había utilizado—. ¿Es que no vas a pegarme?

—¡De ninguna manera, señora! Ignoro qué os he hecho para que destrocéis de esa

forma una preciada pertenencia, pero sin duda debe ser grave. Me habéis escuchado... y ya lo sabéis. Temo que no nos entenderemos nunca.

La expresión de ella cambió bruscamente, tan bruscamente que Sir Pertinax, desconcertado, se detuvo en su iracunda retirada. Parecía como si en los ojos de Lady Girolaine brillasen dos perlas... cuando en realidad eran dos lágrimas que acababan de surgir.

—Espera, por favor, espera, Sir Pertinax —dijo ella, poniéndose en pie y avanzando hacia él—. Y perdóname. ¡Si supieras! Pero te lo explicaré todo... por favor, Sir, no te vayas ahora.

Arrojó por la borda el cigarro encendido, que cayó al firme deshaciéndose por popa en una nube de chispas rojas que se perdió en las sombras de la noche.

—No podía hacer otra cosa... —continuó la dama, acercándose más a él—. Créeme que no podía. Me da vergüenza confesártelo, pero...

Calló, sin dejar de mirar al joven. Éste se sintió conmovido ante ese problema que no lograba comprender.

—Dime, milady —contestó, dulcemente—. Te escucho.

—Sir Acuto —dijo ella, situándose a su lado y casi adhiriéndose a él—. ¡Oh, abrázame, buen caballero, y que tus brazos me den fuerzas para confesar mi bochorno! Sir Acuto, como tú lo has hecho, me sacó de un castillocar incendiado, el de Sir Teophield de Basse Terre, con el cual viajaba, y con quien era feliz. Tú has visto a Sir Acuto... era feo, ineducado, repugnante. ¿Lo recuerdas?

—Sí, mi dama. Pero él se portaría con vos como corresponde...

—No, Sir Pertinax. Quise marchar con mi padre, y *él me lo impidió*.

—¿Qué dices? —gritó el joven, descompuesto—. ¡Eso no puede ser!

—No lo dudes, Sir. Después de muerto Sir Teophield, *me obligó* a permanecer en su castillocar. Siendo como era, no había dama ni doncella que quisiera ir con él... viajaba solo, con gran copia de mecanoservus... y cuando se desafió con el pobre Sir Teophield, vio una ocasión para dar pábulo a sus instintos. *Me forzó* a hacer el amor con él... y aunque íbamos a banquetes y fiestas, permanecía siempre a mi lado, con la mano en el puño de la daga. Había prometido que si me insinuaba a algún caballero, o se sabía que yo era para él como un mecanoservus más, me daría muerte de inmediato...

—¡Señora! —dijo Sir Pertinax, viendo que la dama se tambaleaba—. Siéntate, por favor, y no te tortures. Eso terminó... Pero no comprendo qué tiene que ver mi pobre pañuelo con tales malandanzas...

—Eres un buen guerrero, Sir —dijo ella, tomando asiento de nuevo—. Pero tardo en comprender.

—Tú me explicarás... Bebe un cordial, milady, que templará tu ánimo y te dará fuerzas...

—Pase por esta vez —respondió ella, mirándole con admiración—. Aunque no acostumbro... no me gustan las bebidas fuertes. —Bebió lentamente la pequeña copa de cordial, y la abandonó a medio terminar—. He de concluir con mi vergüenza. Podría haberme dado la muerte, pero no tenía valor. Jamás me dejaba; jamás hubo nadie a solas conmigo. Clarendon, mi mecanoservus, conocía el hecho, pero ¿quién hace caso de un viejo mecanoservus, que puede estar desquiciado? Hasta lo llevó a estudiar con un físico para que en caso de dolencia o indisposición, no tuviera que quedarme a solas con el galeno. Y un día, en un sarao, apareciste tú. Te vi muy interesado, y temí por tu suerte. Otros caballeros habían perecido a manos de Sir Acuto, que nunca dio cuartel ni perdonó a nadie. Con él, las justas terminaban siempre con la muerte. Cuando te apartó con la mano, groseramente, me extrañó que no le desafiases. Luego comprendí; no querías testigos, y era yo precisamente el objeto de tus deseos...

—Sigo sin comprender por qué...

—¡Oh, alma cándida! Aviva el seso, Sir, y escucha, y sabe que a partir de ahora yo soy tuya, y nada te negaré. Pero deja las manos quietas, que si no, será poca la atención que me prestes. Escucha: ¿podía yo saber si no eras otro malvado como Sir Acuto? Si no, ¿por qué el preguntar si podía irme, si me violentarías, si no cumplirías las reglas de la caballerosidad? Cuando quemé el pañuelo, ¿no era para colocarte en una situación tal que tu ira hiciese lo que tu educación impedía? Y así cuando gasté tus puntos, cuando conduje desaforadamente, cuando menosprecié un acto de amor que estaba deseando. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, mi dama —dijo Sir Pertinax—. Torpe me encontraba hasta ahora, pero por fin he comprendido. ¿De manera que...?

—De manera que si tú lo deseas, continuaré en tu castillocar, y seré una dama completa para ti, te ayudaré en las justas, conduciré, y tendremos hijos, si lo deseas.

—Querría —contestó él—. Contigo, milady.

—Así será —afirmó ella—. Y ahora, mi caballero...

Dos cabezas de bronce surgieron simultáneamente por la escotilla, atropellándose entre sí: Mágico y Clarendon, pugnando los dos por ver quién salía primero.

—¡Mi señor! ¡Milady! —gritaron, los dos a la vez, confundiendo sus voces—. El castillocar del caballero... El Rey... Las comunicaciones...

—Basta —dijo lady Girolaine, con dureza—. Que hable Mágico, porque ya tenemos todos nuevo señor, y a él se ha de respetar. Retírate, Clarendon, y prepara mi alcoba con bebidas y perfumes, que esta noche holgaremos Sir Pertinax y yo. Permanecerás mientras tanto a nuestro lado por si nos eres preciso. ¿Mágico?

—Milady, Sir —dijo el viejo mecanoservus, con voz metálicamente aterrada—. Hemos tomado contacto con los mecanoservus del caballero muerto...

—¡Sir La Cote Latipole! —aulló el joven—. ¿El señor de la Rueda? ¡Estás

descompuesto, viejo! ¡Eso no puede ser!

A su lado, dentro de su fino traje de pétalos verdes, Lady Girolaine se estremeció. El joven pasó un brazo sobre los hombros de la dama, que se acercó más a él.

—Os aseguro que es así, Sir —dijo Mágico, llorosamente—. Que el dios metálico me funda y me oxide si no es cierto. Camina por esta misma carretera en dirección al Norte... y anuncia su paso con cavernosa trompa... Y aún hay algo más, Sir.

—¡Habla de una vez, condenado!

—Las comunicaciones están cortadas con todos los castillocar y patitos, Sir. Como sabéis, a los mecanoservus de unos y otros nos gusta comentar cosas... Hace días hablé con los de vuestro padre, y el honorable señor está muy bien, aunque algo aquejado de la gota... Y hace dos días...

—Calla con ese chismorreo sin sentido, y di todo lo que tengas que decir, o te arrojé por las almenas.

—Pues bien, Sir, milady. El Rey Arturo habló, y dijo que dentro de dos horas todos los caballeros, damas, ancianos, niños y mecanoservus debían estar atentos para una comunicación de la más excelsa importancia. Y cuando quise comentar con otros criados, señor, los aparatos no funcionaban, señor, y en el cielo... ¡Oh, en el cielo hay rastros de fuego, Sir!

Alzaron Lady Girolaine y Sir Pertinax los ojos hacia el negro firmamento. En efecto, había dos anchos trazos dorados que lo cortaban de un extremo del horizonte a otro, como dos misteriosas señales. En otro lugar, una constelación de luces blancas, rojas y verdes, demasiado apiñadas para ser estrellas, se movía lentamente en sentido oblicuo, con una velocidad demasiado lenta como para que se tratase de estrellas fugaces. Hubiérase dicho que un castillocar navegaba por los espacios...

—El carruaje celestial... —musitó Sir Pertinax, recordando algo casi olvidado.

—¿Qué dices, Sir, mi amor?

—Nada, nada, milady. Pensamientos de esta cabeza sin seso. Mágico, retírate y llama a todos los mecanoservus... ¿Cuándo nos alcanzará Sir La Cote Latipole?

—Cuestión de minutos, Sir. Camina a más de doscientos por hora. Es una velocidad inhumana, que sólo el caballero muerto podría resistir.

Tanto la dama como el joven conocían bien la leyenda de Sir La Cote Latipole, el legendario caballero que abrió los asteroides cerrados y obtuvo el título de Señor de la Rueda. Muerto tras una justa, su castillocar, con los mecanoservus formados en la terraza, recorría todo el reino a una velocidad aterradora. Casi nadie lo había visto; pero su aparición era señal de muy graves acontecimientos... Añadiendo a eso la comunicación del Rey Arturo y el corte de transmisiones entre los vehículos, era de suponer que se avecinaban jornadas repletas de eventos muy serios.

—¡Ayúdale, consejero Sullivan! —dijo el joven, casi oró, mirando al Norte.

—¿Sir?

—Nada, milady. Nada. ¿Nos sentamos? Cuando Sir La Cote Latipole se acerque, Mágico hará formar a todos los mecanoservus en la terraza...

—Nos sentamos, Sir. Pero en el diván grande... estaremos mucho más cómodos. ¡Mágico! ¡Trae aquí bebidas y algo de dulce!

A lo lejos, sin duda avanzaba como un veloz espectro el castillocar del caballero muerto, las flámulas negras ondeando al viento, el féretro cubierto de negros crespones en la sala de armas, los mecanoservus hieráticos e inmóviles en la terraza, relumbrando como bronce fundido bajo la cruel luz de las estrellas.

Mágico, con los condensadores sobrecargados hasta el punto de que sus miembros experimentaban convulsiones galvánicas, sirvió las bebidas, acompañadas de una batea de dulces de yema y dos salvillas de plata repletas de manjar de crema. Después, se colocó a unos metros, respetuosamente, observando con electrónica curiosidad el comportamiento de Lady Girolaine y su joven amo. Sus circuitos no habían sido dotados de ningún banco de memoria que permitiese interpretar las relaciones entre los dos humanos de distinto sexo; sabía, por lo establecido en el bloque general de información, que un sexo experimentaba normalmente placer explorando con detenimiento el cuerpo del otro. No obstante esto no estaba sometido a reglas lógicas, pues en el curso de su dilatada vida, había observado que esa exploración a veces no era permitida, e incluso rechazada con cierta violencia. Afortunadamente, no era así en el caso de sus dos jóvenes señores, pues los dos parecían experimentar gran placer en ese examen mutuo, e incluso la mano del uno guiaba a la del otro cuando los objetivos eran difíciles de alcanzar o no estaban perfectamente determinados.

Era en estos momentos cuando Mágico se daba cuenta de su espantosa inferioridad. Su circuito integrado de envidia hacia los hombres se excitaba hasta su punto máximo cuando de cuestiones sexuales se trataba, uniéndose al mismo tiempo una peligrosa sobrecarga del bloque intelectual central, que no estaba preparado para comprender tales actuaciones. Sin duda que los huesos, la sangre, las glándulas endocrinas y otros mil factores contribuían a que el desarrollo de tales sentimientos fuera posible.

—¡Oh...! —jadeaba Lady Girolaine, casi caída en el diván y a medias cubierta por el cuerpo del joven amo—. ¡Oh, por favor...!

—Milady, cariño... —decía él.

Mágico continuó observando la escena, y se mintió a sí mismo al decirse que no le importaba, que prefería no sentir esa absurda sensación, puesto que si bien daba placer, como era evidente en este caso, en otras circunstancias causaba un terrible dolor. Tal como al desaparecido Sir Cedric de Bayerlein, que se había quitado la vida para no soportar los desprecios y privaciones impuestos por Lady Genu Fermose de Galis. ¡Desgraciados seres humanos, y al mismo tiempo, maravillosos seres

humanos!

En este momento se besaban, lo que consistía en unir las bocas íntimamente, apoyándolas una sobre otra. Mágico no sabía gran cosa de medicina, pero el inaguantable Clarendon le había radiado que era una práctica de lo más antihigiénica, y muy probablemente infecciosa. Al mismo tiempo, las dos manos de Sir Pertinax se afanaban ansiosamente, abarcando los redondos pechos de la dama, ya liberados del volátil traje verde, y explorando con minuciosidad sus rosadas puntas.

—Por favor, Sir —decía ella—. No llegaremos a la alcoba...

—Tenemos muchos días por delante, milady... ¿Es que no te agrado?

—¡Sí, sí, mi amor, pero...!

Mágico continuó su atento examen, sin dejar de escuchar la aún lejana onda del castillocar de Sir La Cote Latipole. Sin saber muy bien por qué —consecuencia quizá del circuito lógico principal—, no le parecía oportuno que la escena que se desarrollaba ante sus sensores ópticos continuase adelante mientras el vehículo del caballero muerto pasara. Y no habían probado las bebidas ni los dulces. Tal vez fuera más fuerte su deseo de exploración mutua, que el deseo de comer, lo cual también era un absurdo matemático, puesto que un ser humano podía vivir sin lo primero pero no sin lo segundo. O quizá no fuera así, pues Sir Cedric se había quitado la vida por falta de «amor» y no por falta de «alimentos».

Parecía que los dos se tomaban un momento de respiro. La noche había refrescado bastante, y sin embargo, no tenían frío, pues de no ser así, no habrían dejado todas sus ropas sobre el taburete de nogal. Eran un tanto extraños los seres humanos, cuando estaban desnudos. No creía que el órgano de Sir Pertinax fuera prensil, aun cuando su aspecto inducía a creer en ello. Lady Girolaine, por otra parte, había comprobado su existencia en varias ocasiones, valiéndose para ello de sus marfileñas manos. Tal maniobra parecía empeorar notoriamente el estado del joven amo, llevándole a una situación en que respiraba con dificultad, jadeaba y suplicaba a la dama tuviese compasión de él. El vello, repartido de forma asimétrica por diversas partes del cuerpo, también jugaba un papel importante en la evolución del asunto, aun cuando ningún banco de memoria hiciera mención del mismo.

Mágico, ávidamente, seguía el desenvolvimiento de los sucesos, pensando en que todo lo que aprendiera sobre ello podría servir en el futuro para dar placer a los amos. Aun cuando él no sintiera más que la satisfacción de servir, con eso era más que suficiente. Pero su cuerpo era demasiado frío, en el supuesto de que le solicitasen una colaboración que aún no lograba comprender. Tal vez con resistencias incorporadas bajo la epidermis de bronce pudiera compensarse el defecto. Pero lo que no podía resolver era lo que estaba sucediendo ahora. Las fieras salvajes del vergonzoso campo colindante luchaban con los dientes; los dragones, por ejemplo. Sir Ludovico Indobanensis pereció en la boca de un dragón, cortado en dos por los blancos

colmillos de la fiera. Aquí, los dientes jugaban un papel apacible y placentero; si no, ninguno de los dos se dejaría morder de esa forma por el otro. Incluso resultaba que Sir Pertinax tenía una redonda y roja marca en el pecho, producto de la esmaltada dentadura de la dama... y no se quejaba por ello, sino que parecía haberlo agradecido.

—Por favor, Sir, no puedo más... —decía ella.

—Mi amor, milady, ahora mismo...

Se avecinaba el final. No era la primera vez que Mágico contemplaba esta escena, y sabía que lo que ahora estaba pasando era preludio de un período de descanso, durante el cual los dos componentes comían y bebían como si necesitasen reponer fuerzas. Resultaba húmedo y sincrónico, en conjunto. El cuerpo de la dama, mucho más abundante en curvas, sobre todo en los pechos y las nalgas, contrastaba de forma muy estética con el más musculoso de Sir Pertinax, que en este instante se hallaba tumbado en la otomana, mientras ella, con el rostro alzado al aire nocturno, los brazos apoyados como pilastras, oscilante el busto, le dominaba con su peso, alzando el torso en ángulo de casi noventa grados con el cuerpo del joven amo. ¡Gozaban! ¡Gozaban ambos! Era evidente por sus ojos cerrados, sus gemidos de placer, su oscilación completamente sincrónica, hasta el punto de que parecía mentira que dos organismos tan inexactos en otros menesteres, lo fueran tanto en este complicado proceso. Y el viejo Mágico gozaba con ellos, oscilando lentamente sobre sus piernas de metal, en una pobre imitación de este placer celestial que sin duda ahora invadía a la joven pareja. Durante unos segundos, el dolor por ser un simple mecanoservus fue tan grande, que el anciano preceptor creyó que sus circuitos no iban a poder soportarlo. El mecanismo de seguridad destelló en su interior con un chispazo blanco, y pasaron unos instantes sin que tuviera conciencia de lo que sucedía. Cuando retornó a la realidad, las manos de Sir Pertinax abandonaban lentamente los senos de la dama, y ambos se besaban muy despacio. Después, se incorporaron, y volvieron a fijar la vista en los manjares depositados ante ellos.

Las comunicaciones ultracortas con Sir La Cote Latipole, únicas que funcionaban en este instante, chirriaban con una urgencia inmediata.

—En dos minutos, Sir, milady, nos alcanzará el vehículo del caballero muerto.

Los dos jóvenes se levantaron con cierto apresuramiento, cubriéndose con premura con los desechados trajes.

—¡Mecanoservus a la terraza!

—Inmediatamente, Sir.

Los criados metálicos se colocaron en una hilera junto a las almenas.

—Derechos y en línea —decían Clarendon y Mágico, situando bien a los mecanoservus vírgenes.

Sir Pertinax y Lady Girolaine, cogidos del brazo, se aproximaron al barandal,

colocándose ante la hilera de mecanoservus. Pasaron unos tensos segundos sin que nada sucediera. Después un bronco sonido funeral, como un lamento lejano, cortó el aire. Por popa, a lo lejos, surgieron tras una curva unas luces amarillentas, como cubiertas por la niebla. Lady Girolaine se estremeció amedrentada, y se acercó más al joven. Tampoco el corazón de éste estaba tranquilo, porque si bien no tenía miedo alguno ante otro guerrero, estos sucesos que rondaban la ultratumba le producían una sensación helada y desagradable en el interior.

Las luces fantasmagóricas se acercaban a una velocidad increíble. La trompa funeral resonó de nuevo, con un largo quejido que congelaba la sangre en las venas. Algo como una sombra gris, con apretadas hileras de mecanoservus formadas en la terraza, largas banderas oscuras, negras y moradas, ondeando al viento de la marcha, pasó ante ellos, como una exhalación. El sonido fúnebre de la trompa se diluyó en el aire, cambió de tono, haciéndose más agudo y como amenazador, y la constelación de pálidas luces desapareció en el horizonte.

Sir Pertinax lanzó un suspiro.

—Graves cosas van a suceder, milady, ya que hemos visto al caballero muerto. Repose en paz en su sala de armas. Oiremos al Rey Arturo desde el lecho, si crees que puedes comenzar de nuevo.

—No lo dudes, caballero. Antes cederás tú en ese sabroso menester, que yo. Clarendon nos atenderá allí. Mágico, ocúpate de la cabina de mandos, y ya que Sir Pertinax y yo vamos a ocupar el tálamo, procura pasar por todos los baches del camino.

Mientras descendían por la escotilla, Sir Pertinax preguntó a la dama por qué había solicitado tal cosa. Contestó ella:

—No tienes experiencia aún, mi joven señor. Números uno, catorce y veintidós del manual; eso será lo que probaremos esta noche. Y lo que he pedido a Mágico ayuda a tener pequeñas molicies inesperadas, de manera que...

Dos horas más tarde, mientras los dos jóvenes reposaban de las amorosas fatigas bebiendo un ponche de fuerte cordial, azúcar y yemas de huevo, la voz del Rey Arturo inundó todos los altoparlantes del castillocar.

—Damas y caballeros de todos los vehículos, ancianos, niños y mecanoservus... Debo anunciaros nuevas de importancia. Tan pronto como escuchéis mi orden, debéis acudir todos al Circo Máximo Norte, a toda la velocidad que castillocar y patitos puedan dar de sí. Los tiempos llegan a un momento de cambio. Los tiempos piden que el alto destino que os está reservado llegue a ser una realidad histórica. Acudid, pronto, pronto, pronto. Yo, Arturo Pendragon, os necesito. Ante vosotros se abren los cielos eternos y el espacio sin fin... Venid de inmediato. Venid, venid, venid. En el Circo Máximo Norte os daré mis órdenes. Sin demora ni retraso, sin excusa ni pretexto, acudid, rápido, pronto, velozmente...

—¡Mágico! —gritó Sir Pertinax, desde el lecho—. Ya has oído. ¡A toda marcha hacia el Circo Máximo Norte! ¡El Rey Arturo nos llama!

—Oigo y obedezco, Sir —dijo la voz de Mágico en el altavoz interior—. Siguen cortadas las comunicaciones con todos los demás castillocar y patitos...

—¡Obedece!

Clarendon permanecía firme y derecho en un ángulo de la estancia, sin que se supiera muy bien si sus sensores ópticos contemplaban o no a sus amos.

—¿Por qué te fijaste en mí? —preguntó, mimosa, Lady Girolaine.

—Porque te parecías a una dama que perdí hace tiempo...

—Habrás de hablarme de ella, Sir Pertinax.

—Temo no poder hacerlo, milady, ya que el mismo Rey Arturo me lo prohibió, y al mismo tiempo, concedió a Mágico la placa de oro que lleva en su pecho. Pero hay algo que puedo hacer sin violar mi palabra, ya que nada dijo Su Majestad sobre ello. ¡Clarendon! Acude presto a mi recámara, y trae una caja negra que hay sobre la mesa.

—Inmediatamente, Sir —contestó el mecanoservus.

—Mañana —dijo, soñadoramente, la dama— podíamos leer juntos una nueva obra que he tomado en el asteroide *omnia res*. Tenemos tiempo; tardaremos un par de días en llegar al Circo Máximo Norte. Se trata de *Los confines del mundo conocido*; he oído decir que es una excelente especulación sobre por qué existe este reino, y cuál es su finalidad. Podría yo leer en alta voz un capítulo, y tú, mi amor, otro. ¿Eres bueno en entonación y lectura? Yo obtuve excelentes calificaciones con la monja Hildegarda.

—Yo también, milady —respondió Sir Pertinax, acomodándose dentro del lecho, y aferrando con ambas manos las caderas de la dama—. Mi preceptor fue el anciano Mágico, duro en las calificaciones, y me dio un *summa cum laude*.

—¿Conoces bien la entonación sobreaguda para remarcar las frases con complementos complejos?

—Naturalmente. Creo que será un gran placer para ambos competir en esa lectura. Además, al mismo tiempo, me enteraré del contenido de esa obra... Pero creo que debiéramos pensar en esa pieza de ónice que tenemos en el taller. Haría una magnífica crátera para el próximo banquete.

—Con pie de bronce labrado, desde luego.

—Eso mismo pensaba yo. Creo que la plata sería demasiado rica para el ónice.

—Y el contraste de materiales no sería bello.

—Desde luego, milady. Ah, aquí viene Clarendon. Déjala ahí, sobre la mesa de noche. Tráenos algo refrescante; mis fauces están resacas...

—¡Quieto, Sir! Explícame qué es esa caja...

Sir Pertinax, sin dejar de gozar del jugoso cuerpo que se aposentaba a su lado, dio a Lady Girolaine unas explicaciones restringidas, para no violar el secreto impuesto

por el Rey. Lady Girolaine se mostró muy interesada, y prestó oído atento a la caja negra. Pero de ésta no surgió ningún sonido; solamente un ruido de fritura, como los parásitos que a veces invadían las comunicaciones entre los vehículos.

—Necesitamos puntos —dijo ella, antes de dormirse—. Querría tener buenas vitelas, y un cálamo afilado... ¡Oh, no, mi amor...! Descansemos ahora.

A la mañana siguiente, las luces del amanecer iluminaron un pergamino posado sobre la mesa de noche, al lado de la silenciosa caja negra. El joven, sintiéndose descansado y fuerte, lo tomó en sus manos. Estaba escrito con perfecta letra redondilla, y las capitulares, cuidadosamente miniadas en rojo y oro. Decía:

PARA SIR PERTINAX, ALGUNA VEZ

*Cuando un día nos amemos,
lucirán las estrellas,
no será frío el céfiro
ni el licor sabrá mal...*

Continuaba el poema, en seis estrofas en verso libre, diciendo con singular vena lírica lo que Lady Girolaine, a solas en su recámara, había previsto para el futuro. El joven contempló con dulzura a la bella dama dormida, y se incorporó, procurando no despertarla.

Sobre el irregular firme de *Casiopea Road* corrían a su alrededor castillocar y patitos apresurados. Ni un solo vehículo circulaba a contramano, ya que todos se dirigían con la potencia máxima de sus motores hacia la cósmica cita con el Rey Arturo. Al entrar momentáneamente en un asteroide *cibi*, Sir Pertinax pudo observar que las etiquetas habían cambiado de nuevo; ahora se trataba de una cartulina crema, muy grande, que mostraba un caballero ascendiendo a una especie de cilindro. La lanza apuntaba a una estrella azul de numerosas puntas. Hizo partícipe de sus pensamientos sobre los cambios de etiquetas a Lady Girolaine, y la dama estuvo de acuerdo con él en que algún profundo sentido debían tener esas alteraciones.

Durante el día jugaron al *exchequer*, dilatado entretenimiento que se desarrollaba mediante un gran tablero compuesto de numerosas piezas de colores que podían acoplarse entre sí fácilmente mediante diversas variaciones de forma y tamaño. Los puntos o los movimientos dependían del grado de conocimientos de cada uno de los jugadores, de manera que el dominio del arte de la talla bien expresado, podía contrarrestar una cita filosófica del otro jugador, y una pieza ganada mediante un pareado podía recuperarse si el oponente demostraba su sapiencia mediante un fino dibujo a pluma. Lo peculiar de tal juego era que debía proponerse un tema al principio, y que bajo tal tema habían de desarrollarse todos los movimientos. El resultado final, normalmente, era un conjunto de pequeñas obras de arte,

pensamientos atinados, o razonamientos agudos, que constituían de por sí una pequeña suma material e ideal sobre el tema propuesto. Lady Girolaine propuso como tema: «La ilusión largo tiempo esperada», lo que sin duda hacía relación a los acontecimientos que ambos acababan de vivir, y desarrollaron la partida con gran complacencia, a lo largo de toda la jornada. No acabaron aquel día, y entretuvieron la noche en amorosos juegos, bajo la mirada silenciosa y expectante de Clarendon; y al día siguiente continuaron la competencia en donde la habían detenido. Recordó Sir Pertinax que había tratado de explicar las bases del juego a la casi olvidada Lady Jane, y que ésta no había mostrado el más mínimo interés por aprender tan noble arte. Desde luego, Lady Girolaine era habilísima en este menester, y al final, mediante un hábil gambito que combinó una pequeña pieza musical en compás de tres por cuatro, y la elaboración de una diminuta talla en jade, pudo copar el audaz movimiento efectuado por el caballero, en el que se arriesgaba el patinado de una lámina de plata con figuras labradas. Un último intento, utilizando un minúsculo huevo de calcedonia montado en una garza de bronca, y una reducida aguada en azul, no tuvieron éxito. Fue Lady Girolaine quien consiguió completar el mayor número de puntos y hacer que las piezas multicolores encajasen unas en otras con toda exactitud.

Sir Pertinax tosió, derramando un poco de ceniza sobre su tabardo de terciopelo.

—Creo que no continuaré fumando, milady —dijo—. Es por eso que me has ganado, y no por otra cosa. Eres una pequeña intrigante, y sabes aprovechar bien mis debilidades.

—Y tú las mías, mi caballero —contestó ella, tomando el cigarro encendido—. El fumar no es cosa de hombres, sino de damas, que sabemos privamos de él a punto, para que no nos suceda como al pobre Sir Cicanous.

Apareció Mágico, y se inclinó respetuosamente.

—Depósitos de agua y combustible llenos, Sir. Desperdicios y basura empacados y expulsados al exterior; despensa llena solamente en parte; bodega casi agotada. Mecanoservus con las células de energía completamente cargadas y a punto; todos los mecanismos del castillocar, engrasados, revisados y conformes. Es preciso sustituir la batería número tres, y cambiar aceite de silicona en el número ocho.

Apareció Clarendon, y se situó junto a Mágico.

—Alcobas y sala de armas limpias y a punto; vajilla y cristalería limpia por completo, cubiertos desinfectados, suelos repasados y pulidos, Sir, milady. Mecanoservus vírgenes en situación de descanso. El mecoservus Fasolt comienza a fallar; su memoria no reacciona como es preciso, y sus miembros crujen. Lanza humo por las juntas; no ha podido ser arreglado. Es cosa de humanos.

—Es cosa de humanos —repitió Mágico, como un eco.

—Si el menester que nos depara el Rey Arturo lo permite, milady y yo lo

desmontaremos mañana —dijo el joven—. Si no, el pobre Fasolt tendrá que saltar por la borda. Retiraos y preparad nuestra alcoba; pasad por todos los baches. ¿Números trece y dieciséis, milady?

—Con gusto, Sir —contestó ella, sonriendo sensualmente—. Quizá dos veces, si con una no te basta.

Mientras caminaba al lado de la dama, Sir Pertinax se dijo que ahora se sentía completo por primera vez, dueño de un magnífico castillocar lleno de riquezas, y con una dama capaz de colaborar con él en todos los aspectos. Lástima que anduviesen muy escasos de puntos, pero eso era problema que podría remediarse sin mucha dificultad.

El amanecer les sorprendió a los dos en las proximidades del Circo Máximo Norte, avanzando entre nubes de humo en medio de una masa cada vez más espesa de patitos y castillocar. Hubo algún roce con otro vehículo, pero al hallarse cortadas las comunicaciones, era imposible determinar las condiciones de una justa, por lo cual, se limitaron a injuriarse desde la terraza. En ello, Lady Girolaine demostró poseer una lengua viperina y una imaginación desbordada para elaborar los más ofensivos insultos. Durante las últimas horas de la noche, los surcos de fuego en el cielo se habían incrementado, así como también las constelaciones de luces de colores que recorrían el firmamento de uno a otro punto cardinal. Pero ahora comenzaba a lucir el sol, y las trompas heráldicas resonaban en mil tonos a su alrededor, entre el ruido de los motores, el sonar de los escapes y el jubiloso vitorear de los castellanos, no exento de preocupación por un futuro desconocido.

Surgían las cilíndricas torres de metal blanco y comenzaba a dibujarse sobre el horizonte gris la titánica construcción que era el castillo del Rey. Sir Pertinax sintió que una mano helada le estrujaba el corazón al recordar a la indefensa dama perdida recorriendo a pie el espacio hasta la mancha de bosque. Pero ahora no era ya una obsesión, sino un recuerdo que más bien deseaba olvidar. Estaba en su mano la mano firme de Lady Girolaine, y pronto la voz del anciano monarca...

—¡Mis caballeros...!

... diría lo que era aquel misterioso...

—Mis caballeros y damas, habitantes todos de los castillocar...

... secreto. Ya daban vueltas los vehículos en un *carroussel* sin fin, girando en enormes ondas concéntricas alrededor del palacio del viejo Rey, mientras la voz de éste comenzaba a resonar en los altoparlantes. Los castillocar y patitos se movían unos pegados a otros, con los caballeros y damas en las terrazas, escuchando ansiosamente las palabras del monarca. En el cielo había trazos de humo; y algo como diminutos puntos negros, de los que surgían chispazos de luz, navegaban de un lado a otro sobre el purísimo azul-verdoso.

—Voy a pedir algo que nunca podríais imaginar —dijo el Rey Arturo. Y su voz

retumbaba profundamente en los millares de altavoces—. Voy a pedirlos que caminéis lentamente hacia los torreones que dan guardia a mi castillo, y una vez hecho eso... Escuchadme, nobles súbditos, y no os asustéis. Una vez hecho eso, debéis girar cada uno de vosotros, con vuestro vehículo, alrededor de un torreón, hasta que yo os ordene pararos allí.

Un unánime alarido de horror se escapó de miles de gargantas. Algunos castillocar y patitos, perdido el control por el mecanoservus conductor, chocaron ligeramente con el que les precedía o el que estaba al lado de ellos, haciendo saltar chispas de las torturadas chapas, y lanzando al aire un estruendoso ruido metálico.

Sir Pertinax sintió como una náusea que le recorriera todo el cuerpo. A su lado, Lady Girolaine, pálida como una muerta, se apoyaba en el pasamanos de la terraza, semidesmayada.

—¡Blasfemia! —gritó a lo lejos la voz de un eclesiástico, ondeando en el húmedo aire las negras ropas talaras.

—¡No es el Rey Arturo! —gritó un caballero joven, desde la terraza de un destartalado patito—. ¡Es un falsario!

—¡No es él! —aulló el clérigo, enarbolando un libro encuadernado en piel—. ¡Su Majestad no puede hablar así!

—Sí... sí es él —dijo en voz muy baja Sir Pertinax, reconociendo la voz de Artie, la voz del Rey Arturo. Sujetó con fuerte brazo a la desfallecida Lady Girolaine, y repitió, levantando la voz—. ¡Es él, es el Rey Arturo! ¡No es ningún falsario! ¡Tiene razón! ¡Haced lo que os dice...!

—¡Mentís, belitre malnacido! —vociferó el joven caballero del destartalado patito—. Ése que habla es un bergante sin seso, y no Su Majestad... ¡Su Majestad no pediría que nos... que nos...!

—¿Detuviésemos, Sir? —dijo fríamente Sir Pertinax.

—Tan grosera palabra es digna de vuestros labios —contestó el joven—. No de los míos.

—Mi armadura, Mágico. Milady, retírate. En cuanto a vos... ¿tenéis inconveniente en decirme quién sois?

—Soy Sir Marhaus del País de Gore, y aunque sé perfectamente que sois Sir Pertinax le Percutens, temido en todo el orbe, no por eso he de cejar ante vos. Mi armadura, Rodiel. Y aprestaos, Sir, porque...

Un estrépito horrendo les impidió seguir hablando. Mientras Sir Pertinax endosaba a toda prisa las piezas de su armadura, pudo ver que un surtidor de fuego se elevaba en el horizonte en medio de la apretada masa de castillocar y patitos. Parecía como si hubiesen saltado los depósitos de un vehículo; más tarde supo que realmente era así...

—¡Teneos todos y no combatáis! —gritó de nuevo la voz del anciano monarca, a

través de todos los altavoces, interiores y exteriores—: ¡Teneos, caballeros...!

El estruendo de las luchas que iban desatándose en unos y otros lugares ahogó por completo la vieja y temblorosa voz. Cubierto ya por su armadura teñida de esmalte gris, Sir Pertinax, despreciativamente, extrajo la candente *Old Edsel*. Sir Marhaus del País de Gore hacía lo mismo con su espada. En este denso apretujamiento de vehículos era prácticamente imposible usar las lanzas; sólo la espada podía resolver esta lucha.

—¡Blasfemo! ¡Traidor! —aulló Sir Marhaus, lanzando un golpe contra el joven.

Sir Pertinax lo paró fácilmente, tratando de encontrar un insulto suficientemente horrendo.

—No os llamáis Marhaus —dijo, omitiendo deliberadamente el tratamiento— sino Mordred, como el caballero traidor.

Y al decir esto desvió el nuevo golpe que el inexperto caballero trataba de asestarle, e introdujo la punta de *Old Edsel* a través de la juntura de yelmo y coselete. Sir Marhaus lanzó un espantoso alarido, y se derrumbó sobre la terraza, arrojando olas de sangre negra a través de los orificios de su almete. El cuerpo se estremeció durante unos instantes, y después quedó inmóvil.

—¡Rey Arturo! —gritó el joven, esperando que sus palabras llegasen, a través de la borna que le conectaba con la emisora, a los oídos del anciano monarca—. ¡Devuelve las comunicaciones, y yo te prometo...!

A su alrededor, hasta donde alcanzaba la vista, patitos y castillocar se acometían unos a otros, con caballeros armados en las terrazas, y grandes gritos de «¡Es el Rey Arturo!» «¡Es un falsario!» «¡Miente!» «¡Es preciso obedecer a su Majestad!». Parecía como si la facción que negaba al Rey Arturo fuera más reducida que la que era partidaria de obedecerle; pero sin embargo, no lo era tanto como para poder obtener sobre ella una victoria inmediata.

—¡Comunicaciones restablecidas, Sir! —gritó Mágico, a través de la borna de conexión.

—Onda general, viejo. A todos los vehículos...

—Hecho, Sir.

—Soy Sir Pertinax le Percutens, y todos vosotros me conocéis... Os digo que he oído voces misteriosas en estos últimos días, y que ellas me dicen que quien ha hablado es verdaderamente Su Majestad. Caballeros... ¡caballeros, escuchadme! Los que creáis en él, agrupaos a mi alrededor, y combatamos juntos a esos malsines que niegan las palabras del buen Rey Pendragon...

Una voz sonora cortó su discurso, invadiendo la misma onda general.

—Soy Sir Sagrivan le Miraculous, y todos vosotros me conocéis... Miente Sir Pertinax, y quienes le sigan. Ése que nos habla es un follón andrajoso, cuyos restos irán a parar al canasto de los desperdicios. ¡Caballeros que creáis en la verdad;

seguidme! ¡Acabemos con los blasfemos, traidores y mentirosos...! Y a vos, Sir Pertinax, si me oís, os reto.

—Y yo acepto, Sir Sagrivan —aulló el joven, lleno de ira—. No quisiera acabar con caballero de vuestra fama... pero os digo que el que ha hablado es verdaderamente el Rey Arturo, y que sus designios no nos son conocidos, por lo que...

Un chirrido espantoso en los auriculares del yelmo casi ensordeció al joven. Algo pasaba, pues las comunicaciones se restablecían y se cortaban de forma espasmódica.

—Soy Sir Danimor de Irande —dijo una voz muy conocida—. Estoy a tu lado, Sir Pertinax. Manda y obedeceré ...

—Soy tu padre, Sir Agavance... ¡Adelante, hijo mío! ¡Honremos al buen Rey! Familiares y amigos, ancianos y niños, estamos a tu lado...

—Soy Sir Cicanous Alte Fodale, mi buen joven. Cuenta conmigo en esta lucha, porque no hay caballero como tú en el reino.

—Soy Sir Clangborne le Evellinor... Me batiste con limpieza y lealtad hace meses, y creo que si tú lo dices, él es el Rey Arturo... ¡Acabemos con los traidores!

—Soy Sir Arrowmore Perpolitor. No es un duelo de *enquerre* lo que estoy dispuesto a librar ahora...

—Soy tu prima, Lady Acu Pingente... He convencido a Sir Godofredo de Lys para que te apoye... ¡Ya me lo cobraré contigo, pariente malo y desagradecido!

—Soy Sir Giovanni Alta Stella... Cuenta conmigo, porque el Rey Arturo habla por tu boca...

A docenas, a centenares, a millares, las voces amigas que ofrecían su apoyo y su ayuda, su brazo y su espada, iban resonando en los oídos del joven. Pero lo mismo sucedía con el legendario Sir Sagrivan, aun cuando sus partidarios eran en menor número. Eclesiásticos y filósofos se inclinaban hacia este último, lo cual no significaba nada, pues no podían combatir. Como era de esperar, Glenarvan le Percutens, a pesar de ser eclesiástico, se depuso a favor de su hermano, pues realmente estas batallas campales, cuando sucedían, agrupaban partidarios por simpatía personal y no por la razón o sinrazón de la causa comprometida. En cuanto a los físicos, por alguna razón en extremo práctica e incomprensible, ofrecieron sus servicios casi en bloque a la causa de Sir Pertinax. En general, eran gente materialista y descreída, que consideraba al reino un accidente, y al Rey Arturo una entelequia, lo cual explicaba, al mismo tiempo que no explicaba en absoluto, su comportamiento en este azar.

Aún cuando continuaban librándose justas individuales, la ingente masa de vehículos y caballeros iba dividiéndose en dos partes, agrupándose unos al lado del castillocar de Sir Pertinax, y otros alrededor del enorme vehículo cromado de Sir Sagrivan. Las alas de los dos ejércitos iban extendiéndose poco a poco sobre el

terreno del Circo Máximo Norte, y los vehículos que acudían por todas las carreteras radiales se apresuraban a encuadrarse en uno u otro bando. La larga línea de pesados castillocar de Sir Pertinax y sus seguidores fue ordenándose en forma de media luna, con los vehículos mejor acorazados en el frente, y los débiles patitos detrás, formando legiones y compañías, como fuerza volante. La ingente construcción cilíndrica del Rey Arturo quedaba protegida por esta terrible línea de lanzas llameantes...

Era de ver el espectáculo que ofrecían los grandes vehículos, con el caballero bien armado en la terraza, las banderolas ondeando, las largas lanzas exhalando nubes de llamas por la flamígera punta. Se oían trompas, gritos de ánimo, músicas enardecedoras, que los altoparlantes se ocupaban de transmitir a todo volumen. Aunque estos encuentros casi generales eran poco frecuentes, tampoco eran raros. El último se había producido cuando Sir Pertinax era un niño, a causa del rapto de una doncella.

Tampoco era preciso molestarse mucho por la estrategia a seguir. Dado que todos los vehículos emitían en la misma onda, no había orden que pudiera comunicarse a los partidarios de un bando que los del otro no escuchasen. De forma que la única táctica posible era un violento choque frontal en el que el bando de menor número llevaba la peor parte. Por tanto, la derrota de Sir Sagrivan estaba decidida de antemano, lo cual no era obstáculo para que con la tozudez característica del espíritu caballeresco, siguiera insistiendo en celebrar el combate.

Quizá por ello, fue Sir Sagrivan quien dio la orden de ataque, confiando tal vez en sorprender a sus enemigos cuando aún no estuvieran preparados. Con un grito ensordecedor, la masa de castillocar, vehículos intermedios y patitos se lanzó hacia la línea dirigida por Sir Pertinax. Al frente de todos, como una brillante punta de lanza, el deslumbrante carruaje de Sir Sagrivan, airosamente conducido por su señor, cubierto por espejeante armadura...

—¡Adelante todos! —gritó Sir Pertinax, por la onda general.

Con un rugido de motores que hizo temblar el reino entero, hilera tras hilera, columna tras columna de invictos castillocar aceleraron ferozmente hacia la metálica vanguardia que se les venía encima. Relucía el sol, si bien negras nubes comenzaban a cubrirlo, y en lo alto, en el firmamento, varios puntos negros y fusiformes daban vueltas como lejanas aves perdidas.

Un aterrador sonido se escuchó cuando las dos líneas de combate chocaron una contra otra; y el alarido de muerte de centenares de gargantas resonó quejumbrosamente en todas las ondas. En vano se buscaron uno a otro Sir Sagrivan y Sir Pertinax; la oleada incesante de carruajes de guerra les separó desde el principio de la batalla. Allí, Sir Cicanous, pesadamente protegido por su armadura de gruesas planchas de acero, hendió con su lanza de fuego el costado del castillocar de Sir Taenarus von Thalás, produciendo un aterrador incendio y la destrucción de dos

ejes... Una nube de humo negro se alzó al cielo. Acá, Sir Danimor de Irande fue asediado por Sir Galihud de la Tierra sin Nombre y por Sir Galahault de Morelac, y fue destrozado, cortado en rodajas y machacado por las espadas llameantes de los dos caballeros... Surtidores de llamas surgían en lugares dispersos de la línea, revelando los lugares en que depósitos de combustible habían estallado. En tan espantoso estruendo, las órdenes no podían ser comprendidas, y cada uno luchaba contra los que tenía más cerca, tratando de orientarse solamente por las voces broncas que gritaban:

—¡Sir Sagrivan! ¡Por el invencible!

—¡Sir Pertinax! ¡Por el Rey Arturo!

El cielo iba cargándose cada vez más de negros nubarrones, mientras el combate tronaba como una tormenta a lo largo de millas y millas. Continuamente llegaban nuevos refuerzos por todas las carreteras, que una vez enterados del suceso tomaban parte por uno u otro bando con singular alegría, porque batalla como aquélla no volvería a verse en muchos años.

Sir Auburn de Barlycorn se enfrentó con su primo, Sir Barlycorn de Barlycorn, y lucharon ferozmente, con lanzas y espadas, hiriéndose una y otra vez, hasta que sangrantes por varias heridas y ennegrecidos por los incendios, arrojaron bestialmente sus vehículos uno contra otro, pereciendo ambos, con damas, ancianos, niños y mecanoservus en una terrorífica explosión. Las esferas de fuego que se formaron en nada tenían que envidiar a las protuberancias solares, y varios castillocar próximos recibieron una lluvia de fragmentos candentes y combustible llameante, comenzando a arder a su vez.

Sir Pertinax luchaba ahora contra Sir Hezen du Castel, y ambos se acometían ferozmente. La superior potencia del vehículo del joven arrastraba lentamente al castillocar de du Castel hacia el quitamiedos, mientras en las terrazas se descargaban uno a otro terribles golpes. Rebotó la espada de Sir Hezen sobre la célebre tarja, y dejó casi inmóvil el brazo izquierdo de Sir Pertinax; respondió éste asestando un feroz golpe con la ancha hoja ardiente que dio en el visor de su enemigo y le hizo retroceder, tambaleándose, con láminas de sangre manando a través de la juntura de brazo y antebrazo. Pero volvió Sir Hezen en sí rápidamente, y arrojó un paño sobre el rostro cubierto de acero de Sir Pertinax. En ese momento, las ruedas traseras del castillocar de Sir Hezen chocaron con el quitamiedos...

Sir Pertinax, cegado, intentaba quitarse el paño, al mismo tiempo que hacía rápidos molinetes con la brillante *Old Edsel*, para evitar que su enemigo pudiera herirle aprovechándose de la traidora treta que había utilizado.

—¡Fuerza, Sir Pertinax! —gritó en los auriculares la voz de Lady Girolaine—. ¡Voy a echarlo fuera!

Los motores aumentaron sus revoluciones como locos; el castillocar de Sir Hezen resbaló, derribó las almenas del quitamiedos y cayó estruendosamente a la

deshonrosa tierra, tres metros más abajo, quedando vergonzosamente inmóvil. Sir Pertinax arrebató el paño a tiempo de ver cómo su enemigo, parado, detenido e inmóvil, miraba a su alrededor, hacía el signo de guerra, y se clavaba en el cuello una daga de acero azul.

—¡Artería vergonzosa es la que has usado...! —gritó, mientras Sir Hezen se derrumbaba sobre la ardiente cabina de mandos.

Una lanza se introdujo violentamente en la popa del castillocar como si alguien quisiera aprovechar su descuido, y permaneció hundida allí, lanzando su haz de fuego a través de alcobas y corredores. Vio Sir Pertinax un escudo entero, que traía en campo de sable cinco hebillas de oro; sobre franco cuartel siniestro de argén, un anillo de púrpura. ¡Las armas de Sir Sagrivan!

Movió rápidamente los controles de su lanza, y la larguísima barra de acero, con el concentrador cilíndrico cubierto de fuego blanco, barrió como una mortal guadaña la terraza del cromado castillocar, derribando al propio Sir Sagrivan con un golpe brutal. El conductor del legendario caballero hizo retroceder a toda prisa el gran vehículo, con Sir Sagrivan caído sobre el firme de titanio, y se perdió entre dos patitos que se destrozaban ferozmente.

—¡Mangueras, agua, cubos...! —gritaba en los altoparlantes la voz de Lady Girolaine. Un incendio devastador devoraba la popa del castillocar, acercándose peligrosamente a los grandes depósitos de combustible.

—¡Tras él, milady, tras él! —aulló Sir Pertinax.

El castillocar intentó seguir a Sir Sagrivan, pasando por encima de cuerpos muertos, vigas de acero, ejes retorcidos y ruedas deformadas. De un lado a otro, castillocar destrozados, con cadáveres en la terraza, humeando como hornos, eran empujados y aplastados por los vehículos en marcha... Un relámpago blanquecino brilló en el horizonte, resonó un espantoso trueno, y el rayo surcó con sus ramas de candente fuego blanco los cárdenos nubarrones. Cayeron unas gotas anchas, como corazones de agua que se aplastasen sobre el suelo; resonó un segundo trueno, más intenso que el anterior y un torrente de lluvia se derramó sobre el campo de batalla...

Los gritos de muerte resonaron por todas partes, mientras la naturaleza desencadenaba todas sus fuerzas como si quisiera subrayar la espantosa tragedia. Surcaban bolas de fuego el espacio negro; entre los ramalazos de lluvia, las lanzas y las partes puntiagudas de los vehículos se cubrieron de un halo fosforescente. El fuego de San Telmo bailaba amenazador en las astas de las banderas y rodeaba, reptando como una bestia inflamada, los escalones rectangulares de las almenas.

Con la trasera del castillocar lanzando un espeso humo aceitoso, el incendio a medias dominado por los mecanoservus y a medias extinguido por la lluvia, Sir Pertinax, asiéndose el brazo paralizado, aullaba broncamente, animando a los suyos a dar muerte al enemigo. Lentamente las maltrechas huestes de Sir Sagrivan iban

agrupándose en un círculo cada vez más reducido, amenazadas, taladradas y quemadas por docenas de lanzas de fuego... Carruajes volcados surcaban la llanura, el horizonte era una inmensa pira de llamas, y los contrafuertes, barbicanas y poternas del castillo de Su Majestad estaban cubiertos de espadañazos negros, allá donde los incendios le habían rozado.

Un caballero, tripulando un castillocar con los tabiques deshechos, las habitaciones al descubierto, cadáveres ensangrentados de ancianos y niños en las pasarelas interiores, renqueó hacia Sir Pertinax.

—¡Muerte! ¡Muerte! —aulló el caballero.

Con dolor en el corazón, Sir Pertinax reconoció a su viejo amigo y pariente Sir Flemontan de la Casserie, el que fuera abandonado por Lady Abiegna Confer.

—¡Muerte al traidor Sir Pertinax! —aulló el desgraciado, manejando a la vez mandos y lanza, ya que los mecanoservus eran una masa de chatarra, y sólo él quedaba con vida sobre el vehículo condenado a la destrucción.

Sir Pertinax esquivó torpemente la lanza que le amenazaba. Se encontraba casi inerme, con el brazo izquierdo paralizado, y la lanza suelta de uno de sus soportes. En aquel momento, una extraña figura surgió en la terraza, a su lado. Se trataba de un ser vestido con armadura hasta medio cuerpo, el rostro cubierto por un gran yelmo cilíndrico, y más abajo, algo como un tubo de cuero lleno de escamas de metal.

El ser, tranquilamente, arrojó un gran paño sobre la cabeza de Sir Flemontan. Mientras el desgraciado caballero se debatía, Sir Pertinax lo acabó con un golpe bestial que le abrió desde el hombro al estómago. Piezas de armadura, sangre y despedazadas vísceras verdes y rojas, llenaron la terraza, mientras el vehículo, perdido el control, derivaba torpemente hacia el deshecho quitamiedos.

—¿Quién sois? —aulló Sir Pertinax.

—¿No me conoces? —dijo una voz femenina—. Soy yo, Lady Girolaine... y ésta es la sorpresa que te reservaba. Si las damas pueden conducir, ¿por qué no han de combatir también?

Durante unos instantes el joven calló, tan grandemente sorprendido que no sabía qué decir.

—Bien, mi dama —dijo por fin—. ¡Bien, mi dama! ¡Tienes razón! ¿Por qué no ha de ser así?

—Naturalmente —contestó ella, con voz dulce—. Que no quede uno con vida, mi amor.

Los supervivientes del ejército de Sir Sagrivan se retiraban hacia *Orion Road*, defendiéndose valerosamente, aunque sin esperanzas.

—¡Sir Pertinax! —aulló la radio—. Soy Sir Kerrigan Afer. Hemos cogido varios prisioneros: Sir Lovejoy de Ossaise, Sir Galahault de Tuliamor, Sir...

—Basta, basta. ¿Qué queréis de mí?

—Saber qué hacemos con ellos, y con las damas, ancianos, niños y mecanoservus.

Durante unos momentos meditó Sir Pertinax, pasando al mismo tiempo el brazo alrededor de la blindada cintura de su dama, que se acercó mucho a él, amorosa y contenta. Pensó en dar un castigo ejemplar; pero al final, recordando lo que las viejas crónicas decían, no quiso someter a los vencidos a torturas inhumanas. Era preferible mostrarse generoso y acabar con ellos rápidamente.

—Los caballeros serán atados a la diferencial, y arrojados con su vehículo por encima del quitamiedos. En cuanto a los ancianos, damas y niños, partidles el corazón de una puñalada, y que no sufran. A los mecanoservus, hundidlos en el ácido de las baterías.

—¡Se hará, Sir! —gritó la voz de Sir Kerrigan, mostrando su satisfacción.

Sir Pertinax se volvió hacia Lady Girolaine, que le miraba a través del vidrio blindado del visor.

Hábil truco has usado con ese caballero al arrojarle el paño... Muy hábil. Eres una dama que cualquier caballero querría tener consigo a toda costa. Y ahora, mientras mis caballeros acaban con esa pandilla de bellacos, entremos en el interior porque he de cuidar mi brazo... ¡Mecanoservus vírgenes! ¡Arreglad el soporte de la lanza, que podría ser precisa en seguida!

La arena y las mangueras habían extinguido en su mayor parte el incendio iniciado por la lanza de Sir Sagrivan. No obstante, mientras dama y caballero se encaminaban a su alcoba, pudieron ver que el interior del castillocar era un caos humeante, lleno de muebles destrozados y tabiques fundidos a medias.

En el momento en que entraban en la alcoba, la caja negra estaba lanzando una serie de alaridos inconexos, de los cuales se captaba alguna frase suelta.

—¡Es una matanza!

—... degollándose como cerdos...

—... detenerlos... como sea...

No eran las voces del Consejero Sullivan, ni de Su Majestad, sino otras desconocidas. Se oyó una nueva voz, sonora, profunda, llena de dolor y humanidad.

—¡A ver si calláis, punta de robabolsas! Soy Reisner, del Galactical. Yo tengo la culpa de todo esto, y voy a acabar con ello...

—¿Qué vas a hacer, Harry?

—¡Vaya bajar ahí, y los voy a detener como sea! ¡Preparad la esfera y un jeep!

—¡No hagas barbaridades, Harry Reisner! ¡Te matarán! ¿No has visto que son como bestias?

—... podré... ella aquí... conmigo... Perty...

—No lo hagas, Reisner.

—... deber... hablará con ella...

Con un violento golpe de sangre en el cerebro, Sir Pertinax tomó en sus manos la malhadada caja y la arrojó al exterior, a través de un boquete en la planta de acero. Ya estaba cansado de aquel charlatán aparato, que no decía más que estupideces indignas de ser escuchadas. Si por lo menos hubieran vuelto a hablar Su Majestad y el Consejero, la habría conservado; pero no tenía ningún deseo de oír esas voces fantasmales que hablaban de misterios incomprensibles.

—Creo que lo tienes roto, Sir —dijo Lady Girolaine.

Se había quitado coselete y falda de cuero, y depositado el yelmo tubular en el suelo, al lado de la revuelta cama. Se cubría solamente con una ligera ropilla de seda crema, casi transparente, pero en este momento eso no excitó los deseos del agotado Sir Pertinax.

—Me duele todo el cuerpo —dijo—. Ponme un cabestrillo, milady que vestiré de nuevo la armadura y subiré a la terraza. He de guiar a mis huestes, pues un jefe debe estar presente siempre.

—Naturalmente —respondió ella—. Pero yo estaré a tu lado. Además, me muero de curiosidad por saber lo que Su Majestad nos prepara.

—A mí me sucede lo mismo, milady.

—¡Mi señor! —gritó la voz de Mágico en los altavoces—. ¡Subid en seguida! ¡Hay un prodigio en el cielo!

Ayudado por la dama, que había vuelto a endosarse su original armadura, Sir Pertinax salió al exterior. Hileras de castillocar y patitos, girando lentamente, cubrían el Circo Máximo Norte de un extremo a otro, entre las nubes de negro humo y las llamas de los incendios, mientras mil restos destrozados eran aplastados aquí y allá por las grandes ruedas. Hacia *Orion Road*, un crecido grupo de caballeros acosaba aún a las huestes en fuga de Sir Sagrivan. En la lanza, dos mecanoservus vírgenes acababan de soldar el último remache, mientras otros dos, con cubos de arena, extinguían los pequeños focos de incendio que aún restaban en actividad. Mágico, de pie sobre la cabina de conducción, señalaba al cielo.

Algo como una gran estrella azul relumbraba en las alturas, en medio de los cárdenos nubarrones que iban disolviéndose. Mientras la observaban, fue aumentando de tamaño, y pronto fue perfectamente perceptible que se trataba de una gran bola azul, relumbrante como acero fundido. Parecía que en su interior se traslucía algo negro y rectangular. Un rumor de curiosidad surgió de todas las bocas; no, en absoluto, un rumor de miedo, porque los caballeros eran incapaces de sentirlo, por muy extraño que fuese aquel ente desconocido.

Poco a poco, como un pañuelo de gasa que descendiera en alas del viento, la bola azul bajó suavemente. Cuando estuvo más cerca pudo verse perfectamente que en su interior había una pequeña caja rectangular, con cuatro ruedas, sobre la cual se movían dos figuras humanas. Si aquello era un vehículo, era ridículamente pequeño,

pues no llegaba a ser ni la vigésima parte del más diminuto patito que jamás hubiera salido a la carretera, y quizá no sobrepasaba en tamaño a un simple despensa.

Sir Pertinax, previendo un posible peligro, iba a ordenar a Lady Girolaine que se retirase, cuando recordó que la dama luchaba a su lado. Por ello, se limitó a alzar la lanza sobre sus soportes, conectar el mango de fuego, y apuntar el mortífero artilugio sobre aquella chocante maquinaria.

—Ardo en deseos de saber qué es eso —dijo la dama.

—Vaya —contestó Sir Pertinax, como si algo le hubiera recordado esa palabra.

Entre los estruendos de la lucha que continuaba a lo lejos y los alaridos de los prisioneros degollados, la esfera continuó su descenso. Vehículos de todo género se retiraron hacia atrás, dejando un amplio círculo en cuyo centro iba a posarse la bola. Sir Pertinax aceleró ligeramente los motores, y mientras los demás castillocar le abrían paso, se situó en primera línea, junto al lugar en que la extraña máquina azul iba a tomar tierra.

Lo hizo a los pocos segundos, rebotando levemente sobre el firme cubierto de restos ennegrecidos. Emitió un ruido de succión, se balanceó un par de veces, y se detuvo. Hubo como un chasquido, en el que se conmoviesen las capas del aire, y la esfera azul desapareció, dejando solamente a la vista el minúsculo carruaje con sus dos ocupantes.

Observó Sir Pertinax que el vehículo estaba pintado todo él en un tono verde oscuro, con ciertos ramalazos amarillos y rojos; y que una de las figuras se afanaba en el interior, extrayendo una especie de gran trompeta de metal brillante. Pero lo que le horrorizó fue que el carruaje se había quedado completamente quieto en el centro de la pista, sin moverse a un lado ni a otro.

Una de las figuras humanas estaba sentada en una especie de butaca de cuero, tras un volante similar al de los castillocar, parapetado detrás de un parabrisas rectangular; la otra se levantaba en este instante, con la gran trompeta en las manos. Las dos vestían una especie de justillo de escamas azuladas, y llevaban calzas cilíndricas de color azul fuerte. Tenían en la cintura anchas correas de cuero, de las que pendía un estuche triangular del mismo material, similar a aquél que la dama desaparecida había llevado en otros tiempos muy lejanos.

—¡Sir Pertinax! ¡Sir Pertinax! —vociferó un grito gigante, que parecía salir de la trompeta. Parecía como si el caballero que ahora estaba de pie hablase en uno de sus extremos, y la voz surgiera ampliada por el otro.

—¿Está por ahí Sir Pertinax?

—Altavoces exteriores, Mágico. Vamos a ver qué es eso. Acércate despacio y gira alrededor de ese par de belitres.

—Hecho, Sir.

—Yo soy Sir Pertinax —dijo el joven, calmamente, a través de la instalación

exterior—. ¿Quién sois, y qué queréis de mí?

—Soy Harry Reisner, del Galactical. Bueno; tú no puedes entenderlo. Soy periodista, y te traigo saludos de una chica a quien tú conoces. De Jane Smith.

Mientras giraban lentamente, a una docena de metros del estrafalario vehículo, Sir Pertinax observó a su sabor al hombre que hablaba. Desde luego, la voz era la misma profunda y sonora, llena de dolor, que había escuchado poco ha a través de la maldita caja negra. Se trataba de un hombre de gigantesca estatura, con rasgos nobles y hasta cierto punto torturados. En este momento, le miraba con fijeza, exenta totalmente de temor, y mantenía en la mano la trompeta de metal. Tenía los ojos muy azules, color de horizonte, y el pelo entre rojo y blanco. Una gran cicatriz cruzaba de lado a lado su rostro, pasando a través de la ceja derecha, el pómulo del mismo lado y desviándose después hasta el labio superior. Su piel, como la de Lady Jane, parecía tostada por el sol. Emanaba de su persona una dignidad natural, obligando a Sir Pertinax a pensar que aquel hombre despreciable sabía lo que estaba haciendo; que sentía temor en su fuero interno, pero que lo dominaba; que consideraba que algo era justo, y que era capaz en tal caso de jugarse la vida por ello.

«En otras circunstancias», pensó, «podría haber sido un gran caballero...».

—No permito que los esbirros me tuteen, cerdo —dijo el joven con voz dura—. Habla, malnacido, y di qué es lo que quieres. Aunque lo más probable es que recibas un par de cuartas de acero...

—Te lo dije, Harry —lloriqueó la voz del conductor del ridículo carruaje—. Esto acabará mal... Mira esa cosa con la que nos apunta; ¡echa fuego, como un lanzallamas!

El hombre gigantesco enarco sus anchos hombros, con un gesto de impotencia. Después, actuando como si eso tuviera un importante significado, se quitó la funda triangular de la cintura y la arrojó por la borda.

—Mira... —dijo—. Bueno, mirad, Sir Pertinax. Es preciso que detengáis esta matanza... No puede ser esto. Ni Jane ni yo queríamos que sucediera una cosa así. Por favor, ordena, ordenad, Sir, que dejen de asesinar personas inocentes.

—¿Quién eres tú, bergante, para ordenarme nada?

—No ordeno, Sir Pertinax. Pido... Por favor... Mira, mirad. Tratad de comprender. Hace cinco generaciones que estáis aquí. Este mundo se llama Lal 83 125 y está en un extremo de la galaxia. Fuera hay muchos más mundos, y en ellos se vive de otra forma... Tú...

—¿Cómo?

—Perdón. Vos conocisteis a Jane Smith ...

—¡Lady Jane, malhablado!

—¡Maldita sea mi alma! Está bien; está bien. No me hagáis caso, caballero. Lady Jane, sea. Lady Jane venía de ese mundo... Os tienen explotados, engañados. Hace

muchos años un visionario llamado Milton Yale elaboró toda esta historia pensando en que era el mejor sistema... Pero no puede hacerse esto con los seres humanos; no puede ser.

—¡Harry, que éstos nos liquidan! —gimió el conductor.

—¡Cállate, Spencer! Por favor, Sir Pertinax, por lo que más queráis... Sois persona inteligente, con cultura, no un pobre periodista como yo, que anda buscando reportajes en todas partes, y jugándose el pellejo. He hecho muchas cosas malas en mi vida, pero nunca hice daño a nadie. Esto no es justo; esto es inhumano y horrible... Hacedme caso, hacedme caso todos... Dejad de luchar, dejad de asesinaros entre vosotros... Escuchadme, Sir Pertinax... esto es un transmisor de radio...

Alzó en la mano una caja negra, igual en todo a la que el joven había guardado durante tanto tiempo.

—Arriba, en una nave, uno de esos puntos negros que giran, está Jane Smith... ¡Quieto, quieto; quise decir Lady Jane! Creo que sentíais algo por ella, en otro tiempo... ¿No puedes dejar de dar vueltas? Spencer, haz que el *jeep* le siga; estoy harto de mirar a un lado y a otro; parezco una peonza... Esto... Sir Pertinax, Lady Jane está ahí arriba; puedes hablar con ella a través de este transmisor. Por favor, escúchala... Toma. ¡Tomad, Sir, mil demonios! Tomad el transmisor y hablad con ella. Está esperando...

El hombre grande abrió los brazos en un gesto de súplica, tendiendo el transmisor hacia Sir Pertinax. Durante unos instantes éste contempló la figura trágica del «periodista» (fuera eso lo que fuera) inerme y vencida ante él, con el negro aparato en la diestra. Se sentía impresionado, a su pesar, por la sobrehumana dignidad que emanaba de aquel hombre. ¡Lástima! Pasaron unos minutos más, mientras contemplaba silenciosamente al gigantesco Reisner. Miro a la callada Lady Girolaine, prendida de su brazo, expectante. Recordó a la llorosa Lady Jane, y al mundo horrible que se deducía de sus palabras. Negó firmemente con el ferrado yelmo.

—No necesito hablar con esa pobre dama... Ni quiero hacerlo. Quizá en otro tiempo. Ahora no, desgraciado. ¿Quieres algo más de mí?

—¡Te suplico, te suplico! —aulló el hombre, con un rictus de dolor en su rostro deformado por la terrible cicatriz—. Si no le haces caso a ella, escucha la voz de la razón... Un gobierno de déspotas y un loco visionario crearon este mundo. Y ahora hay otro loco en el poder; ese asqueroso, mariconazo, hijo de puta, que se hace llamar Rey Arturo... ¡Se llama Valdior Harriman, y está vendido a los imperiales! ¡No hagáis caso de ese viejo sucio, que no piensa más que en sus locuras...! ¡No es éste el camino! ¡Rey Arturo! ¡Ni siquiera sabe quién es su padre...!

Aquello empezaba a parecer insultante, y el guantelete de Sir Pertinax se crispó sobre el mando de fuego.

—Se aprovecha de vosotros, y mientras corréis como borrachos por esas carreteras, él se está en su nave, muy tranquilo y quieto, sin preocupaciones, sin moverse ni un milímetro para...

Sir Pertinax sintió que perdía el control de sí mismo. ¡Aquel... aquel... ser hediondo, incalificable! ¡Cómo se atrevía a...! Con un rugido, abrió al máximo el mando de la lanza. Un torrente de fuego surgió de la punta, cubriendo con su manto de llamas al malvado Reisner, al lloroso Spencer, y al repugnante vehículo que ambos ocupaban. Del aluvión de fuego surgieron un par de gritos roncós; unos alaridos entrecortados, y después nada. Cuando retiró la lanza e interrumpió el flujo llameante, sólo quedaban un par de figuras carbonizadas, acurrucadas en la carcasa del carruaje, que ahora ardía furiosamente.

—Mágico —dijo Sir Pertinax, con voz despectiva—. Volvamos con los demás caballeros...

—Lo celebro, Sir —dijo el mecanoservus—. Era deshonoroso hasta el simple hecho de mirar a esos dos pelafustanes...

—He temido por tu honor, Sir —murmuró Lady Girolaine—, has tenido demasiada paciencia con ellos...

—Un buen caballero —respondió el joven— debe ser paciente y generoso, y hartarse de razón antes de actuar... Creo, mi dama, que será cosa de tratar de conseguir comunicación con Su Majestad. Hace buen rato que no ha hablado, y yo...

—Sir Sagrivan pide que le escuchéis, Sir —dijo la voz de Mágico—. Parece que quiere pedir cuartel.

—Nunca me negaré a escuchar a un enemigo sincero. Ponme con él, viejo, y que el cielo me inspire.

—Está conectado, mi señor.

—Soy Sir Sagrivan le Miraculous, y he decidido pedirlos cuartel, Sir Pertinax. Mis caballeros han alzado bandera blanca, y tanto ellos como los vuestros esperan vuestra decisión.

—Nunca negaré el cuartel a un noble enemigo que se reconoce vencido. ¡Ah, caballeros...! ¡Permitid el paso a Sir Sagrivan, para que pueda hablar de cerca con él! ¡Suspended la lucha, porque piden cuartel!

—Voy ahora mismo hacia vos, Sir Pertinax.

La rueda de castillocar que giraba a lo lejos, en el principio de *Orion Road*, se abrió para dar paso al vehículo cromado de Sir Sagrivan. A gran velocidad, dando saltos sobre los restos esparcidos en el campo de batalla, el gran carruaje avanzó hacia el de Sir Pertinax, que daba vueltas lentamente a no mucha distancia del llameante *jeep*.

—Cuando Sir Sagrivan llegue, enganched, mecanoservus. Mágico, ¡parte de averías!

—Tabiques de taller y despensa destrozados por completo; terraza trasera deshecha; sala de armas y alcobas con graves averías. Dos motores quemados; otros dos necesitarán una seria reparación; tres baterías rajadas y soltando ácido; un mecoservus virgen y el buen Fasolt, despedazados. Resto en buen estado. Nada más, Sir. Ahora enganchamos con Sir Sagrivan...

—Os escucho, Sir Sagrivan.

La alta figura del legendario caballero estaba plantada en su terraza, dominando con su estatura al joven. Hubo unos instantes de silencio mientras los dos vehículos, conectados, caminaban pausadamente por la pista.

—Poco he de decir, Sir Pertinax. Os pido cuartel. Cuando alguien tiene tan fuerte brazo como vos lo tenéis, es evidente que la razón está de su parte. Si me lo permitís, pasaré a vuestro castillocar para rendiros pleitesía...

—No ha de ser tal —dijo Sir Pertinax, conmovido—. Quiero yo pasar al vuestro y abrazaros como hermano.

—Con orgullo admito esto último, pero de ninguna manera cederé en lo primero. Soy el vencido, con honor, pero vencido. Paso ahora mismo, Sir Pertinax.

Mientras bajaba a la sala de armas, el joven se despojó rápidamente de su armadura, tomando al paso una bata de terciopelo. Así que, cuando Sir Sagrivan llegó, cubierto con una ligera cota de malla, le esperaba sentado en gran sitial, con aspecto displicente, y una copa de vino cerca de su mano derecha.

—Sir Pertinax —dijo el primer caballero del reino, arrodillándose y tendiéndole la espada—. Me rindo ante vos.

Sintiendo que las lágrimas acudían a sus ojos, el joven se levantó y corrió al lado del vencido. Con su brazo hábil le ayudó a levantarse, mientras le prodigaba palabras de consuelo. Con el rostro compungido, Sir Sagrivan se levantó, mirándole con dos grandes ojos, de ancha pupila, que destacaban en su barbado rostro. Le sobrepasaba casi en la cabeza, y los músculos que se percibían a través de la cota de malla parecían masas de cables de acero.

—Siéntate, Sir Sagrivan, y bebe conmigo. No he de ser yo quien me burle de un enemigo honorable. ¡Mágico; una copa de nuestro mejor vino para el primer caballero que ha pisado este orbe!

—Ya no, mi amigo —dijo Sir Sagrivan, tomando en su mano la copa de vino rojo—. Ya no. Eres tú ahora el primer caballero del reino, y tu fama eclipsará para siempre a la mía. Muchos buenos caballeros han muerto hoy, y este día se recordará siempre. Bebo por ti y por Su Majestad.

Ambos se pusieron en pie.

—¡Por Su Majestad!

Entró Lady Girolaine, vestida con un traje de ceremonia de una riqueza tal, que casi cegaba.

—¿Conocéis, Sir Sagrivan?

—Sí... Hace tiempo que milady y yo nos conocemos.

—Sentaos, caballeros. Mágico, una copa para mí. Habréis visto, Sir Sagrivan, que he combatido al lado de mi caballero.

—Bien hecho debe estar, si Sir Pertinax lo ha permitido.

—¡Mágico! —ordenó el joven—. ¡Onda general!

—Hecho, Sir.

—¡Caballeros; la batalla ha terminado! Sir Sagrivan y yo hablamos en mi sala de armas, y podéis decir a todos que lo considero como un hermano... Confraternizad con sus partidarios, que son ya como hermanos vuestros. Y cuando Su Majestad vuelva a dirigirse a nosotros, obedeced lo que su excelsa voz diga...

Los vítores fueron tan estruendosos que incluso atravesaron las espesas paredes de la sala de armas.

—Abrazadme, Sir Sagrivan —pidió el joven—, y que eso me honre para siempre.

—Yo soy el honrado —contestó el otro caballero, mientras se fundía con Sir Pertinax en estrecho abrazo.

—Quizá no debí hacer degollar a los prisioneros... —dijo el joven, un poco dolido.

—No pienses en eso ahora, hermano —contestó Sir Sagrivan, volviendo a llenarse la copa de brillante cristal—. No tortures tu mente. Lo que ha sucedido, ha pasado ya, y ahora la paz ha vuelto a reinar entre nosotros. Sea por siempre.

—Sea por siempre —respondieron Lady Girolaine y Sir Pertinax, apurando sus copas de vino.

Durante una hora más, ambos caballeros y la dama departieron amablemente, comentando las incidencias de la batalla y la forma en que se había desarrollado la misma. Intercambiaron numerosos cumplidos y amabilidades, y para demostrar su amistad, Sir Pertinax regaló a Sir Sagrivan el cuenco de zoisita con pie de ágata y plata tallado con tanto esmero. Se juraron amistad eterna, y a los pocos segundos de retirarse Sir Sagrivan, un mecanoservus con dos placas de oro en el pecho pasó desde su castillocar para traer a Sir Pertinax un regalo regio; un juego completo de veinticuatro cubiertos de plata, con una gran perla bellamente incrustada en el extremo.

Las horas pasaron lentamente, mientras todos esperaban la llamada del Rey Arturo. Ésta se produjo al anochecer, mientras el físico Hardy le Cure vendaba y escayolaba el brazo roto de Sir Pertinax.

—¡Maldito seáis vos y vuestra mil veces maldita ciencia! —aulló el joven, retorciéndose por el dolor—. ¿Es que no sabéis hacer otra cosa mejor?

—Tranquilo, Sir —dijo el físico—. Que un caballero tan valiente bien sabrá soportar esta minucia.

Hubo un zumbido sordo en los altavoces.

—Puesto que vuestras diferencias han terminado ya —dijo la voz resonante de Su Majestad— aprestaos a obedecerme, caballeros. Caminad hacia las pequeñas torres, y dad vueltas allí. Cuando yo lo diga, detendréis vuestros vehículos, y al mismo tiempo se abrirá una poterna en cada torre... Los mecanoservus llevarán al interior ropas, objetos y alimentos; todo lo que tengáis. Y que el sufrimiento no invada vuestras almas, porque esas torres son otros vehículos que comenzarán a caminar muy pronto... En cuanto a ti, Sir Pertinax, no puedo hacer más que concederte el honor máximo que en mi mano está darte: serás llamado desde ahora Señor de la Rueda, como en otro tiempo lo fue el caballero muerto... Pero no pienses que me refiero a una rueda material, grosera, de vil sustancia, como las que soportan vuestros castillocar... Esa Rueda de la que eres y serás Señor no es sino una rueda de estrellas, que se extiende por los espacios infinitos... Tú no irás a una de esas torres, sino que acudirás a mi castillo, y con tu dama, pertenencias y mecanoservus, te trasladarás a él... Cumplid mis órdenes, caballeros ...

Un ramalazo de dolor impidió que Sir Pertinax tuviera tiempo de conmoverse ante el gran honor que le había sido conferido.

—¡Maldito físico! —aulló—. No en vano vuestra divisa es *Odium omnium hominum*, objeto del odio de todos los hombres.

—Callad, Señor de la Rueda —dijo el físico, con bastante menos respeto del que podía esperarse—. Vos no sois más que un brazo roto, que es lo que he de curar, y nada más. Yo no veo más que ese brazo, y el cuerpo que hay pegado a él no me importa. Es un cuerpo gaseoso, inexistente, como una niebla de la mañana. Y vuestro brazo roto no debe hablar.

Las trompas heráldicas acompañaron al castillocar de Sir Pertinax cuando se dirigió lentamente hacia el colosal castillo del buen Rey. El joven y la dama, de pie en la terraza, recibieron los vítores de todos los vehículos, mientras los potentes faros iluminaban la explanada. Después, castillocar y patitos fueron disgregándose poco a poco, dirigiéndose hacia las esbeltas torres diseminadas entre carreteras y cruces. Nadie parecía preocupado ya; la acción catártica de la batalla había causado un efecto purificador en todos los corazones.

—Pronto conoceremos el misterio, milady —dijo Sir Pertinax.

—Estoy orgullosa de ser amiga tuya, y de viajar contigo, Sir —respondió ella, cogiéndose de su brazo y contemplando con mirada soñadora los miles de haces de luz que cortaban la llanura.

Algo como una luz fosforescente iluminaba de forma tenue el castillo del Rey, remarcando las elevadas almenas y la torre aguzada cuya cima se perdía en la oscuridad. En los pequeños torreones más próximos, patitos y castillocar giraban lentamente, con los ansiosos ocupantes en la terraza, ataviados con sus mejores ropas

y con un gesto tenso en el rostro. A pesar de todo, un intenso clima de nerviosismo reinaba entre todos los caballeros y damas.

—Adiós... —gritó una débil voz femenina, desde un vehículo alegremente engalanado—. Adiós, primo... Por si no volvemos a vernos...

Era Lady Acu Pingente. A su lado había un hombre joven, con larga cabellera castaña: Sir Godofredo de Lys.

—Adiós, prima... Adiós...

Había un gran castillocar obscuramente inmóvil al lado del castillo de Su Majestad. Sobre él se derramaba una cruda luz blanca que surgía de un orificio ovalado abierto en las paredes cilíndricas de la fortaleza. Con un escalofrío, Sir Pertinax y Lady Girolaine reconocieron el vehículo del caballero muerto.

—Tened valor —dijo la voz del Rey—. Conectad vuestro castillocar con el de Sir La Cote Latipole, pasad a través de éste y entrad en mi mansión. Que los mecanoservus descarguen todas vuestras pertenencias, objetos, libros, armas, alimentos y herramientas, y las depositen aquí dentro.

—Ya has oído a Su Majestad, Mágico —dijo el joven Señor de la Rueda, con voz ligeramente temblorosa—. Obedece.

Había un silencio impresionante en los alrededores de la colosal construcción. Muy a lo lejos, se escuchaba el lejano rumor de motores de los demás vehículos, amortiguado por la distancia y la espesa niebla que iba surgiendo de las corrientes de agua próximas. Algún faro cortaba con su potente rayo de luz blanca la oscuridad de la noche, relumbrando entre árboles y torreones como un alma en pena.

—Vamos allá, milady —dijo el joven.

Se habían ataviado los dos con mucha seriedad para esta ocasión incomparable. Incluso Lady Girolaine había renunciado a sus atuendos normalmente provocativos, para vestir un traje de tejido oscuro, con una greca de oro en los bajos de la falda... Relumbraban sus marfileños hombros cuando ambos, tomados de la mano, pasaron calladamente por la pasarela que les unía al vehículo del caballero muerto...

Había un gran féretro cubierto de negros crespones, en medio de la sala de armas, y blandones de cera amarillenta lanzaban sus humosas llamas hacia el techo. Con respeto, haciendo el signo de guerra, pasaron los dos junto al túmulo, sin atreverse apenas a mirarlo. No había nada más en el muerto castillocar, ni mecanoservus, ni muebles o adornos. Todas las habitaciones estaban cubiertas de una capa de polvo que sin duda tenía lustros de antigüedad, y emanaba de ellas un opresivo ambiente de abandono y vejez. Incluso los grandes motores estaban oxidados y sucios.

Al salir de nuevo al exterior, ya junto a la poterna de entrada, un hálito de aire frío les sobrecogió.

—No tengo miedo, estando contigo —dijo ella.

—No temas; no hay motivo alguno —aseguró él, sin estar muy seguro.

Miraron a las carreteras, ya casi desiertas, y como una concesión a su debilidad humana al cielo, donde aún quedaba algún racimo de luces de colores, y a las masas negras que eran los árboles en medio de la intensa oscuridad. Oyeron el confuso rumor del agua de los ríos, y el rozar de lejanísimas ruedas en las autopistas; oyeron el canto de un pájaro nocturno y el rugir de un dragón.

Durante unos segundos, volvió al alma acongojada de Sir Pertinax algo como un recuerdo perdido; aquél de una dama que conoció en otro tiempo, y con la cual mantuvo una extraña relación que no era más que dolor, deseo de salvaguardia del ser de otro sexo, comprensión de debilidad humana, paciencia y sufrimiento. Miró a Lady Girolaine, y suspiró. Eso eran cosas pasadas. No había dama como ésta que estaba a su lado... ni era preciso sufrir aquella sensación desconocida y desagradable. Lo importante era Lady Girolaine la Fleur y lo que ella representaba: sexo y amistad. Lo único que debía y podía existir. Y así, el recuerdo de la dama perdida se borró y desapareció para siempre jamás.

—Entrad —dijo la voz del Rey Arturo.

Lo hicieron. La gran poterna ovalada quedó tras ellos, recortando el frío de la noche. Había una gran extensión redonda, con lisas paredes de metal plateado, sin adornos ni colgaduras. En ella brillaban como joyas las cabezas de los remaches; destellaban aquí y allá las juntas de las planchas de metal... Al fondo, una gran escalera con peldaños de plancha perforada ascendía... ascendía... Subieron los dos, con las manos cogidas, muy juntos, rozando la suave falda de la dama en el relumbrante metal...

Continuaron su camino, a través de corredores que no daban lugar a error, pues no había desviación ninguna que les equivocase. A veces, suavemente, con un acento de profunda dulzura, la voz de Su Majestad decía: «Continuad». «Seguid; no tengáis miedo...». Había puertas a los lados, marcadas con carteles y leyendas que no lograron comprender: «Energía», «Control automático», «Giróscopos», «Revitalización de oxígeno», «Acondicionamiento de aire», «Computadoras»... Grande brujería era aquélla, y lógica, además, pues no iban a ser comprensibles para simples humanos los misteriosos entornos en que el Rey vivía.

Otras puertas llevaban simples números, crecientes desde el uno en adelante. Y al final de aquellos complejos corredores, pasadizos y escaleras, que subían más y más, debía estar sin duda la cúspide del palacio. Porque se hallaban ya fatigados de ascender, y mucha debía ser la altura en este momento sobre el nivel de las mundanas carreteras. Pasaron junto a paredes cubiertas de luces que vibraban, llenas de haces de tubos y cables de distintos colores, con grandes relojes de muchas manecillas que giraban con ritmos inhumanos, impropios de esta tierra. Y allí, después de todo eso, había una puerta ojival embutida de espesos rebordes de acero, troquelada en una ingente masa del mismo material, y flanqueada por dos brillantes luminarias

alargadas, como hachones que ardiesen en el umbral de la eternidad.

Se detuvieron los dos, impresionados, en el umbral de esta puerta cuyas jambas brillaban como monedas nuevas. Sin duda estaban en la cúspide del castillo, pues el techo de la gran sala que se abría ante ellos se alargaba y crecía de forma cónica hasta un vértice del que pendía un gran eje de acero, con un aparato rectangular lleno de ruedas, diales y luces. El suelo era de un material mullido y liso, y las paredes no parecían existir, pues se veían claramente las estrellas y dos de las lunas luciendo sobre el negro misterio nocturno como si estuviesen allí... Más tarde, se dieron cuenta de que era cristal lo que les separaba del exterior. Había gran número de pupitres y mesas llenas de ingenios inexplicables, y bastantes asientos acolchados de alto respaldo. En ese momento uno de ellos estaba vuelto de espaldas, y la voz del Rey Arturo, inmediata y real, surgía de él.

—Ahora ya lo sabes, Sullivan —decía la voz del monarca—. Fracasó la nave por no llevar gente preparada. Ellos lo están. Sólo dominamos cien años de luz de nuestra galaxia, y su diámetro es de cien mil. A nosotros corresponderá explorarlos todos, sembrar la simiente de la humanidad en asteroides y planetas, dejar huella de la vida humana para cuando vosotros vayáis extendiándoos poco a poco... Os esperaremos allí...

—Pero ¿y tú? —dijo la voz del Consejero Sullivan—. ¿Qué vas a hacer?

—Parto con ellos... ¿qué otra cosa podía hacer? Mientras no encontremos asteroides o planetas, esta nave surtirá a todos de lo preciso. Habrán de aprender nuevos manuales de mecánica, nuevas listas de implementos, nuevas instrucciones de explotación de los mundos que veremos en el futuro... Pero lo aprenderán. Saben hacerlo.

—¡Estás loco, Artie! No tienes obligación de partir...

—Pero lo haré así, porque no quiero que emprendan el viaje solos. Cien mil pequeñas naves; y casi medio millón de personas... La idea de Milton Yale, que era mucho más grandiosa que esa ridícula nave con setecientos veintiséis tripulantes... Un momento, Sullivan. ¡Ah, ya estáis ahí! Pasad.

La gran butaca giró, y vieron ante ellos el rostro y la figura del Rey Arturo. Silenciosamente, Sir Pertinax y Lady Girolaine, emocionados más allá de todo lo imaginable, cayeron de rodillas en el suelo.

—Señor... —murmuró el joven, con un hilo de voz.

—Levantaos, levantaos, hijos —dijo el monarca, avanzando hacia ellos.

No había en su rostro ni en sus ropas nada de extraordinario; en otras circunstancias, habríase dicho que era un hombre vulgar. Pero no era así, puesto que se trataba del mismo Rey Arturo.

—Sentaos junto a mí, y mirad... mirad con toda la fuerza de vuestros ojos...

En la parte inferior del castillo, Mágico, Clarendon y demás mecanoservus

concluían de introducir en la gran cámara redonda todas las pertenencias de sus amos, incluyendo armadura de Sir Pertinax, espada *Old Edsel*, armadura y falda catafracta de Lady Girolaine, herramientas, provisiones, bebidas, joyas y libros... El castillocar, desmantelado y silencioso, quedó inmóvil junto al vehículo del caballero muerto, mientras la gran poterna ovalada se cerraba silenciosamente. Hasta el tablero del *exchequer* y sus complicadas piezas reposaban ya sobre el pavimento de metal.

El Rey Arturo depositó sobre el gran pupitre lleno de luces que había ante él una pequeña caja cuadrada. Aguzando la vista, Sir Pertinax pudo leer lo que un rótulo decía: «Número 6969. Partida en secuencia. Ritmos de conexión concéntricos. Precaución: Uso reservado a coordinación general».

El rostro de Su Majestad se volvió hacia ellos.

—No temáis. Descansad. Y no dejéis de mirar, como si jamás volviéseis a tener ocasión de usar vuestra vista.

—¡Artie! —aulló el altavoz—. ¿Estás seguro?

—Hay muchas cosas que no sabes, Sullivan —dijo la cansada voz del Rey—. Como que antes de estar aquí, yo fui Sir La Cote Latipole, Señor de la Rueda, y que por eso puedo comprenderlos mejor que nadie... Como que ya hay otro Señor de la Rueda, que un día será, tal vez, el próximo Rey Arturo...

Sir Pertinax pasó su brazo por los hombros desnudos de Lady Girolaine. Hacía tiempo que tenía deseos de susurrarle algo, y aunque no era éste el momento más apropiado, no pudo privarse de hacerlo: «Milady... en los momentos de pasión... si volvemos a tenerlos... ¿te importaría llamarme Perty?». Los ojos de la dama, profundos e insondables, parecieron revelar una misteriosa comprensión mientras la mano de Su Majestad tomaba la pequeña caja y la introducía en una ranura. Hubo un zumbido ligero y algo como un ruido de deglución, como si la maquinaria estuviera alimentándose.

Las rojas luces del sol naciente rompieron las tinieblas de la noche, y pausadamente, fueron creciendo, alumbrando el planeta entero. A lo lejos, algo como un largo huso de acero se levantó en el cielo y ascendió hacia el infinito, dejando tras sí un surco dorado. Con sorpresa, Sir Pertinax y Lady Girolaine comprobaron que se trataba de uno de los torreones que rodeaban al castillo, ahora privado de sus almenas y adornos, y por eso mismo, fusiforme, largo y bello como una oración.

Uno tras otro, todos los demás torreones fueron surgiendo de sus alvéolos, y lanzándose hacia las estrellas, mientras el sol brillaba por última vez sobre este mundo abandonado en los confines de la galaxia. Más, y más, y más husos de acero con caballeros, damas, ancianos, niños y mecanoservus en su interior, con provisiones, joyas, *hobbys*, libros y bebidas, con tapices y jarrones, con instrumentos de música y cofres de ricas ropas, con físicos, filósofos y eclesiásticos, doncellas y monjas, partieron llameando y dejando en el firmamento una telaraña de oro. Se

sintió un ligero estremecimiento en el castillo de Su Majestad. Y lentamente, en medio de sus huestes, el ingente cilindro de metal comenzó a levantarse sobre el terreno.

—Adiós, Sullivan.

—Adiós, Artie.

Miraban los dos jóvenes con toda la fuerza de sus ojos. En las montañas, los técnicos refugiados en fortalezas secretas cerraban sus expedientes y sus ordenadores y se retiraban; en los asteroides, *partis, omnia res, vestis, combustionis*, mecanismos escondidos recuperaban todo lo que no había sido utilizado; en los asteroides *tumuli*, los muertos reposaban en silencio, arrastrando consigo cinco generaciones de vida... Junto a los huecos alvéolos de los torreones, desmantelados castillocar y patitos permanecían inmóviles, con los motores fríos y las habitaciones desiertas; en los satélites de vigilancia, militares y administrativos archivaban las últimas carpetas, y en otros lugares, los pilotos de las naves de suministro, con las calas vacías, se preparaban para viajar por última vez a sus mundos de origen.

Ante el gigantesco espectáculo, Sir Pertinax y Lady Girolaine se sintieron sobrecogidos. No lo comprendían. Sólo sabían que el castillo, después de derramar a los lados sus almenas, contrafuertes y falsos adornos, se levantaba hacia la gloria del firmamento, como el más gigantesco y maravilloso vehículo que la mente humana hubiera podido forjar, acompañado, escoltado y seguido por huestes de naves más pequeñas... Como millares de pajas de luz, trazaban su ruta sobre los espacios inflamados.

No lo comprendían.

Y aún tardarían años en comprenderlo.